

The image shows the cover of the book 'La peste' by Albert Camus. It features four white mice arranged in a circle on a light brown, textured background. The mice are positioned at the top, bottom, left, and right, with their long tails curving inwards to form a circular frame around the central text. The text 'Albert Camus' is in a black serif font, and 'LA PESTE' is in a large, bold, purple sans-serif font.

Albert
Camus
LA
PESTE

LA PESTE

Albert Camus

Traducción libre y personal del francés al español por Guillermo de Castro.

I

Los curiosos acontecimientos que son el tema de esta crónica se produjeron en 194., en Orán. En opinión general, no estuvieron en su sitio, saliendo un poco de lo común. A primera vista, Orán es, en efecto, una ciudad corriente y solo un territorio francés en la costa argelina.

La ciudad misma, hay que reconocerlo, es fea. Con aspecto tranquilo, hace falta algún tiempo para percibir que es lo que la vuelve diferente de otras ciudades comerciales, bajo todas las latitudes. ¿Como imaginar, por ejemplo, una ciudad sin palomas, sin árboles y sin jardines, donde no encontramos ni aleteos ni hojas mustias, un lugar totalmente neutro? El cambio de las estaciones solo se lee en el cielo. La primavera se anuncia solo por la calidad del aire o por las cestas de flores que pequeños vendedores traen de las afueras; es una primavera que se vende en los mercados. Durante el verano, el sol incendia las casas demasiado secas y cubre las paredes de una ceniza gris; entonces no se puede vivir nada más que a la sombra de los postigos bien cerrados. En otoño, al contrario, es un diluvio de barro. Los días hermosos solamente llegan en invierno.

Una manera cómoda de conocer una ciudad es la de buscar como se trabaja, como se ama y como se muere. En nuestra pequeña ciudad, y es efecto del clima, todo esto se hace conjuntamente, con el mismo aire frenético y ausente. Es decir que se aburren y se apresuran a coger nuevas costumbres. Nuestros conciudadanos trabajan mucho, pero siempre para enriquecerse. Están interesados sobre todo por el comercio y se ocupan primero, según su expresión, a hacer sus asuntos. Naturalmente tienen también gusto por las joyas simples, aman a las mujeres, el cine y los baños de mar. Pero, muy razonablemente, se reservan estos placeres para el sábado noche y el domingo, probando, los otros días de la semana, a ganar mucho dinero. Por la noche, cuando cierran sus despachos, se reúnen a una hora fija en los cafés, se pasean por el mismo bulevar o bien se quedan en sus balcones. Los deseos de los más jóvenes son breves y violentos, mientras que los vicios de los mayores no pasan de las asociaciones de aficionados a las bolas los banquetes de los amigos y los círculos donde se juega fuerte a las cartas y el azar.

Sin duda se dirá que esto no es privativo de nuestra ciudad y que en general todos nuestros contemporáneos son así. Sin duda, nada es mas natural hoy en día, que ver a gente trabajando desde la mañana a la noche y elegir después jugar a las cartas, en el café, en las charlas, perder el tiempo que les queda por vivir. Pero hay ciudades y países donde la gente tiene, de vez en cuando, la sospecha de otras cosas. En general, esto no cambia sus vidas. Solamente ha habido la sospecha y eso es todo lo que han ganado, Oran, por el contrario es, aparentemente, una ciudad sin sospechas, es decir, una ciudad completamente moderna.

No es necesario, en consecuencia, precisar el modo en que ama en nuestra casa. Los hombres y las mujeres, o bien se devoran rápidamente en lo que se llama el acto de amor, o bien se convierte en una larga costumbre entre los dos. Entre los dos extremos, normalmente no hay término medio. Esto tampoco es original. En Orán, como en otras partes, faltos de tiempo y de reflexión es obligado amar sin saberlo.

Lo que es mas original en nuestra ciudad es la dificultad con que podemos encontrarnos para morir. Dificultad, no obstante, no es la palabra mas acertada y sería mas justo hablar de discomfort. Nunca es agradable estar enfermo, pero hay ciudades y países que nos soportan en la enfermedad, y se puede en algunos casos, dejarse llevar. Un enfermo necesita dulzura, le gusta apoyarse en algo, es natural. Pero en Orán, los excesos del clima, la importancia de los negocios que se tratan, la insignificancia del decorado, la rapidez del crepúsculo y la calidad de los placeres, todo exige buena salud. Un enfermo se encuentra muy solo. Que se piense entonces en quien va a morir, cogido en la trampa tras centenares de paredes crepitantes de calor, mientras en el mismo instante, todo un pueblo, al teléfono o en los cafés, habla de tratos, de mercancías expedidas o recibidas y de descuentos. Se comprende lo que tiene de inconfortable la muerte, incluso la moderna, cuando sobreviene en un lugar tan seco.

Ciertas indicaciones dan quizás una idea suficiente de nuestra ciudad. Al ciudadano que vive aquí, no hay que exagerarle. Lo que hay que subrayar es el aspecto banal de la ciudad y de su vida. Se pasan los días sin dificultades cuando ya se tienen adquiridas unas costumbres. Desde el

momento en que nuestra ciudad favorece justamente esas costumbres, se puede decir que todo es para mejorar. Bajo este prisma, sin duda, la vida no es demasiado apasionante. Por lo menos no conocemos el desorden. Nuestra población franca, simpática y activa ha provocado siempre en el viajero una estima razonable. Esta ciudad sin pintoresquismo, sin vegetación y sin alma acaba pareciendo que reposa, incluso que se duerme. Pero justo es decir que se ha incrustado en un paisaje sin igual, en medio de una desnuda plataforma, envuelta por colinas luminosas, ante una bahía de perfecto dibujo. Solo podemos lamentar que haya sido contraída dando la espalda a esta bahía y que, por tanto sea imposible ver el mar que siempre deberíamos estar buscando.

Llegados aquí, tendremos que admitir sin problemas que nada podía hacer esperar a nuestros conciudadanos los incidentes que se produjeron en la primavera de este año y que fueron, lo comprendimos después, como los primeros signos de una serie de graves acontecimientos sobre los que nos hemos propuesto hacer aquí la crónica. Estos hechos les parecerán muy naturales a algunos y a otros, por el contrario, inverosímiles. Pero a pesar del todo, un cronista no debe tener en cuenta estas contradicciones. Su trabajo es solo decir: Esto es lo que ha llegado”, cuando sabe que esto cuando sepa que esto ha llegado de verdad, que esto interesa a la vida de todo un pueblo, y que esto ha interesado a la vida de todo un pueblo, y que hay millares de testigos que querrán en su corazón la verdad de lo que se dice.

El resto, el narrador, que siempre se le conocerá a tiempo no tendrá que hacerse valer en una empresa de este género

si la suerte no le hubiese puesto a punto de recoger un cierto número de declaraciones y si la fuerza de las cosas no se hubiese mezclado con todo lo que pretende relatar. Lo que le autoriza a hacer obra de historiador. Claro está, un historiador, incluso si es amateur, siempre tiene documentos. El narrador de esta historia tiene pues los suyos: antes todo su testimonio, después el testimonio de los otros, porque por su rol fue enviado a recoger las confidencias de todos los personajes de esta crónica, y en último lugar, los textos que acabaron por caer en sus manos. El se propone pujar cuando tenga buen juego y de utilizarlos como a el le parezca. El se propone aún...Pero tal vez haya llegado el momento de dejar los comentarios y las precauciones del lenguaje para llegar al recitativo mismo. La relación de los primeros días demanda alguna minucia.

2

La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux salió de su consultorio y tropezó con una rata muerta, en medio del rellano. Sobre la marcha apartó el animal sin miedo y bajó la escalera. Pero, llegado a la calle pensó que esa rata no estaba en su lugar y volvió sobre sus pasos para advertir al conserje. Ante la reacción del viejo M. Michel, descubrió mejor lo que su descubrimiento tenía de insólito. La presencia de esa rata muerta solo le pareció extraña, mientras que para el conserje, era un escándalo. La postura

de este último era categórica: no habían ratas en la casa. El doctor insistió asegurando que había una rata en el rellano del primer piso, y probablemente muerta, pero la convicción de M.Michel era total. No había ratas en la casa, por lo que la debían de haber traído de fuera. O sea, que se trataba de una broma.

La misma tarde, Bernard Rieux, de pie ante el pasillo del inmueble, buscaba sus llaves antes de subir a su casa, cuando vio surgir del final oscuro del corredor, una gran rata que andaba con paso incierto y con el pelaje mojado. El animal se paró, pareció buscar el equilibrio, tomó carrerilla hacia el doctor, se paró otra vez, se volvió sobre sí misma y con un pequeño grito cayó sacando sangre por el morro entreabierto. El doctor lo contempló un instante y subió a su casa.

No estaba pensando en la rata. Esa sangre expulsada le devolvió a su preocupación. Su mujer, enferma desde hacía un año, tenía que salir al día siguiente para una estación de montaña. La encontró acostada en su dormitorio, como el le había pedido que hiciese. Así se preparaba para el cansancio del viaje. Sonreía.

- Me encuentro muy bien, decía.

El doctor miraba la cara vuelta hacia él con la luz de la lámpara de la mesilla de noche. Para Rieux, con treinta años y las marcas de la enfermedad, esta cara era siempre la de la juventud, a causa tal vez de esa sonrisa que se transmitía al resto.

- Intenta dormir, le dijo - La enfermera vendrá a las once y yo te llevaré al tren a mediodía.

El le besó en una frente ligeramente sudorosa. La sonrisa le acompañó hasta la puerta.

A la mañana siguiente, 17 de abril, a las ocho, el conserje paró al doctor cuando pasaba y acusó de bromistas de mal gusto a los que habían puesto tres ratas muertas en medio del pasillo. Hubo que cogerlas con grandes pinzas, porque estaban llenas de sangre. El conserje se quedó un tiempo en el dintel de la puerta, sosteniendo a las ratas por las patas, y esperando que los culpables se traicionasen por algún descuido. Pero no había ocurrido nada.

- Ah!, estos, decía M.Michel, acabaré por pillarles.

Intrigado, Rieux decidió empezar su ronda por los barrios exteriores donde habitaban sus pacientes más pobres. La recogida de basura se hacía mucho más tarde y el auto que circulaba a lo largo de calles estrechas y polvorientas de este barrio rozaba las cajas de detritus, dejadas al borde de la acera. En una de las calles por las que circulaba, el doctor contó hasta una docena de ratas que se abalanzaban sobre los restos de basura y los trapos sucios.

Encontró a su primer enfermo en la cama, en una habitación que servía al mismo tiempo de dormitorio y de comedor. Era un viejo español con el rostro duro y cortado. Tenía ante si, sobre la manta, dos marmitas llenas de guisantes. Cuando entró el doctor, el enfermo, semi incorporado en su lecho, se echó hacia atrás para recobrar el aliento de viejo asmático. Su mujer trajo una jofaina.

- Hey, doctor, dijo el mientras le inyectaba, salen, ¿les ha visto?

- Si, dijo la mujer, el vecino ha cogido a tres.

El viejo se frotaba las manos.

- Salen, se ven en los cubos de basura, ¡es el hambre!

Rieux no tuvo que esforzarse para constatar que todo el vecindario hablaba de las ratas. Cuando hubo acabados las visitas, volvió a su casa.

- Tiene usted un telegrama arriba, dijo M.Michel.

El doctor le preguntó si había vuelto a ver ratas.

- ¡Ah, no! He estado al acecho, me entiende. Y esos cerdos no se atreven.

El telegrama advertía a Rieux de la llegada de su madre al día siguiente. Venía a ocuparse de la casa de su hijo, durante la ausencia de la enferma. Cuando el doctor entró en su casa, la enfermera ya estaba allí. Rieux vio a su mujer de pié, con traje sastre, maquillada. Le sonrió:

- Muy bien, dijo el, muy bien.

Un rato después, en la estación, la instaló en un coche cama. Ella miraba el compartimento.

- Es demasiado caro para nosotros, ¿no?

- Es necesario, dijo Rieux.

- ¿Cual es esa historia de ratas?

- No lo se. Es raro, pero pasará.

Después, muy de prisa, le pidió perdón, debería haber sido más cuidadoso con ella y la había tenido muy olvidada. Ella movía la cabeza, como diciéndole que se callase. Pero el añadió:

- Todo irá mejor cuando vuelvas. Recomenzaremos.

- Si, dijo ella, con los ojos brillantes, volveremos a empezar.

Un instante después, ella le daba la espalda y miraba a través del cristal. En el andén, la gente se apresuraba y tropezaba. El sibilante sonido de la locomotora llegaba hasta ellos. Llamó a su mujer por su nombre, y cuando ella se volvió, vio que su cara estaba cubierta de lágrimas.

- No, dijo el dulcemente.

Tras las lágrimas, la sonrisa volvió, algo crispada. Ella respiró profundamente.

- Vete, todo irá bien.

El la abrazó, y ya en el andén, al otro lado del cristal, solo veía su sonrisa.

- Te lo ruego, cuídate.

Pero ella no podía entenderle.

Cerca de la salida, en el andén de la estación, Rieux tropezó con M.Othon, el juez de instrucción, que llevaba a su hijo de la mano. El doctor le preguntó si se iba de viaje. M.Othon, alto y negro, y que parecía lo que antes se llamaba medio hombre de mundo medio enterrador, respondió con una voz amable, pero breve:

- Estoy esperando a Mme Othon que ha ido a presentar sus respetos a mi familia.

La locomotora silbó.

- Las ratas..., dijo el juez.

Rieux hizo un movimiento en dirección al tren, pero se volvió hacia la salida.

- Si, dijo el, no pasa nada.

Todo lo que recuerda de ese momento fue ver pasar a un empleado que llevaba bajo el brazo una caja llena de ratas muertas.

La tarde de ese mismo día, al principio de su consulta, Rieux recibió a un joven que le dijo que era periodista y que ya había venido por la mañana. Se llamaba Raymond Rambert. Bajo, espalda ancha, rostro decidido, ojos claros e inteligentes, Rambert iba vestido deportivamente y parecía estar a gusto con la vida. Fue directo al grano. Estaba encuestando para un gran periódico de París sobre las

condiciones de vida de los árabes y quería información sobre su estado sanitario. Rieux le dijo que ese estado no era bueno. Pero quería saber, antes de seguir, si el periodista podía decir la verdad.

- Seguro, dijo el otro.

- Quiero decir: ¿puede usted hacer una condena total?

- Total, no, he de reconocerlo. Pero supongo que esta condena sería sin fundamento.

Suavemente Rieux dijo que, en efecto, una condena tal sería sin fundamento, pero que al hacer esa pregunta, solo buscaba saber si el testimonio de Rambert podía hacerlo o no sin reservas.

- Yo solo admito testigos sin reservas. Yo no secundaré su información.

- Es el lenguaje de Saint-Just, dijo el periodista sonriendo.

Rieux dijo, sin levantar la voz que no sabía nada, pero que era el lenguaje de un hombre cansado del mundo en que vivía, habiendo vivido entre sus semejantes y decidido a rechazar, por su parte, la injusticia y las concesiones. Rambert, encogiéndose de hombros, miraba al doctor.

- Creo que le entiendo, dijo levantándose.

El doctor le acompañó hasta la puerta:

- Le agradezco que se tome así las cosas.

Rambert parecía impaciente:

- Si, dijo, entiendo, perdóneme la molestia.

El doctor le estrechó la mano y le dijo que tendría que hacer un curioso reportaje sobre la cantidad de ratas muertas que estaban en la ciudad en ese momento.

- ¡Ah! Dijo Rambert, eso me interesa.

A las cinco de la tarde, cuando salió para hacer más visitas, el doctor se cruzó por la escalera con un hombre

aún joven, grueso, con el rostro macizo y surcado, provisto de cejas espesas. Se lo había encontrado otras veces, en la casa de los bailarines españoles que vivían en el último piso de su vivienda. Jean Tarrou fumaba un cigarrillo con interés contemplando las últimas convulsiones de una rata que se moría en un peldaño, a sus pies. Levantó la vista hacia el doctor con una mirada tranquila en sus ojos grises, le dio los buenos días y añadió que esta aparición de ratas era algo curioso.

- Si, dijo Rieux, pero acaba siendo molesta.

- Solo en un sentido, doctor, solo en un sentido. No hemos visto nunca nada parecido, eso es todo. Pero lo encuentro interesante, si, positivamente interesante.

Tarrou se pasó la mano por sus cabellos para echarlos hacia atrás, miró de nuevo la rata, ahora inmóvil, y después sonrió a Rieux:

- Pero en suma, doctor, sobretodo es un asunto del conserje.

Justamente, el doctor encontró al conserje delante de la casa, pegado a la pared cerca de la entrada, con una expresión de cansancio en su cara, normalmente congestionada.

- Si, lo se, dijo el viejo M.Michel a Rieux, que le señalaba el nuevo descubrimiento. Ahora es cada dos por tres que se les encuentra. Pero pasa lo mismo en las otras casas.

Parecía abatido y preocupado. Se rascaba el cuello de modo maquinal. Rieux le preguntó como lo llevaba. El conserje no se lo podía decir, a pesar de que la cosa no iba bien. Solo que no se lo explicaba, estaba desmoralizado. Estas ratas le habían dado un golpe bajo y todo funcionaría mejor cuando hubiesen desaparecido.

Pero al día siguiente por la mañana, 18 de abril, el doctor que traía a su madre a casa desde la estación, se encontró a M. Michel con una cara aún más preocupada: desde el sótano al terrado, una docena de ratas sembraban la escalera. Los cubos de las basuras de las casas vecinas estaban llenos. La madre del doctor se tomó la noticia sin sorprenderse.

- Son cosas que pasan,

Era una mujer pequeña con el pelo plateado, ojos negros y dulces.

- Estoy feliz de volver a verte, Bernard, dijo ella. Las ratas no pueden nada contra esto.

El asintió; era verdad que con ella todo parecía siempre más fácil.

Rieux mientras tanto llamó al servicio municipal de desratización, donde conocía al director. ¿Había oído hablar de estas ratas que venían en gran cantidad a morir al aire libre? Mercier, el director había oído hablar y, en su mismo despacho, instalado no lejos de los muelles, habían descubierto una cincuentena. Se preguntaba de todas maneras si era algo serio. Rieux no podía decidirlo, pero pensaba que el servicio de desratización debía de intervenir.

- Si, dijo Mercier, con una orden. Si tu crees que realmente vale la pena, puedo intentar obtener una orden.

- Siempre valdrá la pena, dijo Rieux.

La mujer de la limpieza acababa de decirle que habían recogido varios centenares de ratas muertas en la gran fábrica en que trabajaba su marido.

Fue más o menos por esas fechas en que nuestros conciudadanos empezaron a inquietarse. A partir del 18, las

fábricas y los almacenes, desembozaron, en efecto, centenares de cadáveres de ratas. En algunos casos fue necesario rematar a los animales pues su agonía era demasiado larga. Pero, desde los barrios más extremos hasta el centro de la ciudad, por donde pasase el doctor Rieux, por todas partes donde se reunían nuestros conciudadanos, las ratas esperaban a montones, en los cubos de basura, o en largas filas, cerca del río. La prensa de la tarde se hizo eco de todo esto y preguntó a la municipalidad, si se había propuesto emplear medidas de urgencia y cuales habían sido para garantizar la seguridad de sus administrados antes esa repugnante invasión. La municipalidad no se había propuesto nada y no había propuesto nada de nada, pero empezó por reunir al consejo para deliberar. Fue dada la orden al servicio de desratización de recoger a las ratas muertas, cada mañana, al amanecer. Finalizada la recogida, dos vehículos del servicio debían llevar los animales al almacén de incineración de basuras, para ser quemadas.

Pero en los días que siguieron, la situación se agravó. El número de roedores recogidos iba creciendo y cada mañana era más abundante. Desde el cuarto día, las ratas empezaron a salir, para morir en grupo. De los cuchitriles, del subsuelo, de las bodegas, de las cloacas subían en largas filas titubeantes para venir vacilantes a la luz, volver sobre si mismas y morir cerca de los humanos. Por la noche, en los pasillos y las callejuelas, se oían perfectamente sus pequeños gritos agónicos. Por la mañana, en los suburbios, se las encontraba extendidas incluso en el río, con una pequeña flor sanguinolenta en su puntiagudo hocico, unas hinchadas y pútridas, otras tiesas

con los bigotes aún levantados. En la misma ciudad, se las encontraba en pequeños montones, en los peldaños y en los patios. Venían también a morir aisladamente en las salas de la administración, en los patios de recreo de las escuelas, en las terrazas de los cafés, algunas veces. Nuestros conciudadanos, estupefactos las descubrían en los lugares mas concurridos de la ciudad. La Plaza de Armas, los bulevares, el paseo de Frente al Mar, de tanto en tanto, estaban manchados. Limpiada al amanecer de sus animales muertos, la ciudad los recuperaba poco a poco, cada vez más numerosos, durante el día. En las aceras incluso más de un paseante tropezaba con el pie con la masa blanda de un cadáver reciente. Se dijo que la misma tierra donde estaban edificadas nuestras casas se limpiaban de su carga de humores, que dejaba subir a la superficie forúnculos y sanies que, hasta entonces, trabajaban en el interior. Que se considere solo la estupefacción de nuestra pequeña ciudad, tan tranquila hasta ahora, y trastornada en pocos días, ¡como un hombre de buena salud, cuya sangre espesa se tornase de golpe en una revolución!

Las cosas llegaron tan lejos, que la agencia Ransdoc (Información, documentación, toda la información sobre cualquier cosa) anunció, en su emisión radiofónica de informaciones gratuitas, que seis mil doscientas treinta y una ratas habían sido recogidas y quemadas en solo el día 25. Esta cifra que daba un claro sentido al espectáculo cotidiano que la ciudad tenía bajo sus ojos, aumentó el desconcierto. Hasta entonces, solo se habían quejado de de un accidente un poco repugnante. Ahora se apercibía que este fenómeno que todavía no se podía precisar su alcance, ni descubrir su origen tenía algo de amenazador.

Solo el viejo español asmático continuaba frotándose las manos y repitiendo: “Salen, salen”, con una alegría senil.

El 28 de abril, Ransdoc anunciaba una recogida de unas ocho mil ratas y la ansiedad estaba al límite en la ciudad. Se pedían medidas radicales, se acusaba a las autoridades y algunos que tenían sus casas al borde del mar, hablaban ya de retirarse. Pero, a la mañana siguiente, la agencia anunciaba que el fenómeno había cesado bruscamente y que el servicio de desratización solo había recogido una cantidad despreciable. La ciudad respiró.

Fue el mismo día, a media mañana, que el doctor Rieux, aparcando su vehículo ante su casa, percibió al final de la calle al conserje, que avanzaba penosamente, la cabeza ladeada, brazos y piernas separados, con una actitud de pelele. El viejo se apoyaba en el brazo de un sacerdote que el doctor reconoció. Era el padre Paneloux, un jesuita erudito y militante que se lo había encontrado algunas veces y que era muy querido en nuestra ciudad, incluso de los que eran indiferentes en materia de religión. Les esperó. El viejo Michel tenía los ojos brillantes y la respiración sibilante. No se había encontrado bien y quiso tomar el aire. Pero unos dolores fuertes en el cuello, en las axilas y en las ingles le habían obligado a volver y a pedir ayuda al padre Paneloux.

- Es la gordura. He tenido que hacer un esfuerzo.

Con el brazo fuera de la portezuela, el doctor pasó su dedo por la base del cuello que Michel le enseñaba; una especie de nudo de madera se había formado.

- Acuéstese, tómese la temperatura, volveré a verle esta tarde.

El conserje se fue, y Rieux preguntó al padre Paneloux que pensaba de esta historia de las ratas.

- ¡Oh!, dijo el sacerdote, debe de ser una epidemia, y sus ojos sonrieron tras unas gafas redondas.

Después de la comida, Rieux releía el telegrama de la casa de salud que le anunciaba la llegada de su esposa, cuando sonó el teléfono. Era uno de sus antiguos clientes, empleado en la alcaldía, que le llamaba. Hacia tiempo que había tenido un estrechamiento de la aorta y como era pobre, Rieux le había tratado gratuitamente.

- Si, decía el, usted se acuerda de mi. Pero se trata de otra persona. Venga rápido, ha pasado algo en la casa de mi vecino.

Su voz jadeaba. Rieux pensó en el portero y decidió que le vería después. Algunos minutos más tarde franqueaba la puerta de una casa baja, en la calle Faidherbe, en un barrio extremo. En medio de la escalera, fría y maloliente, se encontró a Joseph Grand, el empleado, que bajaba en su busca. Era un hombre de unos cincuenta años, con bigote rubio, alto y encorvado, estrecho de hombros y con los miembros delgados.

- Ya está mejor, dijo llegando hasta Rieux, pero creía que se iba.

Se sonaba. En el segundo y último piso, en la puerta de la izquierda, Rieux leyó, escrito con tiza roja: “Entre, me he ahorcado.”

Entraron. La cuerda colgaba de una viga, por encima de una silla volcada, la mesa apartada en un rincón. Pero colgaba en el vacío.

- Le he descolgado a tiempo, decía Grand, que parecía elegir sus palabras, aunque hablaba un lenguaje de lo mas

sencillo. Justo salía, y he oído un ruido. Cuando he visto el letrero, como explicárselo, he creído que era una broma. Pero oí un gemido extraño, incluso siniestro, se puede decir.

Se rascaba la cabeza:

- A mi parecer, la operación debió ser dolorosa. Naturalmente, entré.

Habían empujado la puerta y se encontraron en el umbral de una habitación luminosa, pero pobremente amueblada. Un hombre pequeño y redondo estaba echado sobre una cama de latón. Respiraba con fuerza y les miraba con unos ojos congestionados. El doctor se detuvo. Entre los intervalos de respiración le pareció oír pequeños gritos de ratas. Pero nada se movía en los rincones. Rieux se fue hacia la cama. El hombre no había caído desde muy alto, ni demasiado bruscamente y las vértebras habían aguantado. Ciertamente con un poco de asfixia. Habría que hacer una radiografía. El doctor le puso una inyección de aceite alcanforado y dijo que todo se arreglaría en unos días.

- Gracias, doctor, dijo el hombre con una voz apagada.

Rieux preguntó a Grand si había dado parte a la comisaría y el empleado se quedó confuso:

- No, dijo, ¡oh! no. Pensé que lo primero...

- Seguro, le cortó Rieux, ya lo haré yo.

Pero en ese momento el enfermo se agitó y se incorporó del lecho protestando que estaba bien y que no hacía falta.

- Cállese, dijo Rieux. No es ningún problema, créame, y es necesario que haga una declaración.

- ¡Oh!, dijo el otro.

Y se echó de nuevo hacia atrás para sollozar. Grand, que manoseaba su bigote, al cabo de un momento, se acercó a él.

- Vamos, señor Cottard, dijo. Intente comprender. Se puede decir que el doctor es responsable. Si, por ejemplo, pensaseis en repetir...

Pero Cottard dijo, entre sus sollozos, que no lo volvería a intentar, que había sido solo en un momento de locura y que solo deseaba que le dejaran en paz. Rieux redactaba una receta.

- Entendido, dijo. Dejemos esto, volveré en un par de días. Pero no haga locuras.

En el rellano le dijo a Grand que estaba obligado a hacer su declaración, pero que le pediría al comisario que no hiciese su informe hasta dos días más tarde.

- Hay que vigilarle esta noche. ¿Tiene familia?

- No la conozco. Pero puedo vigilarle yo mismo.

Sacudía la cabeza.

- A él mismo, sépalo usted, no puedo decir que le conozca. Pero tenemos que ayudarnos entre todos. En los pasillos de la casa Rieux miró maquinalmente y le preguntó a Grand si las ratas habían desaparecido totalmente de su barrio.

El empleado no lo sabía. Le habían hablado, ciertamente, de esta historia, pero no había prestado mucha atención a los ruidos del barrio.

- Tengo otras preocupaciones, dijo.

Rieux le estrechó la mano. Tenía prisa por ver al conserje, antes de escribir a su mujer.

Los vendedores de los diarios de la tarde anunciaban que la invasión de las ratas se había parado. Pero Rieux

encontró a su enfermo, con medio cuerpo fuera de la cama, una mano sobre el vientre y la otra alrededor del cuello, vomitando con grandes arcadas una bilis rosácea, en un cubo de basura. Después de muchos esfuerzos, sin aliento, el conserje se recostó. Tenía fiebre de treinta y nueve y medio, los ganglios del cuello y de los miembros se habían hinchado más, manchas negruzcas se extendían por sus flancos. Se quejaba de un dolor interior.

- Me quema, decía, este cerdo me quema.

Su boca, fuliginosa le hacía masticar las palabras y miraba al doctor con ojos globulosos y el dolor de cabeza le hacía llorar. Su mujer miraba a Rieux con ansiedad, y este permanecía mudo.

- Doctor, decía ella, ¿que le pasa?

- Puede ser cualquier cosa. Pero aún no hay nada seguro. Hasta esta noche, dieta y depurativos. Que beba mucho.

Ciertamente el conserje estaba devorado por la sed.

Vuelto a su casa, Rieux llamó a su colega Richard, uno de los médicos más importantes de la ciudad.

- No, le dijo Richard, no he visto nada extraordinario.

- ¿Ni fiebre ni inflamaciones locales?

- ¡Ah!, si, dos casos con los ganglios inflamados.

- ¿Anormalmente?

- Hey, dijo Richard, lo normal, ya sabe usted...

Por la noche, el conserje deliraba y, con cuarenta grados, se quejaba de las ratas. Rieux intentó un absceso de fijación. Sobre la quemadura de la terebentina, el conserje aulló: ¡Ah! ¡Esos cerdos!”

Los ganglios habían crecido más, duros y leñosos al tacto. La mujer del conserje enloquecía.

- Vigílele, le dijo el doctor, y llámeme si hay motivo.

A la mañana siguiente, 30 de abril, una brisa templada soplaba en un cielo azul y húmedo. Traía un olor a flores que venía de los barrios más lejanos. Los ruidos de la mañana por las calles parecían mas vivos, más alegres de de costumbre. En toda nuestra pequeña ciudad, descargada del sordo temor en que había vivido durante la semana, este día era el del renacimiento. El mismo Rieux, tranquilizado por una carta de su mujer, bajó a casa del conserje con ligereza. Y, en efecto, por la mañana, la fiebre había bajado a treinta y ocho. Debilitado, el enfermo sonreía en su cama.

- ¿Esto va mejor, verdad, doctor?, dijo su mujer.

- Esperemos todavía.

Pero a medio día, la fiebre subió de golpe a cuarenta grados, el enfermo deliraba sin parar, y los vómitos se reanudaron. Los ganglios del cuello eran dolorosos al tacto y el conserje parecía tener su cabeza lo mas alejada posible de su cuerpo. Su mujer, sentada a los pies de la cama, las manos sobre la colcha, tocando suavemente los pies del enfermo. Miraba a Rieux.

- Escúcheme, dijo este, hay que aislarle e intentar un tratamiento de excepción. Telefono al hospital y le trasladaremos en ambulancia.

Dos horas después, en la ambulancia, el doctor y la mujer se inclinaban hacia el enfermo. De su boca, llena de fungosidades fragmentos de palabras salían: “¡Las ratas!”, decía el. Verduzco, los labios cerúleos, los párpados hinchados, la respiración entrecortada y corta, rota por los ganglios, encogido en el fondo de su cama, como si el hubiese querido encerrarse sobre si o como si alguna cosa, llegada del fondo de la tierra, le llamase sin tregua, el

conserje se ahogaba por un peso invisible. La mujer lloraba.

- ¿Ya no hay esperanza, doctor?
- Está muerto, dijo Rieux.

3

La muerte del conserje, se puede decir, marcó el final de este periodo lleno de signos desconcertantes y el principio de otro, relativamente más difícil, donde la sorpresa de los primeros tiempos se transformó poco a poco en pánico. Nuestros conciudadanos, se dieron cuenta a pesar de todo, nunca hubiesen creído que nuestra pequeña ciudad pudiese ser un lugar particularmente designado para que las ratas se muriesen a la luz del sol ni que los conserjes pudiesen de enfermedades extrañas. Desde este punto de vista, estaban equivocados y debían revisar sus ideas. Si todo se hubiese detenido aquí, la costumbre sin duda se hubiese olvidado. Pero otros, entre nuestros conciudadanos, y que no siempre eran ni conserjes ni pobres, debieron seguir el camino en el cual M.Michel había sido el primero. Fue a partir de ese momento que el miedo, y la reflexión con el, empezaron.

Mientras tanto, y antes de entrar en los detalles de estos nuevos acontecimientos, el narrador cree útil dar, en el periodo que acaba de ser descrito, la opinión de otro testigo. Jean Tarrou, que ya lo hemos conocido a principios de esta narración, había fijado su residencia en Orán

algunas semanas antes y vivía, por esos tiempos, en un gran hotel del centro. Aparentemente parecía bastante desahogado para vivir de sus rentas. Pero, a pesar de que la ciudad se hubiese habituado poco a poco a él, nadie podía decir de donde venía ni el porqué estaba aquí. Se le encontraba en todos los lugares públicos. Desde el principio de la primavera, se le había visto mucho por las playas, nadando a menudo con manifiesto placer. Buena persona, se le veía siempre riendo, parecía ser amigo de todos los placeres normales, sin ser su esclavo. De hecho, la única costumbre que se le conocía era el frecuentar asiduo de los bailarines y de los músicos españoles, bastante numerosos en nuestra ciudad.

Sus escritos, de cualquier modo, constituían por ellos mismos una especie de crónica de este difícil periodo. Pero se trataba de una crónica muy particular que parecía obedecer a una toma de postura muy insignificante. A simple vista, se podría creer que Tarrou veía las cosas y los seres desde la óptica grande del catalejo (generalmente). En el desarrollo general, se esforzaba en hacerse el historiador de quien no tiene historia. Se puede lamentar haber tomado ese partido y a sospechar la dureza de su corazón. Pero solo nos quedan lo que esas anotaciones nos han dejado de su crónica en ese periodo; una cantidad de detalles secundarios que tienen no obstante su importancia y cuya misma extrañeza impedirá que se juzgue demasiado de prisa a este personaje.

Las primeras notas tomadas por Jean Tarrou datan de su llegada a Orán. Ellas muestran, desde el principio, una curiosa satisfacción por encontrarse en una ciudad tan fea en sí misma. Encontramos la descripción detallada de dos

leones de bronce que adornan la alcaldía, consideraciones benévolas sobre la ausencia de árboles, las casas faltas de gracia y el plano absurdo de la ciudad. Tarrou mezcla todavía diálogos oídos en los tranvías y por las calles, sin añadir comentarios, salvo un poco después, por una de esas conversaciones, en referencia a uno llamado Camps. Tarrou había oído la conversación entre dos revisores de tranvía:

- ¿Tu has conocido bien a Camps?, decía uno.
- ¿Camps? ¿Uno mayor con un bigote negro?
- Así es. Estaba en el cambio de agujas.
- Si, así es.
- Pues bien, se ha muerto.
- ¡Ah! ¿Cuándo?
- Después de la historia de las ratas.
- ¡Anda! ¿Y que le pasó?
- No lo se, la fiebre. Además estaba muy débil. Tuvo abscesos en las axilas. No lo resistió.
- Tenía un aspecto como todo el mundo.
- No, tenía el pecho débil y era músico en el Orfeón. Siempre soplando en un pistón, eso desgasta.
- ¡Ah!, dijo el segundo, cuando se está enfermo no hay que tocar un instrumento de viento.

Después de estas informaciones, Tarrou se preguntaba porqué Camps había entrado en el Orfeón contra su interés personal y cuales habían sido las profundas razones que le habían conducido a arriesgar su vida en los desfiles dominicales.

Tarrou pareció después haber estado favorablemente impresionado por una escena que se desarrollaba con frecuencia bajo el balcón que daba enfrente de su ventana.

Su habitación daba a una pequeña calle transversal donde unos gatos dormían a la sombra de la pared. Pero todos los días, después de comer, a las horas en que toda la ciudad dormitaba por el calor, un viejo pequeño aparecía en un balcón, al otro lado de la calle. Con el cabello blanco y bien peinado, de pie y severo con su traje de corte militar, llamaba a los gatos con un “mis, mis”, al tiempo distante y suave. Los gatos levantaban sus ojos pálidos de sueño, sin moverse todavía. El viejo rompía pequeños trozos de papel por encima de la calle, y los gatos, atraídos por esta lluvia de mariposas blancas, avanzaban por en medio de la calle, alargando una pata indecisa hacia los últimos trozos de papel. El viejo escupía entonces sobre los gatos con fuerza y precisión. Si uno de los salivazos acertaba su objetivo, se reía.

Al final parecía que Tarrou había sido seducido por el carácter comercial de la ciudad cuya apariencia, su animación e incluso los placeres parecían estar conducidos por las necesidades de negocio. Esta singularidad (es el término empleado por las anotaciones) recibía la aprobación de Tarrou y una de sus frases elogiosas terminaba por la exclamación: “¡Por fin!”. Son los únicos lugares donde las notas del viajero, en estas fechas, parecen tener un carácter personal. Es difícil distinguir su significado de lo que es serio. Así es que después de haber relatado que el descubrimiento de una rata muerta había empujado al cajero del hotel a cometer un error en su nota, Tarrou había añadido, con una escritura menos limpia de lo habitual: “Pregunta: ¿que hacer para no perder el tiempo? Respuesta: Probarlo en toda su extensión. Medios: pasar días en la sala de espera de un dentista, en una silla

incómoda; vivir en su balcón el domingo por la tarde; escuchar conferencias en una lengua que no se entiende, elegir los itinerarios de los caminos más largos y lo menos cómodos, y viajar de pié, obviamente; hacer cola en las taquillas de los espectáculos y no ocupar su sitio, etc.” Pero en seguida después de estas libertades de lenguaje o de pensamiento, las notas inician una detallada descripción de los tranvías de nuestra ciudad, de su forma de navecilla, de su color indeciso, su suciedad habitual, y termina estas consideraciones por un “es notable” que no explica nada.

He aquí las indicaciones dadas por Tarrou sobre la historia de las ratas:

“Hoy, el viejo pequeño de enfrente está enfadado. No hay gatos. Han desaparecido, atraídos por las ratas muertas que se encuentran en gran cantidad por las calles. A mi parecer, no se trata de que los gatos se coman las ratas muertas. Recuerdo que los míos lo detestaban. Esto no impedía que debiesen correr por las bodegas y que el viejo pequeño estuviese descontento. Está menos bien peinado, menos fuerte. Se ve inquieto. Al cabo de un momento había vuelto a entrar. Pero había escupido una vez, al vacío.

“En la ciudad, han parado un tranvía porque se había descubierto una rata muerta, no se sabía de donde había salido. Dos o tres mujeres habían bajado. Quitaron la rata y el tranvía siguió.

“En el hotel, el vigilante nocturno, que es un hombre de fiar, me ha dicho que esperaba alguna desgracia con todas estas ratas. “Cuando las ratas abandonan el barco...” Le respondí que era cierto en el caso de los barcos, pero que nunca se había visto en las ciudades. Pero su predicción estaba hecha. Le pregunté que desgracia según el se podía

esperar. No lo sabía, la desgracia era imposible de prever. Pero no se habría asombrado si un terremoto hiciese acto de presencia. He reconocido que era posible y me ha preguntado si no me asustaba.

“-La única cosa que me interesa, le he dicho, es encontrar la paz interior.”

Me ha comprendido perfectamente.

“En el restaurante del hotel hay toda una familia muy interesante. El padre es un hombre grande y delgado, vestido de negro, con cuello duro. Tiene la mitad del cráneo calvo y dos puñados de pelo gris, a derecha e izquierda. Dos ojos pequeños y duros, una nariz pequeña, una boca horizontal, le dan un aire de una lechuza educada. Llega siempre el primero a la puerta del restaurante, se aparta, deja pasar a su mujer, pequeña como una rata negra, y entra entonces, apoyándose en los talones, un chiquillo y una niña vestidos como perros sabios. Llegados a la mesa, espera que su mujer tome su lugar, se sienta, y los dos caniches pueden entonces sentarse. Trata de “usted” a su mujer y a sus hijos, le dice cosas desagradablemente educadas a la primera y palabras definitivas a los herederos:

“-Nicole, ¡es usted soberanamente antipática!

“Y la niña está a punto de llorar. Es lo que debe.

“Esta mañana, el chiquillo estaba excitado por la historia de las ratas. Ha querido decir una palabra en la mesa:

“-No se habla de ratas en la mesa, Philippe. Le prohíbo en un futuro pronunciar esa palabra.

“-Vuestro padre tiene razón, dice la rata negra.

“Los dos caniches han metido su nariz en su comida y la lechuga ha agradecido con un gesto de cabeza que no dijese más.

“A pesar de este buen ejemplo, se habla mucho en la ciudad de esta historia de las ratas. El periódico ha intervenido. La crónica local, que por costumbre es muy variada, está ahora ocupada enteramente en una campaña contra la municipalidad: “¿Se han percatado nuestros ediles del peligro que pueden ser los cadáveres putrefactos de estos roedores?” El director del hotel no habla de otra cosa. Pero el también está molesto. Descubrir ratas en el ascensor de un hotel honorable le parece inconcebible. Para consolarle le he dicho:

“-Pero todo el mundo está aquí.

“-Justamente, me ha contestado, ahora somos como todo el mundo.

“Ha sido el quien me ha hablado de los primeros casos de esta fiebre sorprendente que nos empieza a inquietar. Una de sus camareras lo ha cogido.

“- Pero seguramente no es contagioso, se ha apresurado a precisar.

“Le he dicho que esto me es igual.

“- ¡Ah! Ya veo. El Señor es como yo, el Señor es fatalista

“Yo no había dicho nada parecido y además no soy fatalista. Se lo he dicho...”

Es a partir de ese momento que las notas de Tarrou comenzaron a hablar con un poco mas de detalle de esta fiebre desconocida que ya empezaba a inquietar al público. Notando que el pequeño viejo había al fin encontrado sus gatos con la desaparición de las ratas, y rectificaba pacientemente sus tiros. Tarrou añadía que ya se

podía citar una docena de esta fiebre, donde la mayor parte habían sido mortales.

A título documental podemos al fin reproducir el retrato del doctor Rieux por Tarrou. Mientras que el narrador pudiese juzgar, el era bastante fiel:

“Parece treinta y cinco años. Talla mediana, Cara casi rectangular, los ojos sombríos y derechos, pero las mandíbulas salientes. La nariz es fuerte y regular. Cabellos negros cortados muy corto. La boca es arqueada con los labios llenos y casi siempre cerrados. Tiene un poco el aire de un paisano siciliano con su piel curtida., su pelo negro y sus vestidos de tintes siempre oscuros, pero que le caen bien.

“Anda deprisa. Desciende las aceras sin cambiar su ritmo, pero dos o tres veces sube a la acera opuesta dando un ligero salto. Está distraído al volante de su auto y deja a menudo las flechas de dirección levantadas, incluso después que ya ha efectuado al curva. Siempre con la cabeza descubierta y el aire informado.”

4

Las cifras de Tarrou eran exactas. El doctor Rieux sabía algo. El cuerpo del conserje, aislado, había telefoneado a Richard para preguntarle por estas fiebres inguinales.

- No comprendo nada, dijo Richard, Dos muertos, uno en cuarenta y ocho horas, el otro en tres días. Había dejado al

último con todas las apariencias de la convalecencia, por la mañana.

- Avísame si tenéis otros casos, dijo Rieux.

Llamó entonces a otros médicos. La encuesta hecha así le dio una veintena de casos parecidos en pocos días. Casi todos habían sido mortales. Preguntó entonces a Richard, presidente de la orden de los médicos en Orán, por el aislamiento de algunos nuevos enfermos.

- Pero yo no puedo hacer nada, dijo Richard, harían falta medidas de prefectura. Por otra parte, ¿quien le dice que haya peligro de contagio?

- Nadie me lo ha dicho, pero los síntomas son inquietantes.

Richard, no obstante, creía que no había calidad. Todo lo que podía hacer era hablar al prefecto.

Pero mientras se hablaba, se estaba perdiendo el tiempo. Al día siguiente de la muerte del conserje, grandes brumas cubrieron el cielo. Lluvias diluvianas y breves se abatieron sobre la ciudad; un calor tormentoso seguía a estos bruscos aguaceros. El mismo mar había perdido su azul profundo y, bajo el brumoso cielo, tomaba adquiría reflejos de plata o de hierro, dolorosos para la vista. El calor húmedo de esta primavera hacía desear los ardores del verano. En la ciudad construía en caracol sobre su plataforma, apenas abierta al mar, reinaba una triste torpeza. En medio de sus largos muros enlucidos, en medio de las calles con vitrinas polvorientas, en los tranvías de un amarillo sucio, uno se sentía un poco prisionero del cielo. Solamente el viejo enfermo de Rieux triunfaba con su asma para alegrarse de este tiempo.

- Esto hierve, decía el, es bueno para los bronquios.

Hervía, es verdad, pero ni mas ni menos que una fiebre. Toda la ciudad tenía fiebre, al menos esa era la impresión que perseguía al doctor Rieux, la mañana en que se dirigía a la calle Fadherbe, a fin de asistir a la encuesta sobre la tentativa de suicidio de Cottard. Pero esta impresión no le parecía razonable. La atribuía a la tensión y a las preocupaciones a que estaba sometido y admitió que era urgente que pusiera un poco de orden en sus ideas.

Cuando llegó, el comisario aún no estaba aquí. Grand esperó en el rellano y decidieron entrar primero en su casa, dejando la puerta abierta. El empleado del ayuntamiento habitaba en dos habitaciones, muy sobriamente amuebladas. Solo destacaba un estante de madera blanca adornado con dos o tres diccionarios, y un cuadro negro sobre el que aun se podía leer, medio borradas, las palabras “avenidas floridas”. Según Grand, Cottard había pasado bien la noche. Pero se había despertado, por la mañana, con dolor de cabeza e incapaz de ninguna reacción. Grand parecía cansado y nervioso, se paseaba a lo largo y a lo ancho, abriendo y cerrando sobre la mesa un grueso dossier lleno de hojas manuscritas.

Le explicó al doctor que conocía poco a Cottard, pero que le suponía una pequeña renta. Cottard era un hombre extraño. Durante mucho tiempo, sus relaciones se habían limitado a uno saludo por la escalera.

- Solo he tenido dos conversaciones con el. Hace unos días, se me cayeron en el rellano una caja de tizas que me llevaba a casa. En ese momento, Cottard, salía de su casa y me ayudó a recogerlas. Me preguntó para que servían esas tizas de distintos colores.

Grand le explicó que intentaba estudiar un poco de latín. Desde el Liceo sus conocimientos se habían interrumpido.

- Si, dijo al doctor, me han asegurado que es útil para conocer mejor el sentido de las palabras francesas.

El escribía las palabras latinas en la pizarra. Copiaba con la tiza azul la parte de las palabras que cambiaban con frecuencia las declinaciones y las conjugaciones, y con la tiza roja, las que no cambiaban nunca.

- No se si Cottard lo entendió bien, pero pareció interesado y me pidió una tiza roja. Me quedé un poco sorprendido pero... No podía adivinar que le serviría para su proyecto.

Rieux le preguntó cual fue el tema de su segunda conversación. Pero, acompañado de su secretario, el comisario llegaba y quería primero escuchar las declaraciones de Grand. El doctor le avisó que Grand, hablando de Cottard, le llamaba siempre “el desesperado”. Incluso empleó en un momento dado la expresión “resolución fatal”. Discutieron sobre el supuesto motivo del suicidio y Grand se mostró muy cauto en la elección de los términos. Se detuvo al final en las palabras “preocupaciones íntimas”. El comisario preguntó si nada dejaba prever lo que el llamaba “su determinación”.

- Ayer llamó a mi puerta, dijo Grand, para pedirme cerillas. Le di mi caja. El se excusó diciéndome que entre vecinos...Después me aseguró que me devolvería la caja. Yo le dije que se la quedase.

El comisario preguntó al empleado si Cottard no le había parecido extraño.

- Lo que me pareció extraño fue que parecía tener ganas de querer conversar. Pero yo estaba trabajando.

Grand se volvió hacia Rieux y añadió, con un aire preocupado:

- Un trabajo personal.

El comisario quiso ver entonces al enfermo. Pero Rieux pensó que era preferible preparar antes a Cottard de esa visita. Cuando entró en la habitación de este último, estaba vestido solo con una bata grisácea, erguido en su cama y mirando hacia la puerta con una expresión de ansiedad.

- ¿Es la policía, no?

- Si, dijo Rieux, pero no se preocupe. Dos o tres formalidades y le dejaremos en paz.

Pero Cottard respondió que eso no servía para nada y que no le gustaba la policía. Rieux pareció impacientado.

- A mi tampoco me gusta. Se trata de responder de prisa y correctamente a sus preguntas, para acabar de una vez.

Cottard se calló y el doctor se volvió hacia la puerta. Pero el hombrecillo le llamó y le cogió de las manos cuando estuvo cerca de la cama:

- ¿No se puede tocar a un enfermo, a un hombre que se ha colgado, no, doctor?

Rieux se lo pensó un momento y le aseguró que nunca había sido esa la cuestión, y que más bien era para proteger al enfermo. Este pareció tranquilizarse y Rieux hizo entrar al comisario.

Se leyó a Cottard el testimonio de Grand y se le preguntó si podía precisar los motivos de su acto. El contestó solo y sin mirar al comisario que “preocupaciones íntimas, eso era”. El comisario se apresuró a decir si pretendía volver a intentarlo. Cottard, animándose, respondió que no, y que solo deseaba que le dejaran en paz.

- Le informo, dijo el comisario con un tono irritado, que por el momento, es usted la que interfiere en la de los demás.

Pero a un signo de Rieux, lo dejó así.

- Piense, suspiró el comisario al salir, que tenemos muchas otras cosas que hacer, desde que se habla de esta fiebre...

Le preguntó al doctor si la cosa era tan seria y Rieux le dijo que no lo sabía.

- Es cuestión de tiempo, así es, concluyó el comisario.

Sin duda era cuestión de tiempo. Todo se complicaba a medida que avanzaba el día y Rieux notaba crecer su aprensión en cada visita. La noche de ese mismo día, en el barrio, un vecino del viejo enfermo se apretaba las ingles y vomitaba en medio del delirio. Los ganglios eran bastante más grandes que los del conserje. Uno de ellos comenzaba a supurar y, pronto, se abrió como una fruta mala. Vuelto a su casa, Rieux telefoneó al depósito de productos farmacéuticos del departamento. Sus notas profesionales mencionan solo en esta fecha: “Respuesta negativa”. Y ya le estaban llamando de fuera para casos similares. Había que abrir los abscesos, era evidente. Dos golpes de bisturí, en cruz y los ganglios vomitaban una mezcla de puré y de sangre. Los enfermos sangraban mucho, pero unas manchas aparecían en el vientre y en las piernas, un ganglio dejaba de supurar y después se volvía a hinchar. La mayor parte de las veces el enfermo moría, con un hedor insoportable.

La prensa, tan habladora en el asunto de las ratas, no hablaba de nada. Las ratas morían en la calle y los hombres en sus habitaciones. Y los periódicos solo se ocupaban de

la calle. Pero la prefectura y la municipalidad empezaban a preguntarse. Hasta que cada médico tuvo conocimiento de dos o tres casos, nadie había hecho nada. Pero, en resumen, fue suficiente el que alguien pensase en hacer la suma. La suma producía consternación. En pocos días, los casos mortales se multiplicaron y fue evidente para los que se preocupaban por esta enfermedad tan curiosa que se trataba de una verdadera epidemia. Fue el momento que eligió Castel, un colega de Rieux, mucho mayor que el, para ir a verle.

- Naturalmente, le dijo el, ¿usted sabe de que se trata, Rieux?

- Espero los resultados de los análisis.

- Yo ya lo se. Y no necesito análisis. He hecho una parte de mi carrera en China, y he visto algunos casos en París, hace unos veinte años. Solo que no se han atrevido a llamarle por su nombre, hasta el momento. La opinión pública es sagrada: nada de alarmas, sobretodo ninguna alarma. Y después, como decía un colega: “Es imposible, todo el mundo sabe que ha desaparecido de Occidente.” Si, todo el mundo lo sabe excepto los muertos. Venga, Rieux, sabes tan bien como yo de que se trata.

Rieux reflexionaba. Por la ventana de su despacho miraba la parte de atrás del acantilado pedregoso que cerraba la bahía a lo lejos. El cielo, aunque azul, tenía un resplandor apagado que se dulcificaba a medida que avanzaba el mediodía.

- Si, Castel, dijo, es casi increíble. Pero creo que es la peste.

Castel se levantó y se dirigió hacia la puerta.

- ¿Sabes lo que nos dirán?, dijo el viejo doctor: “Ha desaparecido de los países cálidos desde hace años.”
- ¿Qué es lo que quieren decir con que ha desaparecido?, respondió Rieux, levantando los hombros.
- Si. Y no te olvides: en París, hace casi veinte años.
- Bien. Esperemos que no sea tan grave como lo fue entonces. Pero es verdaderamente increíble.

5

La palabra Peste acababa de ser pronunciada por primera vez. En este punto de la historia que dejó a Bernard Rieux tras su ventana, se permitirá al narrador justificar la incertidumbre y la sorpresa del doctor, ya que aunque con matices, su reacción fue la de la mayoría de nuestros conciudadanos. Las plagas son una cosa común pero se cree difícilmente en las plagas hasta que no nos caen en la cabeza. Ha habido en el mundo tantas pestes como guerras. Y aun así, las pestes y las guerras pillan a todo el mundo desprevenido. El doctor Rieux estaba desprevenido, como lo estaban nuestros conciudadanos, y es así como hemos de comprender sus indecisiones. Es así que hay que comprender también que fuese compartida entre la inquietud y la confianza. Cuando estalla una guerra, la gente dice: “No durará mucho, es demasiado tonta” Y sin duda una guerra es una solemne tontería, pero esto no la impide durar. La tontería insiste siempre, nos daríamos cuenta si no estuviésemos siempre pensando en nosotros.

Nuestros conciudadanos en este tema eran como todo el mundo, pensaban en ellos mismos, dicho de otra manera, eran humanistas: no creían en las plagas. Las plagas no están hechas a la medida del hombre, se dice pues que las plagas son irreales, que es una pesadilla que pasará. Pero no siempre pasan, y de pesadilla en pesadilla, son los hombres los que pasan, y los humanistas en primer lugar, porque no han tomado sus precauciones. Nuestros conciudadanos no eran más culpables que otros, se olvidaban de ser modestos, eso es todo, y pensaban que todo aun era posible para ellos, lo que presuponía que las plagas eran imposibles. Continuaban haciendo negocios, preparaban viajes y tenían opiniones. ¿Cómo habrían de pensar en la peste que suprime el porvenir, los desplazamientos y las discusiones? Se creían libres y nadie será nunca libre mientras haya plagas.

Incluso cuando el doctor Rieux hubo reconocido antes su amigo que un puñado de enfermos dispersos acababan de morir de la peste, el peligro seguía siendo irreal para él. Simplemente, cuando se es médico uno se hace una idea del dolor y se tiene un poco más de imaginación. Mirando su ciudad por la ventana, que no había cambiado, era apenas si el doctor sentía nacer en él ese ligero asco ante el porvenir que se llama inquietud. Intentaba recordar en su mente lo que sabía de esa enfermedad. Las cifras flotaban en su memoria y se decía que la treintena de grandes pestes que ha conocido la historia había ocasionado cerca de cien millones de muertos. ¿Pero que son cien millones de muertos? Cuando se hace una guerra, casi no se sabe ya lo que es un muerto. Y ya que un hombre muerto no tiene peso si no es que se le ha visto muerto, cien millones de

cadáveres sembrados a través de la historia no son más que una humareda en la imaginación. El doctor recordaba la peste de Constantinopla que, según Procopio, ocasionó diez mil víctimas en un día. Diez mil muertos son cinco veces el público de un cine grande. He aquí lo que habría que hacer. Se junta a la gente a la salida de cinco cines, se les conduce a una plaza de la ciudad y se les hace morir en un montón, para verlo un poco claro. Al menos se podría ponerles un rostro conocido sobre este montón anónimo. Pero, naturalmente, es imposible hacerlo, y además ¿quien conoce diez mil caras? Para empezar, gente como Procopio no sabían contar, eso se sabe. En Cantón, hacía setenta años, cuarenta mil ratas se murieron de la peste antes que la plaga se interesase por los habitantes.. Pero, en 1871, no había manera de contabilizar las ratas. Se hacía un cálculo aproximado, a ojo, con posibilidades evidentes de error. Por tanto, si una rata mide treinta centímetros de largo, cuarenta mil ratas puestas en fila medirían...

El doctor se impacientaba. Se dejaba llevar y no era necesario. Algunos casos no hacen una epidemia, y basta con tomar precauciones. Había que atenerse a lo que se sabía, el estupor y la postración, los ojos rojos, la boca sucia, los dolores de cabeza, los bubones, la terrible sed, el delirio, las manchas en el cuerpo, el destrozo interior, y al final de todo eso... Al final de todo eso, una frase le recordaba al doctor Rieux, una frase que terminaba justamente en su manual de enumeraciones de síntomas: “El pulso se vuelve filiforme y la muerte sobreviene por un movimiento insignificante” Si, al final de todo eso, se estaba pendiente de un hilo y las tres cuartas partes de la

gente, era la cifra exacta, estaban bastante impacientes para hacer ese movimiento imperceptible que los precipitaría.

El doctor seguía mirando por la ventana. Des un lado del cristal, el fresco cielo de la primavera, y del otro lado la palabra que todavía resonaba en la estancia: la peste. La palabra no solo contenía lo que la ciencia quería poner, pero además una larga fila de imágenes extraordinarias que no coincidían con esta ciudad amarilla y gris, moderadamente animada a esta hora, zumbadora más que ruidosa, feliz en suma, si es posible ser a la vez feliz y triste. Una tranquilidad tan pacífica y tan indiferente negaba casi sin esfuerzo las viejas imágenes de una plaga, Atenas apestada y desierta de pájaros, las ciudades chinas llenas de agonizantes silenciosos, los presidiarios de Marsella apilando en agujeros los cuerpos chorreantes, la construcción en Provenza del gran muro que debía parar el furioso viento de la peste, Jaffa y sus horrorosos mendigos, las camas húmedas y podridas pegadas a la tierra batida del hospital de Constantinopla, los enfermos sacados con ganchos, el carnaval de médicos enmascarados durante la Peste negra, los coitos de los vivos en el cementerio de Milán, las carretas de muertos en Londres aterrorizado, y las noches y los días llenos, por doquier y siempre, del interminable grito de los hombres. No, todo esto no era aun bastante fuerte para matar la paz de este día. Del otro lado del cristal, el timbre de un tranvía invisible resonaba de pronto y rechazaba en un segundo la crueldad y el dolor. Solo el mar, al final del tablero triste de las casas, testimoniaba lo que hay de inquietante y de nunca tranquilo en el mundo. Y el doctor Rieux, que miraba hacia el golfo, pensaba en estas hogueras de que hablaba Lucrecio y que

los Atenienses atacados por la enfermedad elevaban ante el mar. Se llevaba a los muertos durante la noche, pero faltaba sitios en la plaza y los que vivían se daban golpes con las antorchas para colocar a los que habían sido sus seres queridos, manteniendo luchas sangrientas antes de abandonar sus cadáveres. Se podían imaginar las hogueras enrojecidas ante el agua tranquila y oscura, los combates de antorchas en la noche crepitante de chispas y de espesos vapores envenenados subiendo hacia el cielo atento. Se podía temer...

Pero este vértigo era irrazonable. Es verdad que la palabra “peste” se había pronunciado, es verdad que en el mismo minuto la plaga sacudía y mataba a una o dos víctimas. Pero esto se podía parar. Lo que había que hacer, era reconocer claramente lo que debía ser reconocido, ahuyentar las sombras inútiles y tomar las medidas convenientes. Después, la peste se detendría, porque la peste no se imaginaba o se imaginaba falsamente. Si se detuviese, que sería lo más probable, todo iría bien. En caso contrario, se sabría lo que era y i no había medio de detenerla primero para vencerla después.

El doctor abrió la ventana y el ruido de la ciudad lo invadió todo. De un almacén vecino subía el silbido breve y repetido de una sierra mecánica. Rieux se estremeció. Aquí estaba la certeza, en el trabajo de cada día. El resto eran hilos y movimientos insignificantes, no se podía parar. Lo principal era hacer bien el trabajo.

El doctor Rieux estaba pensando cuando le anunciaron la visita de Joseph Grand. Empleado en la alcaldía, y aunque sus ocupaciones fuesen de lo mas diversas, se le utilizaba periódicamente en el servicio de estadística, en su estado civil. Así había sido encargado de las sumas de los decesos. Respetuoso de natural, había aceptado a llevar el mismo a casa del doctor Rieux una copia de sus resultados.

El doctor vio entrar a Grand con su vecino Cottard. El empleado blandía una hoja de papel.

Las cifras suben, doctor, dijo: once muertos en cuarenta y ocho horas.

Rieux saludó a Cottard y le preguntó como se encontraba. Grand explicó al doctor que Cottard había querido agradecer al doctor y a excusarse por las molestias que le había causado. Pero Rieux estaba mirando la hoja de las estadísticas:

- Vamos, dijo Rieux, hay que decidir ya a llamar a esta enfermedad por su nombre. Hasta ahora hemos tonteado.

Pero venga conmigo, tengo que ir al laboratorio.

- Si, si, decía Grand mientras bajaban las escaleras tras el doctor. Hay que llamar a las cosas por su nombre. Pero, ¿Cuál es ese nombre?

- No se lo puedo decir, de todas maneras no le sería útil.

- ¿Lo ve?, sonrió el empleado. No es tan fácil.

Se dirigieron hacia la plaza de Armas. Cottard seguía callado. Las calles empezaban a llenarse de gente. El crepúsculo fugitivo de nuestro país reculaba ya ante la noche y las primeras estrellas aparecían por el horizonte aun limpio. Algunos segundos más tarde, las lámparas por

encima de las calles obscurecieron todo el cielo mientras se encendían y el ruido de las conversaciones pareció subir de tono.

- Perdóneme, dijo Grand, al llegar al rincón de la plaza de Armas, pero debo coger mi tranvía. Mis siestas son sagradas. Como se dice en mi país: “No hay que esperar nunca al mañana...”

Rieux había notado esta manía que tenía Grand, nacido en Montelimar, de invocar locuciones de su país y de añadir entonces fórmulas banales que no existían en ninguna otra parte como “Un tiempo de sueño” o “ un alumbrado mágico”.

- Ah, dijo Cottard, es verdad. No se le puede sacar de casa después de comer.

Rieux preguntó a Grand si trabajaba para la alcaldía. Grand repuso que no, trabajaba para el.

- Ah, dijo Rieux por decir alguna cosa, ¿y como le va?

- Desde que hace años que trabajo, forzosamente. Aunque desde otro punto de vista, no hay mucho progreso.

- Pero, en resumen, ¿de que se trata?, dijo el doctor, parándose.

Grand farfulló algo encasquetándose su sombrero redondo en sus grandes orejas, y Rieux comprendió vagamente que se trataba de alguna cosa sobre el desarrollo de una personalidad. Pero el empleado les dejaba ya y subía por el boulevard del Marne, bajo los ficus, con un paso ligero. En el umbral del laboratorio, Cottard dijo al doctor que le gustaría visitarle para pedirle consejo. Rieux que manoseaba en sus bolsillos la hoja de las estadísticas, le invitó a ir a su consulta, después, recordando, le dijo que

iría a su barrio por la mañana y que le pasaría a ver a mediodía.

Al dejarle Cottard, el doctor se acordó de Grand. Le imaginaba en medio de una peste, y no de esta, que no sería importante, sin duda, pero de una de las grandes pestes de la historia. “Es la clase de hombre que se salva en estos casos.” Se acordaba de haber leído que la peste salvaba a los hombres débiles y que destruía a las complexiones fuertes. Y siguiendo pensando, el doctor encontraba en el empleado algo misterioso.

A primera vista, en efecto, Joseph Grand no era nada más que un pequeño empleado de alcaldía del que tenía el aspecto. Alto y delgado, flotaba en medio de los trajes que elegía, siempre demasiado grandes, con la ilusión de que le durarían mas. Si conservaba aun la mayor parte de sus dientes en sus encías inferiores, había perdido por el contrario las de su mandíbula superior. Su sonrisa, que le levantaba sobre todo el labio superior, le daba así una boca oscura. Si añadimos a este retrato un caminar de seminarista, el arte de pasar rozando las paredes y de deslizarse por las puertas, un perfume de sótano y de humo, todos los signos de la insignificancia, reconoceremos que solo se le podía imaginar delante de una mesa de despacho, aplicándose a revisar tarifas de los baños-ducha de la ciudad o a reunir para un joven redactor los elementos de un informe relativo a una nueva tasa sobre recogida de basuras caseras. Incluso para un espíritu no prevenido, parecía haber estado puesto en el mundo para ejercer las funciones discretas más indispensables de auxiliar municipal temporal a sesenta y dos francos y treinta céntimos por día.

En efecto era la mención que decía poner sobre las hojas de empleo, en el apartado de la palabra “calificación”. Cuando veintidós años antes, a la salida de un permiso que, por falta de dinero, no podía continuar, había aceptado ese empleo donde le habían dicho, decía, podía obtener una “titulación” rápida. Se trataba solo de dar durante un tiempo pruebas de su competencia sobre las delicadas cuestiones que ponía la administración de nuestra ciudad. Después, sino fallaba, le habían asegurado de poder obtener un puesto de redactor que le permitiría vivir cómodamente. Ciertamente no era la ambición que lo que movía a Joseph Grand, lo demostraba con una sonrisa melancólica. Pero la perspectiva de una vida material asegurada por medios honestos y, teniendo la posibilidad de ocuparse sin remordimientos a sus ocupaciones favoritas le agradaba mucho. Si había aceptado el ofrecimiento que le habían hecho, fue por motivos honorables y, si se puede decir, por fidelidad a un ideal.

Hubo muchos años que este estado de cosas provisionales se eternizaba, la vida había aumentado en proporciones desmesuradas, y el salario de Grand, aunque tuvo algunas aumentos generales, aun era irrisorio. Se quejó a Rieux, pero nadie parecía apercibirse. Es aquí que encontramos la originalidad de Grand, o al menos uno de sus signos. Hubiese podido, en efecto, hacer valer, sino sus derechos, de los que no estaba seguro, al menos de las seguridades que le habían dado. Pero, primero que el jefe de la oficina que le había empleado había muerto hacía mucho tiempo, y el empleado, a fin de cuentas, no se acordaba de los términos exactos de la promesa que se le había hecho. En fin, Joseph Grand no encontraba palabras.

Es esta peculiaridad la que mejor caracterizaba a nuestro conciudadano, como Rieux pudo constatar. Es esa la que le impedía siempre la carta de reclamación que pensaba, o tomar la decisión que las circunstancias exigían. Si se le cree, se sentía particularmente impedido de emplear la palabra “derecho” sobre la cual no estaba seguro, ni la de “promesas” que habría implicado que reclamaba su deuda y habría tenido, en consecuencia la osadía, poco compatible, con la modestia de las funciones que ocupaba. Por otra parte, rechazaba utilizar los términos de “benevolencia”, “solicitar”, “gratitud”, que pensaba que no se llevaban bien con su dignidad personal. El caso es que, falto de encontrar la palabra justa, nuestro conciudadano continuó ejerciendo sus oscuras funciones hasta una edad bastante avanzada. El resto, y según lo que le decía al doctor Rieux, se dio cuenta de que su vida personal estaba asegurada, de todas maneras, puesto que le bastaba adaptar sus necesidades a sus recursos. Reconoció también la justicia de una de las palabras favoritas del alcalde, un importante industrial de nuestra ciudad, que afirmaba con fuerza que al final (e insistía sobre esa palabra que tenía todo el peso de la razón), al final pues, no se había visto nunca a nadie morir de hambre. En todo caso, la vida casi ascética que llevaba Joseph Grand le había quitado toda sospecha en este sentido. Continuaba buscando sus palabras.

En un cierto sentido, se podía decir que su vida era ejemplar. Era de esos hombres, raros en nuestra ciudad como en cualquier otra parte, que tienen siempre el valor de sus buenos sentimientos. Lo poco que decía de si mismo, testimoniaba bondades y afectos que no se encuentran hoy en día. No se ruborizaba al decir que amaba

a sus sobrinos y a su hermana, la única pariente que le quedaba y a la que iba a ver cada dos años, de visita a Francia. Reconocía que el recuerdo de sus padres, muertos cuando aun era joven, le apesadumbraba. No rehusaba admitir que quería por encima de todo una cierta campana de su barrio que sonaba dulcemente sobre las cinco de la tarde.. Pero para evocar emociones tan simples sin embargo, cualquier palabra le costaba mil esfuerzos. Al final, esta dificultad había sido su mayor preocupación. “Ah, doctor, decía, como me gustaría aprender a expresarme.” Se lo decía a Rieux cada vez que le encontraba.

El doctor, esa tarde, viendo irse al empleado, comprendió de golpe lo que Grand había querido decir: escribía sin duda un libro o algo parecido. Justo en el laboratorio donde acudió al final, esto aseguraba Rieux. Sabía que esta impresión era estúpida, pero no acababa de creerse que la peste pudiese de verdad instalarse en una ciudad donde se podían encontrar funcionarios modestos que cultivaban honorables manías. Exactamente, no se imaginaba el lugar de esa clase de manías en medio de la peste y creía que prácticamente la peste no tenía porvenir entre nuestros conciudadanos.

Por la mañana, gracias a la insistencia de una jueza desplazada, Rieux obtenía la convocatoria en la prefectura de una comisión sanitaria.

- Es verdad que la población está inquieta, reconoció Richard. Y después las habladurías lo exageran todo. El prefecto me ha dicho: “Hagámoslo deprisa, si usted quiere, pero en silencio.” Aún estaba persuadido que se trataba de una falsa alarma.

Bernard Rieux llevó en su coche a Castel camino de la prefectura.

- ¿Sabe usted, le dijo Castel, que el departamento no tiene suero?

- Lo se. He telefoneado al depósito. El director estaba en la inopia. Hay que hacerlo venir desde París.

- Espero que no tarden mucho.

- Ya he telegrafiado, respondió Rieux.

El prefecto estuvo amable pero nervioso.

- Empecemos, señores, dijo. ¿Debo resumir la situación?

Richard pensaba que era inútil. Los médicos conocían la situación. La cuestión solo era saber que medidas eran las que se tenían que adoptar.

- La cuestión, dijo con brutalidad el viejo Castel, es saber si se trata de la peste o no.

Dos o tres médicos se exclamaron. Los demás parecían dudar. En cuanto al prefecto, se sobresaltó y se volvió maquinalmente hacia la puerta, como para verificar que había impedido que esta enormidad se hubiese extendido por los pasillos. Richard declaraba que, según su opinión, no había que ceder a la locura; se trataba de una fiebre con complicaciones inguinales, era todo lo que se podía decir, las hipótesis, en la ciencia como en la vida, eran siempre

peligrosas. El viejo Castel, que mordisqueaba tranquilamente su mostacho amarillento, levantó sus ojos claros hasta Rieux. Después devolvió una mirada benevolente a la asistencia y recalcó que el sabía bien que era la peste, pero que, bien entendido, reconocerla oficialmente obligaría a tomar medidas drásticas. Sabía que era, en el fondo, lo que hacía recular a sus colegas y que por consiguiente admitía para su tranquilidad que no fuese la peste. El prefecto se inquietó y declaró, que en cualquier caso, esa no era una buena manera de razonar.

- Lo importante, dijo Castel, no es que esta manera de razonar sea buena, sino que nos haga reflexionar.

Como quiera que Rieux permaneciese callado, le pidieron su opinión:

- Se trata de una fiebre de tipo tifoideo, pero acompañado de vómitos y de bubones. He practicado la incisión a los bubones. He podido también solicitar análisis de laboratorio que cree reconocer al bacilo rechoncho de la peste. Para acabar, he de decir de todas maneras que ciertas modificaciones específicas del microbio no coinciden con la descripción clásica.

Richard subrayó que esto autorizaba los titubeos y que habría que esperar a los resultados estadísticos de la serie de análisis, empezada hacía algunos días.

- Cuando un microbio, dijo Rieux, tras un corto silencio, es capaz en tres días de cuadruplicar el volumen de una rata, de dar a los ganglios mesentéricos el volumen de una naranja y la consistencia de la carne hervida no hay que titubear. Los focos de infección se extienden rápidamente. A la velocidad en que la enfermedad se extiende, si no se consigue parar, peligra la mitad de la población en dos

meses. Por tanto, no importa que lo llaméis peste o fiebre de crecimiento. Solo importa evitar que mate a la mitad de la población.

Richard opinaba que no había que verlo todo tan negro y que el contagio aún no había sido probado, ya que los parientes de sus enfermos todavía estaban indemnes.

- Pero otros están muertos, indicó Rieux. Bien entendido, el contagio no es nunca obligado, sino obtendríamos un crecimiento matemático infinito y una despoblación fulminante. No se trata de ver negras las cosas. Se trata de tomar precauciones.

Richard, no obstante, pensaba resumir la situación recordando que para parar esta enfermedad, si no se paraba ella misma, había que aplicar graves medidas profilácticas previstas por la ley; y que para hacer eso, había que reconocer oficialmente que se trataba de la peste; que la certeza no era absoluta en este sentido y que, en consecuencia, esto pedía una reflexión.

- La cuestión, insistía Rieux, no se trata de saber si las medidas previstas por la ley son graves, sino si son necesarias para impedir que la mitad de la población de la ciudad muriese. El resto era un tema administrativo y, justamente, nuestras instituciones han previsto un prefecto para regular estas cuestiones.

- Sin duda, dijo el prefecto, pero yo necesito que ustedes reconozcan oficialmente que se trata de una epidemia de peste.

- Si no la reconocemos, dijo Rieux, corremos el peligro de que mate a la mitad de la ciudad.

Richard intervino con nerviosismo.

- La verdad es que nuestro colega cree que es la peste. Su descripción del síndrome lo prueba.

Rieux dijo que no había descrito ningún síndrome, que había descrito lo que había visto. Y lo que había visto eran los bubones, las manchas, fiebres delirantes y fatales en cuarenta y ocho horas. ¿Es posible que M. Richard cargase con la responsabilidad de afirmar que la epidemia se pararía sin tomar medidas de rigurosa profilaxis?

Richard titubeó y miró a Rieux:

- Sinceramente, dígame lo que piensa, ¿tiene usted la seguridad que se trata de peste?

- Usted plantea mal el problema. No es una cuestión de vocabulario, es una cuestión de tiempo.

- ¿Lo que usted piensa, dijo el prefecto, sería que, incluso si no se tratase de la peste, las medidas profilácticas indicadas en tiempos de peste tendrían que ser aplicadas?

- Si es necesario que de mi opinión, en efecto sería esta.

Los médicos se consultaron y Richard acabó por decir:

- Tenemos que tomar la responsabilidad de ejercer como si la enfermedad fuese la peste.

La fórmula fue calurosamente aprobada:

- ¿Es también vuestra opinión, querido colega?

- La fórmula me es indiferente, dijo Rieux. Digamos solamente que no debemos actuar como si la mitad de la población no estuviese en peligro de morir, pues entonces si lo sería.

En medio de la excitación general, Rieux se marchó. Algunos momentos después, en el barrio que olía a pescado y a orina, una mujer que aullaba a la muerte, con las ingles ensangrentadas, se volvió hacia el.

Al día siguiente de la conferencia, la fiebre hizo aún una pequeña subida. Se publicó incluso en los periódicos, pero bajo una forma benigna, ya que se contentaron con hacer pequeñas alusiones. A los dos días, como mucho, Rieux pudo leer pequeños anuncios blancos que la prefectura había conseguido pegar por los rincones más discretos de la ciudad. Era difícil entresacar de esos anuncios la prueba que las autoridades llevaban las riendas de la situación. Las medidas no eran draconianas y parecía haber tenido que sacrificar muchas cosas con el deseo de no inquietar a la opinión pública. El exordio del bando anunciaba, es cierto, que algunos casos de una fiebre perniciosa, de la que aun no se podía decir si era contagiosa, habían hecho su aparición en la comuna de Orán. Estos casos no eran lo suficientemente característicos para llegar a ser inquietantes y no se tenía duda que el pueblo sabría mantener su sangre fría. Sin embargo, y con un espíritu de prudencia que todo el mundo comprendería, el prefecto había tomado algunas medidas preventivas. Comprendidas y aplicadas como tenía que ser, estas medidas estaban destinadas a parar de golpe cualquier amenaza de epidemia. En consecuencia, el prefecto no dudaba ni por un instante que sus administrados contribuirían al máximo con su esfuerzo personal.

El anuncio explicaba entonces las medidas generales, entre las que la desratización científica por inyección de

gases tóxicos en las alcantarillas y una vigilancia extrema de las aguas. Se recomendaba a los habitantes una extrema limpieza e invitaba a los portadores de pulgas a presentarse en los dispensarios municipales. Por otra parte las familias tenían obligatoriamente que declarar los casos diagnosticados por el médico y consentir al aislamiento de sus enfermos en las salas especiales del hospital. Estas salas estaban mejor equipadas para curar a los enfermos en el mínimo de tiempo y con las máximas garantías de curación. Algunos artículos suplementarios explicaban la desinfección obligatoria de la habitación del enfermo y del vehículo de transporte. El resto se limitaba a recomendar a los más próximos a someterse a vigilancia sanitaria.

El doctor Rieux se alejó bruscamente del letrero y reemprendió su marcha hacia la consulta. Joseph Grand que le esperaba, levantó los brazos cuando le vio.

- Si, dijo Rieux, lo se, las cifras aumentan.

Por la noche, una docena de enfermos habían sucumbido en la ciudad. El doctor dijo a Grand que tal vez le viese esa noche, porque iría a visitar a Cottard.

- Tiene usted razón, dijo Grand. Le hará bien, pues yo le encuentro cambiado.

- ¿Cómo de cambiado?

- Se ha vuelto cortés.

- ¿No lo era antes?

Grand titubeó. No podía decir que Cottard fuese descortés, no habría sido justo. Era un hombre huraño y silencioso que tenía un poco la pinta del jabalí. Su habitación, un restaurante modesto, y salidas misteriosas, era la vida de Cottard. Oficialmente era representante de vinos y licores. De tanto en tanto recibía la visita de dos o

tres hombres que debían ser sus clientes. Por la noche, algunas veces iba al cine que estaba frente a su casa. El empleado había dicho que las preferencias de Cottard eran las películas de gánsters. De cualquier manera, el representante vivía solo y desconfiado.

Todo esto, según Grand, había cambiado mucho:

- No se como decirlo, pero tengo la impresión, verá usted, que busca reconciliarse con la gente, que quiere poner a todos de su lado. Me habla con frecuencia, me pide para salir con el y no me atrevo a rechazarlo. Por lo demás, me interesa, y al fin y al cabo, le he salvado la vida.

Después de su tentativa de suicidio, Cottard no había recibido ninguna visita. Por las calles, con los proveedores, buscaba las simpatías. Nunca se había tanta calidez hablando con los tenderos, tanto interés en escuchar a una estanquera.

- Esta estanquera, decía Grand, era una verdadera víbora. Se lo dije a Cottard, pero me contestó que me equivocaba y que tenía buenos sentimientos, lo que me faltaba era saber encontrarlos.

Dos o tres veces, Cottard había llevado a Grand a restaurantes y cafeterías lujosos de la ciudad. Le había dado por frecuentarlos.

- Estoy bien, decía, y además en buena compañía.

Grand se había percatado de las atenciones personales para con el representante y comprendió la razón al observar las succulentas propinas que dejaba. Cottard parecía muy sensible a las amabilidades con que le pagaban su vuelta. Un día en que el maître le había acompañado y ayudado a ponerse su sobretodo, Cottard había dicho a Grand:

- Es una buena persona, se lo puedo asegurar.

- ¿Asegurar que?

Cottard había vacilado.

- Bien, que no soy una mala persona.

El resto, tenía saltos de humor. Un día que el tendero se había mostrado menos amable, volvió a su casa enfurecido:

- Le pasa con los otros, este crápula, decía.

- ¿Qué otros?

- Todos los otros.

Grand había asistido a una curiosa escena en casa de la estanquera. En medio de una animada conversación, aquella había hablado de un arresto reciente que había sonado mucho en Argel. Se trataba de un joven empleado de comercio que había matado a un árabe en una playa.

- Si metiesen a toda esa chusma en la cárcel, dijo la tendera, la gente honrada podría respirar.

Pero se tuvo que interrumpir ante la súbita agitación de Cottard que se había marchado de la tienda, sin una palabra de disculpa. Grand y la estanquera le habían visto marcharse, con los brazos colgantes.

Por otra parte, Grand debía señalar a Rieux otros cambios en el carácter de Cottard. Este último había tenido siempre unas opiniones muy liberales. Su frase favorita: “Los grandes siempre se comen a los pequeños”, lo evidenciaba. Pero desde hacía un tiempo solo compraba el periódico bien pensante de Orán y no se podía ocultar que hacía una cierta ostentación en leerlo en lugares públicos. Incluso, algunos días después de haberse levantado, había rogado a Grand que fuese a Correos, y que enviase cien francos, como todos los meses a una hermana alejada. Pero en el momento en que Grand se iba:

- Envíele doscientos francos, dijo Cottard, será una buena sorpresa para ella. Cree que no me acuerdo de ella, aunque la verdad es que la quiero mucho.

También tuvo con Grand una curiosa conversación. Este se había visto obligado a contestar algunas preguntas de Cottard intrigado por el pequeño trabajo del que se ocupaba cada noche.

- Bien, había dicho Cottard, usted escribe un libro.

- Si lo quiere decir así, ¡pero es más complicado que todo eso!

- ¡Ah!, había gritado Cottard, me gustaría hacer como usted.

Grand pareció sorprendido y Cottard balbuceó que un artista debía tener bien arregladas sus cosas.

- ¿Porqué?, había dicho Grand.

- Bien, porque un artista tiene mas derechos que los demás, todo el mundo lo sabe. Le pasan más cosas.

- Vamos, dijo Rieux a Grand, la mañana de los letreros, la historia de las ratas le hace desvariar, como a tantos otros, eso es todo. Aún se tiene miedo de la fiebre.

Grand contestó:

- No lo creo, doctor, si quiere usted mi opinión...

La camioneta de la desratización pasó bajo su ventana con un gran estruendo. Rieux se calló hasta que fue posible hacerse entender y preguntó distraídamente cual era la opinión del empleado. El otro le miraba seriamente:

- Es un hombre, dejo, que tiene algo que reprocharse.

El doctor levantó los hombros. Como decía el comisario, tenía otras cosas en que pensar.

Por la tarde Rieux tuvo una conferencia con Castel. Los sueros no llegaban.

- Al fin y al cabo, preguntó Rieux, ¿nos serían útiles? Este bacilo es extraño.

¡Oh!, dijo Castel, no soy de su opinión. Estos bichos tienen siempre un cierto aire original. Aunque, en el fondo, son lo mismo.

- Usted lo supone al menos. Tampoco sabemos nada de todo esto.

- Evidentemente lo supongo. Pero todo el mundo está en eso.

Durante todo el día, el doctor sintió crecer el pequeño vértigo que le poseía cada vez que pensaba en la peste. Al final reconoció que tenía miedo. Entró dos veces en cafeterías llenas de gente. El también, como Cottard necesitaba calor humano. Rieux encontraba esto estúpido pero sirvió para recordarle que había prometido una visita a Cottard.

Por la noche, el doctor encontró a Cottard ante la mesa de su comedor. Cuando entró sobre la mesa estaba una novela policiaca abierta. Pero la noche ya estaba avanzada y, ciertamente, debía ser difícil leer en la oscuridad. Cottard mas bien debía unos minutos antes estar sentado y reflexionar en la penumbra. Rieux le preguntó como estaba. Cottard, sentándose, gruñó que estaba bien, pero que seguramente estaría mejor si nadie se preocupase de él. Rieux le comentó que no siempre se podía estar solo.

- ¡Oh!, no es eso. Hablo de la gente que se preocupa por darle problemas.

Rieux callaba.

- No es mi caso, entiéndalo bien. Pero leía esta novela. Se trata de un desgraciado al que detienen una mañana, de pronto. Se hablaba de él en los despachos, se inscribía su

nombre en unas fichas. ¿Usted lo ve justo? ¿Cree usted que hay derecho a hacerle eso a un hombre?

- Eso depende, dijo Rieux. En cierto sentido nunca se tiene ese derecho, es verdad. Pero todo esto es secundario. No tiene que quedarse mucho tiempo encerrado. Tiene usted que salir.

Cottard pareció abatirse, dijo que solo hacía eso y que, si era necesario, todo el barrio podría atestiguar lo mismo. Fuera del mismo barrio, no le faltaban relaciones.

- ¿Conoce a M. Rigaud, el arquitecto? Es uno de mis amigos.

La oscuridad espesaba la habitación. La calle del barrio se animaba y una exclamación sorda y aliviada saludó fuera, en el momento en que los faroles se encendieron. Rieux se fue hasta el balcón y Cottard le siguió. De todos los rincones de los alrededores, como cada noche en nuestra ciudad, una ligera brisa arrastraba murmullos, olores de comida cocinada, el zumbido alegre y oloroso de la libertad que llenaba poco a poco las calles, invadidas por una juventud ruidosa. La noche, los grandes gritos de los navíos invisibles, el rumor que subía del mar y de la muchedumbre que pasaba, esta hora que Rieux conocía bien y que le gustaba, le parecía hoy opresiva a causa de todo lo que sabía.

- ¿Podemos encender la luz?, le dijo a Cottard.

Una vez encendida la luz, el hombrecillo le miró con ojos parpadeantes:

- Dígame, doctor, si yo me pusiese enfermo, ¿usted me atendería en el hospital?

- ¿Porqué no?

Cottard preguntó entonces si había pasado que se detuviese a alguien estando en una clínica o en un hospital. Rieux le dijo que si lo había visto pero que eso dependía del estado del enfermo.

- Yo, dijo Cottard, tengo confianza en usted.

Después preguntó al doctor si quería llevarle a la ciudad en su auto.

En el centro de la ciudad las calles estaban ya menos pobladas y las luces menos encendidas. Unos niños jugaban aún ante sus puertas. Cuando Cottard se lo pidió, el doctor paró su coche ante un grupo de estos niños. Jugaban a tres en raya gritando. Uno de ellos, con el cabello negro engominado, la raya perfecta y la cara sucia, miraba a Rieux con sus ojos claros e intimidantes. El doctor rehuyó su mirada. Cottard, de pie en la acera, le estrechaba la mano. El representante hablaba con una voz ronca y difícil. Dos o tres veces miró tras de sí.

- La gente habla de epidemia. ¿Es cierto, doctor?

- La gente hablan siempre, es natural, dijo Rieux.

- Tiene usted razón. Y cuando tengamos una docena de muertos, será el fin del mundo. Sólo nos faltaría eso.

El motor rugía. Rieux tenía la mano en la palanca de cambio. Pero miró de nuevo al niño que no había dejado de mirarle con su aspecto grave y tranquilo. De pronto, sin transición, el niño le sonrió con toda su boca.

- ¿Qué es lo que nos faltaría?, preguntó el doctor, sonriendo al niño.

Cottard agarró de golpe la portezuela y, antes de irse, le gritó con una voz lacrimosa y llena de rabia:

- ¡Un terremoto!

No hubo terremoto y la jornada del día siguiente pasó, para Rieux, con largas travesías a lo largo de la ciudad, en conversaciones con las familias de los enfermos, y discutiendo con los mismos enfermos. Nunca antes había encontrado Rieux su profesión tan pesada. Hasta la fecha, los enfermos le facilitaban su trabajo, se le entregaban. Por primera vez el doctor les notaba reticentes, escondidos en el fondo de su enfermedad con una especie de asombro desafiante. Era una lucha a la cual no estaba habituado. Hacia las diez de la noche, su coche se paró ante la casa del viejo asmático que visitaba en último lugar, y Rieux tuvo trabajo para salir de su asiento. Se paró a mirar la oscura calle y las estrellas que aparecían en el cielo negro.

El viejo asmático estaba sentado en su cama. Parecía respirar mejor y contaba los guisantes que hacía pasar de una a otra marmita. Acogió al doctor con una cara alegre.

- ¿Y que, doctor, es el cólera?
- ¿Dónde habéis oído eso?
- En el periódico, y la radio también lo ha dicho.
- No, no es el cólera.
- De todas maneras, dijo el viejo sobreexcitado, ¡van fuertes, eh, los cabecillas!
- No se crea nada, dijo el doctor.

Examinó al viejo y ahora estaba sentado en medio de este comedor miserable. Si, tenía miedo. Sabía que en el mismo barrio una docena de enfermos le esperarían, a la mañana siguiente, encorvados sobre sus bubones. Solo en dos o tres casos la excisión de los bubones había mejorado. Pero a la mayoría les esperaba el hospital y el sabía que el hospital quería decir pobres. “No quiero que sirva para hacer experimentos”, le había dicho la mujer

de uno de los enfermos. No serviría para hacer experimentos, se moriría y eso sería todo. Las medidas adoptadas eran insuficientes, estaba muy claro. En cuanto a las salas “especialmente equipadas”, las conocía: dos pabellones apresuradamente vaciados de los otros enfermos, sus ventanas precintadas y rodeadas de un cordón sanitario. Si la epidemia no se detenía por si misma, no se vencería por las medidas que la administración había imaginado.

Sin embargo, por la noche, los comunicados oficiales eran optimistas. A la mañana siguiente, la agencia Ransdoc anunciaba que las medidas de la Prefectura habían sido acogidas con serenidad y que ya, una treintena de enfermos estaban fichados. Castel había telefoneado a Rieux:

- ¿Cuántas camas ofrecen los pabellones?
- Ochenta.
- ¿Es verdad que hay más de treinta enfermos en la ciudad?
- Están los que tienen miedo y los otros, los más numerosos, los que no han tenido tiempo.
- ¿Los entierros no están vigilados?
- No. He telefoneado a Richard que había que tomar medidas concretas, no frases, y que había que edificar una barrera contra la epidemia o no se hacía nada.
- ¿Y?
- Me ha contestado que no tenía autoridad. Mi opinión es que todo esto va a seguir creciendo.

En efecto, a los tres días, los tres pabellones estuvieron llenos. Richard creía saber que iban a desinfectar una escuela y prever un hospital auxiliar. Rieux esperaba las

vacunas y abría los bubones. Castel volvía a sus viejos libros y hacía muchas consultas en la biblioteca.

- Las ratas se han muerto de la peste o de cualquier cosa que se le parece bastante, concluía. Han puesto en circulación decenas de miles de pulgas que transmitirán la infección siguiendo una proporción geométrica, si no la detenemos a tiempo.

Rieux callaba.

En esta época el tiempo pareció pararse. El sol secaba los charcos de los últimos chaparrones. Hermosos cielos azules desbordantes de una luz amarillenta, los zumbidos de los aviones en el calor naciente, todo en la estación invitaba a la serenidad. En cuatro días sin embargo, la fiebre hizo cuatro saltos sorprendentes: diez y seis muertos, veinticuatro, veintiocho y treinta y dos. El cuarto día se anunció la apertura del hospital auxiliar en una escuela maternal. Nuestros conciudadanos que, hasta ahora, habían seguido ocultando su inquietud por medio de bromas, parecían en las calles más abatidos y más silenciosos.

Rieux decidió telefonear al prefecto.

- Las medidas son insuficientes.
- Tengo las cifras, dijo el prefecto, en efecto son inquietantes.
- Son más que inquietantes, son claras.
- Voy a solicitar órdenes del Gobierno general.

Rieux colgó delante de Castel:

- ¡Órdenes! Se necesita imaginación.
- ¿Y los sueros?
- Llegarán esta semana.

La prefectura, por la intermediación de Richard, pidió a Rieux un comunicado destinado a ser enviado a la capital

de la colonia para solicitar órdenes. Rieux hizo una descripción clínica y de cifras. El mismo día, se contaron una cuarentena de muertos. El prefecto tomó sobre sí, como el decía, aumentar desde el día siguiente las medidas prescritas. La declaración obligatoria y el aislamiento fueron mantenidos. Las casas de los enfermos tenían que ser cerradas y desinfectadas, los parientes sometidos a una cuarentena de seguridad, los entierros organizados por la ciudad en las condiciones que se verán. Un día después, los sueros llegaban por avión. Podían ser suficientes para los casos en tratamiento. Pero eran insuficientes si la epidemia se extendía. Se contestó al telegrama de Rieux que el stock de seguridad se había agotado y que la nueva fabricación había empezado.

Durante ese tiempo, y de todas las zonas aledañas, la primavera llegaba a los mercados. Miles de rosas se marchitaban en las cestas de los comerciantes, a lo largo de las aceras, y su olor dulzón flotaba por toda la ciudad. Aparentemente nada había cambiado. Los tranvías iban siempre llenos a las horas punta, vacíos y sucios durante el día. Tarrou observaba a los pequeños viejecitos y los pequeños viejecitos escupían a los gatos. Grand volvía todas las noches a su casa para su misterioso trabajo. Cottard hacía la ronda y M. Othon, el juez de instrucción, dirigía siempre su oficina. El viejo asmático trasvasaba sus guisantes, y se encontraba a veces al periodista Rambert, con aire tranquilo e interesado. Por las noches, la misma muchedumbre llenaba las calles y las colas se alargaban ante los cines. Por otra parte la epidemia parecía recular y, durante algunos días, se contaron solamente una decena de muertos. Después, de golpe, subió como una flecha. El día

en que la cifra de muertos alcanzó de nuevo la treintena, Bernard Rieux miraba el despacho oficial que el prefecto le había enseñado, diciéndole: “Han tenido miedo.” El parte decía:”Declare el estado de peste. Cierre la ciudad.”

II

A partir de ese momento, hay que decir que la peste fue asunto de todos. Hasta entonces, a pesar de la sorpresa y la inquietud que les había traído estos acontecimientos singulares, cada uno de nuestros conciudadanos había proseguido en sus ocupaciones, como había podido, en su lugar normal. Sin duda eso debía de continuar. Pero una vez las puertas se cerraron, se apercibieron que todos estaban, y hasta el mismo narrador, metidos en el mismo saco y que había que arreglárselas. Es así, por ejemplo, que un sentimiento tan individual como el de la separación de un ser amado se volvió de pronto, y desde las primeras semanas, los de todo un pueblo, y con el miedo, el sufrimiento principal de este tiempo de exilio.

Una de las consecuencias más destacables del cierre de las puertas fue en efecto la brusca separación donde se colocaron a seres que no estaban preparados. Madres e hijos, esposos, amantes que habían creído proceder algunos días antes a una separación temporal, que se habían besado en el andén de nuestra estación con dos o tres consejos, seguros de volver a verse algunos días o semanas más tarde, sumidos en la estúpida confianza humana, a penas distraídos por esta partida de sus preocupaciones

habituales, se vieron de golpe alejados y sin recursos, impedidos de volverse a ver o de comunicarse. El cierre se había hecho unas horas antes que el aviso de la prefectura fuese publicado y, naturalmente, era imposible tomar en consideración los casos particulares. Se puede decir que esta invasión brutal de la enfermedad tuvo como primer efecto el obligar a nuestros conciudadanos a comportarse como sino tuviesen sentimientos individuales. En las primeras horas de la entrada en vigor del comunicado, la prefectura fue asaltada por una multitud de peticionarios que, al teléfono o en persona a los funcionarios, exponían situaciones igualmente importantes y, al mismo tiempo, imposibles de examinar. La verdad es que hicieron falta varios días para que nos diésemos cuenta de que nos encontrábamos en una situación sin parangón, y que las palabras “transigir”, “favor”, y “excepción” no tenían sentido.

Incluso la ligera satisfacción de escribir nos fue rechazada. Por una parte, es verdad que la ciudad no estaba unida al resto del país por los medios de comunicación habituales, y por la otra, un nuevo edicto prohibió el cambio de toda correspondencia, para evitar que las cartas pudiesen ser vehículo de transmisión de la enfermedad. Al principio algunos privilegiados pudieron ponerse en contacto, en las puertas de la ciudad, con los centinelas de los puestos de guardia, que consintieron en pasar algunos mensajes al exterior. Aun eran los primeros días de la epidemia, en unos momentos en que los guardias encontraban natural ceder a movimientos de compasión. Pero al cabo de cierto tiempo, cuando los mismos guardias se persuadieron de la gravedad de la situación, rechazaron

tomar responsabilidades de las que no podían saber el alcance. Las comunicaciones telefónicas interurbanas, autorizadas al principio, provocaron tales acumulaciones en las cabinas públicas y en las líneas, que fueron totalmente suspendidas durante algunos días, y después severamente limitadas a lo que se llamaron casos urgentes, como la muerte, el nacimiento o una boda. Los telegramas fueron entonces nuestro único recurso. Seres que ligaban la inteligencia, el corazón y la carne, fueron reducidos a buscar signos en este antiguo método de comunicación, de las mayúsculas de un despacho de diez palabras. Y como, de hecho, las fórmulas que se pueden usar en un telegrama están pronto agotadas, las largas vías comunes o las pasiones dolorosas se resumieron rápidamente en un intercambio de frases hechas como: “Estoy bien. Pienso en ti. Cariños.”

Algunos de entre nosotros, sin embargo, se obstinaban en escribir e imaginaban sin cesar, para corresponder con el exterior, combinaciones que acababan siempre por revelarse ilusorias. Incluso si algunos de los medios que habíamos imaginado lo conseguían, no sabíamos nada, no recibiendo respuesta. Durante semanas, estuvimos reducidos a recomenzar sin cesar la misma carta, a volver a copiar las mismas llamadas, si bien al cabo de cierto tiempo, las palabras que antes habían salido sangrantes de nuestro corazón se vaciaban de sentido. Las volvíamos a copiar maquinalmente, intentando dar por medio de estas frases muertas un sentido a nuestras difíciles vidas. Y para terminar con este monólogo estéril y terco, a esta conversación árida con una pared, el texto convencional de un telegrama nos parecía preferible.

Por otra parte al cabo de unos días, cuando fue evidente que nadie saldría de nuestra ciudad, tuvimos la idea de pedir si el retorno de los que se habían ido antes de la epidemia podía ser autorizado. Después de algunos días de reflexión, la prefectura respondió afirmativamente. Pero precisó que los repatriados no podrían, en ningún caso, volver a salir de la ciudad y que, si bien eran libres de volver, no lo serían de marcharse. Allí algunas familias, por otra parte pocas, se tomaron la situación a la ligera y desafiando imprudentemente el deseo donde estaban de volver a ver a sus parientes, invitaron a estos últimos a aprovechar la ocasión. Rápidamente los que estaban prisioneros de la peste comprendieron el peligro al que exponían a sus parientes y se resignaron a sufrir aquella separación. En lo peor de la enfermedad, solo se vio un caso donde los sentimientos humanos fuesen más fuertes que el miedo a una muerte dolorosa. Y no fue, como cabía esperar, dos amantes a los que el amor lanzase el uno frente al otro, por encima del sufrimiento. Se trataba solo del viejo doctor Castel y de su mujer, casados desde hacía muchos años. Mme Castel, algunos días antes de la epidemia se había desplazado a un pueblo vecino. No era siquiera uno de estos casos que muestran al mundo el ejemplo de una felicidad ejemplar, y que el narrador está en situación de decir que según todas las probabilidades estos esposos, hasta ahora, no estaban muy seguros de su unión. Pero esta brutal y prolongada separación les había demostrado que no podían vivir el uno sin el otro, y que tras esta verdad reconocida hoy, la peste era poca cosa.

Se trataba de una excepción. En la mayoría de los casos, la separación, era evidente, solo cesaría con la epidemia. Y

para todos nosotros, el sentimiento que tenía nuestra vida y que, nosotros creíamos conocer bien (los Oraneses, ya lo hemos dicho, tienen pasiones simples) tomaba otro cariz. Maridos y amantes que se tenían la mayor confianza en compañía se volvían celosos. Hombres que se creían liberales en amor, se volvían constantes. Los hijos que habían vivido cerca de su madre casi sin mirarla, adoptaban una inquietud y una pena en un pliegue de su cara que atormentaba su recuerdo. Esta separación brutal, de órdago, sin porvenir previsible, nos dejaba desconcertados, incapaces de reaccionar contra el recuerdo de esta presencia, aun tan próxima y a la vez tan lejana, que ahora ocupaba nuestros días. De hecho, nosotros sufríamos dos veces: primero nuestro propio sufrimiento y después el del que imaginábamos en los ausentes, hijos, esposa o amante.

Por otra parte y en otras circunstancias nuestros conciudadanos habrían encontrado una salida en una vida más exterior y más activa. Pero al mismo tiempo la peste les dejaba ociosos, reducidos a dar vueltas por nuestra triste ciudad y dedicados, día tras día, a los juegos decepcionantes del recuerdo. En sus paseos sin horizonte eran conducidos a pasar siempre por los mismos caminos, y la mayor parte del tiempo, en una pequeña ciudad, estos caminos eran precisamente los que en otras épocas habían recorrido con el ausente.

Así la primera cosa que la peste aportó a nuestros conciudadanos fue el exilio. Y el narrador estaba persuadido que puede escribir aquí, en nombre de todos, lo que el mismo había comprobado entonces, ya que lo comprobó al mismo tiempo que muchos de sus conciudadanos. Si, era el sentimiento del exilio que estos

huecos que llevábamos constantemente en nosotros, esta emoción precisa, el deseo irrazonable de volver atrás o al contrario de apresurar la marcha del tiempo, estas flechas ardientes de la memoria. Si, algunas veces, nos dejábamos llevar por la imaginación y nos complacíamos en esperar el toque de corneta de vuelta o unos pasos familiares en la escalera, si, en estos momentos, queríamos olvidar que los trenes estaban detenidos, si nos las arreglábamos entonces para quedarnos en casa a la hora en que, normalmente, un viajero traído por el Express de la noche podía llegar a nuestro barrio, pero bien entendido, estos juegos no podían durar. Llegaba un momento en el cual percibíamos claramente que los trenes no llegaban. Sabíamos entonces que nuestra separación estaba destinada a durar y que teníamos que probar de espabilarnos con el tiempo. Desde entonces, nos reintegrábamos a nuestra condición de prisioneros, estábamos reducidos a nuestro pasado, y si a pesar de ello algunos de entre nosotros tenían la tentación de vivir un futuro, renunciaban rápidamente, al menos todo lo que era posible, comprobando las heridas que al final la imaginación inflinge a los que han confiado en ella.

En particular todos nuestros conciudadanos se privaron de prisa, incluso en público, de la costumbre que habían podido tomar para soportar la duración de la separación. ¿Por qué? Era que incluso los más pesimistas la habían fijado, por ejemplo, en seis meses, cuando habían agotado de sobras toda la amargura de estos meses por venir, aumentando con las dificultades el valor de esta prueba, extendido sus últimas fuerzas para vivir sin desfallecer a la altura de este sufrimiento prolongado sobre tantos días, entonces, tal vez, un amigo que se encontraba, un aviso

dado por un periódico, una sospecha fugitiva o una brusca clarividencia, les daba la idea que, después de todo, no había motivo para que la enfermedad no pudiese durar mas de seis meses, incluso un año, o más.

En este momento, el hundimiento de su valor, de su voluntad y de su paciencia era tan brusco que les parecía que no podrían jamás salir de ese agujero. En consecuencia se obligaban a no pensar jamás en el final de su liberación, a no volver nunca a su porvenir y a mantener, por así decirlo, los ojos bajos. Pero naturalmente, esta prudencia esta manera de jugar con el dolor, de atrincherarse para evitar el combate, estaban mal recompensadas. Al mismo tiempo que evitaban este hundimiento que no querían a ningún precio, se privaban en efecto de esos momentos, en realidad bastante frecuentes, donde podían olvidarse de la peste contemplando las imágenes de su próximo reencuentro. Y por eso, varados a media distancia entre los abismos y las cumbres, flotaban más que vivían, abandonados a días sin dirección y a recuerdos estériles, sombras errantes que no hubiesen podido reforzarse más que aceptando enraizarse en la tierra de su dolor.

Así comprobaban el profundo sufrimiento de todos los prisioneros y de todos los exiliados, que es el vivir con unos recuerdos que no sirven para nada. Este mismo pasado en el que reflexionaban sin cesar solo tenía el regusto de la pena. Habrían querido, en efecto, haberle podido añadir todo lo que lamentaban no haber hecho cuando aún lo podían hacer con aquel o aquella a los que esperaban — incluso a todas las circunstancias, incluso relativamente felices, en su vida de prisioneros, mezclaban al ausente, y lo que eran entonces no les podía satisfacer. Impacientes

por su presente, enemigos de su pasado y privados de futuro, parecíamos a los que la justicia o el odio humanos hacen vivir tras los barrotes. Para acabar, el único medio de escapar a estas vacaciones insoportables era el hacer funcionar de nuevo los trenes de la imaginación y de llenar las horas con los carillones repetidos de una campanilla obstinadamente silenciosa.

Pero si esto era el exilio, en la mayoría de los casos era el exilio en su propia casa. Aunque el narrador no haya conocido nada más que el exilio de todo el mundo, no debe de olvidar a los que, como el periodista Rambert u otros, para quien al contrario, las penas de la separación se amplificaron por el hecho que, viajeros sorprendidos por el correo y retenidos en la ciudad, se encontraban alejados a la vez de los seres con los que no podían reencontrarse y del país que era el suyo. En el exilio general eran los mas exiliados, ya que si el tiempo suscitaba en ellos, como en todos, la angustia que les era propia, ellos estaban también atados al espacio y se tropezaban sin cesar con las paredes que separaban su apestado refugio de su patria perdida. Sin duda eran ellos los que erraban a todas horas del día por la ciudad polvorienta, recordando en silencio las noches que solo ellos conocían y a las mañanas de su país. Alimentaban entonces sus males con signos imponderables y con mensajes desconcertantes como un vuelo de golondrinas, una rosada nocturna, o esos extraños rayos que el sol abandona a veces por las calles desiertas. Este mundo exterior que siempre puede salvar todo, cerraban los ojos en si mismos, empeñados en acariciar sus quimeras demasiado reales y en perseguir con todas sus fuerzas las imágenes de una tierra donde una cierta luz, dos o tres

colinas, el árbol favorito y las caras de mujeres componían un espectáculo irremplazable para ellos.

Al final para hablar más expresamente de los amantes, que son los que más interesan y donde el narrador está quizás mejor colocado para hablar, se encontraban atormentados por otras angustias entre las que se encontraban los remordimientos. Esta situación, en efecto, les permitía considerar su sentimiento con una especie de febril objetividad. Y era raro que, en estas ocasiones, sus propias debilidades no les apareciesen claramente. Se encontraban por primera vez en la dificultad que tenían precisamente de imaginar los hechos y los gestos del ausente. Entonces deploraban su ignorancia donde estaban de su empleo del tiempo; se acusaban de la ligereza con la que habían olvidado informarse y haciendo creer que, para un ser que ama, el empleo del tiempo del amado no es la fuente de todas las alegrías. Les era fácil a partir de ese momento de revisar su amor y examinar sus imperfecciones. En tiempos normales, todos sabíamos, conscientemente o no, que no hay amor que no se pueda superar, por lo tanto, aceptábamos, con más o menos tranquilidad, que el nuestro era mediocre. Pero el recuerdo es más exigente. Y de manera muy consecuente, esta desdicha que nos venía del exterior, y que golpeaba a toda una ciudad, no nos aportaba solo un injusto sufrimiento por lo que nos hubiésemos podido indignar. Nos provocaba también sufrir a nosotros mismos y nos hacía consentir el dolor. Era una de las maneras que tenía la enfermedad de desviar nuestra atención y barajar las cartas.

Así cada uno debe aceptar vivir el día a día, y solo mirar al cielo. Este abandono general que podía a la larga

templar los caracteres empezaba sin embargo por volverlos fútiles. Para algunos de nuestros conciudadanos, por ejemplo, estaban entonces sometidos a otra esclavitud que les ponía al servicio del sol y de la lluvia. Parecía, al verles, que recibían por vez primera y directamente, la impresión del tiempo que hacía. Se les ponía alegre la cara con la simple visita de una luz dorada, mientras que los días de lluvia colocaban un espeso velo en sus caras y en sus pensamientos. Escapaban, algunas semanas antes, a esta debilidad y a esta esclavitud irrazonable porque no estaban solos frente al mundo y que, en cierta medida, el ser que vivía con ellos se colocaba antes su universo. A partir de ese instante, al contrario, se quedaron aparentemente entregados a los caprichos del cielo, es decir que sufrieron y confiaron sin motivo.

En estos extremos de soledad, nadie podía esperar la ayuda del vecino y cada uno se quedaba solo con su preocupación. Si uno de nosotros, por casualidad, trataba de confiarse o decir alguna cosa sobre sus sentimientos, la respuesta que recibía, fuese cual fuese, le hería la mayor parte del tiempo. Se daba cuenta entonces que su interlocutor y el no hablaban de lo mismo. El, en efecto, se explicaba desde el fondo de largas jornadas de rumiar y de sufrimiento y la imagen que quería dar se había forjado durante mucho tiempo en el fuego de la espera y de la pasión. El otro, por el contrario, se imaginaba una emoción convencional, el dolor que se vende en los mercados, una melancolía de serie. Benévola u hostil, la respuesta caía siempre en el vacío, había que renunciar. O al menos, para aquellos a quienes el silencio era insoportable, y ya que los otros no podían entender el verdadero lenguaje del corazón,

se resignaban a adoptar la lengua de los mercados y a hablar, ellos también, de un modo convencional, aquel de la simple relación y de los hechos corrientes, como si fuese una crónica cotidiana. Incluso allí, los dolores más verdaderos tomaron la costumbre de traducirse por fórmulas banales de la conversación. Fue a este precio solamente que los prisioneros de la peste podían obtener la compasión de su portero o el interés de sus oyentes.

Mientras tanto, y esto lo más importante, por dolorosas que fuesen estas angustias, por pesado que fuese este corazón ya vacío, se puede decir que estos exiliados, en el primer periodo de la peste, fueron unos privilegiados. En el mismo momento donde la población empezaba a enloquecer, su pensamiento estaba enteramente volcado hacia el ser que esperaban. Ante el peligro general, el egoísmo del amor les preservaba y, si pensaban en la peste, solo era en la medida en que daban a su separación el peligro de ser eterna. Ellos aportaban también al corazón mismo de la epidemia una distracción saludable que se estaba tentado de confundir por sangre fría. Su desesperación les salvaba del pánico, su desgracia tenía algo de bueno. Por ejemplo, si llegaba el momento en que uno de ellos era vencido por la enfermedad, era casi siempre sin que se pudiese evitar. Extraído de esta conversación interior que el mantenía con una sombra, se lanzaba entonces sin transición en el mas espeso silencio del mundo. No había habido tiempo para nada.

Mientras nuestros conciudadanos intentaban arreglarse con este brusco exilio, la peste ponía guardianes en las puertas y reenviaba a los navíos que hacía ruta hacia Orán. Después del cierre ningún vehículo había entrado en la ciudad. A partir de ese día se tuvo la impresión de que los automóviles se ponían a girar en redondo. El puerto presentaba también un aspecto singular, para los que miraban desde lo alto de los bulevares. La animación habitual que presentaba uno de los primeros puertos de la costa se había apagado bruscamente. Algunos navíos mantenidos en cuarentena aún se veían. Pero sobre los muelles, grandes grúas desmontadas, las vagonetas volcadas de costado, montones solitarios de cajas y de sacos, atestiguaban que el comercio también estaba muerto por la peste.

A pesar de estos espectáculos desacostumbrados, nuestros conciudadanos no acababan de comprender lo que les pasaba. Había sentimientos comunes como la separación o el miedo, pero se continuaba poniendo en primer plano las preocupaciones personales. Nadie había aceptado aún realmente la enfermedad. La mayoría era ante todo sensible a lo que fastidiaba sus costumbres o lesionaba sus intereses. Estaban nerviosos o irritados y eso no son sentimientos que se puedan oponer a la peste. Su primera reacción, por ejemplo, fue la de incriminar a la administración. La respuesta del prefecto, en respuesta a las críticas de las que la prensa se hacía eco (“¿No se podría considerar una flexibilidad de las medidas programadas?”) fue bastante imprevista. Hasta ahora, ni los periódicos ni la agencia Ransdoc habían recibido comunicado oficial de las

estadísticas de la enfermedad. El prefecto les comunicó, día tras día, a la agencia, rogándoles que hiciesen un comunicado semanal.

Aun así, sin embargo, la reacción del público no fue inmediata. En efecto, el comunicado que la tercera semana de peste había causado trecientos muertos no se decía en broma. Por una parte, no todos habían muerto de la peste, y por otra parte, nadie en la ciudad sabía, en tiempos normales, cuanta gente se moría a la semana. La ciudad tenía doscientos mil habitantes. Se ignoraba si esta proporción de decesos era normal. Es el mismo tipo de precisiones en las que no se preocupa nadie, a pesar del interés que evidentemente tiene. La gente no tenía, de alguna manera, de cifras de comparación. No fue más que a la larga, el constante aumento de muertos, cuando la opinión tomó conciencia de la magnitud. La quinta semana lanzó en efecto trescientos veintiún muertos, y la sexta trescientos cuarenta y cinco. El aumento, al menos, era elocuente. Pero no fue lo suficientemente fuerte para que nuestros conciudadanos no se quedasen, a pesar de su inquietud, con la impresión de que se trataba de un accidente sin duda molesto, pero temporal.

Continuaban circulando por las calles y sentándose en las terrazas de las cafeterías. En conjunto, no estaban acobardados, se intercambiaban más bromas que lamentaciones y ponían cara de aceptar con buen humor los inconvenientes evidentemente pasajeros. Las apariencias estaban salvadas. Sin embargo, a finales de mes, y a propósito de la semana de rezos de la que hablaremos más tarde, transformaciones más graves modificaron el aspecto de nuestra ciudad. Ante todo, el prefecto tomó medidas

respecto a la circulación de vehículos y al abastecimiento. El abastecimiento se limitó a la gasolina racionada. Se tomaron incluso medidas para economizar la electricidad. Solo los productos indispensables llegaron por carretera o por aire, a Orán. Así fue como vimos disminuir progresivamente la circulación hasta ser casi nula, los almacenes de lujo cerraron de un día para otro, otros adornaron sus escaparates con pancartas negativas, mientras que filas de compradores se aglomeraban ante sus puertas.

Orán tomó así un aspecto singular. El número de peatones se volvió más numeroso e incluso, en las horas vacías, mucha gente reducida a la inacción por el cierre de los almacenes y de ciertos despachos, llenaban las calles y las cafeterías. Por el momento no estaban aún en paro pero si de vacaciones. Orán daba entonces, hacia las tres de la tarde, por ejemplo, y bajo un hermoso cielo, la impresión equivocada de una ciudad en fiestas donde se hubiese interrumpido la circulación y cerrado los almacenes para permitir el desarrollo de una manifestación pública, y donde sus habitantes hubiesen invadido las calles para participar en los festejos.

Naturalmente los cines se aprovechaban de estas vacaciones generales y tenían grandes ganancias. Pero los circuitos que las películas efectuaban en el departamento estaban interrumpidos. Al cabo de dos semanas, los establecimientos fueron obligados a cambiar sus programas, y al cabo de un tiempo, los cines acabaron por proyectar siempre la misma película. Los ingresos, sin embargo, no disminuían.

Las cafeterías también, gracias a los considerables stocks acumulados en una ciudad donde el comercio de vinos y alcoholes ocupa el primer lugar, pudieron igualmente alimentar a sus clientes. A decir verdad, se bebía mucho. Un café que había anunciado que “el vino mata el microbio”, en la idea ya normal en el público de que el alcohol protegía de las enfermedades infecciosas, aumentó la convicción. Todas las noches, sobre las dos, un número bastante considerable de borrachos expulsados de las cafeterías llenaban las calles y se llenaban de propósitos optimistas.

Pero todos estos cambios, de alguna manera, eran tan extraordinarios y se cumplían tan rápidamente que no era fácil considerarlas como normales y duraderos. El resultado era que continuábamos a poner en primer término nuestros sentimientos personales.

Saliendo del hospital, dos días después del cierre de las puertas, el doctor Rieux encontró a Cottard que alzó su mirada llena de satisfacción. Rieux le felicitó por su aspecto.

- Si, todo va bien, dijo el hombrecillo. ¡Dígame doctor, esta condenada peste, empieza a ser seria, eh!

El doctor lo reconoció. Y el otro constató con una especie de alegría:

- No hay razón para que se pare ahora. Todo va a ser ilógico.

Anduvieron un momento juntos. Cottard explicaba que un gran tendero de su barrio había acumulado productos alimenticios para venderlos con sobreprecio y que habían descubierto latas de conserva bajo su cama, cuando habían ido a buscarle para llevarle al hospital. “Está muerto. La

peste no perdona.” Cottard sabía cantidad de historias, verdaderas o falsas, sobre la epidemia. Se decía, por ejemplo, que en el centro, una mañana, un hombre presentaba signos de peste, y que en el delirio de la enfermedad, se había precipitado fuera, echado sobre la primera mujer que encontró y la había abrazado gritándole que tenía la peste.

- ¡Bien!, decía Cottard, con un tono amable que no iba con lo que había dicho, vamos a acabar todos locos, seguro.

También, por la tarde del mismo día, Joseph Grand acabó haciendo confidencias personales al doctor Rieux. Había visto la fotografía de Mme. Rieux en la mesa de despacho y había mirado al doctor. Rieux le explicó que su esposa se curaba lejos de la ciudad. “En cierto modo, es una suerte.” El doctor le respondió que sin duda era una suerte y que solo había que esperar que su mujer se curase.

- ¡Ah!, dijo Grand, lo comprendo.

Y por primera vez desde que Rieux le conocía, se puso a hablar de todo. Aunque el buscaba todavía las palabras, conseguía encontrarlas casi siempre, como si, después de mucho tiempo, hubiese pensado en lo que tenía que decir.

Se había casado muy joven con una joven pobre de su vecindad. Incluso había interrumpido sus estudios para casarse y buscó un empleo. Ni Jeanne ni él salían nunca de su barrio. El iba a verla a su casa, y los padres de Jeanne se reían un poco de ese pretendiente silencioso y torpe. El padre era ferroviario. Cuando no trabajaba, siempre se le veía sentado en un rincón, cerca de la ventana, pensativo, mirando el movimiento de la calle, con sus enormes manos apoyadas sobre sus piernas. La madre estaba siempre limpiando, y Jeanne la ayudaba. Ella era tan pequeña que

Grand no podía verla cruzar la calle sin angustiarse. Los vehículos le parecían entonces desmesurados. Un día, delante de una tienda de Navidad, Jeanne, que miraba el escaparate, maravillada, se había vuelto hacia el diciéndole: “¡Que bonito es!” y le había estrechado la mano. Fue así como se decidió el matrimonio.

El resto de la historia, según Grand, eras muy simple. Es así para todo el mundo: se casa, se ama aún un poco, se trabaja. Se trabaja tanto que se olvida de amar. Juana también trabajaba, ya que las promesas del jefe del despacho no habían progresado. Aquí, hacia falta un poco de imaginación, para comprender lo que Grand quería decir. Ayudado por el cansancio, se había dejado llevar, se había callado cada vez mas y no había mantenido a su joven mujer la idea de que seguía siendo amada. Un hombre que trabaja, la pobreza, el porvenir cada vez más negro, el silencio de las noches alrededor de la mesa, no hay pasión en ese universo. Probablemente Juana había sufrido. De todos modos se quedó: pasa que se sufre mucho tiempo sin saberlo. Los años habían pasado. Más tarde, ella se fue. Bien entendido, ella no se fue sola. “Te he querido, pero ahora estoy cansada...No soy feliz yéndome, pero no hace falta ser feliz para volver a empezar.” Más o menos, es lo que ella le escribió.

Joseph Grand a su vez había sufrido. Habría podido volver a empezar, como le hizo entender a Rieux, Pero no tenía ganas.

Simplemente, seguía pensando en ella. Lo que habría querido hubiese sido escribirle una carta para justificarse. “Pero era difícil, decía. Hace mucho que pienso. Tanto como nos hemos amado, nos hemos comprendido sin

palabras. Pero no se ama siempre. En un momento dado yo hubiese debido encontrar las palabras que la retuviesen, pero no he podido.” Grand se sonaba con una especie de servilleta a cuadros. Después se secaba sus bigotes. Rieux le miraba.

- Discúlpeme, doctor, dijo el viejo, ¿pero como decirlo?... Tengo confianza en usted. Con usted puedo hablar. Entonces, me emociono.

Visiblemente, Grand estaba a mil leguas de la peste.

Por la tarde, Rieux telegrafiaba a su mujer diciéndole que la ciudad estaba cerrada, que él estaba bien, que debía continuar pendiente de ella misma y que pensaba en ella.

Tres semanas después del cierre de las puertas, Rieux encontró, a la salida del hospital, un joven que le esperaba.

- Supongo, dijo este último, que me reconoce.

Rieux creía conocerle, pero dudaba.

- He venido ante estos acontecimientos, dijo el otro, a pedir noticias sobre las condiciones de vida de los árabes. Me llamo Raymond Rambert.

- ¡Ah, si!, dijo Rieux. Bien, usted tiene ahora un buen motivo para un reportaje.

El otro parecía nervioso. Dijo que no era por esto que le venía a pedir ayuda al doctor Rieux.

- Me disculpo, añadió, pero no conozco a nadie en esta ciudad y el corresponsal de mi periódico tiene la desgracia de ser imbécil.

Rieux le propuso ir andando hasta un dispensario del centro, porque tenía que dar algunas órdenes. Descendieron las callejuelas del barrio negro. La noche se acercaba, pero la ciudad, tan ruidosa otras veces a estas horas, parecía curiosamente solitaria. Algunos toques de clarín en el cielo

aún dorado testimoniaban solo que los militares intentaban hacer creer que cumplían con su oficio. Durante ese tiempo, a lo largo de las abruptas calles, entre las paredes azules, ocre y violetas de las casas moriscas, Rambert hablaba, muy excitado. Había dejado a su mujer en París. A decir verdad no era su mujer, pero era como si lo fuese. La había telegrafiado desde el cierre de la ciudad. Había pensado primero que era una medida provisional y solo había pensado en mantener una correspondencia con ella. Sus colegas de Orán le habían dicho que no podían hacer nada, correos la había reenviado, y una secretaria de la prefectura se le había reído en la cara. Había terminado, después de esperar un par de horas en una fila, para que aceptaran un telegrama donde había escrito: “Todo va bien. Hasta pronto.”

Pero por la mañana, al levantarse, le vino la idea bruscamente, después de todo no sabía el tiempo que todo esto podía durar. Había decidido marcharse. Como estaba recomendado (en su oficio, se dan facilidades) había podido hablar con el director del gabinete de la prefectura, y le había dicho que no tenía relaciones con Orán, que no era su asunto quedarse, que se encontraba aquí por accidente y que era justo que se le permitiese salir, incluso si, una vez fuera, debiese tener que pasar una cuarentena. El director le había dicho que le comprendía muy bien, pero que no se podían hacer excepciones, que lo intentaría, pero que la situación era grave y que no se podía decidir nada.

- Pero además, dijo Rambert, yo soy extranjero en esta ciudad.

- Sin duda, pero esperemos que la epidemia no dure demasiado.

Para acabar, había intentado consolar a Rambert haciéndole ver que en Orán podría encontrar materia para un reportaje interesante y que era un evento que, bien entendido, no tuviese su lado bueno. Rambert levantaba los hombros. Estaban llegando al centro de la ciudad:

- Es estúpido, doctor, ¿me comprende? No estoy puesto en el mundo para hacer reportajes. Pero tal vez estoy en el mundo para vivir con una mujer. ¿No es lo más normal?

Rieux dijo que en todo caso parecía razonable.

Sobre los bulevares del centro, no había el gentío normal. Algunos paseantes se apresuraban hacia sus lejanas viviendas. Nadie sonreía. Rieux pensaba que era el resultado del anuncio Ransdoc que hacía ese día. Al cabo de veinticuatro horas, nuestros conciudadanos volverían a esperar, pero el mismo día las cifras aun estaban muy frescas en la memoria.

- Es que, dijo Rambert sin gritar, ella y yo nos hemos encontrado hace poco y nos entendemos bien.

Rieux no decía nada.

- Pero os estoy aburriendo, dijo Rambert. Solo quería pedirle si usted me pudiese hacer un certificado donde se afirmase que no tengo esa maldita enfermedad. Creo que esto me podría servir.

Rieux aprobó con la cabeza, y recibió a un niño que se le echaba a las piernas, y le condujo dulcemente a sus pies. Volvieron a andar y llegaron a la plaza de Armas. Las ramas del ficus y de las palmera colgaban, inmóviles, grises de polvo, alrededor de una estatua de la República, polvorienta y sucia. Se detuvieron bajo el monumento.

Rieux golpeó el suelo, uno tras otro, sus pies cubiertos de una cubierta blanquecina. Miró a Lambert. El sombrero algo echado hacia atrás, el cuello de la camisa desabrochado bajo la corbata, mal afeitado, el periodista tenía un aspecto obstinado y malhumorado.

- Esté seguro que os comprendo, dijo al fin Rieux, pero su razonamiento no es el bueno. No puedo hacerle ese certificado porque la verdad es que ignoro si usted tiene o no esta enfermedad, y porque incluso en ese caso, no puedo certificar que entre que usted salga de mi despacho y el momento en que entre en la Prefectura, usted no se haya infectado. E incluso...

- ¿Incluso?, dijo Rambert.

- Incluso si yo os diese ese certificado, no os serviría de nada.

- ¿Porqué?

- Porque hay en esta ciudad miles de personas en su caso que no se las puede dejar salir.

- ¿Incluso si no tienen la peste?

No es razón suficiente. Esta historia es estúpida, lo se, pero nos concierne a todos. Hay que tomarla como es.

-¡Pero yo no soy de aquí!

- A partir de ahora, verá, es usted de aquí como todo el mundo.

El otro se animaba:

- Es una cuestión de humanidad, se lo juro. Tal vez no se de usted cuenta de lo que significa una separación como esta para dos personas que se entienden bien.

Rieux no contestó en seguida. Después dijo que creía que el se daba cuenta. Con todas sus fuerzas deseaba que Rambert reencontrase a su mujer y que todos los que se

amasen se reuniesen, pero existían detenidos y leyes, existía la peste, y su papel era hacer lo que fuese necesario.

- No, dijo Rambert, con amargura, usted no lo puede entender. Usted habla el lenguaje de la razón, usted está en la abstracción.

El doctor levantó los ojos sobre la República y dijo que no sabía si hablaba el lenguaje de la razón, pero si que hablaba el de la evidencia y no era la misma cosa. El periodista se colocó la corbata:

- ¿Entonces esto significa que es necesario que me espabile de otra manera? Pero, dijo con una especie de desafío, abandonaré esta ciudad.

El doctor dijo que le entendía, pero que ese no era su problema.

- Si, esto le atañe, dijo Rambert en una explosión súbita. He venido hasta usted porque me han dicho que usted tiene mucho que ver en las decisiones que se toman. Entonces he pensado que, por una vez al menos, usted podría deshacer lo que usted había contribuido a hacer. Pero esto le da lo mismo. Usted no ha pensado en nadie. Usted no ha tenido en cuenta los que están separados.

Rieux reconoció que, en cierto sentido, era verdad, no lo había querido tener en cuenta.

- ¡Ah! Ya veo, dijo Rambert, usted habla de servicio público. Pero el bien público está hecho con la felicidad de cada uno.

- Venga, dijo el doctor que parecía salir de una distracción, es eso y más cosas. No hay que juzgar. Usted se equivoca enfadándose. Si usted puede salir de este asunto yo seré profundamente feliz. Simplemente, hay cosas que mi misión me prohíbe.

El otro movió su cabeza con impaciencia.

- Si, me equivoco al enfadarme. Y ya le he hecho perder demasiado tiempo con todo esto.

Rieux le pidió de mantenerle al corriente de sus adelantos y de no tenerle rencor. Había seguramente un plan sobre el que podrían coincidir. Rambert pareció perplejo de repente:

- Si, creo que si, dijo, después de un silencio, si, lo creo a pesar mío y a pesar de todo lo que me ha dicho.

Y añadió:

- Pero no puedo aprobarlo.

Bajó su sombrero sobre la frente y se marchó con paso rápido. Rieux le vio entrar en el hotel donde habitaba Jean Tarrou.

Después de un momento, el doctor movió la cabeza. El periodista tenía razón en su impaciencia por la felicidad. Pero, ¿tenía razón cuando le acusaba? “Usted vive en la abstracción.” ¿Era verdaderamente una abstracción la de estos días pasados en su hospital donde la peste ponía las picaduras dobles, elevando a quinientos el número medio de víctimas por semana? Si, había en la desgracia una parte de abstracción i de irrealidad. Pero cuando la abstracción se pone a matar, hay que ocuparse muy bien de la abstracción. Y Rieux solo sabía que no era fácil. No era fácil, por ejemplo, dirigir este hospital auxiliar (ahora eran tres) del cual estaba encargado. Había hecho añadir a una sala, que daba al consultorio, una habitación de recepción. El suelo excavado formaba un charco de agua con desinfectante en el centro del cual había un islote de ladrillos. El enfermo era transportado sobre la isla, desnudado rápidamente y sus ropas caían al agua. Lavado, secado, cubierto con el camión rugoso del hospital, pasaba a las manos de Rieux,

y después le transportaban a una de las salas. Habían sido obligados de usar el parque infantil de una escuela que tenía ahora, en total, quinientas camas cuya totalidad estaba prácticamente ocupada. Después de la recepción de la mañana que el mismo dirigía, los enfermos vacunados, los bubones sañados, Rieux verificaba las estadísticas, y volvía a las consultas de la tarde. Al atardecer, por fin, hacía sus domicilios y regresaba a su casa tarde, por la noche. La noche precedente su madre se había percatado, dándole un telegrama de Mme. Rieux, que las manos del doctor temblaban.

- Si, dijo el, pero con el tiempo estaré menos nervioso.

Era fuerte y robusto. De hecho todavía no estaba cansado. Pero sus visitas, por ejemplo, se le hacían insoportables. Diagnosticar la fiebre epidémica suponía sacar inmediatamente al enfermo de casa. Entonces en efecto empezaba la abstracción y la dificultad, pues la familia del enfermo sabía que no verían a este último más que curado o muerto. “¡Piedad, doctor!” decía Mme Loret, la madre de la empleada que trabajaba en el hotel de Tarrou. ¿Qué significa esto? Seguro que el tenía piedad. Pero esto no significaba nada. Había que telefonar. Pronto, se oía la sirena de la ambulancia. Los vecinos, al principio, abrían sus ventanas y miraban. Más tarde, las cerraban precipitadamente. Entonces empezaban las luchas, las lágrimas, la persuasión, la abstracción en suma. En estos departamentos recalentados por la fiebre y la angustia, se desencadenaban escenas de locura. Pero el enfermo era trasladado. Rieux se podía ir.

Las primeras veces se había limitado a telefonar y a correr a visitar otros enfermos, sin esperar la ambulancia.

Pero los parientes habían cerrado entonces su puerta, prefiriendo el cara a cara con la peste a una separación del que conocían la salida. Gritos, injurias, intervenciones de la policía y, más tarde, de las fuerzas armadas, el enfermo era tomado por asalto. Durante las primeras semanas, Rieux estuvo obligado a quedarse hasta la llegada de la ambulancia. Después, cuando cada médico era acompañado en sus visitas por un inspector voluntario, Rieux pudo correr de un enfermo a otro. Pero en los inicios, todas las noches eran como esta noche, cuando entró en la casa de Mme. Loret, en un pequeño apartamento decorado con abanicos y flores artificiales, y fue recibido por su madre que le dijo con una sonrisa mal disimulada:

- Espero que no sea la fiebre de la que todo el mundo habla.

Y él, levantando sábana y camisa, contemplaba en silencio, las manchas rojas sobre el vientre y los muslos, la hinchazón de los ganglios. La madre miraba entre las piernas de su hija y gritaba sin poderse dominar. Todas las noches habían madres que aullaban así, con un aire abstraído ante los vientres que mostraban todos los signos mortales, todas las noches, brazos se agarraban a los de Rieux, palabras inútiles, promesas y llanto se entremezclaban, todas las noches sirenas de ambulancias desencadenaban crisis tan vanas que cualquier dolor. Y al final de este largo recorrido de noches siempre parecidas, Rieux tan solo podía esperar nada más que una larga serie de escenas similares, indefinidamente renovadas. Si, la peste, como abstracción, era monótona. Solo cosa tal vez cambiaba, y era Rieux mismo. Lo notaba esta noche, al pie del monumento a la República, consciente solo de la difícil

indiferencia que empezaba a llenarle, mirando siempre la puerta del hotel por donde Rambert había desaparecido.

Al final de estas exigentes semanas, después de todos estos crepúsculos donde la ciudad se arrojaba a la calle para dar una vuelta, Rieux comprendía que solo tenía que defenderse contra la piedad. Uno se cansa de la piedad cuando la piedad es inútil. Y en la sensación de este corazón encerrado lentamente sobre si mismo, el doctor encontraba el único alivio en estas jornadas abrumadoras. Sabía que facilitaría su tarea. Era por lo que se regocijaba. Hasta que su madre le recibió a las dos de la madrugada, se quejándose de la mirada vacía con que la miraba, encontraba a faltar precisamente el único cariño que Rieux podía entonces recibir. Para luchar contra la abstracción, hay que parecersele un poco. Pero, ¿Cómo podía ser tan sensible como Rambert? La abstracción para Rambert era todo lo que se oponía a su felicidad. Y la verdad era que Rieux sabía que el periodista tenía razón en un cierto sentido. Pero sabía también que llega un momento en que la abstracción se muestra más fuerte que la felicidad y que, entonces y solo entonces, hay que tenerla en cuenta. Es lo que le debió de pasar a Rambert y el doctor pudo enseñarle los detalles por las confidencias que Rambert le hizo después. Pudo así seguir, sobre un nuevo plano, esta especie de lucha desolada entre la felicidad de cada hombre y las abstracciones de la peste, que constituía toda la vida de nuestra ciudad durante un largo periodo.

Pero allí donde unos veían abstracción, otros veían la verdad. El final del primer mes de peste estuvo ensombrecido por un recrudecimiento marcado de la epidemia y una prédica vehemente del padre Paneloux, el jesuita que había asistido al viejo Miguel al principio de su enfermedad. El padre Paneloux se había distinguido ya por sus frecuentes colaboraciones en el boletín de la Sociedad geográfica de Oran, donde sus reconstituciones epigráficas tenían autoridad. Pero él se había ganado una audiencia más importante que la de un especialista dando una serie de conferencias sobre el individualismo moderno. Se había erigido caluroso defensor de un cristianismo exigente, tan alejado del liberalismo moderno como del oscurantismo de siglos pasados. En esta ocasión no había ahorrado decir duras verdades a su auditorio. De aquí su reputación.

Así que hacia finales de este mes, las autoridades eclesiásticas decidieron luchar contra la peste con sus propios medios, organizando una semana de rezos colectivos.. Estas manifestaciones de la piedad pública debían terminar el domingo, en una misa solemne bajo la invocación de San Roque, el santo patrón de la peste. En cierta ocasión se le había pedido al padre Paneloux de tomar la palabra. Después de unos quince días, este se había apartado de sus trabajos sobre San Agustín y la Iglesia africana que le habían conseguido una plaza a parte de su orden. Con una naturaleza fogosa y apasionada, había aceptado con resolución la misión que se le encargaba. Tiempo antes de esta prédica, ya se hablaba en la ciudad, y marcó, de alguna manera, una fecha importante en la historia de este periodo.

La semana fue seguida por numeroso público. No era que en tiempos normales los habitantes de Oran fuesen particularmente piadosos. El domingo por la mañana, por ejemplo, los baños de mar dieron una concurrencia importante a la misa. No era, de todos modos, que una súbita conversión les hubiese iluminado. Pero, por una parte la ciudad cerrada y el puerto prohibido, los baños no eran posibles, y por la otra, se encontraban en un estado espiritual muy particular, donde sin haber admitido en el fondo de ellos mismos los acontecimientos sorprendentes que les golpeaban, sentían muy evidentemente, que alguna cosa había cambiado. Muchos mientras esperaban siempre que la epidemia se pararía y que serían devueltos a sus familias. En consecuencia, ellos no se sentían obligados a nada. La peste solo era para ellos más que una visita desagradable que debía irse un día, ya que un día había llegado. Asustados pero no desesperados, aun no había llegado el momento en que la peste se les apareciera como su misma forma de vida y que olvidarían la existencia que hasta ese momento hubiesen podido llevar. En resumen, estaban a la espera. A parte de la religión, como de otros problemas, la peste les había dado una fortaleza de espíritu singular, tan alejado de la indiferencia como de la pasión, y que bien se podría definir con la palabra “objetividad”. La mayoría de los que siguieron la semana de rezos habrían hecho, por ejemplo, el mismo propósito que uno de los fieles tuvo ante el doctor Rieux: “De todas maneras, esto no nos puede hacer daño”. Tarrou, el mismo, después de haber anotado en sus cuadernos que los chinos, en el mismo caso, fueron a tocar la pandereta ante el genio de la peste, consignaba que era absolutamente imposible de

saber si, en realidad, la pandereta era más eficaz que las medidas profilácticas. Solo añadía que, para zanjar la cuestión, hubiese tenido que ser informado de la existencia de un genio de la peste y que nuestra ignorancia en este sentido esterilizaba todas las opiniones que se pudiesen tener.

La catedral de nuestra ciudad, en cualquier caso, fue poco a poco siendo llenada por los fieles toda la semana. Los primeros días, muchos habitantes se quedaban todavía en los jardines de palmeras y de granados que se extendían ante el porche, para escuchar la marea de invocaciones y de plegarias que se escuchaban hasta en las calles. Poco a poco, con el ejemplo, los mismos oyentes se decidieron a entrar y a mezclar su tímida voz al responso de la asistencia. Y el domingo, un pueblo considerable invadió la nave, desbordando hasta el atrio y los últimos escalones. Después de las vísperas, el cielo se ensombreció y la lluvia caía a cántaros. Los que estaban fuera abrieron sus paraguas. Un olor a incienso y de ropa mojada flotaba en la catedral cuando el padre Paneloux subió al púlpito.

Era de talla mediana, pero tripudo. Cuando se apoyó sobre el borde del púlpito, apretando la barandilla con sus gruesas manos no se vio de él más que una forma espesa y negra superpuesta por las dos manchas de sus rubicundas mejillas, bajo sus gafas de acero. Tenía una voz fuerte, apasionada, que llegaba lejos, y cuando atacó a los asistentes con una sola frase vehemente y dura: “Hermanos, estáis en desgracia, hermanos, la habéis merecido”, un rumor recorrió a todos los asistentes, hasta el atrio.

Lógicamente lo que siguió no parecía unirse a este exordio patético. Fue el discurso que siguió que hizo comprender a nuestros conciudadanos que, mediante un procedimiento oratorio hábil, el padre había dicho en una sola frase, como se asesta un golpe, el tema de su prédica entera. Paneloux, después de esta frase, en efecto, citó el texto del Éxodo relativo a la peste en Egipto, y dijo: “La primera vez que este azote apareció en la historia, fue para golpear a los enemigos de Dios. El Faraón se oponía a los designios eternos, y la peste le hizo caer de rodillas. Desde el principio de toda la historia, el azote de Dios pone a sus pies a los orgullosos y a los ciegos. Meditad esto y caed de rodillas.”

La lluvia arreciaba fuera, y esta última frase, pronunciada en medio de un absoluto silencio, se volvió mas profunda por la crepitación de la lluvia contra los vitrales, resonó con tal magnitud que algunos oyentes, después de un segundo de duda, se dejaron caer desde su silla hasta el reclinatorio. Otros creyeron que había que seguir su ejemplo, y poco a poco, sin otro ruido que el crujido de algunas sillas, todo el auditorio se arrodilló. Paneloux se puso en pie, respiró profundamente y retomó en un tono cada vez más acentuado: “Si, hoy, la peste os mira, ha llegado el momento de reflexionar. Los justos no deben temer esto, pero los malos tienen razón en temblar. En la inmensa granja del universo el azote implacable batirá el trigo humano hasta que el grano sea separado de la paja. Habrá más paja que grano, más llamados que elegidos, y esta desgracia no ha sido querida por Dios. Demasiado tiempo, este mundo ha convivido con el mal, demasiado tiempo, y ha confiado en la misericordia divina. Era suficiente

arrepentirse, todo estaba permitido. Y para arrepentirse, todos se sentían fuertes. Llegado el momento, se comprobaría ciertamente. Así, lo más fácil era dejarse llevar, la misericordia divina haría el resto. Y bien, esto no podía durar. Dios, que durante tanto tiempo, ha puesto sobre los hombres de esta ciudad su cara más piadosa, cansado de esperar, decepcionado en su eterna esperanza, acaba mirando hacia otro lado. ¡Privados de la luz de Dios, henos aquí durante mucho tiempo, sumergidos en las tinieblas de la peste!”

En la sala alguien resopló como un caballo impaciente. Después de una corta pausa, el padre prosiguió en un tono más bajo: “Se lee en la *Leyenda dorada*, que en tiempos del rey Humberto, en Lombardia, Italia fue devastada por una peste tan violenta que apenas los vivos eran suficientes para enterrar a los muertos y esta peste atacó sobre todo a Roma y a Pavia. Un ángel bueno apareció visiblemente dando órdenes a un ángel malo que llevaba una lanza de caza y le ordenó de golpear las casas; y cuantas más veces una casa recibía golpes, tantos más muertos salían de la casa.”

Paneloux tendió sus dos cortos brazos en dirección al atrio, como si enseñase alguna cosa detrás de la cortina móvil de la lluvia: “Hermanos míos, dijo con fuerza, es la misma caza mortal que corre hoy por nuestras calles. Vedle, este ángel de la peste, hermoso como Lucifer y brillante como el mal mismo, subido sobre vuestros techos, llevando en la mano derecha la lanza roja a la altura de su cabeza, y la mano derecha señalando una de vuestras casas. Al instante tal vez su dedo señale vuestra puerta, la lanza resonará sobre la madera; casi al instante la peste entrará en

vuestra casa, se sentará en vuestra habitación y esperará vuestra vuelta. Ella está aquí, paciente y atenta, segura como el mismo orden del mundo. Esa mano que os tenderá, ninguna potencia terrestre y incluí, sabedlo bien, la vana ciencia humana no puede hacer nada para evitarla. Y batidos por el aire sangrante del dolor, seréis echados a la paja.”

Aquí, el padre retomó con más amplitud la patética imagen del azote. Evocó la inmensa pieza de madera girando por encima de la ciudad, pegando al azar y levantándose ensangrentada dispersando en fin la sangre y el dolor humano “Para simientes que prepararían la cosecha de la verdad.

Al final de su largo periodo, el padre Paneloux se detuvo, los cabellos sobre su frente, su cuerpo agitado por un temblor que sus manos comunicaban al púlpito, y retomó, más bajo, pero con un tono acusador: “Si, ha llegado la hora de reflexionar. Habéis creído que sería suficiente visitar a Dios el domingo para ser libres los otros días. Habéis pensado que algunas genuflexiones pagarían suficientemente vuestra imprudencia criminal. Pero Dios no es tibio. Estas relaciones espaciadas no bastaban a su devoradora ternura. El quería veros más veces, es su manera de amar y, a decir verdad, es la única manera de amar. He aquí, que cansado de esperar vuestra llegada, ha dejado el azote venir a visitaros como el ha visitado a todas las ciudades pecadoras desde que los hombres son historia. Ahora sabéis lo que es el pecado, como lo supieron Caín y sus hijos, los de antes del Diluvio, los de Sodoma y Gomorra; Faraón y Job y también todos los malditos. Y como todos esos han hecho, es una nueva mirada que

lleváis sobre los seres y las cosas, desde el día en que esta ciudad ha cerrado sus muros alrededor de vosotros y del azote. Ahora sabéis que hay que llegar a lo esencial.”

Un viento húmedo se sumergió entonces sobre la nave y las llamas de los cirios se pusieron a chisporrotear. Un olor denso a cera, unas toses, unos estornudos llegaron hasta el padre Paneloux que, volviendo sobre su exposición con una sutilidad que fue muy apreciada, retomó con una voz calmada: “Muchos de vosotros, lo se, se preguntan donde quiero llegar. Os quiero hacer llegar la verdad y enseñaros a regocijaros, a pesar de todo lo que he dicho. El tiempo ya no era de consejos, solo una mano fraternal eran los medios de conduciros hacia el bien. Hoy en día, la verdad es un orden. Y el camino de la salud es una lanza roja que os lo muestra y os empuja. Es así, hermanos míos, que se manifiesta la misericordia divina que ha puesto en todas las cosas el bien y el mal, la cólera y la piedad, la peste y la salud. Este azote mismo que os golpea, os eleva y os enseña el camino.

Hace mucho tiempo, los cristianos de Abisinia vieron en la peste un medio eficaz, de origen divino, de ganar la eternidad. Los que no estaban afectados se cubrían con las ropas de los apestados para conseguir morir. Sin duda este furor de salud no es recomendable, es una precipitación lamentable, muy cercana al orgullo. No hay que ser más presuroso que Dios y todo el que pretenda acelerar el orden inmutable, que El ha establecido de una vez por todas, conduce a la herejía. Pero cuando menos este ejemplo nos deja su lección. Nuestros espíritus más clarividentes afirman solo que esta brillantez exquisita de eternidad que yace en el fondo de todo sufrimiento. Ella

ilumina, esa luz, los caminos crepusculares que conducen a la liberación. Ella manifiesta la voluntad divina que, sin descanso, transforma el mal en bien. Hoy todavía, a través de este camino de muerte de angustias y de lamentos, ella nos guía hacia el silencio esencial y hacia el principio de toda vida. He aquí, hermanos míos, el inmenso consuelo que yo quiero traeros para que no sean tan solo palabras que os castiguen lo que os llevéis de aquí, sino también un verbo que apacigüe.”

Se notaba que Paneloux había acabado. Fuera la lluvia había cesado. Un cielo mezclado de agua y de sol volcaba sobre la plaza una luz más joven. De la calle ascendían ruidos de voces, de movimiento de vehículos, todos los movimientos de una ciudad que se despierta. Los oyentes reunían discretamente sus asuntos en un revoltijo ensordecido. El padre retomó sin embargo la palabra y dijo que después de haber enseñado el origen divino de la peste y el carácter punitivo de este azote, había terminado y que no haría ninguna llamada como conclusión a una elocuencia que sería trasladada, respecto a un tema tan trágico. Le parecía que todo debía estar claro para todos. Recordó solamente que en ocasión de la gran peste de Marsella, el cronista Matías Marais se quejaba de estar sumergido en el infierno, a vivir así, sin socorro y sin esperanza. ¡Pues bien! ¡Matías Marais estaba ciego! Nunca tanto como hoy, al contrario, el padre Paneloux había notado el socorro divino y la esperanza cristiana que se les ofrecía a todos. Esperaba contra toda esperanza que, a pesar del horror de estos días y los gritos de los agonizantes, nuestros conciudadanos levantarían al cielo la

única palabra que fue cristiana y que era de amor. Dios haría el resto.

4

Si esta prédica tuvo efecto en nuestros conciudadanos, es difícil de decir. M. Othon, el juez de instrucción, le dijo al doctor Rieux que había encontrado la exposición del padre Paneloux “absolutamente irrefutable”. Pero no todo el mundo tenía una opinión tan categórica. Simplemente, la prédica volvió mas sensibles a algunas la idea, vaga, que estaban condenados, por un crimen desconocido, a un encarcelamiento inimaginable. Y mientras unos continuaban sus pequeñas vidas y se adaptaban al enclaustramiento, otros por el contrario, la única idea fue desde ese momento la de evadirse de esa cárcel.

Al principio la gente había aceptado estar cerrados al exterior como habrían aceptado cualquier molestia temporal que solo atañesen a algunas de sus costumbres habituales. Pero, de pronto, conscientes de una especie de secuestro, bajo la capa del cielo donde el verano empezaba a chisporrotear, ellos notaban confusamente que esta reclusión amenazaba toda su vida, y al llegar la noche, la energía que ellos hallaban con el frescor les lanzaba a veces a actos desesperados.

Al principio, y que sea o no por el efecto de una coincidencia, fue a partir de ese domingo que hubo en nuestra ciudad una especie de miedo bastante general y

bastante profunda, que hacía sospechar que nuestros conciudadanos empezaban de verdad a tomar conciencia de su situación. Desde este punto de vista el clima en que vivíamos en nuestra ciudad se modificó un poco. Pero, la verdad, el cambio estaba en el clima y en los corazones, he aquí la cuestión.

Pocos días antes del sermón, Rieux que comentaba este hecho con Grand, mientras se dirigían hacia los barrios, tropezaron con un hombre que se tambaleaba ante ellos, sin intentar avanzar. En ese momento, los faroles de nuestra ciudad, que cada vez se encendían más tarde, se encendieron bruscamente. La alta lámpara colocada justo detrás de nuestros paseantes iluminó de pronto al hombre que se reía en silencio, con los ojos cerrados. En su cara blanquecina, distendida por una hilaridad muda, el sudor manaba a grandes gotas. Ellos pasaron.

- Es un loco, dijo Grand.

Rieux, que acababa de tomarle del brazo para conducirlo, notó que el empleado temblaba de nervios.

- Pronto no habrá más que locos entre nuestros muros, dijo Rieux.

A causa de la fatiga, tenía la garganta seca.

- Bebamos algo.

En el pequeño café donde entraron, y que solo estaba iluminado por una lámpara encima del mostrador, la gente hablaba en voz baja, sin razón aparente, con el aire espeso y rojizo. En el mostrador, Grand, con la sorpresa del doctor pidió alcohol que se bebió de un trago diciendo que era fuerte. Después quiso salir. Fuera, a Rieux le pareció que la noche estaba llena de gemidos. En alguna parte, en el cielo negro, por encima de los faroles, un silbido sordo le

recordó el invisible azote que impregnaba sin parar el aire caliente.

- Por suerte, por suerte, dijo Grand.

- Si, dijo Rieux, es una ventaja.

Y decidido a no escuchar el silbido, preguntó a Grans si estaba contento con su trabajo.

- Bien, creo que estoy en el buen camino.

- ¿Tiene aún para mucho tiempo?

Grand pareció animarse, y el calor del alcohol se traspasó a su voz.

- No lo se. Pero la cuestión no es esa, doctor, no es esa la cuestión, no.

En la oscuridad Rieux adivinó que agitaba sus brazos. Parecía pensar decir alguna cosa que llegó de pronto, con volubilidad:

- Lo que yo quiero, vea doctor, es que el día en que el manuscrito llegue a casa del editor, este se levante, después de haberlo leído y les diga a sus colaboradores: “¡Señores, chapeau!”

Esta brusca declaración sorprendió a Rieux. Le pareció que su compañero hacía el gesto de descubrirse, llevando su mano a la cabeza y colocando su brazo en la horizontal. Allá arriba, el silbido extraño parecía recobrar más fuerza.

- Si, decía Grand, es necesario que sea perfecto.

Aunque poco avezado del uso de la literatura, Rieux tenía sin embargo la impresión de que las cosas no pasaban tan fácilmente, y que, por ejemplo, los editores, en sus despachos, debían ir descubiertos. Pero la verdad es que nunca se sabía, y Rieux prefirió callarse. A su pesar, prestaba oídos a los rumores misteriosos de la peste. Se acercaban al barrio de Grand y como estaba algo elevado,

una ligera brisa les refrescaba y limpiaba al mismo tiempo la ciudad de todos sus ruidos. Grand continuaba hablando y Rieux no cogía todo lo que le decía el buen hombre. Solo comprendió que la obra en cuestión tenía ya muchas páginas, pero que el trabajo que le tomaba a su autor para conducirla a la perfección era muy doloroso. “Tardes, semanas enteras con una palabra...y algunas una simple conjunción.” Aquí, Grand se detuvo y cogió al doctor por un botón de su abrigo. Las palabras salían trastabillando por su boca mal provista.

- Compréndame, doctor. En rigor es bastante fácil elegir entre *pero* e *y*. Ya es más difícil de optar entre *y* y *después*. La dificultad aumenta entre *entonces* y *después*. Pero seguramente lo que es más difícil es saber si hay que poner *y* o no hace falta.

- Si, dijo Rieux, le comprendo.

Y se puso de nuevo a andar. El otro pareció confuso, y llegó de nuevo a su nivel.

-¡Discúlpeme!, farfulló. ¡No se que me pasa esta noche!

Rieux le palmeó suavemente en el hombro y le dijo que deseaba ayudarlo y que su historia le interesaba mucho. Grand pareció serenarse un poco y llegados ante su casa, después de haber dudado, le ofreció al doctor si quería subir un momento. Rieux aceptó.

En el comedor, Grand le invitó a sentarse ante una mesa llena de papeles cubiertos de rectificaciones sobre una escritura microscópica.

- Si, es esto, dijo Grand al doctor, que le interrogaba con una mirada. ¿Quiere usted beber alguna cosa? Tengo un poco de vino.

Rieux dijo que no. Miraba las hojas de papel.

- No mire, dijo Grand. Es mi primera frase. Me duele mucho, me duele mucho.

El también contemplaba las hojas y su mano pareció poderosamente atraída por una de ellas, que alzó en transparencia ante la bombilla sin pantalla. La hoja temblaba en su mano. Rieux se apercibió que la frente del empleado estaba húmeda.

- Siéntese, dijo el, y léamela.

El otro le miró y sonrió con una especie de gratitud.

- Si, dijo el, creo que tengo necesidad.

Esperó un poco, mirando siempre la hoja, después se sentó. Rieux escuchaba al mismo tiempo una especie de zumbido confuso que, en la ciudad, parecía corresponder a los silbidos del azote. Hubo, en ese momento preciso, una percepción extraordinariamente aguda de esa ciudad que se extendía a sus pies, del mundo cerrado de que ella formaba parte y de los terribles aullidos que se ahogaban en la noche. La voz de Grand se elevó sordamente: “En una bella mañana del mes de mayo, una elegante amazona paseaba, sobre un soberbio alazán, las avenidas floridas del Bosque de Bolonia.” El silencio se impuso y, con el, el indistinto rumor de la ciudad sufriente. Grand había dejado la hoja, y continuaba mirándola. Al cabo de un momento, levantó la mirada:

- ¿Qué piensa usted?

Rieux respondió que este comienzo le intrigaba para saber como seguía. Pero el otro dijo con ánimo que este punto de vista no era el bueno. Golpeó los papeles con la palma de la mano.

- No es más que una aproximación. Cuando llegue a ver perfectamente el cuadro que tengo en mi imaginación,

cuando mi frase tenga el paso mismo de este paseo al trote, uno, dos, tres, uno, dos, tres, entonces el resto será más fácil y sobretodo la ilusión será tal, desde el principio, que será posible decir: “Chapeau!”

Pero para eso, había mucho pan para cocer. No consentiría jamás entregar esa frase tal cual a un editor. Pues, a pesar del contento que le daba a veces, se daba cuenta que ella no explicaba del todo la realidad y que, en cierta medida, tenía una facilidad de tono que la asemejaba de lejos, pero que se parecía a un cliché. Era, al menos, lo que quería decir cuando se oía a los hombres correr bajo las ventanas. Rieux se levantó.

- Usted verá lo que haré, dijo Grand, y, vuelto hacia la ventana, añadió: “Cuando se acabe todo esto.”

Pero los ruidos de pasos precipitados proseguían. Rieux bajaba ya y dos hombres pasaron ante él cuando estuvo en la calle. Aparentemente iban hacia las puertas de la ciudad. Algunos de nuestros conciudadanos, en efecto, perdían la cabeza entre el calor y la peste, y se dejaban llevar por la violencia y habían probado de burlar la vigilancia de los cancerberos para huir de la ciudad.

5

Otros, como Rambert, probaban también de huir de esta atmósfera de naciente pánico, pero con más obstinación y metas, pero sin éxito. Rambert había continuado sus pasos oficiales. Según decía, siempre había pensado que la

obstinación acaba por triunfar del todo y, desde un cierto punto de vista, era su oficio ser ingenioso. Había pues visitado a una gran cantidad de funcionarios y de gente de la que no se discutía normalmente la competencia. Pero, en este caso, esta competencia no le servía de nada. Eran, la mayor parte de las veces, hombres que tenían ideas precisas y bien clasificadas sobre todo las que concernían a la banca, o a la exportación, o a los agrios, o incluso al comercio de vinos; que poseían indiscutibles conocimientos de los problemas contenciosos o de seguros, sin contar con sólidos diplomas y una buena voluntad evidente. E incluso, lo que era más chocante en todos, era la buena voluntad. Pero en asuntos de peste, sus conocimientos eran casi nulos.

Ante cada uno de ellos, sin embargo, y cada vez que había sido posible, Rambert había defendido su causa. El fondo de su argumentación consistía siempre en decir que el era extranjero en nuestra ciudad y que, por consecuente, su caso debía ser especialmente examinado. En general, sus interlocutores del periodista admitían con agrado este punto. Pero le contestaban normalmente que ese era el caso de un cierto número de personas y que, por lo tanto, no era tan particular como imaginaba. A lo que Rambert podía contestar que esto no cambiaba nada el fondo de su argumentación, y le respondían que esto cambiaba alguna cosa en las dificultades administrativas que se oponían a toda medida de favor, arriesgándose a crear lo que se llamaba, con expresión de gran repugnancia, un precedente. Según la clasificación que Rambert propuso al doctor Rieux, esta clase de razonamientos constituían el grupo de los formalistas. A su lado, se podían encontrar los bien

hablantes, que aseguraban al peticionario que nada de todo esto podía durar y que, pródigos en buenos consejos, cuando se les pedían decisiones, consolaban a Rambert decidiendo que se trataba solo de una molestia momentánea. También estaban los importantes, que rogaban a su visitante que dejase una nota resumiendo su caso y que le informarían sobre lo que decidiesen en su caso; los fútiles, que le proponían pases de alojamiento o direcciones de pensiones económicas; los metódicos, que le hacían rellenar una ficha y la clasificaban después; los desbordados, que levantaban los brazos, y los importunados, que desviaban la mirada; habían también los tradicionales, con mucho los más numerosos, que indicaban a Rambert otro despacho o un nuevo paso a dar.

El periodista se había agotado haciendo visitas y se había hecho una idea justa de lo que podía ser una alcaldía o una prefectura, a fuerza de esperar sobre una banqueta de moleskine ante grandes anuncios invitando a suscribir bonos del Tesoro, exentos de impuestos, o a alistarse en la armada colonial, a fuerza de entrar en los despachos donde las caras eran tan fáciles de prever como el clasificador por cable y los pisos de dossiers. La ventaja, como Rambert le decía a Rieux, con deje de amargura, era que todo esto le ocultaba la verdadera situación. Los progresos de la peste se le escapaban. Sin contar que los días se pasaban tan deprisa, y en la situación que se encontraba la ciudad entera, se podía decir que cada día pasado acercaba a cada hombre, a condición de que no se muriese, al final de sus límites. Rieux tenía que reconocer que este punto era cierto, pero que se trataba sin embargo de una verdad demasiado general.

En un momento dado, Rambert concibió esperanzas. Había recibido de la prefectura un cuestionario de datos, en blanco, que le rogaban rellenar exactamente. El cuestionario se preocupaba por su identidad, su situación familiar, sus recursos, antiguos y actuales, y lo que se llamaba su curriculum vitae. Le dio la impresión que se trataba de una encuesta destinada a volver a censar los casos de las personas susceptibles de ser devueltas a su residencia habitual. Algunos datos confusos, recogidos en un despacho, le confirmaron esta impresión. Pero después de algunos pasos precisos, acabó por encontrar el servicio al que había enviado el cuestionario y le dijeron entonces que estos datos habían sido recogidos “por si acaso”.

- ¿Por si acaso que?, preguntó Rambert.

Le precisaron entonces que sería en el caso en que cayese enfermo de la peste y muriese, con el fin de poder por una parte, avisar a la familia y de otra, saber si había que imputar los gastos del hospital a cuenta de la ciudad o si se podía cobrar de su familia. Evidentemente esto probaba que no estaba del todo alejado de lo que esperaba, ocupándose la ciudad de ellos. Pero esto no era un consuelo. Lo que era más notable, y Rambert se percató, era la manera en que, en lo peor de la catástrofe, un despacho podía continuar sus tareas y tomar iniciativas de otros tiempos, a menudo con el conocimiento de las más altas autoridades, con el único motivo que estaba hecho para esta tarea.

El periodo que siguió fue para Rambert a la vez el más fácil y el más difícil. Fue un periodo de entumecimiento. Había visitado todos los despachos, hecho todas las instancias, las salidas por este sistema habían sido

infructuosas. Entonces erraba de café en café. Se sentaba, por la mañana, en una terraza, ante un vaso de cerveza tibia, leía un periódico con la esperanza por encontrar algún signo de un final próximo de la enfermedad, miraba a la cara de los viandantes, se percataba con disgusto de su expresión de tristeza, y después de haber leído por centésima vez, los anuncios de los almacenes de enfrente, la publicidad de los grandes aperitivos que ya no se servían, se levantaba y se iba al azar por las amarillas calles de la ciudad. De paseos solitarios por los cafés, y de cafés en los restaurantes, llegaba la noche. Rieux le vio, precisamente una noche, en la puerta de un café donde el periodista titubeaba si entrar. Pareció decidirse y se fue a sentar en el fondo del salón. Era esa hora en que en los cafés, por orden superior, se atrasaba el máximo posible el momento de encender la luz. El crepúsculo invadía la sala como un agua gris, el rosado del cielo, poniéndose, se reflejaba en los cristales, y los mármoles de las mesas relucían débilmente en la oscuridad inicial. En medio de la sala desierta, Rambert parecía una sombra perdida y Rieux que era la hora de abandonarse. Pero era también el momento en que todos los prisioneros de esta ciudad notaban el suyo y había que hacer alguna cosa para apresurar su liberación. Rieux se volvió.

Rambert pasaba también muchos ratos en la estación. El acceso a los andenes estaba prohibido. Pero las salas de espera a las que se llegaba desde el exterior estaban abiertas, y algunas veces, los mendigos se instalaban en los días de calor porque tenían sombra y eran frescas. Rambert venía y leía antiguos horarios, pancartas prohibiendo escupir y el reglamento de la policía del tren. Después se

sentaba en un rincón. La sala estaba en sombras. Una vieja estufa de fundición fría desde hacía meses, en medio de adhesivos en ocho de viejos sprays. En la pared, algunos anuncios hacían propaganda de una vida feliz en Bandol o en Cannes. Rambert notaba aquí esa especie de horrible libertad que se encuentra en el fondo de la indigencia. Las imágenes que le eran más difícil de sobrellevar entonces, al menos según lo que le decía a Rieux, eran las de París. Un paisaje de viejas piedras y de agua, las palomas del Palacio Real, la estación del Norte, los barrios desiertos del Panteón, y algunos otros lugares de una ciudad que no sabía haberla amado tanto. Que perseguían entonces a Rambert y le impedían hacer nada concreto. Rieux solamente pensaba que identificaba estas imágenes a las de su amante. Y, el día en que Rambert le dijo que le gustaba despertarse a las cuatro de la madrugada pensando en su ciudad, el doctor no tuvo dudas en traducir desde el fondo de su experiencia que le gustaba imaginarse entonces a la mujer que había dejado. Era la hora, en efecto, donde el podía apoderarse de ella. A las cuatro de la madrugada, no se hace nada, en general, y se duerme, incluso si la noche ha sido una noche de traición., Si, a esa hora se duerme, y esto es seguro ya que el gran deseo de un corazón inquieto es el de poseer interminablemente el ser que se ama, o de poder sumir a ese ser, cuando ha llegado el tiempo de la ausencia, en un sueño sin sueños que solo pueda tener fin el día en que se reúnan.

Poco antes del exordio, empezaron los calores. Se llegaba a finales de junio. Al día siguiente de las tardías lluvias que habían marcado el domingo de la prédica, el verano atacó de pronto en el cielo y sobre las casas. Un gran viento caliente se generó de pronto y sopló durante un día secando los muros. El sol se quedó. Olas sucesivas de calor y de luz inundaron la ciudad a lo largo de la jornada. Fuera de las calles con arcadas y de los apartamentos, parecía que no hubiese un lugar en la ciudad que no sufriese la reverberación más cegadora. El sol perseguía a nuestros conciudadanos por todos los rincones de las calles y, si se paraban, les golpeaba entonces. Como estos primeros calores coincidieron con un crecimiento en flecha del número de víctimas, que se cifró en unas setecientas por semana, una especie de abatimiento se cernió sobre la ciudad. Por los barrios, entre las calles planas y las casas con terrazas, el ánimo decreció y, en el barrio donde la gente vivía siempre en la entrada, todas las puertas estaban cerradas y las persianas bajadas, sin que se pudiese saber si era de la peste o del sol que se intentaban proteger. De algunas casas, de todos modos, salían gemidos. Antes, cuando esto pasaba, se veían a veces curiosos que se detenían en la calle escuchando. Pero después de esas largas alertas, parecía que el corazón de cada uno se hubiese endurecido y todos se iban o vivían con sus quejas como si eso hubiese sido el lenguaje natural de los hombres.

Las peleas en las puertas, durante las cuales los gendarmes tenían que hacer uso de sus armas, crearon una

sorda agitación. Seguramente hubo heridos, pero se hablaba de los muertos en la ciudad donde todo se exageraba fruto del calor y del miedo. Era verdad, de todas maneras, que el descontento no cesaba de crecer, que nuestras autoridades habían temido lo peor y considerado seriamente las medidas a tomar en el caso en que este populacho, mantenido bajo el azote, empezase una revolución. Los periódicos publicaron decretos que renovaban la prohibición de salir y amenazaban con penas de cárcel a los que delinquiesen. Patrullas recorrían la ciudad. A menudo, en las calles desiertas y sobrecalentadas, se veían avanzar, anunciadas antes por los ruidos de las pezuñas sobre el pavimento, guardias a caballo que pasaban por entre las hileras de ventanas cerradas. Desaparecida la patrulla, un pesado silencio suspicaz recaía sobre la ciudad amenazada. A lo lejos, sonaban los tiros de los equipos especiales encargados, por una orden reciente, de matar perros y gatos que hubiesen podido contagiar pulgas. Estos disparos secos contribuían a generar en la ciudad una atmósfera de alerta.

Por el calor y el silencio, y para el corazón asustado de nuestros conciudadanos, todo tomaba entonces una gran importancia. Los colores del cielo y los olores de la tierra que marcan el paso de las estaciones, eran por primera vez sensibles a todos. Cada uno comprendía con espanto que los calores ayudarían a la epidemia y, al mismo tiempo, cada uno veía que el verano se instalaba. El grito de los vencejos en el cielo de la tarde se volvía más agudo por encima de la ciudad. No era más que la medida de estos crepúsculos de junio que reculaba el horizonte en nuestro país, Las flores en los mercados no llegaban ya en capullos,

estallaban ya, y después de la venta de la mañana, sus pétalos alfombraban las aceras polvorientas. Se veía claramente que la primavera estaba extenuada, que se había prodigado en miles de flores que estallaban por doquier y que ahora iban a mustiarse a aplastarse lentamente bajo la doble presión de la peste y del calor. Para todos nuestros conciudadanos, estos cielos de verano, estas calles que palidecían bajo los tintes del polvo y del aburrimiento, tenían el mismo sentido amenazante que el centenar de muertos con los que la villa aumentaba cada día. El incesante sol, las horas con gusto de sueño y de vacaciones, no invitaban como antes a las fiestas del agua y de la carne. Al contrario, sonaban a hueco en la ciudad cerrada y silenciosa. Habían perdido el brillo de cobre de las estaciones felices. El sol de la peste apagaba todos los colores y hacía huir toda alegría.

Era esta una de las grandes revoluciones de la enfermedad. Todos nuestros conciudadanos acogían normalmente el verano con alegría. La ciudad se abría al mar y volcaba su juventud sobre las playas. Este verano, al contrario, el mar próximo estaba prohibido y el cuerpo ya no tenía derecho a sus joyas. ¿Qué hacer en estas condiciones? Vuelve a ser Tarrou el que da la imagen más fiel de nuestra vida entonces, El seguía, obviamente, los progresos de la peste en general, anotando justamente que una vuelta de la epidemia había sido señalado por la radio cuando anunció más de centenares de decesos por semana, más noventa y dos, ciento siete y ciento veinte muertos por día “Los periódicos y las autoridades juegan a afinar con la peste. Se imaginan que ellos les quitan puntos porque ciento treinta es una menor cifra que novecientos diez.”

Ellos evocan también los aspectos patéticos o espectaculares de la epidemia, como el de esta mujer que, en un barrio desierto, con las persianas cerradas, había abierto bruscamente una ventana, encima de ella, y lanzado grandes gritos antes de cerrar los postigos sobre la espesa sombra de la habitación. Se notaba por todas partes que las pastillas de menta habían desaparecido de las farmacias porque mucha gente las chupaba para protegerse a si mismos contra un contagio eventual.

Continuaba observando a sus personajes favoritos, Se sabía que el pequeño viejo de los gatos vivía el también una tragedia. Una mañana, en efecto, sonaron varios disparos y, como lo escribió Tarrou, algunos salivazos de plomo habían matado la mayor parte de los gatos, y aterrorizado a otros, que habían abandonado la calle. El mismo día, el pequeño viejo había salido al balcón a la hora habitual con una cierta sorpresa, se había asomado, había escrutado los extremos de la calle y se había resignado a esperar. Su mano golpeaba con pequeños golpes la barandilla del balcón. Aun había esperado, desmigado un poco de papel, había entrado, salido de nuevo, después al cabo de un cierto tiempo, desapareció bruscamente, cerrando tras de si con rabia sus contraventanas. Los días siguientes la misma escena se repetía, pero se podía leer en los rasgos del pequeño viejo una tristeza y un desorden muy manifiesto. Después de una semana, Tarrou esperó en vano la aparición cotidiana y las ventanas siguieron obstinadamente cerradas con un dolor bien comprensible. “En tiempo de peste prohibido escupir a los gatos”, tal era la conclusión de los carnets.

Por otra parte, cuando Tarrou entraba por la noche, estaba siempre seguro de encontrarse en el hall la figura oscura del velador de noche que se paseaba arriba y abajo. Este último no cesaba de recordar a todo el que viniese que había previsto lo que ocurriría. A Tarrou que le reconocía haberle oído predecir una desgracia, pero que le recordaba su idea del terremoto, el viejo guardián respondía: “¡Ah! ¡Si fuese un temblor de tierra!” Una buena sacudida y no se hable mas... Se cuentan los muertos, los vivos i la partida está jugada. ¡Pero esta marranería de enfermedad! Incluso los que no la tienen la llevan en su corazón.”

El director no estaba menos afligido. Al principio, los viajeros, privados de abandonar la ciudad, habían sido mantenidos en el hotel por el cierre de la ciudad. Pero poco a poco, al epidemia, al prolongarse, muchos habían preferido alojarse en casa de sus amigos. Y las mismas razones que habían llenado todas las habitaciones del hotel, la guardaban vacía después de aquello, porque no llegaban nuevos viajeros a nuestra ciudad, Tarrou era uno de los raros huéspedes y el directo no le faltaba jamás una ocasión de decirle que sin su deseo de ser agradable a sus últimos clientes, el ya habría cerrado el establecimiento desde hacía mucho tiempo. Le preguntaba a menudo a Tarrou de evaluar la duración probable de la epidemia: “Se dice, remarcaba Tarrou, que los fríos frenan esta clase de enfermedades.” El director tenía pánico: “Pero aquí no hace nunca realmente frío, señor. De todos modos, esto no llegará hasta dentro de unos meses.” Estaba seguro de todas formas, que los viajeros tardarían mucho tiempo todavía en volver a la ciudad. Esta peste sería la ruina para el turismo.

En el restaurante, después de una corta ausencia, se vio reaparecer a M. Othon, el hombre búho, pero seguido solo por dos perros sabios. Tomada la información, la señora había curado y enterrado a su propia madre y perseguía en ese momento la cuarentena.

- Esto no me gusta, dijo el director a Tarrou. Cuarentena o no, ella es sospechosa, y ellos también por consecuente.

Tarrou le indicaba que desde este punto de vista todo el mundo era sospechoso. Pero el otro era categórico y tenía sobre esa cuestión puntos de vista bien distintos:

- No, señor, ni usted ni yo no somos sospechosos, Ellos lo son.

Pero M. Othon no cambiaba por tan poco y, esta vez, la peste andaba por sus fueros. Entraba de la misma manera en la sal del restaurante, se sentaba con sus niños y les mantenía siempre con aspecto distinguido y hostiles, Solo, el pequeño había. Vestido de negro como su hermana, había cambiado de aspecto, un poco más grueso, parecía la pequeña sombra de su padre. El vigilante de noche, que no quería a M. Othon, le había dicho a Tarrou:

- ¡Ah! Este explotará vestido. Así no habrá necesidad de maquillarle. Se irá solito.

La prédica de Paneloux también la comentó, pero con el comentario siguiente: Comprendo este simpático ardor. Al comienzo de las plagas y hasta que se acabaron, siempre se hace algo de retórica. En el primer caso la costumbre no se ha perdido todavía y, en el segundo, ya ha vuelto. Es en el momento de la desdicha que nos habituamos a la verdad, es decir al silencio. Esperemos.”

Tarrou también anotó que había tenido una larga conversación con el doctor Rieux donde le recordaba solo

que había tenido buenos resultados, señalando con esto el color marrón claro de los ojos de Mme. Rieux madre, y afirmaba extrañamente que una mirada donde se veía tanta bondad sería siempre más fuerte que la peste, y dedicaba largos pasajes al viejo asmático curado por Rieux.

Le había ido a ver con el doctor Rieux, después de su entrevista. El viejo había acogido a Tarrou con burlas y estrechamiento de manos. Estaba en la cama, pegado a su almohada, por encima de sus dos ollas de guisantes “¡Ah! Otro más, había dicho viendo a Tarrou. Es el mundo al revés, más médicos que enfermos. ¿Eso es que va de prisa, eh? El cura tiene razón, está bien merecido.” Al día siguiente Tarrou volvió sin avisar.

Si se ha de creer en sus documentos, el viejo asmático, camiserero de profesión, había decidido a los cincuenta años que ya tenía suficiente. Se acostó y no se levantó más. Su asma se relacionaba entonces con estar de pié. Una pequeña renta le había acompañado hasta los setenta y cinco años que llevaba con alegría. No podía sufrir ver un reloj y, de hecho, no había uno solo en toda la casa. “Un reloj, decía, es caro y es tonto.” El valoraba el tiempo, y sobre todo la hora de las comidas, que eran las únicas que le importaban, con sus dos marmitas, una estaba llena de guisantes cuando se despertaba. Llenaba la otra, guisante a guisante, con los mismos movimientos precisos y regulares. Encontraba así sus puntos de referencia en una jornada medida con las marmitas. “Cada quince marmitas, decía, necesito mi bocadillo. Es así de simple.”

Si hemos de creer a su mujer, también había mostrado desde muy joven los signos de su vocación. Nada, realmente, le había interesado nunca, ni su trabajo, ni los

amigos, ni el café, ni la música, ni las mujeres, ni los paseos. Nunca había salido de su ciudad, salvo un día en que se vio obligado a ir a Argel por asuntos de familia. Se quedó en la estación más próxima a Oran, incapaz de llegar más lejos en su aventura. Había vuelto a su casa en el primer tren.

A Tarrou que parecía asombrado de la vida de reclusión que llevaba, le había mas o menos explicado que según la religión, la primera mitad de la vida de un hombre era una ascensión y la otra mitad una bajada, y que en la bajada los días del hombre ya no le pertenecían, que se los podían quitar en cualquier momento, que el no podía hacer nada y que justamente, lo mejor que podía hacer era no hacer nada. La contradicción tampoco le asustaba, pues le había dicho más o menos a Tarrou que seguramente Dios no existía, porque en caso contrario, los curas serían inútiles. Pero en algunas reflexiones que siguieron, Tarrou comprendió que esta filosofía tenía que ver con el humor que le daban las misiones de su parroquia. Pero lo que acababa el retrato del viejo es un deseo que parece profundo y que le dijo varias veces a su interlocutor: Esperaba morir muy viejo.

“¿Es un santo?” se preguntaba Tarrou. Y el contestaba: “Si, si la santidad es un conjunto de costumbres.”

Pero al mismo tiempo Tarrou emprendía la descripción bastante minuciosa de una jornada en la ciudad apestada y tenía así una idea justa de las ocupaciones y de la vida de nuestros conciudadanos durante este verano: “Solo se ríen los borrachos, decía Tarrou, y estos no mucho.” Después empezaba su descripción: “Temprano por las mañanas, ligeros soplos discurrían por la ciudad aún desierta. A esta

hora que está los muertos de la noche y las agonías del día, parece que la peste suspende un instante sus esfuerzos y recupera la respiración. Todas las tiendas están cerradas. Pero sobre algunas, el escrito “Cerrado a causa de la peste” recuerda que no abrirán tan pronto como las otras. Los vendedores de periódicos aún dormidos no vocean las noticias, pero pegados en los rincones de las calles, ofrecen su mercancía en los faroles en un gesto de sonámbulos. De pronto, despertados por los primeros tranvías, se distribuirán por toda la ciudad, ofreciendo con el brazo extendido las hojas donde se destaca la palabra “Peste”. “¿Habrá un otoño con Peste?” El profesor B... contesta: “No” “Ciento veinticuatro muertos, tal es el balance de la jornada noventa y cuatro de la peste.

“A pesar de la crisis del papel que es cada vez más importante, y que ha forzado a algunos periódicos a disminuir el número de sus páginas, se creó otro periódico : El correo de la Epidemia, que se hace para tratar de informar a nuestros conciudadanos, con una esperanza de escrupulosa objetividad, de los progresos o atrasos de la enfermedad, de proporcionar los testigos más autorizados sobre el porvenir de la epidemia; de prestar apoyo desde sus columnas a todos lo que, conocidos o desconocidos, estén dispuestos a luchar contra la plaga; de mantener la moral de la población, de transmitir las directivas de las autoridades y, en una palabra, de agrupar todas las buenas voluntades para luchar eficazmente contra el mal que nos golpea.” En realidad, este periódico se limitó muy rápidamente a publicar anuncios de nuevos productos infalibles para prevenir la peste.

“Hacia las seis de la mañana todos estos periódicos empiezan a venderse en las colas que se instalan en las puertas de los almacenes, una hora antes de su apertura, después en los tranvías que llegan, llenos de gente, de los barrios. Los tranvías se han vuelto el único medio de transporte y avanzan con dificultad con sus escalones y barandillas cargadas a rebosar. Cosa curiosa, todos los ocupantes, en la medida de lo posible, se dan la espalda para evitar el mutuo contagio. En las paradas, el tranvía vacía un cargamento de hombres y de mujeres, apresurados en alejarse y de estar solos. Con frecuencia se ven escenas debidas al mal humor, que es ya crónico.

“Tras el paso de los primeros tranvías, la ciudad se despierta poco a poco, las primeras cervecerías abren sus puertas, con mostradores llenos de pancartas: “No hay café”, “Traed vuestro azúcar”, etc. Después las tiendas se abren, las calles se animan. Al mismo tiempo, la luz va subiendo y el calor cae a plomo poco a poco en el cielo de julio. Es la hora en la que los que no hacen nada se atreven con los bulevares. La mayoría parece haber tomado la tarea de conjurar la peste haciendo alarde de lujo. Hay todos los días hacia las once, en las principales calles, una parada de jóvenes mujeres y hombres en los que se puede comprobar esta pasión por vivir que crece en medio de las grandes desgracias. Si la epidemia se extiende, la moral se ampliará también. Volveremos a ver los saturnales milaneses al borde de su tumba.

“A mediodía los restaurantes se llenan en un abrir y cerrar de ojos. Muy deprisa, pequeños grupos que no han podido encontrar sitio se agolpan a sus puertas. El cielo empieza a perder su luminosidad por exceso de calor. A la sombra de

los grandes persianas, los candidatos a comer esperan tu turno, al borde de la calle crujiendo al sol. Si los restaurantes están invadidos, lo que simplifican para muchos el problema de avituallamiento. Pero dejan intacta la angustia del contagio. Los invitados pierden mucho tiempo en limpiar pacientemente sus cubiertos. No hace mucho tiempo, ciertos restaurantes anunciaban: “Aquí, los cubiertos se hierven.” Pero poco a poco se ha ido renunciando a toda publicidad ya que los clientes estaban forzados a acudir. El cliente, por otra parte, gastaba voluntariamente. Los vinos que se suponen tales, los suplementos más caros, era el comienzo de una carrera desenfrenada. También parecía que escenas de pánico habían estallado en un restaurante porque un cliente afectado por la enfermedad había palidecido, se había levantado, se había tambaleado y alcanzó rápidamente la salida.

“Hacia las dos, la ciudad se vacía poco a poco y es el momento donde el silencio, el polvo el sol y la peste se reencuentran en la calle. A todo lo largo de las grandes casas grises en calor se cuele sin parar. Son las largas horas prisioneras que acaban en noches inflamadas desmoronándose sobre una ciudad populosa. Durante los primeros días de calor, desde lejos, y sin que se sepa el porqué, las noches eran desiertas. Pero ahora, los primeros frescos traen una relajación, una esperanza. Todos bajan entonces a las calles, se aturden hablando, se pelean o se codician y bajo el cielo rojo de julio en la ciudad, cargada de parejas y de clamores, se cierne la noche jadeante. En vano, todas las noches en los bulevares, un viejo inspirado, con sombrero y lavalier, atraviesa la multitud repitiendo

sin parar: “Dios es grande, venid con El”, todos se precipitan al contrario hacia alguna cosa que conocían mal o que les parece más urgente que Dios. Al principio, cuando ellos creían que era una enfermedad como las otras, la religión seguía en su sitio. Pero cuando han visto que era algo serio, se han acordado del disfrute. Toda la angustia que se pinta durante el día en las caras se resuelve entonces, en el crepúsculo ardiente y polvoriento, en una especie de excitación demacrada, una libertad torpe que enfebrecce a todo un pueblo.

“Y yo también, yo soy como ellos. ¡Y que! La muerte no es nada para los hombres como yo. Es un evento que les da razón.”

7

Es Tarrou el que había pedido a Rieux la entrevista en la que habla de sus libros. La tarde en que Rieux le esperaba, el doctor miraba a su madre, tranquilamente sentada en un rincón del comedor, en una silla. Ella pasaba sus días aquí, cuando los trabajos de la casa no la tenían ocupada. Las manos juntas sobre sus rodillas, esperaba. Rieux no estaba seguro de fuese a el a quien esperaba. Pero, de todos modos, algo cambiaba en el rostro de su madre cuando aparecía. Todo lo que una vida laboriosa había puesto de mutismo en su semblante parecía animarse entonces. Después, ella volvía a sus silencios. Esta tarde, ella miraba por la ventana, en la calle ahora desierta. La iluminación

nocturna había disminuido dos tercios. Y, de cuando en cuando, una lámpara muy débil ponía algunos reflejos en la penumbra de la ciudad.

- ¿Es que va a seguir la iluminación reducida durante toda la peste? Decía Mme. Rieux.

- Probablemente.

- Mientras esto no dure hasta el invierno. Sería triste entonces.

- Si, dijo Rieux.

Vio la mirada de su madre posarse en su frente. Sabía que la inquietud y el exceso de trabajo había dejado huella en su cara.

- ¿No ha ido bien hoy? Dijo Mme. Rieux.

- ¡Oh! Como de costumbre.

¡Como de costumbre! Es decir que el nuevo suero enviado desde París parecía ser menos eficaz que el primero, y las estadísticas aumentaban. No siempre se tenía la posibilidad de inocular los sueros preventivos a las familias de los que ya habían sido afectados. Hubiesen necesitado cantidades ingentes para generalizar su empleo. La mayoría de los bubones se resistían a abrirse, como si el periodo de su endurecimiento hubiese llegado y eso hacía sufrir a los enfermos. Desde la víspera, hubo en la ciudad dos casos de una nueva forma de epidemia. La peste se volvía entonces pulmonar. El mismo día, en el transcurso de una reunión, los médicos acosados, ante un prefecto desorientado, habían pedido y obtenido nuevas medidas para evitar el contagio que se hacía boca a boca, en la peste pulmonar. Como de costumbre no siempre se sabía.

El miró a su madre. La bella mirada oscura le hizo recordar sus años de ternura.

- ¿Tienes miedo, madre?
- A mi edad, no se temen ya muchas cosas.
- Los días son muy largos y yo no estoy nunca aquí.
- No me importa esperarte si se que vas a venir. Y cuando no estás, pienso en lo que haces. ¿Tienes noticias?
- Si, todo va bien, si he de creer su último telegrama. Aunque se que lo dice para tranquilizarme.

Sonó el timbre de la puerta. El doctor sonrió a su madre y fue a abrir. En la penumbra de la puerta Tarrou se parecía a un gran oso vestido de gris. Rieux hizo sentar a su visitante ante su mesa de despacho. El mismo estaba de pié detrás de su sillón. Estaban separados por la única lámpara encendida en el despacho, sobre la mesa.

- Se, dijo Tarrou sin preámbulos, que puedo hablar claro con usted.

Rieux aprobó en silencio.

- En quince días o un mes, usted no será de ninguna utilidad aquí, usted está desbordado por los acontecimientos.

- Es verdad, dijo Rieux.

- La organización del servicio sanitario es mala. Le faltan hombres y tiempo.

Rieux debió reconocer que seguía siendo verdad.

- He sabido que la prefectura considera una especie de servicio civil para obligar a los hombres válidos a participar del salvamento general.

- Está usted bien informado. Pero el descontento es ya grande y el prefecto duda.

- ¿Por qué no pedir voluntarios?

- Se ha hecho, pero el resultado ha sido escaso.

- Se ha hecho por la vía oficial, un poco sin confiar. Lo que les falta es imaginación. No están nunca al nivel de la plaga. Y los remedios que imaginan están apenas al nivel de un resfriado de cabeza. Si les dejamos hacer, perecerán y nosotros con ellos.

- Es probable, dijo Rieux. He de decir que ellos también han pensado en los presos, para lo que yo llamaría trabajos duros.

- Preferiría que fuesen hombres libres.

- Yo también. Pero ¿por qué, que más da?

- Me horrorizan las condenas a muerte.

Rieux miró a Tarrou:

- ¿Y?, dijo.

- Tengo un plan de organización para hacer formaciones sanitarias voluntarias. Autoríceme a hacerlo y dejemos la administración a un lado. Al fin y al cabo ya está desbordada. Tengo amigos un poco por todas partes y ellos harán el primer núcleo; naturalmente yo participaría.

- Bien entendido, dijo Rieux, usted imagina que aceptaré con alegría. Es necesario ser ayudado, sobre todo en este oficio. Yo me encargo de que acepten la idea en la prefectura. Del resto, no tenemos elección. Pero...

Rieux reflexionaba.

- Pero este trabajo puede ser mortal, usted lo sabe bien. Y en cualquier caso he de advertírselo. ¿Lo ha pensado bien?

Tarrou le miró con sus ojos grises.

- ¿Qué piensa usted de la prédica de Paneloux, doctor?

La pregunta se había hecho con naturalidad y Rieux la contestó con naturalidad.

- He vivido demasiado en los hospitales para creer en una idea de castigo colectivo. Pero, usted sabe, los cristianos a veces hablan así, sin pensarlo realmente. Son mejores de lo que parecen.

- ¡Usted piensa entonces como Paneloux, que la peste tiene su lado bueno, que nos hace abrir los ojos, que nos obliga a pensar!

El doctor movió la cabeza con impaciencia.

- Como todas las enfermedades del mundo. Pero lo que es cierto de los males de este mundo también lo es para la peste. Puede servir para hacer crecer a algunos. Entretanto, cuando se ve la miseria y el dolor que comporta, hay que estar loco, ciego o cobarde para resignarse a la peste.

Rieux apenas había subido el tono de voz, pero Tarrou hizo un gesto con la mano tratando de calmarle. Sonrió.

- Si, dijo Rieux levantando los hombros. Pero usted no me ha respondido. ¿Se lo ha pensado bien?

Tarrou se recostó un poco en su sillón y adelantó la cabeza hacia la luz.

- ¿Cree usted en Dios, doctor?

La pregunta también se había hecho con naturalidad, pero esta vez Rieux dudó.

- No, ¿pero que tiene eso que ver? Estoy en la noche, y trato de ver claro. Hace tiempo que he dejado de encontrar que eso sea original.

- ¿No es lo que le separa de Paneloux?

- No lo creo. Paneloux es un estudioso. No ha visto demasiadas muertes y por eso habla en nombre de la verdad. Pero cualquier cura de pueblo que administre a sus feligreses y que haya oído la respiración de un moribundo

piensa como yo. El curaría la miseria antes de querer demostrar sus excelencias.

Rieux se levantó, su rostro ahora estaba en la penumbra.

- Dejemos esto, dijo, ya que usted no me quiere contestar.

Tarrou sonrió sin moverse de su sillón.

-¿Puedo contestarle con otra pregunta?

A su vez, el doctor sonrió:

- Le gusta el misterio, dijo. Vamos a ella.

- He aquí, dijo Tarrou. ¿Porqué usted mismo muestra tanta devoción sino cree en Dios? Su respuesta me ayudará quizás a responderme a mi mismo.

Sin salir de la penumbra, el doctor dijo que ya había contestado, que si el creyese en un Dios todopoderoso, dejaría de curar hombres, dejándole a El ese trabajo. Pero que nadie en el mundo, no, ni el mismo Paneloux que creía creer, no creía en un Dios de este tipo, ya que nadie se abandona totalmente, y que al menos el, Rieux, creía estar en el buen camino, luchando contra la creación tal y como era.

- ¡Ah! Dijo Tarrou, ¿es esta la idea que usted tiene de su oficio?

- Más o menos, respondió el doctor volviendo hacia la luz. Tarrou silbó suavemente y el doctor le miró.

- Si, dijo el, usted dice que hace falta el orgullo. Pero yo solo tengo el orgullo necesario, créame. No se lo que me espera ni lo que llegará después de todo esto. De momento hay enfermos y hay que curarlos. Después, ellos reflexionarán y yo también. Pero lo más apremiante es curarles. Yo les defiendo como puedo, eso es todo.

- ¿Contra quien?

Rieux se volvió hacia la ventana. Adivinaba a lo lejos el ar por una condensación más oscura que el horizonte. Percibía solo su cansancio y luchaba al mismo tiempo contra un deseo de pronto, irrazonable de franquearse un poco más a este hombre singular, pero que intuía fraternal.

- No se nada, Tarrou, le juro que no se nada. Cuando entré en este oficio, lo hice distraídamente, de alguna manera, porque lo necesitaba, porque era una situación como las otras, una de tantas que los jóvenes se proponen. Tal vez también porque era particularmente difícil para el hijo de un obrero como yo. Y después era necesario ver morir. ¿Sabe usted que hay gente que rechazan morirse? ¿Ha visto alguna vez a una mujer gritar: “¡Jamás!” en el momento de morir? Yo, si. Y me di cuenta entonces que no podía acostumbrarme. Era joven y mi asco creía dirigirse al orden mismo del mundo. Después me he vuelto más modesto, simplemente, no siempre estoy acostumbrado a ver morir. No se nada más. Aunque después de todo...

Rieux se calló y se volvió a sentar. Notaba la boca seca.

- ¿Después de todo?, dijo suavemente Tarrou.
- Después de todo, retomó el doctor, y dudó aun, mirando a Tarrou con atención, es algo que un hombre como usted puede comprender, pero ya que el orden del mundo está regulado por la muerte, tal vez vale más para Dios no creer en el y que se luche con todas las fuerzas contra la muerte, sin levantar los ojos al cielo, y callarse.
- Si, aprobó Tarrou, comprendo. Pero sus victorias serán siempre provisionales, eso es todo.

Rieux pareció entristecerse.

- Siempre, si, lo se. Pero no es una razón para dejar de luchar.

- No, no es una razón. Pero imagino entonces lo que debe ser esta peste para usted.

- Si, dijo Rieux, un interminable derrota.

Tarrou observó un momento al doctor, después se levantó y se dirigió pesadamente hacia la puerta. Y Rieux le siguió. Le alcanzaba cuando Tarrou que parecía mirarle a los pies, le dijo:

- ¿Quién le ha enseñado todo eso, doctor?

La respuesta llegó inmediatamente:

- La miseria.

Rieux abrió la puerta de su despacho y ya en el pasillo, le dijo a Tarrou que el también bajaba, que iba a ver uno de sus enfermos del barrio. Tarrou le propuso acompañarlo y el doctor aceptó. Al final del corredor, se encontraron a Mme. Rieux a quien el doctor presentó a Tarrou.

- Un amigo, dijo.

- ¡Oh! Dijo Mme. Rieux, estoy muy contenta en conocerle.

Cuando ella se fue, Tarrou todavía se volvió hacia ella. Sobre el rellano, el doctor ensayó en vano de hacer funcionar el temporizador. Las escaleras estaban sumidas en la oscuridad. El doctor se preguntaba si era el efecto de una nueva medida de economía. Pero no se podía saber. Desde hacia ya un tiempo en las casas y en la ciudad todo naufragaba. Era quizás simplemente que los porteros, y nuestros conciudadanos en general, no tenían cuidado de nada. Pero el doctor no tuvo tiempo de preguntarse nada, pues la voz de Tarrou resonaba tras de él:

- Todavía una palabra, doctor, incluso si le parece ridícula: tiene usted toda la razón.

Rieux levantó los hombros para si mismo, en la oscuridad.

- No se nada, es la verdad. Pero usted, ¿Qué sabe usted?

- ¡Oh! Dijo el otro sin moverse, tengo ya poco que aprender.

El doctor se detuvo y el pie de Tarrou detrás de el, resbaló sobre un escalón. Tarrou se afianzó cogiéndose al hombro de Rieux.

- ¿Cree usted conocer todo de la vida?, preguntó este.

La respuesta llegó de la oscuridad, dicha por la misma voz tranquila:

- Si.

Cuando desembocaron en la calle, se dieron cuenta que era bastante tarde, tal vez las once. La ciudad estaba muda, poblada solo por estremecimientos. Muy lejos, la sirena de una ambulancia resonaba. Subieron al coche y Rieux puso el motor en marcha.

- Tendrá usted que venir, mañana al hospital, para la vacuna preventiva. Pero para acabar y antes de entrar en esta historia, dígame que tiene usted una probabilidad entre tres de salir de esto.

- Estas evaluaciones no tienen sentido, doctor, usted lo sabe tan bien como yo. Hace cien años, una epidemia de peste mató a todos los habitantes de una ciudad de Persia, salvo precisamente en que lavaba a los muertos que nunca había dejado de ejercer su oficio.

- El guardó su tercera posibilidad, eso es todo, dijo Rieux con una voz, de pronto, más pesada. Pero es verdad que tenemos mucho que aprender a ese respecto.

Entraban entonces en los barrios. Los faros iluminaban las calles desiertas. Se pararon. Ante el auto, Rieux preguntó a Tarrou si quería entrar y el otro contestó que si. Un reflejo del cielo iluminó sus caras. Rieux tuvo entonces una sonrisa de amistad:

- Vamos, Tarrou, ¿que es lo que le empuja a preocuparse por esto?

- No lo se. Tal vez mi moral.

- ¿Y que más?

- La comprensión.

Tarrou se volvió hacia la casa y Rieux no vio mas su cara hasta el momento en que estuvieron en la casa del viejo asmático.

8

Desde el día siguiente, Tarrou se puso a trabajar y reunió un primer equipo al que debían seguir muchos otros.

La intención del narrador no es sin embargo, dar a esas formaciones sanitarias más importancia de la que tuvieron. En su lugar, es verdad que muchos de nuestros conciudadanos cederían hoy a la tentación de exagerar su papel. Pero el narrador está mas bien tentado a creer que dando demasiada importancia a las buenas acciones, se concede al final un homenaje indirecto y poderoso al mal. Pues se deja suponer que estas buenas acciones no tienen tanto valor porque son raras y la maldad y la indiferencia son dos motores mucho más frecuentes que las acciones de

los hombres. Esta es una idea que el narrador no comparte. El mal que hay en el mundo proviene casi siempre de la ignorancia, y la buena voluntad puede hacer tantos daños y perjuicios como la maldad, si no es muy clara. Los hombres son mas buenos que malos, y la verdad es que no esta la cuestión. Pero ellos ignoran más o menos, y lo que se llama virtud o vicio, el vicio más desesperante es el de la ignorancia y cree saberlo todo y que está autorizado entonces a matar. El alma del criminal es ciega y no hay verdadera bondad ni bello amor sin toda la clarividencia posible.

Es por lo que nuestras formaciones sanitarias que se realizaron gracias a Tarrou deben ser juzgadas con una satisfacción objetiva. Es por lo que el narrador no se hará el cantor muy elocuente de la voluntad y de un heroísmo al que solo otorga una razonable importancia. Pero seguirá siendo el historiador de corazones desgarrados y exigentes que la peste hizo entonces a todos nuestros conciudadanos.

Los que se dedicaron a las formaciones sanitarias no tuvieron tanto mérito en hacerlo, en efecto, ya que sabían que era la única cosa que se podía hacer y el no decidirse hubiese sido entonces increíble. Estas formaciones ayudaron a nuestros conciudadanos a entrar más adelante en la peste y les persuadieron en parte, ya que la enfermedad estaba allí y había que hacer algo en contra de ella. Porque la peste era en si el deber de algunos, apareció realmente por lo que era, es decir un asunto de todos.

Esto está bien. Pero no se felicita a un instructor por enseñar que dos y dos son cuatro. Se le felicitará tal vez por haber elegido este bonito oficio. Digamos pues que era loable que Tarrou y otros hubiesen elegido demostrar que

dos y dos eran cuatro en lugar de lo contrario, pero digamos también que esta buena voluntad les era común con el instructor, y con todos aquellos que tenían el mismo corazón que el instructor y que, por el honor del hombre, son más de lo que pensamos pero menos que la convicción del narrador. Este se apercibió muy bien también la objeción que le podrían hacer y que era que estos hombres arriesgaban sus vidas. Pero siempre llega una hora en la historia en la que quien osa decir que dos y dos son cuatro es penado con la muerte. El instructor lo sabe bien. Y la cuestión no es saber cual es la recompensa o el castigo que espera a este razonamiento. La cuestión es saber si dos y dos, si o no, son cuatro. Para los que de nuestros conciudadanos que arriesgaban entonces sus vidas, tenían que decidir si, si o no, estaban con la peste y si, si o no, luchaban contra ella.

Muchos nuevos moralistas en nuestra ciudad decían entonces que nada servía para nada y que había que arrodillarse. Y Tarrou y Rieux, y sus compañeros podían decir esto o aquello pero la conclusión era siempre lo que ellos sabían: había que luchar de tal o cual manera y no arrodillarse. Toda la pregunta era impedir que muriesen el máximo de hombres y conocer la separación definitiva. Para ello solo había un medio, que era combatir la peste. Esta verdad no era admirable, solo era consecuente.

Era por ser natural que el viejo Castel puso toda su confianza y energía en fabricar sueros en el mismo lugar, con el material que se tenía. Rieux y el esperaban que un suero fabricado con las cepas del microbio mismo que infestaba la ciudad tendría una mayor eficacia que los sueros llegados desde el exterior, ya que el microbio difería

ligeramente del bacilo de la peste tal y como era clásicamente definido. Castel esperaba tener su primer suero rápidamente.

Es por lo que todavía era natural que Grand, que no tenía nada de héroe, ostentase ahora una especie de secretariado de formaciones sanitarias. Una parte de los equipos formados por Tarrou se consagraba en efecto a un trabajo de asistencia preventiva en los barrios superpoblados. Si intentaba introducir la higiene necesaria, se hacía recuento de graneros y de cavas que la desinfección no había visitado. Otra parte de los equipos secundaba a los médicos en las visitas domiciliarias, aseguraba el transporte de los apestados, e incluso también, en ausencia de personal especializado, conducían los coches de los enfermos y de los muertos. Todo esto exigía un trabajo de registro y de estadística que Grand había aceptado hacer.

Desde este punto de vista, y todavía más que Rieux y Tarrou, el narrador estima que Grand era el representante real de esta virtud tranquila que animaba a las formaciones sanitarias. El había dicho sí sin vacilar, con la buena voluntad que le era característica. Solo había pedido ser útil en pequeños trabajos. Estaba demasiado viejo para el resto. De seis a ocho de la tarde podían disponer de su tiempo. Y como Rieux se lo agradeció encarecidamente, el se asombró: “No es lo más difícil. Está la peste, hay que defenderse, eso está claro. ¡Ah! ¡Si todo fuese tan sencillo!” Y volvía a su trabajo. Algunas veces, por la noche, cuando el trabajo de fichas había terminado, Rieux hablaba con Grand. Habían acabado por mezclar a Tarrou en sus conversaciones y Grand se confiaba con un placer cada vez más evidente a sus dos compañeros. Estos últimos

seguían con interés el paciente trabajo continuaba en medio de la peste. Ellos también, al final, encontraban una especie de relajación.

“¿Como va la amazona?”, preguntaba a menudo Tarrou. Y Grand contestaba invariablemente: “Trota, trota”, con una difícil sonrisa. Una tarde, Grand dijo que había abandonado definitivamente el adjetivo “elegante” para su amazona, y que el la calificaba de aquí en adelante como “esbelta”. “Es mas concreto”, había añadido. Otra vez, leyó a sus dos oyentes la primera frase así modificada: “Una bella mañana de mayo, una esbelta amazona montando un soberbio alazán, discurría por las floridas avenidas del Bosque de Bolonia.”

- Queda mejor, dijo Grand, se la ve mejor y yo he preferido: “En una mañana de mayo” porque “mes de mayo” alargaba un poco el trote.

Se mostró entonces preocupado por el adjetivo “soberbio”. Esto lo describía, según el, y buscaba el término que fotografiase de un solo vistazo el fastuoso animal que imaginaba. “Grande” no pegaba, era muy concreto, pero algo peyorativo. “Reluciente” le había tentado un momento, pero el ritmo no le pegaba. Una tarde anunció triunfalmente que lo había encontrado: “Un negro alazán.” El negro indicaba discretamente la elegancia, siempre, según el.

- No es posible, dijo Rieux.

- ¿Por qué?

- Alazán no indica la raza, pero si el color.

- ¿Qué color?

- Bien, ¡un color que no es el negro, de todas maneras!

Grand pareció afectarse mucho.

- Gracias, dijo el, felizmente usted está aquí. ¿Ve como es de difícil?

- ¿Qué pensaría usted de “suntuoso”?, dijo Tarrou.

- ¡Si, dijo el, si!

Y sonrió.

En algún momento el admitió que la palabra “floridas” le molestaba. Como solo había conocido Oran y Montelimar, el preguntaba algunas veces a sus amigos indicaciones de cómo las avenidas del Bosque de Bolonia estaban floridas. Hablando con propiedad, no les habían dado nunca la impresión, a Rieux y a Tarrou, de estarlo, pero la convicción del empleado les asombraba. El se asombraba de su inseguridad. “Solo los artistas saben mirar”. Pero el doctor le encontró una vez muy excitado. Había sustituido “floridas” por “llenas de flores”. Se frotaba las manos. “¡Por fin se las ve, se las huele, chapeau, señores!” Y leyó triunfalmente la frase: “En una bella mañana de mayo, una esbelta amazona montada en una suntuosa yegua alazán recorría las avenidas llenas de flores del Bosque de Bolonia.” Pero leída en voz alta, los tres genitivos que terminaban la frase resonaron desafortunados y Grand tartamudeó un poco. Se sentó, afligido. Después le pidió permiso al doctor para irse. Necesitaba pensar un poco.

Fue en esta época, se supo después, que el dio en el despacho signos de distracción, que fueron considerados debidos a un momento en que la alcaldía tenía que afrontar con menos personal, obligaciones aplastantes. Su trabajo se resintió y el jefe de la oficina le reprochó severamente recordándole que le pagaban para cumplir un trabajo que, precisamente, no cumplía. “Parecía, había dicho el jefe del despacho, que usted hace servicios voluntarios en las

formaciones sanitarias, fuera de su trabajo. Esto no me incumbe. Pero sí que me importa su trabajo. Y la primera manera de ser útil en estas terribles circunstancias, es la de hacer bien su trabajo. Sino, el resto no sirve de nada.”

- Tiene razón, dijo Grand a Rieux.
- Si, tiene razón, aprobó el doctor.
- Pero estoy distraído y no se como acabar con el final de mi frase.

Había pensado en suprimir “de Bolonia” pensando que todo el mundo lo entendería. Pero entonces la frase tenía el aspecto de relacionarse con “flores”, lo que, de hecho, lo ligaba con “avenidas”. Había pensado también en la posibilidad de escribir: “Las avenidas del Bosque llenas de flores.” Pero la situación de “Bosque” entre un sustantivo y un calificativo que los separaba arbitrariamente era una espina clavada. Algunas noches, era verdad que parecía más cansado que Rieux.

Si, estaba cansado por esta búsqueda que lo absorbía del todo, pero a pesar de todo seguía haciendo las sumas y las estadísticas que necesitaban los equipos sanitarios. Pacientemente, todas las tardes, ponía las fichas al día, las acompañaba de curvas y se esforzaba en presentar los resultados tan precisos como era posible. Bastante a menudo, iba a ver a Rieux a uno de los hospitales y le pedía una tabla en cualquier despacho o enfermería. Se instalaba con sus papeles, exactamente como se instalaba en su mesa de la alcaldía, y en el aire denso por los desinfectantes y por la misma enfermedad, agitaba sus hojas para que la tinta se secase. Intentaba honestamente no pensar en su amazona y de hacer solo lo que se necesitaba.

Si, si es verdad que los hombres tienden a proponerse ejemplos y modelos que ellos llaman héroes, y si era imprescindible que hubiese uno en esta historia, el narrador propone justamente a este héroe insignificante y borroso que no tenía para el más que un poco de bondad en el corazón y un ideal aparentemente ridículo. Esto devolverá a la verdad lo que le corresponde, y la suma de dos mas dos son un total de cuatro, y al heroísmo el lugar secundario que debe ser el suyo, justo después, y nunca antes, la exigencia generosa de la felicidad. Esto imprimirá también a esta crónica su carácter, que debe ser el de una relación hecha con buenos sentimientos, es decir, sentimientos que no son ni ostensiblemente malos ni exultantes al modo de un feo espectáculo.

Esta era, al menos, la opinión del doctor Rieux cuando leía en los periódicos o escuchaba en la radio las llamadas y los apoyos que el mundo exterior hacía llegar a la apestada ciudad. Al mismo tiempo que los socorros enviados por aire y por carretera, todas las noches, en las ondas o en la prensa, comentarios piadosos o admirativos se abatían sobre la ciudad sin embargo solitaria. Y cada vez el tono de epopeya o de discurso ampuloso impacientaba al doctor. Ciertamente él sabía que esas palabras no eran falsas. Pero no podía expresarse más que en el lenguaje convencional por el que los hombres tratan de explicarse lo que les une a la humanidad. Y este lenguaje no se podía aplicar a los pequeños esfuerzos cotidianos de Grand, por ejemplo, no pudiendo dar cuenta de lo que Grand significaba en medio de la peste.

A media noche, algunas veces, en el gran silencio de la ciudad ahora desierta, en el momento de coger su cama

para un sueño demasiado corto, el doctor apagaba el botón de su cargo. Y de los confines del mundo, a través de miles de kilómetros, voces desconocidas y fraternales probaban embarazosamente a dar su solidaridad y la decían , en efecto, pero demostrando al mismo tiempo la terrible impotencia en que todo hombre se encuentra de compartir verdaderamente un dolor que el no puede ver: “¡Oran! ¡Oran!” En vano, la llamada atravesaba los mares, en vano Rieux estaba alerta, pronto la elocuencia subía y acusaba mejor todavía la separación esencial que hace extranjeros a Grand y al orador. “¡Oran! ¡Si, Oran! Pero no, pensaba el doctor, amar o morir juntos, no hay otra salidas. Están demasiado lejos.”

9

Justamente lo que queda por rastrear antes de llegar a la cima de la peste, mientras la plaga reunía todas sus fuerzas para echarlas sobre la ciudad y apoderarse definitivamente, son los largos esfuerzos desesperados y monótonos que los últimos individuos, como Rambert, hacían para recobrar su felicidad y quitar a la peste esa parte de ellos mismos que les defendían contra todo peligro. Era su modo de rechazar la esclavitud que les amenazaba, y a pesar de que este rechazo, aparentemente, no fuese tan eficaz como el otro, el aviso del narrador era que si tenía su sentido y que testimoniaba también, en su vanidad y sus contradicciones

mismas, por lo que tenían entonces de orgullo en cada uno de nosotros.

Rambert luchaba porque la peste no le cubriese. Habiendo adquirido la prueba de que no podía salir de la ciudad por medios legales, estaba decidido, se lo había dicho a Rieux, a usar los otros. El periodista empezó por los empleados del café. Los empleados de café están siempre al tanto de todo. Pero a los primeros que interrogó estaban sobre todo de las penalidades más graves que sancionaban este tipo de aventuras. En un caso, el mismo fue aprisionado por un provocador. Tuvo que encontrar a Cottard en casa de Rieux para avanzar un poco. Ese día, Rieux y el mismo habían hablado todavía de los vanos pasos que el periodista había hecho en las administraciones. Algunos días después Cottard reencontró a Rambert en la calle y le acogió con la amabilidad que ponía en todas sus relaciones:

- ¿Todavía nada? Le dijo.

- No, nada.

- No se puede uno fiar de los despachos. No están hechos para comprender.

- Es verdad. Pero busco otra cosa. Es difícil.

- ¡Ah! Dijo Cottard, ya veo.

El conocía una oficina de trámites y explicó a Rambert, que se asombraba, que hacía tiempo que frecuentaba todos los cafés de Oran, que tenía amigos y que sabía de la existencia de una organización que se ocupaba de ese tipo de operaciones. La verdad era que Cottard, cuyos gastos superaban con muchos sus ingresos, se había mezclado en asuntos de contrabando de productos racionados. Revendía también cigarrillos y alcohol malo cuyos precios subían sin

parar y que estaban en camino de procurarle una pequeña fortuna.

- ¿Está usted bien seguro? Preguntó Rambert.

- Si, ya que me lo han propuesto.

- ¿Y no lo ha aprovechado?

- No sea usted desconfiado, dijo Cottard con un aire bondadoso, no me he aprovechado porque yo no tengo ganas de irme. Tengo mis razones.

Y añadió después de un silencio:

- ¿No me pregunta cuales son mis razones?

- Supongo, dijo Rambert, que no me importan.

- En un cierto sentido, no le importan, en efecto. Pero en otro... En fin, la única cosa evidente es que yo me siento mejor aquí desde que tenemos la peste con nosotros.

- El otro escuchó su discurso:

- ¿Y como saber de esa organización?

- ¡Ah! Dijo Cottard, no es fácil, venga conmigo.

Eran las cuatro de la tarde. Bajo un pesado cielo, la ciudad se cocía lentamente. Todos los almacenes tenían sus toldos bajados. Las calzadas estaban desiertas. Cottard y Rambert tomaron las calles con arcadas y anduvieron un rato sin hablar. Era una de esas horas en las que la peste se hacía invisible. Este silencio, esta muerte de los colores y de los movimientos, lo mismo podían ser los del verano que los de la plaga. No se sabía si el aire estaba pesado por las amenazas o de polvo y de quemaduras. Había que observar y pensar para reencontrar la peste, ya que ella solo se traicionaba por signos negativos. Cottard que tenía tratos con ella, señaló a Rambert la ausencia de perros que, normalmente, hubiesen estado por los lados, jadeantes, en

los quicios de los pasillos, en busca de un frescor imposible.

Tomaron por el bulevar de las Palmeras, atravesaron la plaza de Armas y bajaron hacia el barrio de la Marina. A la izquierda, un café pintado de verde se protegía bajo un toldo oblicuo de gruesa tela amarilla. Entrando, Cottard y Rambert se secaron el sudor de sus frentes. Tomaron asiento en dos sillas plegables de jardín, ante las mesas metálicas verdes. La sala estaba absolutamente desierta. Unas moscas revoloteaban. En una jaula amarilla colocada sobre el mostrador, un loro, casi sin plumas, estaba agotado en su colgador. Viejos cuadros, representando escenas militares, colgaban de las paredes, cubiertos de suciedad y de telas de araña en espesos filamentos. Sobre todas las mesas metálicas, y incluso ante Rambert se secaban defecaciones de gallinas cuyo origen no se sabía explicar, hasta que de un rincón oscuro, después de una pequeña revolución, salió saltando un magnífico gallo.

El calor en ese momento parecía aumentar todavía. Cottard se quitó la americana y golpeó sobre la mesa. Un hombrecillo, perdido en un largo delantal azul, salió del fondo, saludó a Cottard desde que le vio a lo lejos, y avanzó espantando al gallo con una vigorosa patada y preguntó, en medio de los cacareos del volátil, que deseaban los señores. Cottard quiso vino blanco y preguntó por un tal García. Según el enano hacia ya algunos días que no le había visto por el café.

-¿Piensa usted que vendrá esta tarde?

-¡Eh! Yo no estoy en su camisa. Pero ¿usted conoce su horario?

- Si, pero no es muy importante. Solo quiero presentarle a un amigo.

El camarero se secaba sus manos mojadas con la pechera de su delantal.

-¡Ah! ¿El señor también se ocupa de esos asuntos?

- Si, dijo Cottard.

El enano olió:

- Entonces vengan esta noche, Voy a enviarle al mozo.

Al salir, Rambert preguntó de qué asuntos se trataba.

- De contrabando, naturalmente. Ellos hacen pasar mercaderías a las puertas de la ciudad, y las venden a sobreprecio...

-Bien, dijo Rambert, ¡ellos tiene cómplices

- Justamente.

Por la tarde el toldo estaba levantado, el loro farfullaba en su jaula y las mesas de metal estaban rodeadas de hombres en mangas de camisa. Uno de ellos, con el sombrero de paja echado hacia atrás, una camisa blanca sobre un pecho de color tierra quemada, se levantó al entrar Cottard. Un rostro regular y curtido, el ojo negro y pequeño, los dientes blancos, dos o tres anillos en los dedos, parecía tener alrededor de unos treinta años.

- Salud, dijo, se bebe en el mostrador.

Tomaron tres rondas en silencio.

- ¿Y si saliésemos?, dijo entonces García.

Bajaron hacia el puerto y García preguntó que es lo que querían. Cottard le dijo que no era exactamente para sus asuntos que quería presentarle a Rambert, solo para lo que dijo “una salida”. García andaba delante de el fumando. Hizo algunas preguntas, diciendo “el” hablando de Rambert, sin parecer apercibirse de su presencia.

- ¿Para hacer que?, dijo el.
- Tiene a su mujer en Francia.
- ¡Ah!

Y al cabo de un rato:

- ¿Qué oficio tiene?
- Periodista.
- Es un oficio donde se habla mucho.

Rambert estaba callado.

- Es un amigo, dijo Cottard.

Avanzaron en silencio. Habían llegado a los muelles donde el acceso estaba prohibido por grandes rejas. Pero se dirigieron a una pequeña tasca donde se vendían sardinas fritas, cuyo olor llegaba hasta ellos.

- De todas maneras, concluyó García, esto no me concierne, es de Raúl. Y es necesario que le encuentre. No será fácil.

- ¡Ah! Preguntó Cottard animado, ¿Se esconde?

García no contestó. Cerca de la tasca, se paró y se volvió hacia Rambert por primera vez.

- Pasado mañana, a las once, en el rincón del cuartel de aduanas, arriba en la ciudad.

Hizo el gesto de irse, pero se volvió hacia los dos hombres.

- Habrán gastos, dijo.
- Era una constatación.
- Seguro, aprobó Rambert.

Un poco después el periodista se lo agradeció a Cottard:

- ¡Oh! No, dijo el otro con alegría. Me gusta poder servirle de algo. Y además usted es periodista, me devolverá el favor un día u otro.

A los dos días, Rambert y Cottard subían las grandes calles sin sombra que conducen a lo alto de nuestra ciudad. Una parte del cuartel de aduanas había sido transformado en enfermería, y ante la gran puerta, la gente se estacionaba, llegados con la esperanza de una visita que no podía ser autorizada o en búsqueda de datos que, de una a otra hora cambiaban. De cualquier manera estas reuniones permitían muchas idas y venidas y se podía suponer que esta consideración algo tenía que ver con la cita que García y de Rambert había fijado.

- Es curioso, dijo Cottard, esta obstinación por irse. Lo que está pasando es bien interesante.

- No para mí, respondió Rambert.

- ¡Oh! Es verdad, algo se arriesga. Pero después de todo, también se arriesgaba antes de la peste atravesando una encrucijada tan frecuentada.

En ese momento el auto de Rieux se detuvo a su altura. Tarrou conducía y Rieux parecía medio dormido. Se despertó para hacer las presentaciones.

- Nosotros nos conocemos, dijo Tarrou, estamos en el mismo hotel.

Se ofreció a Rambert a llevarle hasta la ciudad.

- No, tenemos una cita aquí.

Rieux miró a Rambert

- Si, dijo este.

- ¡Ah! Se extrañó Cottard, ¿el doctor está al corriente?

- Aquí está el juez de instrucción, advirtió Tarrou mirando a Cottard.

Este cambió de persona. M. Othon bajaba en efecto por la calle y avanzaba hacia ellos con un paso vigoroso pero mesurado. Se descubrió al pasar ante el pequeño grupo.

-¡Buenos días, señor juez! Dijo Tarrou.

El juez devolvió los buenos días a los ocupantes del auto, y mirando a Cottard y a Rambert que se habían quedado atrás, les saludó gravemente con la cabeza. Tarrou presentó al censor y al periodista. El juez miró al cielo durante un segundo y suspiró diciendo que era una época bien triste.

- Se me dice, señor Tarrou, que usted se ocupa de la aplicación de medidas profilácticas. No las puedo aprobar. ¿Piensa usted, doctor, que la enfermedad se extienda?

Rieux dijo que había que esperar que no y el juez repitió que siempre había que esperar, los designios de la providencia son inescrutables. Tarrou le preguntó si los acontecimientos le habían aportado un exceso de trabajo.

- Al contrario, los asuntos que nosotros llamamos de derecho común han disminuido. Yo solo tengo que instruir faltas graves contra las nuevas disposiciones. Nunca antes se habían respetado tanto las antiguas leyes.

- Es que, dijo Tarrou, en comparación parecen buenas, forzosamente.

El juez perdió el aire soñador que tenía, una mirada como suspendida del cielo. Examinó a Tarrou con un aire frío.

- ¿Que es esto? Dijo. No es la ley lo que cuenta, es la condena. No podemos hacer nada.

- Este, dijo Cottard cuando el juez se había ido, es el enemigo número uno.

El coche arrancó.

Un poco más tarde Rambert y Cottard vieron llegar a García. Avanzó hacia ellos sin hacerles gesto alguno y dijo a guisa de saludo: “Hay que esperar.”

A su alrededor, la multitud, donde dominaban las mujeres, esperaba en un total silencio. Casi todas llevaban cestos

con la vana esperanza de poderlos pasar a sus parientes enfermos y la idea aún más loca que estos pudiesen usar sus provisiones. La puerta estaba vigilada por centinelas armados, y de vez en cuando, un grito extraño atravesaba el patio que separaba el cuartel de la puerta. Entre los asistentes caras inquietas se volvían entonces hacia la enfermería.

Los tres hombres miraban este espectáculo cuando a su espalda un “buenos días” limpio y grave les hizo volverse. A pesar del calor, Raúl estaba vestido muy correctamente. Grande y fuerte, llevaba un traje cruzado de color oscuro y un sombrero con las alas vueltas. Su cara era bastante pálida. Los ojos marrones y la boca apretada, Raúl hablaba de modo rápido y preciso:

- Bajemos hacia la ciudad, dijo. García, tu puedes irte.

García encendió un cigarrillo y les vio alejarse. Ellos andaban rápido, adaptando su paso al de Raúl que se había colocado en medio de los dos.

- García me lo ha explicado. Se puede hacer. De todos modos, esto le costará diez mil francos.

Rambert respondió que aceptaba.

- Coma usted conmigo mañana, en el restaurante español de la Marina.

Rambert dijo que de acuerdo y Raúl le dio la mano, sonriendo por vez primera. Después de su marcha, Cottard se disculpó. No estaba libre mañana por la mañana, y de todos modos, Rambert ya no le necesitaba.

Cuando al día siguiente, el periodista entró en el restaurante español, todas las cabezas se volvieron a su paso. Esta cava oscura situada en el sótano de una pequeña calle amarilla y seca por el sol, solo estaba frecuentada por

hombres, de tipo español la mayor parte. Pero desde que Raúl, instalado en una mesa al fondo, hizo un gesto al periodista y que Rambert se dirigió hacia el, la curiosidad desapareció de sus rostros y volvieron a sus platos. Raúl tenía en su mesa a un gran tipo delgado y mal afeitado, con hombros desmesuradamente anchos, una figura canallesca y los cabellos escasos. Sus largos y delgados brazos, cubiertos de pelo negro, salían de una camisa con las mangas arremangadas. Movi6 la cabeza tres veces cuando Rambert le fue presentado. No se había pronunciado su nombre y Raúl solo hablaba de el diciendo “nuestro amigo”.

- Nuestro amigo cree tener la posibilidad de ayudarle. El le va a...

Raúl se detuvo porque la camarera llegaba para tomar nota del pedido de Rambert.

- El le va a poner en contacto con dos de sus amigos que le presentarán a dos guardias que nos son fieles. No se habrá acabado allí todo. Es necesario que los guardias juzguen ellos mismos cuando sea el momento propicio. Lo mas sencillo sería que usted se alojase algunas noches en casa de uno de ellos, que vive cerca de las puertas. Pero antes nuestro amigo debe darle los contactos necesarios. Cuando todo esté arreglado es a el a quien deberá pagar los gastos.

El amigo movió una vez más su cabeza de caballo sin cesar de masticar la ensalada de tomates y pimientos que ingurgitaba. Después habló con un ligero acento español. Propuso a Rambert de quedar para pasado mañana, a las ocho de la mañana, bajo el porche de la catedral.

- Todavía dos días más, comentó Rambert.

- Es que no es fácil, dijo Raúl. Hay que encontrar gente.

El caballo rumió una vez más y Rambert se conformó sin ganas. El resto de la comida lo pasaron buscando un tema de conversación. Pero todo fue más fácil cuando Rambert descubrió que el caballo era jugador de fútbol. El mismo había practicado mucho este deporte. Se habló pues del Campeonato de Francia, del valor de los equipos profesionales ingleses y de la táctica en W. Al final de la comida, el caballo se había animado y tuteaba a Rambert para convencerle que no había puesto mejor en un equipo que el de medio centro. “¿Entiendes? Decía, el medio centro es el que distribuye el juego. Y distribuir el juego, eso es el fútbol.” Rambert era de esa opinión, aunque siempre había sido delantero centro. La discusión fue solo interrumpida por la radio, que después de haber mantenido en sordina temas sentimentales, anunció que la víspera, la peste se había cobrado ciento treinta y siete víctimas. Nadie reaccionó. El hombre con cabeza de caballo levantó los hombros y se levantó. Raúl y Rambert le imitaron.

Al marcharse, el medio centro dio la mano a Rambert con fuerza:

- Me llamo Gonzáles, dijo.

Esos dos días fueron interminables para Rambert. Se fue a casa de Rieux y le explicó los acontecimientos con detalle. Después acompañó al doctor a una de sus visitas. Se despidió en la puerta de la casa donde le esperaba un enfermo sospechoso. En el pasillo, un ruido de corredizas y de voces: se advertía a la familia de la llegada del doctor.

- Espero que Tarrou no tarde, murmuró Rieux.

Tenía el aspecto cansado.

¿Va demasiado deprisa la epidemia?, preguntó Rambert.

Rieux dijo que no era eso y que incluso la curva de las estadísticas subía más despacio. Simplemente los medios para luchar contra ella no eran bastante abundantes.

- Nos falta material, dijo. En todos los ejércitos del mundo, se reemplaza la falta de material por hombres. Pero estamos faltos de hombres también.

- Han llegado médicos del exterior y personal sanitario.

- Si, dijo Rieux. Diez médicos y un centenar de hombres. Aparentemente es mucho. Apenas es suficiente para el estado actual de la enfermedad, y será insuficiente si la enfermedad se extiende.

Rieux escuchó los ruidos del interior y después sonrió a Lambert.

- Si, dijo el, tendrá usted que apresurarse.

Una sombra oscureció el rostro de Lambert:

- Sabe usted, dijo con una voz sorda, no es esto lo que me hace marcharme.

Rieux respondió que lo sabía, pero Lambert continuó:

- No creo que sea cobarde, al menos no siempre. He tenido ocasión de comprobarlo. Solo que hay ideas que no soporto.

El doctor le miró a la cara.

- Usted la encontrará, dijo.

- Tal vez, pero no soporto la idea que esto va a durar aún y que ella envejecerá durante todo este tiempo. A los treinta se empieza a envejecer y hay que aprovecharlo todo. No se si usted me puede comprender.

Rieux murmuró que le parecía entender, cuando Tarrou llegó, muy animado.

- Acabo de pedir a Paneloux que se nos una.

- ¿Y bien?, preguntó el doctor.

- Ha reflexionado y ha dicho que sí.
- Estoy contento, dijo el doctor. Estoy contento de saber que es mejor que su prédica.
- Todo el mundo es así, dijo Tarrou. Solo hay que darles la ocasión.

Sonrió y guiñó un ojo a Rieux.

- Es mi problema, en la vida, buscar ocasiones.
- Perdónenme, dijo Rambert, he de marcharme.

El jueves de la cita, Rambert estaba en el porche de la catedral, cinco minutos antes de las ocho. El aire era aún bastante fresco. En el cielo crecían pequeñas nubes blancas y redondas que, en un instante, al subir el calor, las haría desaparecer de golpe. Un vago olor a humedad subía todavía del césped, ya seco. El sol tras las casas del Este, calentaba solo el casco de Juana de Arco totalmente dorado que adorna la plaza. Un reloj dio las ocho. Rambert dio algunos pasos por el desierto porche. Vagas salmodias le llegaban desde el interior con viejos perfumes de cava y de incienso. De pronto, los cánticos se callaron. Una docena de pequeñas formas negras salieron de la iglesia y se pusieron a trotar hacia la ciudad. Rambert comenzó a impacientarse. Otras siluetas negras subían por las grandes escaleras y se dirigían hacia el porche. Encendió un cigarrillo, y se dio cuenta de que en ese lugar no estaba autorizado.

A las ocho y cuarto, los órganos de la catedral empezaron a tocar en sordina. Rambert entró en la oscura bóveda. Al cabo de un momento, percibió en la nave, las oscuras siluetas que habían pasado ante él. Estaban todas juntas en un rincón, ante una especie de altar improvisado donde acababan de instalar un san Roque, precipitadamente

ejecutado en uno de los talleres de la ciudad. Arrodilladas, parecían haberse acurrucado aún más, perdidas en el fondo gris como trozos de sombra coagulada, apenas más espesa, aquí y allá, que la bruma en la que flotaban. Encima de ellas, los órganos hacían variaciones sin final.

Cuando Rambert salió, Gonzáles bajaba ya la escalera y se dirigía hacia la ciudad.

- Creía que te habías ido, le dijo al periodista. Sería normal.

Le explicó que había esperado a sus amigos en otra cita que les había dado, no lejos de aquí, a las ocho menos diez. Les había esperado veinte minutos, en vano.

- Hay algún impedimento, seguro. Nunca se está a gusto en el trabajo que hacemos.

Propuso otra cita, a la mañana siguiente, a la misma hora, ante el monumento a los caídos. Rambert suspiró y echó su sombrero hacia atrás.

- No pasa nada, dijo Gonzáles riéndose. Piensa un poco en todas las combinaciones, los movimientos y los pasos que hay que dar antes de conseguir un objetivo.

- Seguro, dijo entonces Rambert. Pero la partida solo dura una hora y media.

El monumento a los caídos de Oran se encuentra en el único lugar desde donde se puede ver el mar, una especie de paseo a lo largo de, en una corta distancia, los acantilados que dominan el puerto. La mañana siguiente, Rambert, primero en la cita,, leía con atención la lista de muertos en el campo del honor. Algunos minutos después, se aproximaron dos hombres, le miraron con indiferencia, después fueron a acodarse al parapeto del paseo y parecieron absortos en la contemplación de los muelles

vacíos y desiertos. Eran los dos de la misma talla, vestidos los dos con un pantalón azul y un jersey marinero de manga corta. El periodista se alejó un poco, después se sentó en un banco y pudo mirarlos a placer. Se dio cuenta entonces que no tendrían más de veinte años. En ese momento vio a Gonzáles que se le acercaba pidiendo disculpas.

- He aquí a nuestros amigos, dijo, y le dirigió hacia los dos jóvenes que presentó con sus nombres de Marcelo y Luis. De cara se parecían mucho y Rambert pensó que debían ser hermanos.

- Bien, dijo Gonzáles. Ahora ya se conocen. Habrá que arreglar el asunto.

Marcelo y Luis dijeron entonces que su turno de guardia empezaba en dos días, duraba una semana y que habría que buscar el día más cómodo. Eran cuatro para guardar la puerta oeste y los otros dos eran militares de carrera. No era cuestión de meterles en el asunto. No estaban seguros, y además, eso aumentaría los gastos. Algunas noches, que los dos colegas fuesen a pasar una parte de la noche en la antesala de un bar que conocían. Marcelo y Luis proponían a Rambert de instalarse en su casa, cerca de las puertas, y esperar que le viniesen a buscar. El traspaso sería entonces más fácil. Pero había que apresurarse porque se hablaba desde hacía poco, de instalar unos dobles puestos en el exterior de la ciudad.

Rambert lo aprobó y les ofreció algunos de sus últimos cigarrillos. El hermano que aun no había hablado le pidió entonces a Gonzáles si estaba arreglado el asunto de los gastos y si podían recibir un adelanto.

- No, dijo Gonzáles, no vale la pena, es un compañero. Los gastos los arreglaremos a su salida.

Se convino una nueva cita. Gonzáles propuso una cena en el restaurante español, a los dos días. Desde allí podrían irse a la casa de los guardas.

- La primera noche, dijo a Rambert, te haré compañía.

A la mañana siguiente. Rambert subió a su habitación, y se cruzó con Tarrou en la escalera del hotel.

- Voy a casa de Rieux, le dijo este último, ¿quiere venir?

- Nunca estoy seguro de no molestarle, dijo Rambert, tras una duda.

- No lo creo, me ha hablado mucho de usted.

El periodista pensaba:

- Escúcheme, dijo. Si tiene usted un momento después de cenar, incluso tarde, vengan al bar del hotel los dos.

- Eso ya depende de el y de la peste, dijo Tarrou.

A las once de la noche, sin embargo, Rieux y Tarrou entraron en el bar, pequeño y estrecho. Una treintena de personas se daban codazos y hablaban en voz muy alta. Llegados del silencio de la ciudad apestada, los recién llegados se pararon, un poco aturdidos. Comprendieron esta agitación viendo que aún se servía alcohol. Rambert estaba en un extremo de la barra y les hacía signos desde su alto taburete. Ellos le rodearon. Tarrou empujando con tranquilidad a un vecino ruidoso.

- ¿No le asusta el alcohol?

- No, dijo Tarrou, al contrario.

Rieux olfateó el olor a hierbas amargas de su vaso. Era difícil hablar con este tumulto, pero Rambert parecía nada mas ocupado en beber. El doctor no podía juzgar todavía si estaba borracho. En una de las dos mesas que ocupaban el

resto del local estrecho donde estaban, un oficial de marina, con una mujer en cada brazo, explicaba a un grueso interlocutor congestionado, una epidemia de tifus en el Cairo: “Campamentos, decía, se habían hecho campamentos para los indígenas, con tiendas para los enfermos y, alrededor, un cordón de centinelas que tiraban sobre las familias cuando intentaba aportar de contrabando medicinas caseras. Era duro pero era justo.” En la otra mesa, ocupada por jóvenes elegantes, la conversación era incomprensible y se perdía entre las notas de *Saint James Infirmary*, que salían de un pick-up elevado.

- ¿Está usted contento? Dijo Rieux elevando la voz.

- Esto se acerca, dijo Rambert, tal vez la semana que viene.

- Lo siento, gritó Tarrou.

- ¿Porqué?

Tarrou miró a Rieux.

- ¡Oh!, dijo este, Tarrou lo dice porque piensa que usted nos hubiese podido ser útil aquí. Pero yo comprendo muy bien su deseo de marcharse.

Tarrou convidó a otra ronda. Rambert bajó de su taburete y le miró a la cara por primera vez:

- ¿En que podría yo serles útil?

- Bien, dijo Tarrou, alargando la mano hacia su vaso sin apresurarse, en nuestros grupos sanitarios.

Rambert retomó ese aire de reflexión obstinada que le era habitual y volvió a su taburete.

- ¿No le parecen útiles estos grupos? Dijo Tarrou que acababa de beber y miraba a Rambert atentamente.

- Muy útiles, dijo el periodista, y bebió.

Rieux notó que su mano temblaba. Pensó que decididamente, si, estaba completamente bebido.

Por la mañana, cuando Rambert entró por segunda vez en el restaurante español, pasó por medio de un pequeño grupo de hombres que habían sacado sus sillas ante la entrada y gozaban de una tarde verde y oro donde el calor empezaba solo a ceder. Fumaban un tabaco de olor acre. En el interior el restaurante estaba casi desierto. Rambert fue a sentarse en la mesa del fondo donde había encontrado a Gonzáles la primera vez. Le dijo a la camarera que esperaría. Eran las siete y media. Poco a poco los hombres entraban en el comedor y se instalaron. Empezaron a servirles y la bóveda aplanada se llenó de ruidos de cubiertos y de sordas conversaciones. A las ocho, Rambert seguía esperando. Encendieron las luces. Nuevos clientes se instalaron en su mesa. Encargó la cena. A las ocho y media, había terminado sin haber visto a Gonzáles ni a los dos jóvenes. Se fumó unos cigarrillos. La sala se vaciaba lentamente. Fuera la noche caía rápidamente. Un viento cálido que llegaba del mar movía suavemente los visillos de las contraventanas. Cuando fueron las nueve, Rambert vio que la sala estaba vacía y que la camarera le miraba con asombro. Pagó y salió. Enfrente del restaurante había una cafetería abierta. Rambert se instaló en la barra y vigiló la entrada del restaurante. A las nueve y media se dirigió a su hotel, buscando en vano la manera de encontrar a Gonzáles del que no tenía su dirección, con el corazón desconcertado por la idea de todos los pasos que habría que recomenzar.

Fue en ese momento, en la noche atravesada por ambulancias fugitivas que se dio cuenta de cómo debía decirle al doctor Rieux, que durante todo este tiempo se

había olvidado de alguna manera de su esposa, para aplicarse enteramente a la búsqueda de una abertura en los muros que le separaban de ella. Pero también fue en ese momento que, cuando todos los caminos una vez más se habían cerrado, la encontró de nuevo en el centro de su deseo, y con una tan rápida explosión de dolor que se puso a correr hacia su hotel, para huir de esa atroz quemazón que el llevaba consigo y que le mordía las sienes.

Muy temprano, por la mañana, fue a ver a Rieux para pedirle como encontrar a Cottard:

- Todo lo que me queda por hacer, dijo, es seguir de nuevo el camino.

- Venga mañana por la noche, dijo Rieux, Tarrou me ha pedido que invite a Cottard no se el porqué. Vendrá a las diez. Venga a las diez y media.

Cuando Cottard llegó a casa del doctor, al día siguiente, Tarrou y Rieux hablaban de una curación inesperada que había tenido lugar en la consulta de este último.

- Uno entre diez. Ha tenido suerte, dijo Tarrou.

- ¡Ah! Bien, dijo Cottard, no era la peste.

Le aseguraron que si era esa enfermedad.

- No es posible, ya que se ha curado. Usted lo sabe tan bien como yo, la peste no perdona.

- En general, no, dijo Rieux. Pero con un poco de cabezonería, se tienen sorpresas.

Cottard reía.

- No lo parece. ¿Han oído las cifras esta noche?

Tarrou, que miraba al censor con benevolencia, dijo que conocía las cifras, que la situación era grave, ¿pero eso que probaba? Eso probaba que se necesitaban medidas aun más excepcionales.

- ¡Eh! ¡Ustedes ya las ha tomado!

- Si, pero es necesario que cada uno las tome por su cuenta.

- Cottard miraba a Tarrou sin comprender. Este decía que demasiados hombres seguían inactivos, que la epidemia era el asunto de cada uno y que cada uno tenía que cumplir con su deber. Los grupos voluntarios estaban abiertos a todos.

- Era una idea, dijo Cottard, pero esto no servirá para nada. La peste es demasiado fuerte.

- Lo sabremos, dijo Tarrou con tono de paciencia, cuando lo hayamos probado todo.

Durante ese tiempo, Rieux en su despacho copiaba fichas. Tarrou miraba al censor que se agitaba en su silla.

- ¿Por qué no se viene con nosotros, señor Cottard?

- No es asunto mío.

- Después en un tono de bravata:

- De cualquier modo me encuentro bien entre la peste, y no veo porqué tendría que mezclarme en acabarla.

Tarrou se dio en la frente, como iluminado por una súbita verdad:

- ¡Ah! Es verdad, lo olvidaba, sin esto usted sería arrestado.

Cottard tuvo un sobresalto y se agarró a la silla como si se fuese a caer. Rieux había cesado de escribir y le miraba con un aire serio e interesado.

- ¿Quién os lo ha dicho? Gritó el censor.

Tarrou pareció sorprendido y dijo:

- Usted. O por lo menos, es lo que el doctor y yo creímos haber comprendido.

Y como Cottard, invadido de súbito por una rabia demasiado fuerte para él, mascullaba unas palabras incomprensibles:

- No se enoje, añadió Tarrou. No seremos el doctor ni yo quines le denunciemos. Vuestra historia no nos importa. Y además, la policía, nunca nos ha gustado. Venga, siéntese usted.

El censor miró la silla y se sentó, después de dudarlo. Al cabo de un momento suspiró.

- Es una vieja historia, reconoció, que han vuelto a sacar a la luz. Creía que estaba olvidada. Pero ha habido alguien que ha hablado. Me han llamado y me han dicho que debo estar a su disposición hasta el fin de la encuesta. He comprendido que acabarían por arrestarme.

- ¿Es grave? Preguntó Tarrou.

- Eso depende de lo que usted quiera decir. No es un crimen, por otra parte.

- ¿Cárcel o trabajos forzados?

Cottard parecía muy abatido.

- Cárcel, si tengo suerte...

Pero después de un momento, siguió con vehemencia:

- Es un error. Todo el mundo comete errores. Y yo no puedo soportar la idea de ser detenido por eso, de que me separen de mi casa, de mis costumbres, de todos los que conozco.

- ¡Ah! Preguntó Tarrou, ¿es por eso que se ha inventado lo de colgarse?

- Si, una tontería, seguro.

Rieux habló por primera vez y le dijo a Cottard que comprendía su inquietud, pero que seguramente todo se arreglaría.

- ¡Oh! De momento se que no tengo nada que temer.

- Ya veo, dijo Tarrou, usted no entrará en nuestros grupos.

El otro, que giraba el sombrero entre sus manos, levantó hacia Tarrou una mirada incierta:

- No me culpen.

- Claro que no, Pero intente cuando menos, dijo Tarrou sonriendo no propagar voluntariamente el microbio.

Cottard protestó y dijo que el no había querido la peste, que ella había llegado así y que no era culpa suya si estaba haciendo estragos en este momento. Y cuando Rambert llegó a la puerta, el censor añadía, con mucha energía en su voz:

Del resto, mi idea es que no llegarán a nada.

Rambert supo que Cottard ignoraba la dirección de Gonzáles pero que siempre podían volver al pequeño café. Se citaron para el día siguiente. Y como Rieux manifestó su deseo de ser informado, Rambert le invitó con Tarrou para el fin de semana a cualquier hora de la noche, en su habitación.

Por la mañana, Cottard y Rambert fueron al pequeño café y dejaron García una cita para la noche, para la noche siguiente si había algún inconveniente. Por la noche le esperaron en vano. Al día siguiente, García estaba allí. Escuchó en silencio la historia de Rambert. No estaba al corriente, pero sabía que se habían registrado barrios enteros durante veinticuatro horas a fin de proceder a verificaciones domiciliarias. Era posible que Gonzáles y los dos jóvenes no hubiesen podido franquear las barreras. Pero todo lo que podía hacer era ponerles de nuevo en contacto con Raúl. Naturalmente eso no sería antes de pasado mañana.

- Veo, dijo Rambert, que hay que volver a empezar todo.

A los dos días, en un rincón de una calle, Raúl confirmó la hipótesis de García; los barrios bajos habían sido registrados. Había que volver a ponerse en contacto con Gonzáles. Dos días después, Rambert comía con el jugador de fútbol.

- Es idiota, dijo este. Habríamos tenido que convenir una manera de encontrarse.

También era la opinión de Rambert.

- Mañana por la mañana, iremos a casa de los chicos, y se intentará arreglarlo todo.

Por la mañana, los chicos no estaban en su casa. Les dejaron una cita para el día siguiente a mediodía, en la plaza del Liceo. Rambert entró en su casa con una expresión que extrañó a Tarrou, cuando se lo encontró esa tarde.

- ¿No funciona? Le preguntó Tarrou.

- Es a fuerza de volver a empezar, dijo Rambert.

Y el repitió su invitación:

- Venga esta noche.

Por la noche, cuando los dos hombres penetraron en la habitación de Rambert, este estaba echado. Se levantó, llenó los vasos que había preparado. Rieux, tomando el suyo, le preguntó si estaba en el buen camino. El periodista dijo que había hecho de nuevo una vuelta completa, que había llegado al mismo punto y que tendría pronto su última cita. Bebió y añadió:

- Naturalmente, no vendrán.

- No hace falta sentenciar, dijo Tarrou.

- Usted aún no lo comprende, respondió Rambert, encogiéndose de hombros.

- ¿El que?
- La peste.
- ¡Ah! Dijo Rieux.
- No, ustedes no comprenden que esto consiste en volver a empezar.

Rambert fue a un rincón de su habitación y abrió un pequeño fonógrafo.

- ¿Qué disco es ese?, preguntó Tarrou. Lo conozco.

Rambert dijo que era *Saint James Infirmary*.

A mitad del disco, se oyeron dos disparos a lo lejos.

- Un perro o una evasión, dijo Tarrou.

Un momento después, el disco se acabó y se oyó la sirena de una ambulancia, creció, pasó bajo las ventanas de la habitación del hotel, disminuyó y al final se extinguió.

- Este disco no es gracioso, dijo Rambert. Le he escuchado diez veces hoy.
- ¿Tanto le gusta?
- No, pero es el único que tengo.

Y después de un momento:

- Le digo que esto es volver a empezar.

Le dijo a Rieux que como iban los equipos de salvación. Había cinco equipos trabajando. Esperaba formar más. El periodista se había sentado en su cama y parecía preocupado por sus uñas. Rieux examinaba su silueta baja y poderosa, encogido en el borde de la cama. Se dio cuenta de repente que Rambert le miraba.

- Sabe usted, doctor, dijo, he pensado mucho en su organización. Sino estoy con ustedes tengo mis razones. El resto, creo que sabré todavía pagar con mi persona, he hecho la guerra en España.

- ¿De que lado? Preguntó Tarrou.

- Del lado de los vencidos. Pero después he reflexionado un poco.

- ¿En qué? Dijo Tarrou.

- En el valor. Ahora se que el hombre es capaz de grandes acciones, pero si no es capaz de un gran sentimiento, no me interesa.

- Tenemos la impresión de ser capaces de todo, dijo Tarrou.

- Pero no, es incapaz de sufrir o de ser feliz mucho tiempo. No es capaz de nada que valga la pena.

Les miró, y después:

- Veamos, Tarrou, ¿es usted capaz de morir por amor?

- No lo se, pero ahora me parece que no.

- He aquí. Es usted capaz de morir por una idea, eso se ve a simple vista. Bien, yo tengo bastante con gente que muera por una idea. No creo en el heroísmo, ya se que es fácil, y he aprendido lo que es ser verdugo. Lo que me interesa, es que se viva y que se muera por algo que se ame.

Rieux había escuchado al periodista con atención.

Sin dejar de mirarle, le dijo con cariño:

- El hombre no es una idea, Rambert.

El otro saltó de la cama, con la cara encendida de pasión.

- Es una idea, una idea corta, a partir del momento donde se vuelve hacia el amor. Y es así que ya no somos capaces de amar. Resignémonos, doctor. Esperemos al porvenir y si realmente no es posible, esperemos la liberación general sin jugar a los héroes. Yo no voy ya más lejos.

Rieux se levantó, con un aspecto de brusco cansancio.

- Tiene usted razón, Rambert, toda la razón, y por nada del mundo no querría desviarnos de lo que queréis hacer, que me parece justo y bueno. Pero hace falta sin embargo

que os lo diga; no se trata de heroísmo todo esto. Se trata de honestidad. Es una idea que puede hacer reír, pero la única manera de luchar contra la peste es la honestidad.

- ¿Qué es la honestidad? Dijo Rambert, con un súbito acento de seriedad.

- No se lo que es, en general. Pero en mi caso, se que consiste en hacer mi trabajo.

- ¡Ah! Dijo Rambert, con rabia, no se cual es mi trabajo. Tal vez esté equivocado eligiendo el amor.

Rieux le miró a la cara:

- No. Dijo con fuerza, usted no está equivocado.

Rambert le miraba pensativamente.

- Ustedes dos supongo que no tienen nada que perder en esto. Es más fácil estar del lado bueno.

Rieux vació su vaso.

- Vamos, dijo, tenemos trabajo.

Salió.

Tarrou le siguió pero pareció cambiar de opinión en el momento de irse, se volvió al periodista y le dijo:

- ¿Sabe usted que la mujer de Rieux está en una casa de salud a algunos cientos de kilómetros de aquí?

Rambert hizo un gesto de sorpresa, pero Tarrou ya se había marchado.

A primera hora de la mañana, Rambert telefoneaba al doctor:

- ¿Aceptaría usted que trabajase con usted hasta que encuentre el modo de abandonar la ciudad?

Hubo un silencio al otro lado del hilo, y después:

- Si, Rambert. Se lo agradezco.

III

Así, a lo largo de la semana, los prisioneros de la peste se debatieron como pudieron. Y algunos de ellos, como Rambert, llegaban incluso a imaginar, se veía, que se trataban aún de hombres libres, que aún podían elegir. Pero, de hecho, en ese momento se podía decir, a mediados de agosto, que la peste lo cubría todo. Ya no había destinos individuales, solo una historia colectiva que era la peste y sentimientos compartidos por todos. Lo peor era la separación y el exilio, con lo que ello comportaba de miedo y de revuelta. He aquí porqué el narrador cree conveniente, en este punto de calor y de enfermedad. Describir la situación general y, a título de ejemplo, la violencia de nuestros conciudadanos vivos, el entierro de los difuntos y el sufrimiento de los amantes separados.

Es a mitad de ese año que el viento se levantó y sopló durante varios días sobre la ciudad apestada. El viento encuentra un particular reducto entre los habitantes de Oran porque no encuentra obstáculo alguno natural sobre la planicie en la que está construida y que se sumerge así por las calles con toda su fuerza. Después de largos meses donde ni una sola gota de agua había refrescado la ciudad, se había cubierto de un revestimiento que se desconchaba bajo el soplo del viento. Este último levantaba entonces olas de polvo y de papeles que chocaban contra las piernas de los paseantes, cada vez más raros. Se les veía apresurarse por las calles, inclinados hacia delante, con un pañuelo o la mano en la boca. Por la noche, en lugar de las

reuniones donde se intentaba prolongar lo máximo posible estos días en que cada uno podía ser el último, se encontraban pequeños grupos de gente con prisa para entrar en su casa o en los cafés, si bien que durante algunos días, en el crepúsculo que llegaba muy deprisa en esta época, las calles estaban desiertas y el viento solo arrastraba continuas quejas. Elevándose desde el mar y siempre invisible subía un olor a algas y a sal. Esta ciudad desierta, blanquecina de polvo, saturada de olores marinos, donde sonaban los gritos del viento, gemía entonces como una isla desdichada.

Hasta aquí, la peste se había cobrado muchas más víctimas en los barrios extremos, poco poblados y menos confortables, que en el centro de la ciudad. Pero de golpe pareció acercarse e instalarse también en los barrios de oficinas. Los habitantes daban la culpa al viento de transportar los gérmenes de la infección. “Nos confunde”, decía el director del hotel. Fuese lo que fuese, los barrios del centro sabían que había llegado su turno, oyendo vibrar muy cerca de ellos, por la noche, y cada vez con más frecuencia, las sirenas de las ambulancias que hacían sonar bajo sus ventanas la llamada desolada y despasionada de la peste.

En el interior mismo de la ciudad, tuvieron la idea de aislar ciertos barrios particularmente afectados y no autorizar a salir nada más que a los hombres cuyos servicios eran indispensables. Los que vivían allí no pudieron evitar considerar esta medida como una intimidación especialmente dirigida contra ellos, y en cualquier caso, pensaban como contraste en los habitantes de los otros barrios como de hombres libres. Estos últimos, como revancha, en sus momentos difíciles encontraban un

consuelo imaginando que los otros eran menos libres que ellos. “No hay más prisionero que yo” era la frase que resumía entonces la única esperanza posible.

Por esas fechas, hubo también un recrudecimiento de los incendios, sobretudo en el área recreativa, en la puerta oeste de la ciudad. Tomados los datos, se trataba de personas vueltas de la cuarentena que, enloquecidas por el duelo y la desgracia, incendiaban sus casas con la esperanza que así se moriría la peste. Se tuvo mucho trabajo para combatir estas medidas cuya frecuencia sometía a barrios enteros a un perpetuo peligro por culpa de la violencia del viento. Tras haber demostrado en vano que la desinfección de las casas hecha por las autoridades era suficiente para excluir todo riesgo de contaminación, hubo que practicar penas muy severas contra estos inocentes incendiarios. Y sin duda, no fue la idea de la cárcel, que hizo recular a estos desgraciados, sino la certeza común a todos los habitantes de que una pena de prisión equivalía a una pena de muerte habida cuenta de la gran mortalidad que existía en la cárcel municipal. Bien entendido, esta creencia tenía fundamento. Por razones evidentes, parecía que la peste se encarnizaba particularmente sobre todos los que habían tomado la costumbre de vivir en grupos, soldados, religiosos o prisioneros. A pesar del aislamiento de ciertos detenidos, una prisión es una comunidad, y lo que lo demuestra era que en nuestras cárceles municipales, los guardias como los prisioneros, pagaban su tributo a la enfermedad. Desde el punto de vista superior de la peste, todo el mundo, desde el director hasta el último detenido estaban condenados y, por primera vez quizá, reinaba en la prisión una justicia absoluta.

Fue en vano que las autoridades probasen introducir en la jerarquía de este nivel, autorizando la idea de condecorar a los guardianes de la cárcel muertos en el ejercicio de sus funciones. Como el estado de sitio estaba decretado y que, bajo una cierta perspectiva, se podía considerar que los guardianes de la cárcel estaban movilizados, se les daba la medalla militar a título póstumo. Pero si los detenidos no dejaron oír ninguna protesta, los medios militares no se lo tomaron a bien, y señalaron con acierto que se establecería una lamentable confusión entre el público. Se dio curso a su petición y pensaron que lo más sencillo era atribuir a los guardianes que morían la medalla de la epidemia. Para los primeros, el mal ya estaba hecho, no se podía soñar con retirarles la condecoración, y los medios militares continuaron manteniendo su punto de vista. Por otra parte, en lo que concierne a la medalla de las epidemias, tenía el inconveniente de no producir el efecto moral que se había obtenido con la concesión de la medalla militar, ya que en tiempos de epidemia, era absurdo obtener una condecoración de este tipo. Todo el mundo quedó descontento.

Además, la administración penitenciaria no pudo operar como las autoridades religiosas y, en menor medida, militares. Los frailes de los dos únicos conventos de la ciudad, habían estado, en efecto, dispersados y alojados provisionalmente con familias piadosas. También, cada vez que era posible, pequeñas compañías habían sido desalojadas de los cuarteles y puestas en guarnición en escuelas o en locales públicos. Así, la enfermedad que, aparentemente, había forzado a sus habitantes a una solidaridad de sitiados, rompía al mismo tiempo las

asociaciones tradicionales y devolvía a los individuos a su soledad. Esto conllevaba un desorden.

Se puede pensar que todas estas circunstancias, añadidas al viento, condujeron también a encender ciertos espíritus. Las puertas de la ciudad fueron atacadas de nuevo durante la noche, y en diferentes ocasiones, pero esta vez por pequeños grupos armados. Hubo intercambio de disparos, heridos y algunas evasiones. Los puestos de guardia fueron reforzados y estas tentativas se acabaron rápidamente. Bastaron, de todos modos, para hacer nacer en la ciudad un viento de revolución que provocó algunas escenas de violencia. Casas, incendiadas o cerradas por razones sanitarias, fueron saqueadas. A decir verdad, es difícil suponer que estos actos hubiesen sido premeditados. La mayor parte del tiempo, una ocasión así conducía a la gente, hasta ahora honradas, a actos reprobables que fueron imitados por doquier. Se encontraron así locos que se precipitaban desde una casa aún en llamas, en presencia de su propietario, aturdido por el dolor. Ante su indiferencia, el ejemplo de los primeros fue seguido por muchos espectadores y, en esta calle oscura, a la luz del incendio, se vieron por todas partes sombras deformadas por las llamas moribundas y por los objetos o los muebles que ellas llevaban sobre los hombros. Fueron estos incidentes que forzaron a las autoridades a comparar el estado de peste al estado de sitio y a aplicar las leyes correspondientes. Se fusiló a dos ladrones, pero era dudoso que esto impresionase a los otros, ya que en medio de tantos muertos, estas dos ejecuciones pasaron desapercibidas: eran una gota de agua en el mar. Y, la verdad es que escenas parecidas se renovaron bastante a

menudo sin que las autoridades hiciesen nada por evitarlas. La única medida que pareció impresionar a todos los habitantes fue la institución del toque de queda. A partir de las once, sumida en noche cerrada, la ciudad era de piedra.

Bajo los cielos iluminados por la luna, se veían alineadas sus paredes blanquecinas y sus calles rectilíneas, nunca manchadas por la negra silueta de un árbol, nunca interrumpidas por el paso de un paseante ni por el ladrido de un perro. La gran ciudad silenciosa no era ya más que un conjunto de cubos macizos e inertes, entre los cuales estaban las efigies taciturnas de bienhechores olvidados o de viejos grandes hombres ahogados para siempre en bronce, se sentaban solos, con sus falsas caras en piedra o en hierro, evocando una imagen degradada de lo que había sido el hombre. Estos ídolos mediocres se entronizaban bajo en espeso cielo, en los barrios sin vida, sucios insensibles que figuraban bastante bien en el reino inmóvil donde habían entrado o al menos, su última orden, la de una necrópolis donde la peste, la piedra y la noche habrían acallado cualquier voz.

Pero la noche estaba también en todos los corazones y las verdades como las leyendas que había respecto a los entierros no estaban hechas para asegurar a nuestros conciudadanos. Pues hay que hablar bien de los entierros y el narrador se disculpa. Sabe bien el reproche que podrían hacerle a este respecto, pero su única justificación es que el tuvo entierros en toda esta época y que de una cierta manera, le obligaron, como se obliga a todos los conciudadanos, a preocuparse por los entierros. De hecho no es que le gustasen estas clases de ceremonias,

prefiriendo por el contrario la sociedad de los vivos y, como ejemplo, los baños de mar. Pero en suma los baños de mar estaban suprimidos y la sociedad de los vivos temía que a lo largo de la jornada les obligasen a ceder el puesto a la sociedad de los muertos. Era evidente. Bien entendido siempre se podía uno esforzar a no verles, taparse los ojos y rechazarla, pero la evidencia tiene una fuerza terrible que acaba siempre arrollándolo todo. El medio, por ejemplo, de rechazar los entierros, ¿el día en que los que amáis tienen necesidad de entierro?

Bien, ¡lo que caracterizaba al comienzo nuestras ceremonias era la rapidez! Todas las formalidades habían sido simplificadas y de un modo general la pompa funeraria había sido suprimida. Los enfermos morían lejos de sus familias y se habían prohibido las vigiliass de ritual, si bien que el que moría en la tarde pasaba la noche solo y el que moría durante el día era enterrado sin demora. Se avisaba a la familia, por supuesto, pero en la mayor parte de los casos, esta no podía desplazarse, estando en cuarentena si había vivido cerca del enfermo. En el caso de que la familia no viviese con el difunto, se presentaba a la hora indicada que era la de la partida hacia el cementerio, el cuerpo había sido lavado y metido en un ataúd.

Supongamos que esta formalidad tuviese lugar en el hospital auxiliar del que se ocupaba el doctor Rieux. La escuela tenía una especie de plaza detrás del edificio principal. Una vasta extensión que daba al pasillo contenía los féretros. En el mismo pasillo, la familia encontraba un solo ataúd ya cerrado. Entonces se pasaba a lo más importante, es decir que se hacía firmar los papeles al jefe de la familia. Se cargaba entonces el cuerpo en un vehículo

automóvil que era o un verdadero furgón o una gran ambulancia transformada. Los parientes subían en uno de los taxis todavía autorizados y, a toda velocidad, los vehículos llegaban al cementerio por las calles exteriores. En la puerta, los gendarmes paraban el convoy, ponían un sello sobre el salvoconducto oficial, sin el cual era imposible tener lo que nuestros conciudadanos llamaban una última morada, se dispersaban, y los coches iban a colocarse cerca de un cuadrado donde numerosas fosas esperaban a ser llenadas. Un sacerdote acogía el cuerpo, pues se habían suprimido los servicios fúnebres en la iglesia. Se sacaba el féretro durante los rezos, se ataba, era arrastrado y se deslizaba, rebotaba contra el fondo, el cura agitaba su hisopo y ya la primera palada de tierra rebotaba contra la tapa. La ambulancia había partido un rato antes para someterse a un riego desinfectante y mientras las paletadas de arcilla resonaban cada vez más sordas, la familia se metía en el taxi. Un cuarto de hora después, entraban ya en su casa.

Así, todo pasaba con la máxima rapidez y el mínimo riesgo. Y sin duda, al menos al principio, era evidente que el sentimiento natural de las familias estaba herido. Pero en tiempo de peste esto son consideraciones que no se pueden tener en cuenta: se había sacrificado todo por la eficacia. El resto si al principio la moral de la población había sufrido con estas prácticas, ya que el deseo de ser enterrado decentemente está más extendido de lo que se cree, un poco después, por suerte, el problema del avituallamiento empezó a ser delicado y el interés de los habitantes derivó a preocupaciones más inmediatas. Absortos por las colas que se hacían, los pasos a cumplir y las formalidades que

rellenar si querían comer, la gente no tuvo tiempo de soñar en la manera en que se moría a su alrededor y que ellos morirían un día. Así, estas dificultades materiales que deberían ser un mal, se revelaron como un bien al final. Y todo hubiese sido para mejor, si la epidemia no se hubiese extendido, como ya se ha visto.

Los féretros escasearon, la tela para los sudarios faltaba y las plazas en el cementerio. Hubo que avisar. Lo más simple y siempre por motivos de eficacia era agrupar las ceremonias y, cuando la cosa era necesaria, multiplicar los viajes entre el hospital y el cementerio. Así, en lo que concierne al hospital de Rieux, se disponía entonces de cinco ataúdes. Una vez llenos, la ambulancia los cargaba. En el cementerio se vaciaban, los cuerpos de color de hierro eran cargados sobre camillas y esperaban en un hangar, utillado a tal efecto. Los ataúdes eran regados con una solución antiséptica, reenviados al hospital, y la operación volvía a empezar tantas veces como fuese necesario. La organización fue entonces muy buena y el prefecto se mostró satisfecho. Le dijo incluso a Rieux que esto estaba mejor, a fin de cuentas, que las carretas de muertos conducidas por dos negros, tal y como se relataba en las crónicas de las antiguas pestes.

- Si, dijo Rieux, es el mismo entierro, pero nosotros abrimos fichas. El progreso es incontestable.

A pesar de este éxito de la administración, el carácter desagradable que revestían ahora las formalidades obligaba a la prefectura a separar a los parientes de la ceremonia. Se toleraba solo que llegasen a la puerta del cementerio y, aún así, esto no era oficial. A pesar de que, en lo que concierne a la última ceremonia, las cosas habían cambiado un poco.

En el extremo del cementerio, en un espacio desnudo cubierto de lentiscos, se habían abierto inmensas fosas. Estaban las fosas de los hombres y de las mujeres. Desde este punto de vista, la administración respetaba las conveniencias y no fue hasta mucho después que por necesidad, este último pudor desapareció y se enterró de cualquier manera, los unos sobre los otros, a mujeres y a hombres, despreocupándose de la decencia. Felizmente, esta última confusión ocurrió en los últimos momentos de la plaga. En el periodo que nos ocupa, existía la separación de fosas y la prefectura lo tenía muy en cuenta. En el fondo de cada una de ellas, un gran espesor de cal viva humeaba y bullía. Sobre los bordes del agujero, un montículo de la misma cal dejaba escapar sus burbujas al aire libre. Cuando los viajes de las ambulancias se habían terminado, se llevaban las camillas en cortejo, se las dejaba caer al fondo, muy cerca las unas de las otras, los cuerpos desnudos y ligeramente retorcidos y, en ese momento, se les cubría de cal viva, después de tierra, pero solo hasta una cierta altura, a fin de dejar sitio para los que pudiesen llegar. A la mañana siguiente, los parientes eran invitados a firmar en un registro, que era lo que marcaba la diferencia que puede haber entre los hombres y, por ejemplo, los perros: el control siempre era posible.

Para todas estas operaciones, hacía falta personal y siempre se estaba al borde de que faltasen. Muchos de estos enfermeros y de estos sepultureros al principio oficiales, después improvisados, murieron de la peste. Se tomó alguna precaución, pero el contagio seguía existiendo. Aunque pensándolo bien, lo asombroso es que nunca faltaron hombres para ese oficio, durante todo el tiempo

que duró la epidemia. El periodo crítico fue poco antes de que la peste hubiese alcanzado su clímax y las inquietudes del doctor Rieux eran entonces fundadas. Ni por los equipos ni por lo que el llamaba grandes trabajos, la mano de obra era suficiente. Pero a partir del momento en que la peste se apropió realmente de toda la ciudad, entonces su mismo exceso trajo consecuencias bien cómodas, pues se desorganizó toda la vida económica y suscitó así un número considerable de desempleados. En la mayoría de los casos no se reclutaban para los equipos, pero para los trabajos sucios, se daban facilidades. A partir de este momento se vio siempre a la miseria mostrarse más fuerte que el miedo, ya que el trabajo estaba pagado en proporción a los riesgos. Los servicios sanitarios pudieron disponer de una lista de solicitudes y, en cuanto se producía una vacante, se avisaba a los primeros de la lista que, salvo si en el intervalo habían entrado ellos también como vacantes, no tardaban en presentarse. Fue así como el prefecto que había dudado mucho en utilizar a los condenados, por un tiempo o de por vida, para esta clase de trabajo, pudo evitar tener que llegar a ese extremo. Así mientras hubiese desempleados, se sabía que podrían conseguirse.

De alguna manera y hasta finales de agosto, nuestros conciudadanos pudieron ser conducidos a su última morada, sino decentemente, al menos con un orden suficiente para que la administración tuviese conciencia de que cumplía con su deber. Pero hay que anticiparse un poco a los acontecimientos para relatar los últimos procedimientos a los que fue necesario recurrir. Sobre el nivel que la peste se mantuvo a partir del mes de agosto, la

acumulación de víctimas sobrepasó con mucho las posibilidades que ofrecía nuestro pequeño cementerio. Se tuvo que echar abajo paredes, para abrir a los muertos una salida a los terrenos adyacentes, pero había que encontrar otra cosa. Se decidió primero enterrar por la noche, lo que, de momento, dispensaba de tomar ciertas medidas. Se pudo amontonar los cuerpos cada vez más numerosos en las ambulancias. Y los pocos paseantes retrasados que, contra toda norma, se encontraban aún en los barrios exteriores después del toque de queda (o los que su oficio obligaba) se encontraban a veces grandes ambulancias blancas que circulaban a toda velocidad, haciendo sonar sus sirenas sin parar por las calles oscuras de la noche. Precipitadamente los cuerpos eran echados en las fosas. No habían tenido tiempo de caer que ya las paletadas de cal se estrellaban contra sus rostros y la tierra los cubría de forma anónima, en agujeros que se hacían cada vez más profundos.

Algo más tarde se vieron obligados a buscar en otra parte y de ganar terreno fuera. Un decreto de la prefectura expropió a los ocupantes de concesiones a perpetuidad y se condujeron hacia el horno crematorio todos los restos exhumados. Pronto hubo que conducir a los puertos de peste a la cremación directamente. Pero entonces hubo que usar el antiguo incinerador que se encontraba al este de la ciudad, fuera de las puertas. Se trasladaron mas lejos los piquetes de guardia y un empleado de la alcaldía facilitó mucho el trabajo de las autoridades aconsejándoles usar los tranvías que, antiguamente, comunicaban la cornisa marítima, y que estaban aparcados. A estos efectos se dispuso el interior de las jardineras y de los motores

elevando las sillas y se colocaron las vías a la altura del horno, que se convirtió en una cabecera.

Y durante todo en final del verano, así como en medio de las lluvias de otoño se pudo ver a lo largo de la cornisa, en medio de cada noche, pasar extraños convoyes de tranvías sin viajeros, bamboleándose por encima del mar. Los habitantes acabaron sabiendo de qué se trataba. Y a pesar de las patrullas que prohibían el acceso a la cornisa, grupos intentaban deslizarse a menudo por las rocas que estaban sobre el mar y lanzar flores a las jardineras, al paso de los tranvías. Se oían entonces los vehículos dando tumbos en las noches de verano, con su cargamento de flores y de muertos.

Hacia la mañana, de todas maneras, los primeros días, un espeso y nauseabundo vapor planeaba sobre los barrios orientales de la ciudad. Según todos los médicos, estas emanaciones, aunque desagradables, no podían perjudicar a nadie. Pero los habitantes de estos barrios amenazaron con abandonarlos, persuadidos que la peste se abatía también sobre ellos desde lo alto del cielo, así que se obligó a desviar los humos por un sistema de canalizaciones complicadas y los habitantes se calmaron. Solo los días de mucho viento un vago olor llegado del este les recordaba que estaban dentro de un nuevo orden, y que las llamas de la peste devoraban su tributo cada noche.

Fueron las consecuencias extremas de la epidemia. Pero tuvieron suerte que no se hubiese recrudecido después, ya que se pudo pensar que la ingeniosidad de nuestras oficinas, las disposiciones de la prefectura e incluso la capacidad de absorción del horno no hubiesen sido sobrepasadas. Rieux sabía que se habían previsto entonces

soluciones desesperadas, como el de echar los cadáveres al mar, y se imaginaba fácilmente su espuma monstruosa sobre el agua azul. Sabía también que si las estadísticas continuaban creciendo, ninguna organización, por excelente que fuese resistiría, y que los hombres irían a morir en montones, podridos por las calles, a pesar de la prefectura, y que la ciudad vería en las plazas públicas, a los moribundos agarrarse a los vivos con una mezcla de odio legítimo y de estúpida esperanza.

Era este tipo de evidencia o de aprensión, como mínimo, que mantenía en nuestros conciudadanos el sentimiento de su exilio y de su separación. A este respecto, el narrador sabe perfectamente lo lamentable que es no poder aportar nada que sea verdaderamente espectacular, como por ejemplo algún héroe reconfortante o alguna acción brillante, parecidos a los que se encuentran en algunos poemas. Nada es menos espectacular que una plaga y, por su duración misma, las grandes desgracias son monótonas. En el recuerdo de los que las han vivido, los días terribles de la peste no aparecían como grandes llamaradas suntuosas y crueles, sino más bien como un interminable pataleo que aplastaba todo a su paso.

No, la peste no tenía nada que ver con las grandes imágenes emocionantes que había que habían perseguido al doctor Rieux al inicio de la epidemia. Había sido al principio una administración prudente e impecable, con buen funcionamiento. Es así, sea dicho entre paréntesis, que para no traicionar a nadie y sobre todo, para no traicionarse uno mismo, el narrador ha tendido a la objetividad. No ha querido modificar nada por el efecto del

arte, salvo en lo que concierne a las necesidades elementales de una relación mas o menos coherente. Es la misma objetividad que le pide que diga ahora que si el gran sufrimiento de esta época, la mas general como la mas profunda, era la separación, si es indispensable en conciencia de dar una nueva descripción en este momento de la peste, no es menos verdad que este sufrimiento en si mismo perdería entonces su patetismo.

Nuestros conciudadanos, al menos los que mas habían sufrido esta separación, ¿se habían habituado a esta situación? No sería justo afirmarlo. Sería más exacto decir que en lo moral como en lo físico, sufrían de demacración. Al comienzo de la peste se acordaban muy bien del ser que habían perdido y le echaban de menos. Pero si se acordaban muy bien de la cara del amado, de su risa, del día en que reconocieron que había sido feliz, difícilmente podían imaginar lo que el otro podía hacer a la misma hora en que ellos lo evocaban desde lugares tan lejanos. En resumen, en este momento, ellos tenían memoria, pero una imaginación insuficiente. En el segundo estadio de la peste, ellos también perdieron la memoria. No es que se hubiesen olvidado de la cara, pero lo que es lo mismo, habían perdido su cuerpo, no lo percibían ya en el interior de ellos mismos. Y entonces los que tenían tendencia a quejarse, las primeras semanas en no tener más trabajo que ver sombras en las cosas de su amor, se apercibieron que estas sombras podían aún ser más descarnadas, perdiendo incluso hasta los mínimos colores que guardaban en sus recuerdos. Al comienzo de este largo tiempo de separación, no se imaginaban esta intimidad que había sido la suya, ni como

había podido vivir cerca de ellos un ser sobre el cual, en cualquier momento, ellos podían tocar.

Desde este punto de vista, ellos habían entrado en el orden mismo de la peste, tanto mas eficaz por ser tan mediocre. Nadie, de entre nosotros, tenía ya grandes sentimientos. Todo el mundo experimentaba sentimientos monótonos. “Es ya hora de que todo esto acabe”, decían nuestros conciudadanos, porque en época de epidemia, es normal desear el final de los sufrimientos colectivos, y porque de hecho, ellos deseaban que esto acabase. Pero todo esto se decía sin el fuego o el agrio sentimiento del comienzo, y solo con algunas de las pocas razones que nos quedaban todavía claras, pero que eran pobres. Al gran impulso feroz de las primeras semanas le había sucedido un abatimiento que nos equivocaríamos en tomarlo por resignación, pero que no era nada más que una especie de consentimiento provisional.

Nuestros conciudadanos se habían puesto al día, se habían adaptado, como se dice, porque no había modo de hacerlo de otra manera. Tenían aún, naturalmente, la actitud de desgracia y de sufrimiento pero no se resentían mucho. El resto, el doctor Rieux, por ejemplo, consideraba que era justamente esta la desgracia, y que la costumbre del desespero era peor que el desespero mismo. Antes, los separados no eran realmente infelices, había en su sufrimiento una iluminación que acababa por extinguirse. Hoy, se les veía en los rincones de las calles, en los cafés o en casa de sus amigos, plácidos y distraídos, y la vista tan aburrida que, gracias a ellos, toda la ciudad parecía una sala de espera. Para los que tenían oficio, lo ejercían a la misma velocidad que la peste, meticulosamente y sin brillo Todo

el mundo era modesto. Por primera vez, los separados no les daba repugnancia hablar del ausente, a tomar la misma actitud de todos, a examinar su separación bajo el mismo ángulo que las estadísticas de la epidemia. Entonces hasta aquí habían sustraído ferozmente su sufrimiento a la desgracia colectiva, aceptaban ahora la confusión. Sin memoria y sin esperanza, se instalaban en el presente. La verdad es que todo se les volvía presente. Hay que decirlo, la peste había quitado a todos el poder del amor e incluso en de la amistad. Ya que el amor demanda algo de porvenir, y ahora no había mas para nosotros que instantes.

Bien entendido nada de todo esto era absoluto, ya uqe si es verdad que todos los separados llegaron a este estado, es justo añadir que no llegaron todos al mismo tiempo, y que también una vez instalados en esta nueva actitud, relámpagos, regresos bruscos de lucidez llevaban a los pacientes a una sensibilidad más joven y más dolorosa. Se necesitaban esos momentos de distracción donde formaban algún proyecto que implicase que la peste hubiese cesado. Hacía falta que sintiesen inopinadamente y por efecto de laguna gracia, el mordisco de unos celos sin objeto.

Otros encontraban también renacimientos súbitos, salían de su torpeza ciertos días de la semana, el domingo naturalmente y el sábado por la tarde, porque estos días estaban consagrados a ciertos ritos, del tiempo del ausente. O bien aun, una cierta melancolía que se les presentaba al final de unos días y les daba una advertencia, no siempre confirmada por otra parte, que la memoria les iba a volver. Esta hora de la noche, que para los cristianos es la del examen de conciencia, esta hora es dura para el prisionero o el exiliado que solo tienen para examinar el vacío. Ella

les tenía en suspenso un momento, después volvían a la atonía y se enfermaban de la peste.

Ya se ha comprendido que esto consistía en renunciar a lo que tenían de más personal. Mientras en los primeros tiempos de la peste, ellos estaban pendientes por la suma de las pequeñas cosas que contaban mucho para ellos, sin tener ninguna importancia para los demás, y hacían también la experiencia de la vida profesional, ahora, al contrario, se interesaban solo en lo que les interesaba a los otros, solo tenían ideas generales y su amor mismo había tomado para ellos la figura más abstracta. Estaban en este punto abandonados a la peste que les llegaba a veces por no esperar mas que en un sueño y sorprenderse pensando: “¡Los bubones, y que esto acabe!” Pero ellos ya dormían de verdad, y todo este tiempo no fue más que un largo sueño. La ciudad estaba poblada de durmientes despiertos que no se escapaban realmente a su suerte mas que estas raras veces en que, por la noche, su herida aparentemente cerrada se reabría bruscamente. Y despiertos, sobresaltados, se tocaban entonces, como una especie de distracción los labios irritados, encontrando en un relámpago su sufrimiento, a menudo rejuvenecido y con el la cara descompuesta de su amor. Por la mañana volvían a la plaga, es decir, a la rutina.

¿Pero, diríamos, de que tienen el aspecto estos separados?

Pues bien, es bien sencillo, no tenían aspecto de nada. O, se prefiere, tenían el aspecto de todo el mundo, un aspecto general. Compartían la placidez y las pueriles agitaciones de la ciudad. Perdían la apariencia del sentido crítico, tomando la apariencia de sangre fría. Se podía ver, por ejemplo, a los más inteligentes entre ellos, tener el aspecto,

como todo el mundo, de buscar en los periódicos, o bien en las emisiones radiofónicas, motivos para creer en un fin rápido de la peste, concebir aparentemente esperanzas quiméricas, o comprobar temores sin fundamento, en la lectura de consideraciones que un periodista había escrito un poco al azar, o bostezando de aburrimiento. El resto, bebían su cerveza o cuidaban a sus enfermos, holgazaneaban o se agotaban, clasificaban fichas o hacían girar los discos sin distinguirse por otra parte los unos de los otros. Dicho de otra manera, no elegían nada. La peste había suprimido los juicios de valor. Y esto se veía en la manera en que nadie se preocupaba ya de la calidad de sus vestidos o de los alimentos que compraba. Se aceptaba todo, en conjunto.

Se puede decir, para terminar que los separados no tenían ya ese curioso privilegio que les protegía al principio. Habían perdido el egoísmo del amor, y el beneficio que de ellos tenían. Al menos ahora, la situación estaba clara, la epidemia correspondía a todo el mundo. Nosotros todos en medio de detonaciones que sonaban en las puertas de la ciudad, de golpes de tampón que medían nuestras vidas o nuestras muertes, en medio de incendios y de fichas, del terror y de las formalidades, destinados a una ignominiosa muerte, pero registrada, en medio de las humaredas espantosas y las sirenas tranquilas de las ambulancias, nos alimentábamos del mismo pan del exilio, esperando sin saberlo la misma reunión y la misma paz conmovedoras. Nuestro amor, sin duda seguía estando aquí, pero simplemente, era inutilizable, pesado de soportar, inerte, estéril como el crimen o la condenación. No era más que una paciencia sin porvenir y una espera parada. Y desde

este punto de vista, la actitud de algunos de nuestros conciudadanos hacía pensar en aquellas largas colas en las cuatro esquinas de la ciudad, ante las tiendas de alimentación. Era la misma resignación y la misma paciencia, a la vez ilimitadas y sin ilusiones. Habría solo que elevar este sentimiento a una escala mil veces mayor en lo que concernía a la separación, ya que se trataba entonces de otra hambre, y que podía devorarlo todo.

En cualquier caso, suponiendo que se quisiera tener una idea justa del estado de espíritu en que se encontraban los separados en nuestra ciudad, habría que evocar esos eternos atardeceres dorados y polvorientos, que caían sobre la ciudad sin árboles, mientras hombres y mujeres se desparramaban por todas las calles. Extrañamente lo que subía entonces hacia las terrazas soleadas aún, en ausencia de ruidos de vehículos y de máquinas que son normalmente el lenguaje de las ciudades, no era más que un rumor de pasos y de sordas voces, el doloroso deslizamiento de miles de suelas, al ritmo del silbido de la plaga en el cielo pesado, un pisotear interminable y asfixiante, que llenaba poco a poco toda la ciudad y que, noche tras noche, concedía su voz más fiel y más triste a la ciega obstinación que, en nuestros corazones, reemplazaba al amor.

IV

Durante los meses de septiembre y de octubre la peste mantuvo a la ciudad encerrada en si misma. Ya que se

trataba de un estancamiento, varios cientos de miles de hombres se aplastaron aún, durante semanas que no se terminaban. La bruma, el calor y la lluvia se sucedieron en el cielo. Bandas silenciosas de estorninos y de tordos, llegados del sur, pasaron muy altos, pero rodearon la ciudad, como si el azote de Paneloux, la extraña pieza de madera que giraba silbando por encima de las casas, les tuviese apartados. A principios de octubre, grandes chaparrones barrieron las calles. Y durante todo ese tiempo no se produjo nada más importante que ese enorme pataleo.

Rieux y sus amigos descubrieron entonces hasta que punto estaban cansados. De hecho, los hombres de estas formaciones sanitarias no sabían digerir este cansancio. El doctor Rieux se apercibía observando en sus amigos y en si mismo los progresos de una curiosa indiferencia. Por ejemplo, estos hombres que hasta ahora habían mostrado un tan vivo interés por todas las noticias que concernían a la peste, ya no se preocupaban por ellas. Rambert, al que habían encargado provisionalmente de dirigir una de las casas en cuarentena, instalada desde hacia poco en su hotel, conocía perfectamente el número de los que tenía en observación. Estaba al corriente de los menores detalles del sistema de evacuación inmediata que había organizado para los que mostraban súbitamente síntomas de la enfermedad. La estadística de los efectos del suero sobre los que estaban en cuarentena estaba grabada en su memoria. Pero era incapaz de decir la cifra semanal de las víctimas de la peste, ignoraba realmente si avanzaba o reculaba. Y además, a pesar de todo, tenía la esperanza de una próxima evasión.

En cuanto los otros, absorbidos por su trabajo día y noche, no leían los periódicos ni escuchaban la radio. Si se les daba un resultado, hacían ver que les interesaba, pero lo acogían de hecho con esa indiferencia distraída que vemos en los combatientes de grandes guerras, agotados por el trabajo, dedicados solamente a no desfallecer en sus deberes cotidianos y a no esperar ni la operación decisiva ni el día del armisticio.

Grand, que continuaba efectuando los cálculos necesarios para la peste, hubiese sido incapaz de indicar los resultados generales. Al contrario de Tarrou, de Rambert o de Rieux, realmente duros con el cansancio, su salud nunca había sido buena. Aún así, acumulaba sus funciones de auxiliar en la alcaldía, su secretariado en casa de Rieux y sus trabajos nocturnos. Se le podía ver en un continuo estado de agotamiento, mantenido por dos o tres ideas fijas, como la de tomarse unas vacaciones completas después de la peste, durante al menos una semana, y trabajar después de una manera positiva, quitándose el sombrero, en lo que tuviese entre manos. También tenía bruscos arrebatos de ternura y, en esas ocasiones, hablaba con locuacidad de Jeanne a Rieux, se preguntaba donde podía estar en ese mismo momento, y si, leyendo los periódicos, pensaba en él. Fue con él que Rieux se sorprendió un día hablando de su propia mujer en el tono más banal, lo que no había hecho nunca. Dudando del crédito que se podía dar a los telegramas siempre tranquilizadores de su mujer, había decidido a poner un cable al médico jefe del establecimiento donde la cuidaban. A la vuelta, había recibido la noticia de un agravamiento en el estado de la enferma y la seguridad que se haría todo lo posible para

detener el progreso de la enfermedad. Había guardado la noticia solo para él, y no se explicaba, si no fuese por la fatiga, como había podido decírselo a Grand. El empleado, después de haberle hablado de Jeanne, le había preguntado por su mujer y Rieux le contestó. “Usted sabe bien, le había dicho Grand, esto se cura muy bien hoy en día.” Y Rieux había asentido, diciendo simplemente que la separación empezaba a ser larga y que el hubiese podido ayudar a su mujer a triunfar sobre la enfermedad, ya que hoy en día, se debía encontrar muy sola. Después se había callado y solo respondió con evasivas a las preguntas de Grand.

Los otros estaban en el mismo estado. Tarrou resistía mejor, pero sus notas demostraban que si su curiosidad no había disminuido en profundidad, había perdido en diversidad. Durante ese periodo, en efecto, no se interesaba aparentemente más que en Cottard. Por la noche, en casa de Rieux, donde había acabado por instalarse desde que el hotel había sido transformado en casa de cuarentena, casi no escuchaba a Grand o al doctor explicando sus resultados. Llevaba en seguida la conversación hacia los pequeños detalles de la vida en Orán que le preocupaban.

En cuanto a Castel, el día que vino a avisar al doctor que el suelo estaba listo, y después que decidieron hacer el primer ensayo sobre el hijo de M. Othon, que acababan de traer al hospital, y cuyo caso a Rieux le parecía desesperado, este le comunicaba a su viejo amigo las últimas estadísticas, cuando se apercibió que su interlocutor se había dormido profundamente en el hueco de su sillón. Y ante esa cara donde, por costumbre, un aire de dulzura y de ironía le concebía una perpetua juventud, y que, de pronto y sin querer, un hilillo de saliva caía de sus labios

entreabiertos, dejaban ver su deterioro y su vejez, Rieux notó que su garganta se paralizaba.

Era por tales debilidades que Rieux podía valorar su fatiga. Su sensibilidad se le escapaba. Atada la mayor parte del tiempo, endurecida y reseca ella se hundía de vez en cuando y le abandonaba a emociones de las cuales ya no tenía el dominio. Su única defensa era la de refugiarse en este endurecimiento y apretar el nudo que se había formado en él. Él sabía que era la mejor forma de continuar. El resto, él no tenía muchas ilusiones, y su fatiga le quitaba las que aún conservaba. Ya que sabía que por un periodo que no podía predecir el tiempo, su papel no sería más el curar. Su papel era diagnosticar. Descubrir, ver, describir, registrar, después condenar, esta era su tarea. Dos esposas le cogían por las muñecas y aullaban. “¡Doctor, déles la vida!” Pero no estaba aquí para dar la vida, estaba aquí para ordenar el aislamiento. ¿Para que servía el odio que leía entonces en sus rostros? “Usted no tiene corazón.”, le habían dicho un día. Pero sí, tenía uno. Le servía para soportar las veinte horas diarias en que veía morir hombres que estaban hechos para vivir. Le servía para recomenzar todos los días. Lamentablemente tenía justo bastante corazón para esto. ¿Cómo su corazón hubiese bastado para dar la vida?

No, no eran los socorros que distribuía a lo largo de la jornada, sino los consejos. Esto no se podía llamar un oficio de hombre, bien entendido. Pero, después de todo, a quien pues, de toda esta multitud aterrorizada e diezmada, habían dejado la libertad de ejercer su trabajo de hombre? Aun debería ser feliz por poder estar cansado. Si Rieux hubiese estado más fresco, este olor a muerto expandido

por doquier, hubiese podido volverle sentimental. Pero cuando solo se han dormido cuatro horas, no se es sentimental. Las cosas se ven como son, es decir se ven según la justicia, la horrorosa e insignificante justicia. Y los otros, los condenados, también ellos la notaban bien. Antes de la peste, le recibían como un salvador. Lo iba a arreglar todo con tres píldoras y una inyección, y le apretaban el brazo y le conducían a lo largo de los pasillos. Era gratificante pero peligroso. Ahora, al contrario, él se presentaba con soldados, y era necesario dar culatazos para que la familia se decidiese a abrir. Ellos hubiesen querido arrastrarles y arrastrar a la humanidad entera con ellos a la muerte. ¡Ah! Que verdad era que los hombres no se pueden pasar sin los hombres, que él estaba tan desprovisto que estos desgraciados y que él se merecía ese mismo temblor de piedad que dejaba crecer en él, cuando los había abandonado.

Estos eran, por lo menos durante estas interminables semanas, los pensamientos que agitaban al doctor Rieux junto a los que concernía su estado de separado. Y también eran los que leía en las caras de sus amigos. Pero el efecto más peligroso del agotamiento que ganaba, poco a poco, a todos los que luchaban contra la epidemia no era esta indiferencia ante los acontecimientos exteriores y las emociones de los otros, pero era la negligencia con que se dejaban llevar. Tenían tendencia entonces en evitar todos los gestos que no fuesen absolutamente imprescindibles y que les parecían siempre superiores a sus fuerzas. Fue así que estos hombres empezaron a olvidarse cada vez más las reglas de higiene que ellos mismos habían codificado, a olvidar algunas de las numerosas desinfecciones que

debían practicar con ellos mismos, a correr algunas veces, sin estar prevenidos contra el contagio, a la casa de los enfermos afectos de peste pulmonar, porque avisados en el último momento tenían que ir a las casas infectadas, y les había parecido muy agotador tener que volver a algún local donde hacerse las instilaciones necesarias. Aquí estaba el verdadero peligro, ya que era la lucha consigo misma, contra la peste, y se abandonaban entonces al azar, y el azar no pertenece a nadie.

Sin embargo, había un hombre en la ciudad que no parecía ni agotado, ni desanimado, y que era la viva imagen de la satisfacción. Era Cottard. Continuaba manteniéndose apartado, a pesar de seguir teniendo relaciones con los demás. Pero había escogido de ver a Tarrou con tanta frecuencia como el trabajo de él se lo permitía, por un lado, porque Tarrou estaba bien informado de su caso y, por otra parte, porque sabía acoger al pequeño rentista con una cordialidad inalterable. Era un perpetuo milagro, pero Tarrou, a pesar del trabajo que tenía, siempre era amable y atento. Incluso cuando el cansancio le podía algunas noches, encontraba al día siguiente nuevas energías. “Con este, le había dicho Cottard a Rambert, se puede hablar, porque es un hombre. Siempre te comprende.”

Era por eso que los apuntes de Tarrou, en esas fechas, convergían poco a poco en el personaje de Cottard. Tarrou ha intentado dar una lista de las reacciones y de las reflexiones de Cottard, tal y como le eran confiadas por este último, o tal como él las interpretaba. Bajo el epígrafe de “Opiniones sobre Cottard y la peste”, este resumen ocupaba algunas páginas de sus notas y el narrador cree ser útil dar aquí una ojeada. La opinión general de Tarrou

sobre el pequeño hacendado se resumía en este juicio: “Es un personaje que se crece.” Aparentemente del resto, el crecía en buen humor. No estaba descontento del cariz que tomaban los acontecimientos. El explicaba alguna vez el fondo de sus pensamientos, ante Tarrou, con palabras de este tipo: “Estoy seguro de que esto no va a mejor, pero por lo menos todo el mundo está en el baño.”

“Bien entendido, añadía Tarrou, está amenazado como los demás, el lo está con los otros. Y después el no se cree en serio, estoy seguro, que el pueda ser atacado por la peste. Tiene el aspecto de vivir bajo esta idea, no tan descabellada por otra parte, que un hombre enfrentado a una grave enfermedad o a una angustia profunda, está dispensado a su vez de otras enfermedades o angustias. “¿Se ha dado usted cuenta, me dijo el, que las enfermedades no se pueden acumular? Supóngase que tiene una enfermedad grave o incurable, un cáncer o una tuberculosis, usted no cogerá nunca la peste o el tifus, es imposible. El resto, aun se puede ir más lejos, porque usted no habrá visto nunca a un canceroso morir de un accidente de automóvil.” Verdadero o falso, esta idea ponía a Cottard de buen humor. La única cosa que no quería era la de estar separado de los otros. Prefiere estar asediado con todos que prisionero solo. Con la peste, se habían acabado las encuestas secretas, los dossiers, las fichas, las instrucciones misteriosas y los arrestos inminentes. Hablando con propiedad, no hay ya mas policía, más crímenes viejos o nuevos, no mas culpables, solo hay condenados que esperan la mas arbitraria de las gracias, y, entre ellos, los mismos policías.” Así Cottard, siempre según la opinión de Tarrou, consideraba los síntomas de angustia y de desconcierto que

presentaban nuestros conciudadanos con esa satisfacción indulgente y comprensiva que podía resumirse en un: “Hable, que yo lo he tenido antes que usted.”

Tuve a bien decirle que la única manera de no estar separados de los demás, era antes que nada tener buena consciencia, me miró malignamente y me dijo: “Entonces, visto así, nadie está nunca con nadie.” Y después: “Se lo digo yo. La única manera de tener a la gente unida es enviándoles la peste. Sino mire a su alrededor.” Y la verdad es que entiendo bien lo que quiere decir y como la vida de hoy le debe parecer cómoda. ¿Como no iba a reconocer las reacciones que habían sido las suyas; la tentativa que cada uno hace de querer tener todo el mundo ante si; la educación que desplegamos para orientar a un paseante despistado y el mal humor que se le otorga otras veces; la precipitación de la gente hacia los restaurantes de lujo, su satisfacción en encontrarse y no tener prisa; la afluencia desordenada de los que hacen cola, cada día, en el cine, que llena todas las salas de espectáculos e incluso de las salas de baile, que se extienden como una marea desencadenada en todos los lugares públicos; el rechazo ante cualquier contacto, la necesidad de calor humano que empuja sin embargo a los hombres, los unos contra los otros, codo con codo, y sexos contra sexos? Cottard ha conocido todo esto antes que ellos, es evidente. Salvo las mujeres, porque con esa cabeza... Y yo imagino que cuando ha sentido la necesidad de ir con mujeres, el lo ha rechazado para no darse al vicio que, por otra parte, hubiese podido decepcionarle.

“En resumen, la peste le ha salvado. De ser un hombre solitario que no quería serlo, ella ha hecho un cómplice. Ya

que visiblemente es un cómplice y un cómplice que se deleita. Es cómplice de todo lo que ve, de las supersticiones, de los fragores ilegítimos, de las susceptibilidades de estas almas en alerta; de su manía de querer hablar lo menos posible de la peste y no obstante de no dejar de hablar, de su locura y de su palidez al mas mínimo dolor de cabeza desde que saben que la enfermedad comienza por cefaleas; y de su sensibilidad irritada y susceptible, inestable, que transforma en ofensa los olvidos y que se preocupa por la pérdida de un botón del pantalón.”

A menudo Tarrou salía por la noche con Cottard. Explicaba entonces en su libreta, como se sumergían en la muchedumbre oscura de los crepúsculos o de las noches, hombro con hombro, inmergiéndose en una masa blanca y negra donde, de lejos, una lámpara lanzaba raros destellos, y acompañaban al rebaño humano hacia los placeres calurosos que les defendían contra el frío de la peste. Lo que Cottard, algunos meses antes, buscaba en los lugares públicos, el lujo y la molicie, todo lo que soñaba sin poderlo satisfacer, es decir, el gozo desenfrenado, un pueblo entero lo hacía ahora. Ahora que el precio de las cosas subía irresistiblemente, nunca antes se había dilapidado tanto dinero, y cuando lo necesario le faltaba a la mayoría, nunca se había gastado tanto en lo superfluo. Se veían multiplicar todos los juegos de ocio que solo eran una cortina. Tarrou y Cottard seguían a veces a una de esas parejas que antes, intentaban esconder lo que les unía, y que ahora, apretados uno contra otro andaban obstinadamente a través de la ciudad, sin fijarse en la multitud que les rodeaba, con la distracción un poco fija de

las grandes pasiones. Cottard se enternecía: “¡Ah, esos chicos!”, decía. Y hablaba en voz alta, se ensanchaba en medio de fiebre colectiva, de las propinas reales que resonaban a su alrededor y de las intrigas que se forjaban ante sus ojos.

Sin embargo, Tarrou que existía un poco de maldad en la actitud de Cottard. Su “He conocido eso antes que ellos” señalaba mas desgracia que triunfo. “Creo, decía Tarrou, que empieza a estimar a estos hombres encerrados entre el cielo y los muros de su ciudad. Por ejemplo, les explicaría gustoso, si pudiese, que esto no es tan terrible como parece: “Usted les entiende, me confirmó: después de la peste haré tal cosa, después de la peste haré tal otra... Se envenenaban la existencia en lugar de estar tranquilos. No se daban cuenta ni de sus ventajas. ¿Es que yo podría decir, yo: después de mi detención, haré tal cosa? La detención es un comienzo, no es un fin. Mientras que la peste... ¿Quiere saber mi opinión? Son infelices porque no se dejan llevar. Y se lo que digo.”

“Y si que sabe lo que dice, añadía Tarrou. Juzga en todo su valor las contradicciones de los habitantes de Orán que, al mismo tiempo que sentían profundamente la necesidad de calor humano que les acercase, no podían abandonarse sin embargo a causa de la desconfianza que les alejaba a los unos de los otros. Sabemos muy bien que no se puede confiar en tu vecino, que es capaz de contagiarnos la peste sin que os enteréis y aprovechar vuestro descuido para infectaros. Cuando se ha pasado un tiempo, como Cottard, viendo todos los indicadores posibles en todos los que, sin embargo, buscábamos la compañía, se puede entender este sentimiento. Se convive muy bien con gente que viven con

la idea de que la peste puede, de hoy a mañana, ponerles la mano en el hombro, o que está preparándose para hacerlo, en el mismo momento en que nos estamos alegrando de estar sanos y salvos. Mientras esto sea posible, se está a gusto con el terror. Pero por haber sentido Toto esto con ellos, creo que no puede comprobar completamente con ellos la crueldad de esta incertidumbre. En resumen, con nosotros, que todavía no nos hemos muerto por la peste, el nota que su libertad y su vida están todos los días en vísperas de ser destruidas. Pero ya que el mismo ha vivido en el terror, encuentra normal que los demás lo conozcan a su vez. Mas exactamente el terror le parece entonces menos pesado de llevar que si estuviese solo. Es aquí donde se ha equivocado y que es mas difícil entenderle que a los demás. Pero, a pesar de todo, es esto donde tiene más mérito que los demás, cuando se trata de entenderle.”

Al final, las páginas de Tarrou terminan con un relato que ilustra esta conciencia singular que tenían al mismo tiempo Cottard y los apestados. Este relato restituye mas o menos la difícil atmósfera de esta época, y es por lo que el narrador le da importancia.

Habían ido a la Opera municipal donde se interpretaba *Orfeo y Eurídice*. Cottard había invitado a Tarrou. Se trataba de una compañía que había llegado, en la primavera de la peste, a dar unas representaciones en nuestra ciudad. Bloqueada por la epidemia, esta compañía había sido contratada, después de un acuerdo con nuestra Opera, para dar su espectáculo, una vez a la semana. Así, después de meses, cada viernes, nuestro teatro municipal resonaba con los lamentos amorosos de Orfeo y las llamadas impotentes de Eurídice. Sin embargo, este espectáculo continuaba

conociendo el favor del público y cada día tenía pingües beneficios. Instalados en los asientos más caros, Cottard y Tarrou dominaban un patio de butacas lleno a rebosar por los más elegantes de nuestros conciudadanos. Los que llegaban se afanaban en no perder su entrada. Bajo la cegadora luz del telón de boca, mientras los músicos afinaban discretamente sus instrumentos, las siluetas se destacaban con precisión, pasaban de un lado al otro, y se inclinaban con gracia. En la ligera algarabía de una conversación de buen tono, los hombres recuperaban su seguridad de la que carecían unas horas antes, por las negras calles de la ciudad. El traje ahuyentaba la peste.

Durante todo el primer acto, Orfeo se quejaba con facilidad, algunas mujeres con túnicas comentaban con gracia su desdicha, y el amor fue cantado en arias. La sala reaccionó con discreto calor. Casi no se apercibieron que Orfeo introducía, en su aria del segundo acto, unos temblores que no estaban en el libreto, y pedía con un ligero exceso de patetismo, al amo de los Infiernos, que se conmoviese por su llanto. Ciertos gestos bruscos que se le escaparon, hicieron que los más avisados lo interpretasen como un efecto de estilismo que el cantante añadía a la interpretación.

Hizo falta llegar al gran dúo de Orfeo y Eurídice del tercer acto (en el momento en que Eurídice huye de su amante) para que una cierta sorpresa cundiese por la sala. Y como si el cantante hubiese estado esperando este momento, o más realmente, como si el rumor viniese del patio de butacas, confirmando lo que pensaban, eligió este momento para avanzar hacia la rampa de una manera grotesca, con los brazos y piernas separados de su traje a la antigua, para

desplomarse en medio de los atrezos del decorado que nunca habían dejado de ser anacrónicos pero que, a los ojos de los espectadores,, lo fueron por primera vez, y de tan terrible manera. Al mismo tiempo la orquesta se detuvo, la gente del patio de butacas se levantaron y empezaron a evacuar la sala lentamente, primero en silencio, como se sale de una iglesia cuando se ha acabado el servicio, o de una cámara mortuoria después de una visita, las mujeres recogiendo sus faldas y saliendo con la cabeza baja, los hombres guiando a sus compañeras por el codo evitando tropezar con los estrapontines. Pero poco a poco, el movimiento se precipitó, el cuchicheo se volvió exclamación y la multitud afluía hacia las salidas apresuradamente, para acabar empujándose y gritando.

Cottard y Tarrou, que solo se habían levantado, se quedaron solos de cara a una de las imágenes de lo que entonces era su vida: la peste en escena bajo el aspecto de un histrión desarticulado y, en la sala, todo un lujo vuelto inútil bajo las formas de abanicos abandonados y de encajes arrastrándose sobre el rojo de los sillones.

Rambert, durante los primeros días del mes de septiembre había trabajado mucho al lado de Rieux. Solo había pedido un día de fiesta, el día que debía encontrarse con Gonzáles y los dos jóvenes, ante el liceo de los chicos.

Ese día, a mediodía, Gonzáles y el periodista vieron llegar a los dos pequeños riéndose. Dijeron que no habían tenido la suerte de otras veces, pero que había que esperar. En cualquier caso, no era su semana de guardia. Había que

tener paciencia hasta la próxima semana. Y volver a empezar. Rambert dijo que le parecía bien. Gonzáles propuso entonces una cita para el lunes siguiente, pero esta vez instalarían a Rambert, en casa de Marcelo y Luis. “Nosotros tendremos una cita, tu y yo. Si no estoy yo, tu irás directamente a su casa. Te explicarán donde viven.” Pero Marcel, o Luis, dijo en ese momento que lo más sencillo era llevar enseguida al camarada. Sino era raro, había comida para los cuatro. Y de esta manera, se dará cuenta. Gonzáles dijo que era muy buena idea y fueron bajando hacia el puerto.

Marcelo y Luis vivían en el extremo, del barrio de la Marina, cerca de las puertas que daban a la cornisa. Era una pequeña casa española, con muros gruesos, con contraventanas de madera pintada, con habitaciones desnudas y umbrosas. Había arroz que sirvió la madre de los jóvenes, una española vieja y sonriente llena de arrugas. Gonzáles se asombró, pues el arroz escaseaba en la ciudad. “Nos arreglamos en las puertas.”, dijo Marcelo. Rambert comía y bebía, y Gonzáles dijo que era un verdadero compañero, mientras que el periodista solo pensaba en la semana que aun debía de pasar.

De hecho, fueron dos semanas de espera, ya que los turnos de las guardias fueron quincenales, para reducir el número de equipos. Y durante esos quince días, Rambert trabajó sin escatimar energías, de modo ininterrumpido, con los ojos cerrados de alguna manera, desde el alba hasta la noche. Tarde, por la noche, se acostaba y dormía con un sueño pesado. El paso súbito desde el ocio a este trabajo agotador le dejaba casi sin sueños y sin fuerzas. Hablaba poco de su próxima evasión. Solo un hecho notable: al

cabo de una semana, le dijo al doctor que, por primera vez, la noche anterior, se había emborrachado. Saliendo del bar, de repente tuvo la impresión que sus ingles crecían, de que sus brazos se movían con dificultad alrededor de las axilas. Pensó que era la peste y la única reacción que pudo tener entonces y que convino con Rieux que no había sido razonable, fue la de correr hacia lo alto de la ciudad, y allí, desde una pequeña plaza desde donde no se veía siempre el mar, pero desde donde se veía un poco más de cielo, llamó a su mujer a gritos, por encima de los muros de la ciudad. Vuelto a su casa y no descubriendo en su cuerpo ningún síntoma de la infección, no estuvo muy orgulloso de esta súbita crisis. Rieux dijo que comprendía muy bien que se pudiese reaccionar así: “En cualquier caso, dijo, puede pasar que se hayan tenido ganas.”

- M.Othon me ha hablado de usted esta mañana, añadió Rieux, en el instante en que se iba. Me ha preguntado si le conocía: “Aconséjele, me dijo, de que no frecuente los lugares de contrabando. Se hace notar.”

- ¿Qué quiere decir con eso?

- Esto quiere decir que tiene que darse prisa.

- Gracias, dijo Rambert, estrechando la mano del doctor.

En la puerta, se volvió de golpe. Rieux se dio cuenta que por primera vez, desde el principio de la peste, sonreía.

- ¿Porqué no me impide marcharme? Usted tiene los medios.

Rieux movió la cabeza con su movimiento habitual, y dijo que eso era asunto de Rambert, que este último había elegido la felicidad y que el, Rieux, no tenía argumentos para oponerse. Se sentía incapaz de juzgar lo que estaba bien de lo que estaba mal en este tema.

- ¿Entonces porqué me dice que me apresure?

Rieux sonrió a su vez.

- Quizás es porque tengo necesidad yo también de hacer algo por la felicidad.

A la mañana siguiente no volvieron a hablar, pero trabajaron juntos. La siguiente semana, Rambert ya se había instalado en la pequeña casa española. Le habían puesto una cama en la sala común. Como los jóvenes no venían a cenar, y como le habían rogado salir lo menos posible, vivía solo, la mayor parte del tiempo, o charlaba con la madre. Era seca y activa, vestida de negro, laca morena y arrugada, bajo unos cabellos blancos muy limpios. Silenciosa sonreía solo con los ojos cuando miraba a Rambert.

Otras veces le preguntaba sino temía llevarle la peste a su mujer. El pensaba que era un albur que había que correr, pero que era mínimo, mientras que quedándose en la ciudad, se arriesgaba a estar separados para siempre.

- ¿Es muy simpática?

- Mucho.

- ¿Bonita?

- Creo que si.

- ¡Ah! decía ella, ¡es por eso!

Rambert pensaba. Sin duda era por eso, pero era imposible que solo fuese por eso.

- Tiene que ir con ella, tiene usted razón. Sino, ¿Qué le quedaría?

El resto del tiempo, Rambert daba vueltas alrededor de los muros desnudos y decrepitos, acariciando los abanicos clavados en las paredes, o bien contando las bolas de lana que rodeaban al mantel. Por la noche, los jóvenes volvían.

No hablaban mucho, solo para decir que aún no era el momento. Después de cenar, Marcel tocaba la guitarra y bebían un licor anisado. Rambert tenía el aspecto de pensar.

El miércoles, Marcelo entró diciendo: “Es para mañana por la noche, a media noche. Estate listo.” De los dos hombres que estaban en el puesto con ellos, uno estaba contagiado por la peste y el otro, que compartía normalmente la habitación con el primero, estaba en observación. Así, Marcelo y Luis durante dos o tres días, estarían solos. En el transcurso de la noche, arreglarían los últimos detalles. Por la mañana sería posible. Rambert lo agradeció. “¿Está usted contento?” le preguntó la vieja. El dijo que si, pero pensaba otra cosa.

Por la mañana, bajo un cielo pesado, el calor era húmedo y sofocante. Las noticias de la peste eran malas. La vieja española mantenía sin embargo la serenidad. “¡Hay pecado en el mundo, decía, entonces, forzosamente!” Como Marcelo y Luis, Rambert iba con el torso desnudo, pero a pesar de todo, el sudor le caía por los hombros y el pecho. En la semipenumbra de la casa con las contraventanas cerradas, le daba un aspecto de torsos oscuros y barnizados. Rambert daba vueltas sin decir nada. Bruscamente, a las cuatro de la tarde, se vistió y dijo que salía.

- Atención, le dijo Marcelo, es para esta media noche. Todo está dispuesto.

Rambert fue a casa del doctor. La madre de Rieux le dijo que le encontraría en el hospital en lo alto de la ciudad. Ante el puesto de guardia, la misma multitud daba vueltas sin parar. “¡Circulen!” decía un sargento con los ojos saltones. Los demás circulaban, pero girando en redondo.

“No hay nada que esperar”, decía el sargento cubierto el traje de sudor. Era un aviso para todos, pero seguían igual, pese al calor mortal. Rambert enseñó su pase al sargento que le indicó el despacho de Tarrou. La puerta daba al patio. Se cruzó con el padre Paneloux que salía del despacho.

En una pequeña sala blanca que olía a farmacia y a paños húmedos, Tarrou sentado tras una mesa de madera negra, con las mangas arremangadas, se secaba con un pañuelo el sudor que salía por sus brazos.

- ¿Aún aquí? Le dijo.

- Si, querría hablar con Rieux.

- Está en la sala, pero si se puede arreglar sin el, sería mejor.

- ¿Porqué?

- Está desbordado. Yo le soluciono lo que puedo.

Rambert miraba a Tarrou. Este había adelgazado. El cansancio le nublaba los ojos y los rasgos. Sus fuertes hombros estaban inclinados como una bola. Llamaron a la puerta, y entró un enfermero cubierto de blanco. Puso sobre la mesa de Tarrou un montón de fichas y, con una voz que la mascarilla ahogaba, dijo solamente: “Seis”, y después salió. Tarrou miró al periodista y le mostró las fichas que abrió en abanico.

- ¡Bonitas fichas, eh! Bueno, son los muertos esta noche.

Su frente se había fruncido. Recogió el montón de fichas.

- Lo único que nos queda es la contabilidad.

Tarrou se levantó, apoyándose en la mesa.

- ¿Se marcha pronto?

- Esta noche, a medianoche.

Tarrou le dijo que se alegraba y que Rambert tenía que cuidarse.

- ¿Dice usted eso sinceramente?

Tarrou se encogió de hombros:

- A mi edad siempre se es sincero. Mentir es demasiado fatigoso.

- Tarrou, dijo el periodista, querría ver al doctor. Discúlpeme.

- Lo se. El es mas humano que yo. Vamos.

- No es eso, dijo Rambert con dificultad. Y se calló.

Tarrou le miró y de pronto, sonrió.

Siguieron por un pequeño pasillo cuyas paredes estaban pintadas de verde claro y donde flotaba una luz de acuario. Justo antes de llegar a una puerta doble de cristal, tras la cual se adivinaba un curioso movimiento de sombras, Tarrou hizo entrar a Rambert en una sal muy pequeña, totalmente tapizada de armarios. Abrió uno de ellos, sacó de un esterilizador dos máscaras de gasa hidrófila, le dio una a Rambert y le invitó a cubrirse. El periodista preguntó si esto servís para algo y Tarrou le contestó, pero que esto daba confianza a los demás.

Empujaron la puerta acristalada. Era una inmensa sala con las ventanas herméticamente cerradas, a pesar de la estación. En lo alto de los muros ronroneaban aparatos que renovaban el aire, y sus hélices curvadas barrían el aire espeso y sobrecalentado, por encima de las dos filas de camas grises. De todas partes, brotaban gemidos sordos o agudos que solo hacían una queja monótona. Unos hombres, vestidos de blanco, se desplazaban con lentitud bajo las crueles luces que se derramaban por las altas ventanas adornadas con barrotes. Rambert se sintió mal

ante el terrible calor de esta sala y tuvo dificultad para reconocer a Rieux, inclinado sobre de una forma que gemía. El doctor sajava las ingles del enfermo, que dos enfermeras, una a cada lado de la cama, sostenían con las piernas separadas. Cuando terminó y se incorporó, dejó caer sus instrumentos en una bandeja que un ayudante le aguantaba y se quedó un momento inmóvil, mirando al hombre al que acababa de curar.

- ¿Qué hay de nuevo?, dijo a Tarrou que se le acercaba.
- Paneloux acepta reemplazar a Rambert en la casa de cuarentena. Ya ha hecho mucho. Estará en el tercer equipo de prospección, reagrupándolos sin Rambert.

Rieux asintió con la cabeza.

- Castel ha terminado sus primeras pruebas. Propone un ensayo.

- ¡Ah! dijo Rieux; está bien.

- En fin, aquí está Rambert.

Rieux se volvió. Por encima de la mascarilla, sus ojos se entornaron para ver al periodista.

- ¿Qué hace usted aquí? Dijo. Ya debería haberse marchado.

Tarrou le dijo que era para esa noche, a media noche, y Rambert añadió: “En principio.”

Cada vez que hablaba uno de ellos, la máscara de gas se hinchaba y se humectaba en el lugar de la boca. Esto hacía que la conversación fuese un poco irreal, como un diálogo de estatuas.

- Yo querría hablarle, dijo Rambert.
- Saldremos juntos, si usted quiere. Espéreme en el despacho de Tarrou.

Un momento después; Rambert y Rieux se instalaron en la parte de atrás del coche del doctor. Tarrou conducía.

- Ya no hay gasolina, dijo este, arrancando. Mañana iremos a pie.

- Doctor, no me voy y quiero quedarme con usted.

Tarrou no se movió. Seguía conduciendo. Rieux parecía incapaz de soportar su cansancio.

- ¿Y ella?, dijo con una voz sorda.

Rambert dijo que había meditado, que seguía creyendo en lo que creía, pero que si se marchaba, tendría vergüenza. Esto le incomodaba por querer a la que había dejado. Pero Rieux se incorporó y dijo con una voz firme que eso era estúpido y que el no tenía vergüenza en preferir la felicidad.

- Si, dijo Rambert, pero se puede tener vergüenza de ser feliz uno solo.

Tarrou que había permanecido callado hasta ahora, sin volver la cabeza hacia ellos, indicó que si Rambert quería compartir la desgracia de los hombres, nunca tendría tiempo para la felicidad. Había que elegir.

- No es eso, dijo Rambert. Siempre he pensado que yo era extranjero en esta ciudad y que no tenía nada que hacer con ustedes. Pero ahora que he visto lo que he visto, se que estoy aquí, lo quiera o no. Esta historia nos concierne a todos.

Nadie le contestó y Rambert pareció impacientarse.

- ¡Ustedes lo saben bien! ¿O sino que hacen ustedes en este hospital? ¿Lo han elegido ustedes, y han renunciado a su felicidad?

Ni Tarrou ni Rieux contestaron. El silencio duró bastante, hasta que se acercaron a la casa del doctor. Y Rambert, de

nuevo, dijo su última pregunta, con más fuerza todavía. Y solo Rieux se volvió hacia él. Se incorporó con esfuerzo:

- Perdóneme, Rambert, dijo, pero no lo se. Quédese con nosotros ya que usted así lo desea.

Un bandazo del auto le hizo callar. Después prosiguió mirando hacia delante:

- Nada hay en el mundo que nos aleje de la felicidad. Y sin embargo yo me alejo, yo también, sin que pueda saber porqué.
- Y se dejó caer en el asiento.
- Es un hecho, eso es todo, dijo él, con cansancio. Tengámoslo en cuenta y saquemos las consecuencias.
- ¿Qué consecuencias?, preguntó Rambert.
- ¡Ah!, dijo Rieux, no se puede curar y saber al mismo tiempo. Entonces curemos el máximo posible. Es lo que más apremia.

A media noche, Tarrou y Rieux explicaban a Rambert el plan del distrito que estaba encargado de investigar, cuando Tarrou miró su reloj. Levantando la cabeza, se cruzó con la mirada de Rambert.

- ¿Ha avisado usted?

El periodista rehuyó la mirada:

- Ya había enviado una señal, dijo con esfuerzo, antes de ir a verles.

Fue a últimos de octubre que el suero de Castel se ensayó. Prácticamente era la última esperanza de Rieux. En caso de un nuevo fracaso, el doctor estaba persuadido que la ciudad se entregaría a los caprichos de la

enfermedad., fuese que la epidemia prolongase sus efectos durante muchos meses, fuese que decidiese acabar sin razón alguna.

La víspera misma del día en que Castel vino a visitar a Rieux, el hijo de M.Othon había caído enfermo y toda la familia hubo de entrar en la cuarentena. La madre, que había salido poco antes, se vio pues aislada por segunda vez. Respetuoso con las consignas dadas, el juez había hecho llamar al doctor Rieux, en cuanto reconoció en el cuerpo del chiquillo, los signos de la enfermedad. Cuando Rieux llegó, el padre y la madre estaban de pie a los pies de la cama. La pequeña había sido alejada. El niño estaba en el periodo de abatimiento y se dejó examinar sin quejarse. Cuando el doctor se incorporó, se encontró con la mirada del juez, y tras el, la mirada pálida de la madre que se había puesto un pañuelo en su boca y seguía los gestos del doctor con los ojos muy abiertos.

- ¿Es eso, verdad? Dijo el juez con una voz fría.

- Si, respondió Rieux, mirando de nuevo al chiquillo.

Los ojos de la madre se abrieron aun mas, pero no dijo nada. El juez también callaba, después dijo, en voz baja:

- Bien, doctor, tenemos que hacer lo que está prescrito.

Rieux evitaba mirar a la madre, que seguía teniendo el pañuelo en la boca.

- Lo haremos rápido, dijo dudando, si puedo telefonear.

M.Othon dijo que le acompañaría, pero el doctor se volvió hacia la mujer:

- Lo siento. Tendría usted que preparar algunas cosas. Usted ya sabe lo que es.

Mme.Othon se sobrecogió. Miraba al suelo.

- Si, dijo ella moviendo la cabeza, es lo que voy a hacer.

Antes de dejarles, no pudo dejar de decir si necesitaban algo. La mujer le miraba siempre en silencio, pero el juez desvió la mirada.

- No, dijo, después tragó saliva, pero salve a mi hijo.

La cuarentena, que al principio era una simple formalidad, había sido organizada por Rieux y Rambert, de modo muy estricto. En particular, habían exigido que los miembros de una misma familia fuesen aislados los unos de los otros. Si uno de los miembros de la familia había sido infectado sin saberlo, no había que multiplicar las posibilidades de la enfermedad. Rieux explicó estas razones al juez que las encontró razonables. Sin embargo, su mujer y él se miraron de tal manera que el doctor notó hasta que punto esta separación les dejaba desamparados. Mme.Othon y su hija pudieron estar alojados en el hotel de cuarentena dirigido por Rambert. Pero para el juez de instrucción, no había sitio sino en el campo de aislamiento que la prefectura estaba organizando, en el estadio municipal, con la ayuda de tiendas prestadas por el servicio de limpieza. Rieux se disculpó, pero M.Othon dijo que solo había una regla para todos y que había que obedecerla.

En cuanto al niño, fue conducido al hospital auxiliar, a una antigua sala de clase donde se habían instalado diez camas. Al cabo de unas veinte horas, Rieux juzgó su caso como desesperado. El pequeño cuerpo se dejaba devorar por la infección, sin reaccionar. Pequeños bubones, dolorosos, pero apenas formados, bloqueaban las articulaciones de sus delgados miembros. Estaba vencido de antemano. Es por lo que Rieux tuvo la idea de probar

con el el suero de Castel. La misma noche, después de cenar, le practicaron la larga inoculación, sin obtener una sola reacción del niño. Por la mañana, al alba, todos se juntaron cerca del niño para juzgar esta decisiva experiencia.

El niño, salido de su torpor, se movía convulsivamente entre las sábanas. El doctor, Castel y Tarrou, desde las cuatro de la madrugada estaban cerca de el, siguiendo paso a paso los progresos o la falta de ellos en la enfermedad. A la cabecera de la cama, el cuerpo macizo de Tarrou estaba un poco encorvado. Al pie de la cama, sentado cerca de Rieux que estaba de pie, Castel leía, aparentemente con tranquilidad un libro viejo. Poco a poco, a medida que el día transcurría en la vieja sala de la escuela, los otros iban llegando. Primero Paneloux, que se colocó al otro lado de la cama, por indicación de Tarrou, y pegado a la pared. Una expresión dolorosa se leía en su cara, y el cansancio de todos estos días reflejados en su persona y arrugado su frente congestionada. A su vez, Joseph Grand. Eran las siete y el empleado se disculpó de estar sin aliento. Solo se iba a quedar un momento, si tal vez ya se supiese algo preciso. Sin decir palabra, Rieux le mostró al niño que, con los ojos cerrados en una faz descompuesta, los dientes apretados al máximo, el cuerpo inmóvil, giraba y volvía a girar su cabeza de derecha a izquierda, sobre la almohada sin funda. Cuando se hizo más de día, en el fondo de la sala, sobre la pizarra dejada en su lugar, se podía distinguir las huellas de antiguas fórmulas y ecuaciones, llegó Rambert. Se quedó al pie de la vecina

cama y sacó un paquete de cigarrillos. Pero tras mirar al niño, lo volvió a guardar en su bolsillo.

Castel, sentado siempre, miraba a Rieux por encima de sus gafas:

-¿Tiene usted noticias del padre?

- No, está en el campo de aislamiento.

El doctor apretaba con fuerza la barra de la cama donde gemía el niño. No levantaba la mirada del pequeño enfermo que se puso tieso bruscamente y, con los dientes de nuevo apretados, se hundió un poco a nivel de su cintura, apartando lentamente los brazos y las piernas. Del pequeño cuerpo, desnudo bajo la colcha militar, subía un olor a lana y a sudor. El niño se distendió poco a poco, volvió sus brazos y sus piernas al centro de la cama y, siempre ciego y mudo, pareció respirar mas deprisa. Rieux se encontró con la mirada de Tarrou que rehuyó la mirada.

Ya habían visto morir a niños ya que el terror, desde hacía meses, no distinguía, pero nunca antes habían seguido su sufrimiento minuto a minuto, como lo estaban haciendo desde esta mañana. Bien entendido que el dolor infligido a estos inocentes no había nunca cesado de parecerles lo que era de verdad, es decir un escándalo. Pero por lo menos hasta ahora, se escandalizaban abstraídamente, de algún modo, porque no habían visto nunca cara a cara, tanto tiempo, la agonía de un inocente.

Justamente el niño, como si le mordiesen el estómago, se doblaba de nuevo, con un gemido agudo. Se quedó doblado durante unos segundos, sacudido por escalofríos y temblores convulsivos, como si su frágil osamenta se doblase bajo el viento furioso de la peste y se rompiese

bajo los embates repetidos de la fiebre. Pasada la tempestad, se distendió un poco, la fiebre pareció retirarse y abandonarle, jadeando, sobre una playa húmeda y envenenada donde el reposo se parecía ya a la muerte. Cuando la ola ardiente le alcanzó por tercera vez y le levantó un poco, el niño se encogió, reculó hasta los pies de la cama con el terror de la llama que le quemaba y agitaba locamente la cabeza, rechazando la sábana. Gruesas lágrimas, brotando de sus párpados inflamados, se derramaban por su cara plomiza y, en el acmé de la crisis, agotado, crispando sus huesudas piernas y sus brazos cuya carne se había fundido en cuarenta y ocho horas, el niño adoptó una postura en la cama devastada de crucificado grotesco.

Tarrou se inclinó y, con su pesada mano, secó el pequeño rostro bañado de lágrimas y de sudor. Después de un momento, Castel había cerrado su libro, y miraba al enfermo. Empezó una frase, pero tuvo que toser para poderla terminar, porque su voz sonaba bruscamente:

- No ha habido remisión matinal, ¿verdad, Rieux?

Rieux dijo que no, pero que el niño resistía desde hacía tiempo, lo que no era normal. Paneloux que parecía un poco hundido en la pared, dijo con voz sorda:

- Si tiene que morir, habrá sufrido más tiempo.

Rieux se volvió bruscamente hacia El y abrió la boca para hablar, pero se calló, hizo un visible esfuerzo para dominarse y volvió a mirar al niño.

La luz crecía en la sala. Sobre las otras cinco camas, unas formas se movían y gemían, pero con una discreción que parecía adoptada. El único que gritaba, en la otra punta de la sala, lanzaba a intervalos regulares

pequeñas exclamaciones que parecían más de asombro que de dolor. Parecía que incluso para los enfermos, no fuese el pánico del comienzo. Ahora había una especie de consentimiento en su modo de tomarse la enfermedad. Solo, el niño se debatía con todas sus fuerzas. Rieux que, de cuando en cuando, le tomaba el pulso, sin necesidad de hacerlo y más bien para salir de la inmovilidad impotente en que se hallaba, sentía, cerrando los ojos, esta agitación mezclándose con el tumulto de su propia sangre. Se juntaba entonces con el suplicio del niño e intentaba sostenerlo con toda su fuerza aún intacta. Pero unidos un minuto las pulsaciones de sus dos corazones, se desunían, el niño se le escapaba, y su esfuerzo se hundía en el vacío. Dejaba entonces la pequeña muñeca y volvía a su sitio.

A lo largo de las paredes pintadas de cal, la luz pasaba del rosa al amarillo, Detrás de la vidriera, una mañana calurosa empezaba a crepitar. Casi no se oyó partir a Grand diciendo que volvería. Todos esperaban. El niño, con los ojos siempre cerrados, parecía calmarse un poco. Las manos, parecidas a garras, tocaban suavemente los flancos de la cama. Subieron, rascaron la colcha cerca de las rodillas y, de pronto, el niño dobló sus piernas, plegó sus muslos hacia el vientre y se inmovilizó. Abrió entonces los ojos por primera vez y miró a Rieux que estaba delante de él. En el hueco de su cara, ahora teñida de una arcilla gris, abrió su boca y, casi al mismo tiempo, salió un solo grito continuo, que la respiración matizaba apenas, y que llenó de pronto la sala con una protesta monótona, desacorde, y tan poco humana que parecía venir de todos los hombres a la vez. Rieux apretó los

dientes y Tarrou se volvió. Rambert se acercó a la cama cerca de Castel que dejó el libro, que quedó abierto sobre sus rodillas. Paneloux miró aquella boca infantil, manchada por la enfermedad, llena de ese grito de todas las edades. Se dejó caer de rodillas y todo el mundo encontró natural oírle decir con una voz ahogada, pero inteligible tras un rezo anónimo que no paraba:

“Dios mío, salva a este niño.”

Pero el niño continuaba gritando y, a su alrededor, los enfermos se agitaron. Aquel cuyas exclamaciones no habían cesado, en la otra punta de la sala, precipitó el ritmo de su queja hasta hacer, el también, un verdadero grito, mientras los otros gemían cada vez más alto. Una marea de sollozos rompió en la sala, ocultando el rezo de Paneloux, y Rieux, agarrado a la barra de la cama, cerró los ojos, ebrio de fatiga y de asco.

Cuando los abrió encontró a Tarrou cerca de él.

- He de irme, dijo Rieux. No puedo soportarlo más.

Pero bruscamente los otros enfermos se callaron. El doctor reconoció entonces que el grito del niño se había debilitado, que se debilitaba aun mas y que acabó parándose. A su alrededor, las quejas volvían a empezar, pero mas sordas, y como un eco lejano de esta lucha que acababa de terminar. Porque se había acabado. Castel pasó al otro lado de la cama y dijo que se había acabado. Con la boca abierta, pero muda, el niño descansaba en el hueco de sus sábanas en desorden, empujadas de pronto, con restos de lágrimas en su rostro.

Paneloux se acercó a la cama e hizo los gestos de la bendición. Después recogió sus hábitos y salió por la avenida central.

- ¿Habrá que empezar todo de nuevo? preguntó Tarrou a Castel.

El viejo doctor movió la cabeza.

- Tal vez, dijo con una sonrisa crispada. Después de todo ha resistido mucho tiempo.

Pero Rieux abandonaba ya la sala, con un paso tan precipitado y con un talante tal que, cuando avanzó a Paneloux, este tendió su brazo para detenerle.

- Vamos, doctor, le dijo.

Con el mismo movimiento violento, Rieux se volvió y le espetó con rabia:

- ¡Ah! ¡Este al menos, era inocente, usted lo sabe bien!

Después se volvió y franqueó las puertas de la sala antes que Paneloux, y alcanzole fondo del patio de la escuela. Se sentó en un banco, entre los pequeños árboles polvorientos, y se secó el sudor que le caía ya por los ojos. Tenía ganas de gritar para deshacer el violento nudo que aun le atenazaba el corazón. El calor caía lentamente entre las ramas de los ficus. El cielo azul de la mañana se cubría rápidamente de una mancha blancuzca que tornaba el aire más irrespirable. Miraba las ramas, el cielo, recobrando lentamente la respiración, disminuyendo poco a poco su fatiga.

- ¿Porqué me ha hablado usted con esa rabia? Dijo una voz detrás de él. Para mí también, ese espectáculo era insoportable.

- Es verdad, dijo. Perdóneme. Pero el cansancio es una locura. Hay veces que en esta ciudad solo siento mi rebeldía.

- Le comprendo, murmuró Paneloux. Esto es indignante porque sobrepasa nuestra tolerancia. . Pero tal vez deberíamos amar lo que no podemos entender.

Rieux se levantó de un salto. Miraba a Paneloux, con toda la fuerza y la pasión de que era capaz, y movió la cabeza.

- No, padre, no, dijo. Tengo otra idea del amor. Y rechazaré hasta la muerte esa creación donde los niños son torturados.

Sobre la cara de Paneloux, pasó una sombra de turbación.

- ¡Ah! doctor, dijo con tristeza, acabo de comprender eso que llaman gracia.

Pero Rieux se había dejado caer de nuevo en el banco. Desde el fondo de su renacido cansancio, contestó con más dulzura:

- Es lo que yo no tengo, lo se. Pero no quiero discutir esto con usted. Trabajamos juntos para algo que nos une por encima de las blasfemias y de las plegarias. Solo esto es importante.

Paneloux se sentó cerca de Rieux. Estaba conmovido.

- Si, dijo, si, usted trabaja también por la salvación de los hombres.

Rieux intentaba sonreír.

- La salvación de los hombres es una palabra muy grande para mí. No llego tan lejos. Es su salud la que me interesa, solo su salud.

Paneloux dudó.

- Doctor, dijo.

Pero se calló. Sobre su frente también el sudor empezaba a caer. Murmuró: “Adiós.” Y sus ojos relucían

cuando se levantó. Iba a marcharse cuando Rieux, que reflexionaba, se levantó también y dio un paso hacia él.

- Perdóneme de nuevo, dijo. Esta explosión no se repetirá más.

Paneloux le tendió la mano con tristeza:

- ¡Y sin embargo no le he convencido!

- ¿Qué es lo que ha pasado? Dijo Rieux. Lo que odio es la muerte y el dolor, usted lo sabe. Y que usted lo quiera o no, estamos juntos para sufrirla y combatirla.

Rieux retuvo la mano de Paneloux.

- ¿Lo ve?, dijo evitando el mirarle, Dios mismo no puede ahora separarnos.

Desde que entró a formar parte de los grupos sanitarios, Paneloux no había abandonado los hospitales ni los lugares donde había peste. Se había colocado entre los salvadores, en el puesto que le parecía ser el suyo, es decir el primero. Los espectáculos de la muerte no le habían faltado. Y aunque en principio estuvo protegido por el suero, la sospecha de su propia muerte tampoco le era extraña. Aparentemente siempre había mantenido la calma. Pero a partir de ese día en el que había estado viendo mucho tiempo a un niño morir, pareció cambiar. Una tensión creciente se leía en su cara. Y el día que le dijo a Rieux, sonriendo, que estaba preparando en ese momento un corto tratado sobre ese sujeto: “¿Un cura puede consultar a un médico?”, el doctor tuvo la impresión de que se trataba de algo más serio que parecía no decirle Paneloux. Como el doctor expresase el deseo

de tener conocimiento de ese trabajo, Paneloux le anunció que tenía que hacer una prédica en la misa de los hombres y que en esta ocasión expondría al menos algunos de sus puntos de vista:

- Me gustaría que viniese, doctor, el motivo os interesará.

El padre pronunció su segundo responso un día de mucho viento. A decir verdad el nivel de asistencia era menor que el de la primera prédica. Era que este tipo de espectáculo nunca había perdido el atractivo de la novedad para nuestros conciudadanos. En las difíciles circunstancias por las que atravesaba la ciudad, la palabra misma de “novedad” había perdido su sentido. De hecho, la mayoría de la gente, cuando no habían desertado sus deberes religiosos, o cuando no coincidían con una vida personal profundamente inmoral, habían reemplazado las prácticas ordinarias por supersticiones poco razonables. Llevaban más a gusto medallas protectoras o amuletos de san Roque que ir a misa.

Se puede dar como ejemplo el uso inmoderado que nuestros conciudadanos hacían de las profecías. En primavera, en efecto, se esperaba de uno a otro momento, el final de la enfermedad, y nadie se cuidaba de preguntar al prójimo precisiones sobre la duración de la enfermedad, porque todo el mundo estaba persuadido de que ya no habría más. Pero a medida que los días pasaban, empezaron a sospechar que esta desgracia realmente no tuviese fin, y por la misma razón, el fin de la epidemia fue el objeto de todas las esperanzas. Se pasaban así, de mano en mano, diversas profecías debidas a magos o a santos de la Iglesia católica. Los impresores de la ciudad vieron en seguida el partido que le podían sacar a este entusiasmo, y difundieron

en numerosos ejemplares los textos que circulaban. Apercibiéndose que la curiosidad del público era insaciable, empezaron la búsqueda, en las bibliotecas municipales, sobre todos los testimonios de este tipo que la pequeña historia podía suministrar y las esparcieron por la ciudad. Cuando la historia vieron que era parca en profecías, se pidió a los periodistas que, al menos en este tema, fuesen tan competentes como sus modelos de siglos pasados.

Ciertas profecías aparecían como folletines en los periódicos y se leían con la misma avidez que las historias sentimentales que se podían encontrar, en tiempos de salud. Algunas de estas previsiones se apoyaban sobre extraños cálculos donde intervenían las milésimas del año, el número de muertos y la cuenta de los meses transcurridos ya bajo el régimen de la peste. Otros establecían comparaciones con las grandes pestes de la historia, sacaban similitudes (que las profecías llamaban constantes) y, en medio de cálculos no menos raros, pretendían sacar conclusiones relativas a la prueba presente. Pero las más apreciadas por el público eran sin lugar a dudas, aquellas que en un lenguaje apocalíptico, anunciaban una serie de acontecimientos que cualquiera de ellos podían ser los que estaban experimentando en la ciudad, y cuya complejidad permitía todas las interpretaciones. Nostradamus y Santa Odilia fueron también consultados cotidianamente, y siempre con resultado. Lo que de todas maneras era común en todas las profecías fue que eran al final tranquilizadoras. Tan solo la peste no lo era.

Estas supersticiones tenían ínfulas de religión para nuestros conciudadanos y es por lo que la prédica de

Paneloux tuvo lugar en una iglesia que solo estaba llena a medias. La noche de la prédica, cuando Rieux llegó, el viento, que se infiltraba por hilillos de aire por los resquicios de las puertas de entrada, circulaba libremente entre los oyentes. Y fue en una iglesia fría y silenciosa, en medio de una asistencia exclusivamente compuesta por hombres, que tomó sitio y vio al padre subir al púlpito. Este último habló con un tono más bien dulce y reflexivo que la primera vez y, en diferentes ocasiones, los asistentes se dieron cuenta de una cierta duda en su plática. Cosa curiosa, ya no decía “vosotros” sino “nosotros”.

Sin embargo su voz fue volviéndose más firme poco a poco. Empezó por recordar que desde hacía muchos meses la peste estaba entre nosotros y que ahora que la conocíamos mejor por haberla visto tantas veces sentarse a nuestra mesa o en la cabecera de los que amábamos, andar cerca de nosotros y esperar nuestra llegada a los lugares de trabajo, ahora pues, podríamos tal vez, escuchar mejor lo que ella nos decía sin descanso y que, en su primera aparición, era posible que no la hubiésemos escuchado bien. Lo que el padre Paneloux había ya predicho en el mismo lugar seguía siendo verdad – o por lo menos era lo que el creía. Pero, quizás aun, como nos llegaba a todos, y el se golpeaba el pecho, lo había pensado y dicho sin caridad. Lo que seguía siendo verdad, sin embargo, era que en todas las cosas, siempre, había algo que recordar. La prueba más cruel era aun un beneficio para el cristiano. Y justamente lo que el cristiano debía de creer, era su beneficio, como se hacía y como se lo podía encontrar.

En ese momento, alrededor de Rieux, la gente pareció acomodarse en los brazos de sus bancos y se instalaron

todo lo confortablemente que pudieron. Una de las puertas acolchadas de la entrada se movió suavemente. Alguien se molestó en sujetarla. Y Rieux, distraído por esta agitación oyó apenas a Paneloux que retomaba su prédica. Decía más o menos, que no se trataba de intentar explicarse el espectáculo de la peste, sino intentar aprender lo que se podía aprender. Rieux comprendió vagamente que, según el padre, no había nada que explicar. Su interés se fijó, cuando Paneloux dijo con voz más fuerte que había cosas que se podían explicar creyendo en Dios y otras no se podían. Ciertamente estaban el bien y el mal y generalmente se explicaba con facilidad lo que les separaba. Pero en el interior del mal, empezaba la dificultad. Había, por ejemplo, el mal aparentemente necesario y el mal aparentemente inútil. Existía el Don Juan hundido en los Infiernos y existía la muerte de un niño. Si es justo que el libertino sea fulminado, no se comprende el sufrimiento de un niño. Y en verdad, no había nada más importante sobre la tierra que el sufrimiento de un niño y el horror que este sufrimiento arrastra con el y los motivos que hay que encontrar. El resto de la vida, Dios nos facilita todo y, hasta aquí, la religión no tenía méritos. Aquí, al contrario, nos ponía de cara a la pared. Estábamos bajo las murallas de la peste y era a su sombra mortal que había que encontrar nuestro beneficio. El padre Paneloux rechazaba incluso que le diesen ventajas fáciles que le permitiesen escalar el muro. Le hubiese bastado con decir que en la eternidad les esperaban todas las delicias al niño, que podían compensar su sufrimiento, pero la verdad era que el no sabía nada. ¿Quién podía afirmar que la eternidad de una alegría podía

compensar un instante del dolor humano? Seguro que no sería un cristiano aquel cuyo Maestro había conocido el dolor en sus miembros y en su alma. No, el padre se quedaría al pie del muro, fiel a este descuartizamiento cuyo símbolo es la cruz, cara a cara con el sufrimiento de un niño. Y diría sin temor a los que le escuchasen este día: “Hermanos míos, el instante ha llegado. Hay que creer en todo o negarlo todo. ¿Y quien, entre vosotros, osaría negarlo todo?”

Rieux apenas tuvo tiempo de pensar que el padre rayaba en la herejía cuando tomaba ya fuerzas, para afirmar que esta conminación, esta pura exigencia, era el beneficio del cristiano. Era también su virtud. El padre sabía que lo que había de excesivo en la virtud de la que iba a hablar, tropezaría a muchos espíritus, habituados a una moral más indulgente y más clásica. Pero la religión del tiempo de la peste no podía ser la religión de todos los días y si Dios podía admitir e incluso desear, que el alma descansa y se regocija en tiempos de felicidad la creía excesiva en los excesos de la desgracia. Dios hacía hoy a sus criaturas el favor de ponerlas en una desgracia tal que necesitaban encontrar y asumir la mayor virtud que es la del Todo o Nada.

Un autor profano, del siglo pasado había pretendido revelar el secreto de la Iglesia afirmando que no había Purgatorio. Sobreentendía con eso, que no había medias medidas, que solo existía el Paraíso y el Infierno y que solo se podía ser salvado o condenado, según lo que se hubiese elegido. Era, creía Paneloux una herejía que solo podía nacer en el seno de un alma libertina. Había un Purgatorio. Pero era sin duda de la época en la que este Purgatorio no

debía ser demasiado esperado, era de las épocas donde no se hablaba del pecado venial. Todo pecado era mortal y toda indiferencia criminal. Era o todo o no era nada.

Paneloux se calló, y Rieux oyó mejor en ese momento, bajo las puertas, los lamentos del viento que parecían redoblar fuera. El padre decía en ese mismo instante que la virtud de aceptación total de la que hablaba no podía ser comprendida en sentido restringido que se le daba normalmente, que no se trataba de una banal resignación, ni incluso de la difícil humildad. Se trataba de una humillación, pero de una humillación donde la humillado consentía. Ciertamente, el sufrimiento de un niño era humillante para el alma y para el cuerpo. Pero por lo que había de entrar. Pero era porqué, y Paneloux a su auditorio que lo que iba a decir no era fácil de decir, había que quererla para que Dios la quisiese. Solo así el cristiano no escatimaría nada y, con todas las salidas cerradas, iría hasta el fondo de la elección esencial. Elegiría creer en todo para no quedar reducido a negarlo todo. Y como las valientes mujeres que estaban en ese momento, habiendo aprendido que los bubones que se formaban eran la vía natural por donde el cuerpo eliminaba su infección, decían: “Dios mío, dame bubones”, el cristiano sabría abandonarse a la divina voluntad, incluso incomprensible. No se podía decir: “Esto lo comprendo; pero es inaceptable”, había que llegar al corazón de esta inaceptabilidad que nos era ofrecida, justamente para que nosotros hiciésemos nuestra elección. El sufrimiento de los niños era nuestro amargo pan, pero sin este pan, nuestra alma perecería de hambre espiritual.

Aquí el barullo sordo que acompañaba generalmente a las pausas del padre Paneloux empezaba a hacerse oír, cuando

inopinadamente, el predicador reemprendió con fuerza, dando el aspecto de pedir a sus oyentes que era, en resumen, la conducta a seguir. No dudaba de que fuera a pronunciar la palabra espantosa de fatalismo. Bien, no se echaría atrás ante el término si se le permitía solamente adjuntarle el adjetivo “activo”. Ciertamente, y una vez más, no había que imitar a los cristianos de Abisinia de los que ya había hablado. Tampoco había que pensar en recordar a los apestados persas que lanzaban sus hordas sobre los pelotones sanitarios cristianos invocando al cielo en voz alta para rogarle que enviase la peste a esos infieles que querían combatir el mal enviado por Dios. Pero a la inversa, tampoco había que imitar tampoco a los monjes del Cairo que, en las epidemias del siglo pasado, daban la comunión tomando la hostia con pinzas para evitar el contacto con esas bocas húmedas y calientes donde la infección podía hallarse. Los apestados persas y los monjes pecaban lo mismo. Pues para los primeros, el sufrimiento de un niño no contaba, y para los segundos, al contrario, el temor muy humano del dolor lo había invadido todo. En ambos casos, el problema se había escamoteado. Todos permanecían sordos a la voz de Dios. Pero había más ejemplos que Paneloux quería recordar. Si se creía al cronista de la peste de Marsella, de los ochenta y un religiosos del convento de La Mercy, solo cuatro sobrevivieron a la fiebre. Y de estos cuatro, tres huyeron. Así hablaban las crónicas y no era su oficio el decirlo lo que no era verdad.. Leyendo esto, todo el pensamiento del padre Paneloux iba al que se había quedado solo ante setenta y siete cadáveres, a pesar del ejemplo de sus tres hermanos. Y el padre, golpeando con el puño en el borde

del púlpito, gritó: “¡Hermanos míos, hemos de seguir los que estamos!”

No se trataba de rechazar las precauciones, el orden inteligente que una sociedad introducía en el desorden de una epidemia. No había que escuchar a esos moralistas que decían que había que ponerse de rodillas y abandonarlo todo. Solo hacía falta empezar a andar hacia delante, en las tinieblas, un poco a ciegas, e intentar hacer el bien. Pero el resto, había que vivir y aceptar sometiéndose a Dios, incluso por la muerte de los niños, y sin buscar excusas.

Aquí, el padre Paneloux evocó el gran personaje del obispo Belzunce durante la peste de Marsella. Recordó que hacia el final de la epidemia, el obispo, habiendo hecho todo lo que debía hacer, creyendo que ya no había solución, se encerró con víveres en su su casa, que hizo tapiar; que los habitantes, de los que era su ídolo, por una inversión del sentimiento, como se ve en los excesos de dolor, se enfadaron con el, rodearon su casa de cadáveres para infectarle e incluso echaron cuerpos por encima de los muros, para hacerle morir con más seguridad. Así el obispo, en una última debilidad, había creído aislarse del mundo de la muerte, y los muertos le llovían del cielo sobre su cabeza. Así también nosotros, debiéramos estar convencidos que no hay refugio contra la peste. No, no había solución. Había que admitir el escándalo porque teníamos que elegir entre odiar a Dios o amarle. ¿Quién osaría elegir el odio de Dios?

“Hermanos míos, dijo al fin Paneloux anunciando que concluía, el amor a Dios es un amor difícil. Supone el abandono total de si mismo y el desdén de la persona. Pro el solo puede borrar el sufrimiento y la muerte de los niños.

El solo, en cualquier caso, la volvería necesaria, porque es imposible comprenderla y solo puede admitirse. He aquí la difícil lección que yo quería compartir con vosotros. He aquí la fe, cruel a los ojos de los hombres, decisiva a los ojos de Dios, donde debemos acercarnos. A esta imagen terrible, hace falta que nos igualemos. Sobre esta cima, todo se confundirá y se igualará, la verdad triunfará sobre la aparente injusticia. Es así que en muchas iglesias del Midi de Francia, los apestados duermen desde hace siglos bajo las losas del coro, y los frailes hablan encima de sus tumbas, y el espíritu que propagan yace en estas cenizas donde niños han también puesto su parte.”

Cuando Rieux salió, un viento violento se coló por la puerta entreabierta y azotó en plena cara a los fieles. Aportó a la iglesia un olor de lluvia, un perfume de calle mojada que les dejaba adivinar el aspecto de la ciudad antes de que saliesen. Delante del doctor Rieux, un viejo sacerdote y un joven diácono que salían en ese momento les costó trabajo mantener su peinado. El más viejo no cesó sin embargo de comentar la prédica. Rindió homenaje a la elocuencia de Paneloux, pero se inquietó por la osadía en los pensamientos que el padre había dicho. Opinó que esta prédica mostraba más inquietud que fuerza, y, a la edad de Paneloux, un sacerdote no tenía el derecho de estar inquieto. El joven diácono, con la cabeza baja para protegerse del viento, aseguró que el frecuentaba mucho al padre y que estaba al corriente de su evolución y que su tratado sería mucho más audaz todavía y no hubiese conseguido el *imprimatur*.

- ¿Cuál es su teoría?, preguntó el viejo sacerdote. Habían llegado al atrio y el viento les rodeaba aullando, cortando la palabra al más joven. Cuando pudo hablar, dijo solamente:

- Si un sacerdote consulta a un médico, está en contradicción.

A Rieux le recordaban las palabras de Paneloux, y Tarrou dijo que el conocía a un sacerdote que había perdido la fe durante la guerra cuando descubrió un rostro de un joven con los ojos arrancados.

- Paneloux tiene razón, dijo Tarrou. Cuando la inocencia tiene los ojos hundidos, un cristiano ha de perder la fe o aceptar tener los ojos hundidos. Paneloux no quiere perder la fe, irá hasta el final. Es lo que ha querido decir.

¿Esta observación de Tarrou permite aclarar un poco los acontecimientos desgraciados que siguieron y donde la conducta de Paneloux pareció incomprensible a los que le rodeaban? Se juzgará.

Algunos días después de la prédica; Paneloux en efecto se ocupó de mudarse. Era el momento donde la evolución de la enfermedad provocaba cambios constantes en la ciudad. Y lo mismo que Tarrou tuvo que abandonar su hotel para vivir en casa de Roux, por lo mismo el padre tuvo que dejar el apartamento donde su orden le había colocado, para ir a alojarse en la casa de una persona mayor, habitual en la iglesia y todavía indemne de la peste. Durante el traslado, el padre había sentido crecer su cansancio y su angustia. Y fue así que perdió la estima de su patrona. Pues esta habiéndole elogiado calurosamente los méritos de la profecía de santa Odilia, el sacerdote le había mostrado una ligera impaciencia, debida sin duda al cansancio. Cualquier esfuerzo que hizo después para obtener de la anciana al

menos una benévola neutralidad, no sirvió de nada. Había causado una mala impresión. Y todas las noches antes de retirarse a su habitación llena de cantidad de puntillas de ganchillo, tenía que contemplar la espalda de su anfitriona, sentada en el salón, al mismo tiempo que pronunciaba las palabras de “Buenas noches, padre” que le dirigía secamente y sin volverse. Fue una noche de estas que en el momento de acostarse, moviendo la cabeza, notó en sus muñecas y en sus sienes las olas desencadenadas de una fiebre que incubaba hacía varios días.

Lo que siguió no fue conocido más que por el relato de la anfitriona. Por la mañana ella se había levantado pronto, siguiendo su costumbre. Al cabo de un cierto tiempo, asombrada de no ver al padre salir de su habitación, se había decidido, con muchas dudas, a llamar a su puerta. Le encontró aún acostado, tras una noche de insomnio. Sufría opresión y parecía más congestionado que de costumbre. Según sus propias palabras, ella le había propuesto con delicadeza de llamar a un médico, pero su proposición había sido rechazada con una violencia que ella consideró detestable. Solo pudo retirarse. Un poco más tarde, el padre la había llamado al timbre y la había hecho venir. Se excusó por su mal humor y le dijo que no tenía nada que ver con la peste, que no tenía ninguno de sus síntomas y que se trataba de una fatiga pasajera. La anciana dama les contestó con dignidad que su proposición no se debía a una inquietud por eso, que no había mirado por su seguridad, que estaba en manos de Dios, pero que solo había pensado en la salud del padre de la que ella se consideraba en parte responsable. Pero como el no decía nada, su anfitriona, deseosa de creerle, de cumplir con su deber, volvió a

proponerle avisar a su médico. El padre, de nuevo, lo había rechazado, aunque añadiendo explicaciones que la anciana dama había encontrado muy confusas. Ella creía solamente haber comprendido, y eso mismo le parecía incomprensible, que el padre rehusaba esa consulta porque ella no estaba de acuerdo con sus principios. Concluyó que la fiebre nublaba las ideas de su inquilino, y se limitó a llevarle una tisana.

Siempre decidida a cumplir exactamente las obligaciones que la situación le creaba, ella había visitado regularmente al enfermo cada dos horas. Lo que la había llamado era la incesante agitación en la que el padre había pasado la jornada. Se sacaba las sábanas y se los volvía a traer para sí, pasando sin cesar su mano por su frente sudorosa e incorporándose a menudo para probar de toser con una tos estrangulada, ronca y húmeda, parecida a un arrancamiento. Parecía entonces que estaba en la imposibilidad de sacar del fondo de su garganta los tampones de guata que le hubiesen asfixiado. Al final de esas crisis, se dejaba caer hacia atrás, con todos los signos del agotamiento. Para acabar él se incorporaba todavía un poco, y durante un corto momento, miraba ante él con una fijeza más vehemente que toda la agitación precedente. Pero la vieja dama intentaba aún avisar al médico y a contrariar a su enfermo, Podía ser un simple acceso de fiebre, pero parecía demasiado espectacular.

Por la tarde, sin embargo, ella intentaba hablar con el padre y solo recibió como respuesta algunas palabras confusas. Ella volvió a proponerle avisar al médico, pero entonces el padre se levantó casi ahogándose y les contestó claramente que no quería médicos. En ese momento, su

anfitriona que esperaría hasta la mañana siguiente, y que si el estado del padre no mejoraba, llamaría al número que la agencia Ransdoc repetía una docena de veces cada día por la radio. Siempre atenta a su deber, ella pensaba visitar a su inquilino durante la noche y vigilarlo. Pero por la noche, después de haberle dado la tisana fresca, ella quiso acostarse un rato y no se despertó hasta al mañana siguiente a mediodía. Corrió a la habitación.

El padre estaba acostado sin moverse. Al final de la congestión de la víspera le había sucedido una especie de lividez tanto más ostensible ya que la forma de su cara era aun plena. El padre se cogía al pequeño rosario de perlas multicolores que colgaba en la cabecera de la cama. Cuando entró la anciana señora, él volvió su cara hacia ella. Según explicó su anfitriona, en ese momento parecía haber sido abatido toda la noche y haber perdido todas las fuerzas para reaccionar. Ella le preguntó como se encontraba, y él con una voz que a ella le pareció extraña, dijo que estaba mal, que no necesitaba el médico y que bastaría con que le transportasen al hospital para que todo siguiese las normas. Espantada, la anciana señora corrió hasta el teléfono.

Rieux llegaba a mediodía. Con las explicaciones de su anfitriona, contestó solamente que Paneloux tenía razón, y que debía ser demasiado tarde. El padre le acogió con el mismo aire indiferente. Rieux le examinó y se sorprendió de no descubrir ninguno los síntomas principales de la peste bubónica o pulmonar, sino la obstrucción y la opresión de los pulmones. De todas maneras, el pulso era tan lento y el estado general tan alarmante que tenía pocas esperanzas:

- Usted no tiene ninguno de los síntomas principales de la enfermedad, le dijo a Paneloux. Pero, en realidad, no hay duda de que he de aislarlo.

El padre sonrió extrañamente, como por cortesía, pero siguió callado. Rieux salió para llamar por teléfono y volvió. Miró al sacerdote.

- Me quedaré cerca de usted, le dijo suavemente.

El otro pareció reanimarse y volvió sus ojos hacia el doctor y una especie de calor pareció volverle. Después articuló con dificultad, de modo que era imposible saber si lo que decía era con tristeza o no:

- Gracias, dijo. Pero los sacerdotes no tienen amigos. Todo lo han entregado a Dios.

Pidió el crucifijo que estaba situado en la cabecera de la cama y, cuando lo tuvo, se volvió para mirarlo.

En el hospital; Paneloux no abrió la boca. Se abandonó a todos los tratamientos que le impusieron, pero no dejó el crucifijo. Sin embargo, el caso del sacerdote seguía siendo ambiguo. La duda persistía en Rieux, ¿Era o no era la peste? Desde hacia ya tiempo parecía que le gustase despistarle en sus diagnósticos. Pero en el caso de Paneloux, el curso le mostraría que esta incertidumbre carecía de importancia.

La fiebre subía. La tos se hizo cada vez más ronca y torturó al enfermo todo el día. Por la noche, al final, el padre expectoró esa madeja que le ahogaba. Era roja. En medio de la fiebre, Paneloux conservaba su mirada indiferente y cuando, a la mañana siguiente lo encontraron muerto, con medio cuerpo fuera de la cama, su mirada no expresaba nada. En su ficha se anotó: “Caso dudoso.”

Todos los Santos no fue distinto de lo que siempre había sido. Verdad era que el tiempo era distinto y había cambiado bruscamente y los calores tardíos habían dejado lugar al frío. Como los otros años, un viento frío soplaba ahora de un modo continuo. Grandes nubes discurrían de uno a otro horizonte, cubriendo de sombras las casas sobre las cuales pasaban, y después de su paso, volvía a brillar la luz fría y dorada del cielo de noviembre. Los primeros impermeables habían hecho su aparición, pero se veía un número exagerado de telas recauchutadas y brillantes. Los periódicos habían informado que, doscientos años antes, durante las grandes pestes del Midi, los médicos se vestían con ropas engrasadas para su propia preservación. Los almacenes habían aprovechado para sacarse de encima los trajes pasados de moda gracias a los cuales cada uno esperaba tener inmunidad.

Pero todos estos signos de la estación no podían hacer olvidar que los cementerios estaban desiertos. Los otros años, los tranvías estaban llenos del olor soso de los crisantemos y las teorías de las mujeres se volvían a los lugares donde sus seres queridos estaban enterrados, con el fin de poner flores en sus tumbas. Era el día donde se intentaba compensar al difunto del aislamiento y del olvido en que se le había tenido durante largos meses. Pero este año, nadie quería pensar en los muertos. Precisamente ya se pensaba demasiado. Y no se trataba de volver con ellos con un poco de pesar y mucha melancolía. Ya no eran los olvidados ante los cuales había que justificarse una vez al año. Eran los intrusos que se querían olvidar. He aquí el

porqué la Fiesta de los Difuntos, este año estuvo, de alguna manera, escamoteada. Según Cottard, que para Tarrou parecía tener un lenguaje cada vez más irónico, eran cada día la Fiesta de Difuntos.

Y realmente, las fogatas de la peste ardían cada vez más con más fuerza en el horno crematorio.

De un día para otro era verdad que el número de muertos no aumentaba. Pero parecía que la peste se había instalado confortablemente en su paroxismo y que aportaba a sus crímenes cotidianos la precisión y la regularidad de un buen funcionario. En principio, y según la opinión de las personas competentes, era un buen signo. La gráfica de los progresos de la peste, con su crecimiento incesante, después la larga meseta que le seguía, parecía reconfortante, al menos al doctor Richard. “Es un buen, un excelente gráfico”, decía. Estimaba que la enfermedad había alcanzado lo que el llamaba un nivel. A partir de ahora, solo podría decrecer. Y atribuía el mérito al nuevo suero de Castel que acababa de conocer, en efecto, algunos éxitos inesperados. El viejo Castel no le contradecía, pero creía que de hecho no se podía prever nada, la historia de las epidemias conllevaba resurgimientos imprevistos. La prefectura que desde hacía mucho tiempo deseaba anunciar un apaciguamiento a la gente, y a quien la peste no daba motivos, se proponía reunir a los médicos para pedirles un informe sobre esto, cuando el doctor Richard se murió por la peste, el también, y precisamente en el acmé de la enfermedad.

La administración, ante este evento, sin duda impresionante, pero que a pesar de ello no probaba nada, volvió al pesimismo con la misma inconsciencia que

cuando lo había acogido con optimismo. Castel se ocupaba en preparar su suero todo lo cuidadosamente que podía. No había en ninguna parte un solo lugar público que no estuviese transformado en hospital o en lazareto, y si todavía respetaban la prefectura, es que tenían que conservar un lugar para reunirse. Pero en general y aprovechando la estabilidad de la peste en esta época, la organización prevista por Rieux no fue dejada de lado. Los médicos y las ayudas que llevaban a cabo un esfuerzo extenuante, no se imaginaban como poder hacer esfuerzos aún mayores. Solo podían continuar con regularidad, si es que se puede decir, este trabajo sobrehumano. Las formas pulmonares de la infección que ya se habían manifestado se multiplicaban ahora en las cuatro esquinas de la ciudad, como si el viento encendiese y activase los incendios en el pecho. En medio de vómitos de sangre, los enfermos morían mucho más rápidamente. El contagio amenazaba ahora con ser mayor, con esta nueva forma de epidemia. La verdad es que las opiniones de los especialistas habían sido siempre contradictorias en este tema. Sin embargo para mayor seguridad el personal sanitario continuaba respirando tras máscaras de gasa desinfectada. A primera vista la enfermedad hubiese tenido que extenderse, pero como los casos de peste bubónica disminuían, la balanza estaba equilibrada.

Sin embargo se tenían otros motivos de preocupación a causa de las dificultades de avituallamiento que aumentaban con los días. La especulación se había introducido y se ofrecían a precios fabulosos, productos de primera necesidad que faltaban en el mercado habitual. Las familias pobres se encontraban entonces en una situación

muy penosa, mientras que a las familias ricas no les faltaba casi de nada. Así como la peste, por la imparcialidad eficaz que aportaba en su ministerio, habría debido reforzar la igualdad entre nuestros conciudadanos, por el juego normal de los egoísmos, al contrario, volvía más agudo en el corazón de los hombres el sentimiento de la injusticia. Quedaba, bien entendido, la igualdad irreprochable de la muerte, pero de esa nadie quería oír hablar. Los pobres que sufrían hambre, pensaban con más nostalgia todavía, en las ciudades y en los campos vecinos, donde la vida era libre y el pan no era caro. Como no se les podía alimentar suficientemente, ellos tenían la sensación, por otra parte razonable, que se les debiera haber permitido irse. Si bien unas palabras habían terminado por circular y se leían, a veces, por las paredes, o se gritaban al paso del prefecto: “Pan o aire.” Esta fórmula irónica daba la señal a ciertas manifestaciones, en seguida reprimida, pero cuya gravedad no se le ocultaba a nadie.

Los periódicos, naturalmente, obedecían a la consigna de optimismo a cualquier precio que habían recibido. Al leerlos, lo que caracterizaba la situación, era “el ejemplo emocionante de calma y de sangre fría” que daba el pueblo. Pero en una ciudad cerrada sobre ella misma, donde nada podía seguir en secreto, nadie se equivocaba con “el ejemplo” dado por la comunidad. Y para tener una justa idea de la calma y la sangre fría de la que se hablaba, bastaba entrar en un lugar de cuarentena o en uno de los campos de aislamiento que habían sido organizados por la administración. Pasa que el narrador, llamado después, no los ha conocido y es por lo que no puede citar aquí nada más que el testimonio de Tarrou.

Tarrou, en efecto, escribe en su diario, el informe de una visita que hizo con Rambert en el campo instalado en el estadio municipal. El estadio está situado casi en las puertas de entrada a la ciudad, y da por una parte a la calle donde pasan los tranvías, y por la otra a unos terrenos que se extienden hasta el borde de la plataforma donde la ciudad se ha construido. Está rodeado de altos muros de cemento y solo había sido necesario colocar centinelas en las cuatro puertas de entrada para volver difícil la evasión. Al mismo tiempo, los muros impedían a la gente del exterior importunar con su curiosidad a los infelices que estaban en cuarentena. En revancha, estos oían a lo largo de la jornada, sin verlos, los tranvías que pasaban, y adivinaban, por el ruido de estos últimos, las horas de entrada y de salida de las oficinas. Sabían también que la vida de la que estaban excluidos seguía a algunos metros de ellos, y que las paredes de cemento separaban dos universos más extraños el uno del otro, que si hubiesen estado en dos planetas diferentes.

Fue un domingo por la tarde que Tarrou y Rambert eligieron para dirigirse al estadio. Iban acompañados por Gonzáles, el jugador de futbol, al que Rambert había reencontrado y que había terminado por aceptar el dirigir por turno la vigilancia del estadio. Rambert tenía que presentarle al administrador del campo. Gonzáles había dicho a los dos hombres, en el momento en que se habían encontrado que a esa hora, antes de la peste, se cambiaba para comenzar su partido. Ahora que los estadios estaban requisados ya no era posible y Gonzáles estaba totalmente desocupado. Era una de las razones por las que había aceptado esta vigilancia, con la condición de no ejercer los

fines de semana. El cielo estaba medio cubierto y Gonzáles, con la nariz levantada, decía que con tristeza que este tiempo, ni lluvioso ni caluroso, era el más favorable para un buen partido. Evocaba como podía el olor de los linimentos en los vestuarios, las tribunas vetustas, los maillots de vivos colores sobre el campo rojizo, los limones de la media parte o la limonada que escuece en las secas gargantas con mil agujas refrescantes. Tarrou nota también que, durante todo el trayecto, a través de las calles llenas de baches del barrio, el jugador no cesaba de dar patadas a las piedras que se encontraba. Intentaba de enviarlas directamente a las bocas de riego, y cuando lo conseguía decía “uno a cero”. Cuando acabó su cigarrillo tiraba su colilla ante el y probaba de alcanzarla al vuelo con el pie. Cerca del estadio, unos chicos que jugaban enviaron una pelota hacia el grupo que pasaba y Gonzáles se movió para devolvérsela con precisión.

Al final entraron en el estadio. Las tribunas estaban llenas de gente, pero el campo estaba cubierto por centenares de tiendas rojas, en el interior de las cuales se percibía, desde lejos, camas y fardos. Se habían reservado las tribunas para que los reclusos pudiesen guarecerse en tiempos de calor o de lluvia. Simplemente tenían que devolver las tiendas a la puesta del sol. Bajo las tribunas se hallaban las duchas que habían dispuesto y los antiguos vestuarios de los jugadores que se habían transformado en despachos y enfermerías. La mayoría de los reclusos llenaban las tribunas. Otros erraban por las líneas de banda. Algunos estaban agachados en la entrada de sus tiendas y echaban una mirada vaga sobre todo. En las tribunas muchos estaban agotados y parecían esperar.

-¿Qué hacen todo el día? preguntó Tarrou a Rambert.

- Nada.

Realmente casi todos tenían los brazos caídos y las manos vacías. Esta inmensa asamblea de hombres estaba curiosamente en silencio.

- Los primeros días aquí no callaban, dijo Rambert. Pero a medida que pasaban los días han ido hablando cada vez menos.

Si hay que creer en sus anotaciones, Tarrou les comprendía y les veía al principio, amontonados en sus tiendas, ocupados en mirar las moscas o en rascarse, aullando en su cólera o en su miedo cuando encontraban un oído complaciente. Pero desde el momento en que el campo estuvo superpoblado, cada vez hubo menos oídos complacientes. Solo quedaba callarse y desconfiar. Había, en verdad, una especie de desconfianza que caía del cielo gris y sin embargo luminoso, sobre el campo rojo.

Si, todos tenían el aspecto desconfiado. Como les habían separado de los demás sin motivos, ellos mostraban el rostro de los que buscan sus motivos, y que temen. Cada uno de los que miraba Tarrou, tenía la vista desocupada, todos tenían el aspecto de sufrir una separación generalizada de lo que habían sido sus vidas. Y como ellos no podían estar pensando siempre en la muerte, no pensaban en nada. Estaban de vacaciones. “Pero lo peor, escribía Tarrou, es que fuesen olvidados t que lo supiesen. Los que les conocían les habían olvidado también porque pensaban en otras cosas y era muy comprensible. En cuanto a los que les querían les han olvidado también porque tenían que esforzarse en dar pasos y en proyectos para hacerles salir. A fuerza de pensar en esta salida ya no

pensaban en los que se trataba de hacer salir. Esto también era normal. Al fin y al cabo, uno se da cuenta de que nadie es capaz de pensar en nadie, incluso en la peor de las desgracias. Ya que pensar realmente en alguien, es pensar cada minuto, sin distraerse por nada, ni los cuidados de la casa, ni la mosca que vuela, ni las cenas, ni en rascarse. Pero siempre había moscas y picores. Es por lo que la vida es difícil de vivir. Y ellos lo sabían bien.”

El administrador, que volvía hacia ellos, les dijo que un tal M.Othon preguntaba por ellos. Condujo a Gonzáles hasta su oficina, después les llevó hasta un rincón de las tribunas donde M.Othon, que estaba sentado aparte, se levantó para recibirles. Seguía vestido como siempre y llevaba el mismo cuello duro. Tarrou percibió solamente que su cabello, en las sienes, estaba mucho mas de punta y que uno de sus lazos estaba desatado. El juez tenía el aspecto cansado y ni una sola vez miró cara a cara a sus interlocutores. Les dijo que estaba contento de volverles a ver y que les pedía que agradeciese al doctor Rieux todo lo que había hecho.

Los otros callaban.

- Espero, dijo el juez al cabo de un cierto tiempo, que Felipe no haya sufrido demasiado.

Era la primera vez que Tarrou le oía pronunciar el nombre de su hijo y entendió que algo había cambiado. El sol declinaba en el horizonte y, entre dos nubes, sus rayos entraban lateralmente en las tribunas, tiñendo de oro sus tres rostros.

- No, dijo Tarrou, no, no ha sufrido.

Cuando se retiraron, el juez seguía mirando en la dirección de donde venía el sol.

Ellos fueron a despedirse de Gonzáles, que estudiaba un plano de vigilancia por turnos. El jugador se rió estrechando sus manos.

- Por lo menos he encontrado los vestuarios, dijo, siempre están igual.

Poco después, el administrador acompañó a Tarrou y a Rambert, cuando un ruido estridente se escuchó en las tribunas. Después los altavoces que, en mejores tiempos servían para anunciar los resultados de los partidos, o a presentar los equipos, dijeron con voz gangosa que los internados debían volver a sus tiendas para que la cena de la noche pudiese ser distribuída. Lentamente los hombres abandonaron las tribunas y volvieron a sus tiendas arrastrando los pies. Cuando todos estuvieron instalados, dos pequeños coches eléctricos, como se veían en las estaciones, pasaron entre las tiendas, transportando grandes ollas. Los hombres extendían sus brazos, dos cucharones se hundían en dos marmitas y salían para aterrizar en dos escudillas. El vehículo se volvía a poner en marcha. Y se empezaba en la siguiente tienda.

- Es científico, dijo Tarrou al administrador.

- Si, dijo este con satisfacción, estrechándole la mano, es científico.

El crepúsculo había llegado y el cielo se había descubierto. Una suave y fresca luz bañaba el campo. En la paz de la tarde, los ruidos de las cucharas y los platos se oían por doquier. Unos murciélagos sobrevolaron por encima de las tiendas y desaparecieron súbitamente. Un tranvía rechinaba sobre un cambio de agujas al otro lado del muro.

- Pobre juez, murmuró Tarrou, franqueando las puertas. Tendríamos que hacer algo por él. Pero, ¿Cómo se ayuda a un juez?

Había también en la ciudad varios otros campos que, el narrador, por escrúpulo o por falta de información directa, no podía decir nada. Pero lo que podía decir era que la existencia de esos campos, el olor a hombres que llegaba, las enormes voces de los altavoces en el crepúsculo, el misterio de sus muros, el temor a estos lugares reprobados, pesaban mucho sobre la moral de nuestros conciudadanos y añadían aún más desconcierto y malestar a todos. Los incidentes y los conflictos con la administración se multiplicaron.

A finales de noviembre, sin embargo, las mañanas se tornaron muy frías. Lluvias como diluvios lavaron las calles, limpiaron el cielo y lo dejaron limpio de nubes por encima de las calles relucientes. Un sol mortecino derramaba todas las mañanas, sobre la ciudad, una luz fulgurante y helada. Hacia la noche, al contrario, el aire se volvía tibio de nuevo. Fue el momento que eligió Tarrou para franquearse un poco con el doctor Rieux. Un día, sobre las diez, después de una larga y agotadora jornada, Tarrou acompañó a Rieux, que iba a visitar al viejo asmático por las noches. El cielo relucía suavemente por encima de las casas del viejo barrio. Un ligero viento soplaba sin ruido a través de los oscuros cruces. Llegados de calles tranquilas, los dos hombres empezaron a hablar del viejo. Este les había enseñado

que había quien no estaba de acuerdo, que el buen plato era siempre para los mismos, que tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe y que, probablemente, y aquí se frotaba las manos, se producirían desórdenes. El doctor le curó sin que el cesase de comentar los acontecimientos.

Oyeron caminar por encima de ellos. La anciana mujer, viendo la curiosidad de Tarrou, les explicó que unas vecinas estaban en la terraza. Supieron también que al mismo tiempo que tenían una bonita vista desde allá arriba, y que las terrazas de las casas se unían a menudo por un lado, y que era posible a las mujeres del barrio de visitarse sin salir de sus casas.

- Si, dijo el viejo, suban arriba. Allí se respira bien.

Encontraron la terraza vacía, con tres sillas. Por un lado, y tan lejos como la vista abarcaba, no se veían más que terrazas que acababan por adosarse a una masa oscura y pedregosa que reconocieron como la primera colina. Por el otro lado, por encima de algunas calles y el puerto invisible, la mirada se sumergía en un horizonte donde el cielo y el mar se mezclaban en un palpito indistinto. Por encima de lo que ellos sabían que estaban los acantilados, un resplandor que no percibían cual era su origen reaparecía regularmente: el faro del paso, desde la primavera, continuaba girando para los navíos que se volvían hacia otros puertos. En el cielo, barrido y reluciente por el viento, estrellas puras brillaban y el resplandor lejano del faro mezclaba, de cuando en cuando, una ceniza pasajera. La brisa traía olores de especies y de piedra. El silencio era absoluto.

- Hace buen tiempo, dijo Rieux, sentándose. Es como si la peste nunca hubiese llegado aquí.

Tarrou le daba la espalda y miraba el mar.

- Si, dijo al cabo de un momento, hace buen tiempo.

Vino a sentarse al lado del doctor y le miró atentamente. Tres veces la luz reapareció en el cielo. Un ruido de vajilla entrechocada subió hasta ellos, de las profundidades. Una puerta se cerró en la casa.

- Rieux, dijo Tarrou, en un tono muy natural, ¿no se ha parado a pensar nunca quien soy yo? ¿Me tiene usted por amigo?

- Si, respondió el doctor, soy amigo de usted. Pero hasta ahora nos ha faltado tiempo.

- Bien, esto me gusta. ¿Quiere usted que esta hora sea la de la amistad?

Por toda respuesta, Rieux le sonrió.

- Bien, ahí voy...

Algunas calles más lejos, un auto parece patinar mucho rato sobre el pavimento mojado. Se aleja y después de él, hay exclamaciones confusas, llegadas de lejos, rompiendo el silencio. Después recayó sobre los dos hombres con todo su peso de cielo y de estrellas. Tarrou se había levantado para apoyarse sobre el parapeto de la terraza, cara a Rieux, siempre metido en el hueco de su silla. Solo se veía de él una forma maciza, recortada en el cielo. Habló largamente y he aquí, más o menos, su discurso reconstituido:

- Digamos para simplificar, Rieux, que yo padecía ya la peste mucho antes de conocer esta ciudad y esta epidemia. Baste decir que soy como todo el mundo. Pero hay gente que no lo saben, o que se encuentran bien en

este estado, y gente que lo saben pero que querrían salir. Yo siempre he querido salir.

“Cuando yo era joven, vivía con la idea de mi inocencia, es decir sin tener ninguna idea. No soy un tipo atormentado, empecé como había que hacerlo. Todo me salía bien, era suficientemente inteligente, en medio de las mujeres, y si tenía algunas inquietudes, pasaban como habían llegado. Un día empecé a pensar. Ahora...

“Tengo que decirle que yo no era pobre como usted. Mi padre era abogado general, lo que era un buen cargo, a pesar que no alardeaba de ello porque era un buen hombre. Mi madre era sencilla, sin personalidad, yo no he dejado nunca de amarla, pero de eso prefiero no hablar. El se ocupaba de mí con cariño y creo que además intentaba comprenderme. Tenía aventuras fuera de casa, ahora estoy seguro, y también estoy lejos de enfadarme. El se mostraba en todo esto como se esperaba que se condujese, sin topar con nadie. Para ser breve, no era muy original y hoy, que ya está muerto, me doy cuenta que si no vivió como un santo, tampoco fue nunca una mala persona. Tenía justo el término medio, he aquí todo, era el tipo de hombre por el que se siente un afecto razonable, lo que hace que continúe.

“Sin embargo tenía una particularidad: el gran indicador Chaix era su libro de cabecera. No es que viajase, salvo en vacaciones, para ir a Bretaña donde tenía una pequeña propiedad, pero podía decirle exactamente las horas de salida y de llegada del Paris-Berlín, las combinaciones horarias que había que hacer para ir desde Lyon a Varsovia, el kilometraje exacto entre las capitales que eligieseis. ¿Es usted capaz de decir como se va de Briançon a Chamonix? Incluso un jefe de estación se perdería. Mi

padre nunca se perdía. Se ejercitaba casi todas las noches a enriquecer sus conocimientos sobre este punto, y estaba orgulloso. Esto me divertía mucho, y yo le preguntaba a menudo, feliz de verificar sus respuestas en la Chaix y reconocer que no se había equivocado. Estos pequeños ejercicios nos ataron mucho el uno al otro, pues yo le proporcionaba un auditorio del que apreciaba la buena voluntad. En cuanto a mi, encontraba que esa superioridad que había obtenido con las vías férreas bien valía un sacrificio.

“Pero me estoy dejando llevar, y me arriesgo a dar demasiada importancia a este hombre honesto. Para terminar solo ha tenido una influencia indirecta sobre mi determinación. Como mucho me ha dado una oportunidad. Cuando tenía diecisiete años, mi padre me invitó a ir a escucharle. Se trataba de un asunto importante, reunidos en un lugar y, ciertamente el había pensado que sería su mejor día. Yo creo también que el contaba con que esta ceremonia, para llamar la atención de las jóvenes imaginaciones, me decidiría a entrar en la carrera que el mismo había elegido. Yo había aceptado, ante todo por complacer a mi padre y además porque tenía curiosidad de verle interpretar otro papel que el que tenía entre nosotros. No pensaba en nada más. Lo que pasaba en un tribunal me había parecido siempre tan natural e inevitable que una revista del 14 de Julio o un reparto de premios. Tenía una idea bastante abstracta y no me preocupaba mucho.

No me ha quedado por tanto de esa jornada más que una sola imagen, la de culpable. Creo que el era culpable, poco importa de que. Pero este hombre pequeño, con el pelo rojizo y pobre, de una treintena de años, parecía tan

decidido a reconocerlo todo, tan sinceramente asustado porque había hecho lo que le iban a hacer a él, que al cabo de unos minutos ya no tuve ojos más que para él. Tenía el aspecto de un búho asustado por una luz demasiado viva. El nudo de su corbata no se ajustaba exactamente a su ángulo del cuello. Se mordía las uñas de una sola mano, la derecha... Bueno, no insisto más, usted ya ha comprendido que estaba vivo.

“Pero yo me di cuenta en seguida, porque hasta este momento, solo había pensado en él más que a través de categoría de “inculpado”. No puedo decir que me olvidase entonces de mi padre, pero algo me apretaba dentro y me obligaba a poner toda mi atención en el reo. No oía casi nada, solo sentía que querían matar a ese hombre vivo y un formidable instinto, como una ola, me llevaba a su lado con una especie de terca ceguera. No me desperté realmente más que cuando mi padre hizo la requisitoria.”

“Transformado por su toga roja, ni buena persona ni afectuoso, de su boca manaban frases inmensas, que sin cesar, salían como serpientes. Y yo comprendí que pedía la muerte de ese hombre en nombre de la sociedad y que pedía incluso que le cortasen el cuello. La verdad es que solo decía: “esta cabeza debe rodar.” Pero, en suma, la diferencia era poca. Y esto era lo mismo, en efecto, puesto que obtuvo esa cabeza. Simplemente, no fue él el que hizo entonces el trabajo. Y yo, que seguí entonces el asunto hasta su conclusión, exclusivamente, tuve con ese desgraciado una intimidad vertiginosa, que no tuve nunca con mi padre. Sin embargo este, según la costumbre, debía asistir a lo que se llamaba elegantemente, los últimos

momentos, y que se debería de llamar el más abyecto de los asesinatos.”

“A partir de ese día, ya no pude mirar al indicador Chaix mas que con un desprecio abominable. A partir de ese día, me interesó con horror la justicia, en los condenados a muerte, en las ejecuciones y constaté con una sensación de vértigo el que mi padre había debido asistir varias veces al asesinato, y que eran los días en que justamente se levantaba muy temprano. Si, el se ponía el despertador en estos casos. Yo no osaba hablarle de esto a mi madre, pero la observaba más entonces y comprendí que ya no había nada entre ellos y que ella llevaba una vida de renunciadas. Esto me ayudó a perdonarla, como ya dije antes. Mas tarde, supe que no había nada que perdonarle, porque ella había sido pobre toda la vida hasta su matrimonio y que la pobreza le había enseñado la resignación.

“Usted esperaba sin duda que le dijese que me había marchado en seguida. No, me quedé aun unos meses, casi un año. Pero tenía enfermo el corazón. Una noche mi padre me pidió su despertador porque debía levantarse pronto. No dormí en toda la noche. Al día siguiente, cuando volvió yo ya me había marchado. Digamos que en seguida mi padre me hizo buscar, que yo iba a verle, que sin explicarle nada, le dije muy tranquilo que si me forzaba a volver me mataría. Acabó por aceptarlo, porque era de un natural cariñoso, me dio un discurso sobre la estupidez que había sido querer vivir su vida (así fue como se explicaba mi proceder y que yo no le disuadí), mil recomendaciones, y reprimió unas lágrimas sinceras que le brotaban. Por lo demás, mucho tiempo después, sin embargo, yo volvía regularmente a ver a mi madre y le encontraba entonces.

Estas relaciones le fueron suficientes, creo yo. Por mi parte, no tenía animosidad contra el, solo algo de tristeza en el corazón. Cuando murió yo me quedé con mi madre, y aún lo estaría sino fuese porque ella también murió.

“He insistido mucho con este principio porque fue el inicio de todo. Ahora iré más deprisa. He conocido la pobreza a los dieciocho años, al salir de la buena posición. He hecho mil oficios para ganarme la vida. No me ha ido mal del todo. Pero lo que me interesaba, era la condena a muerte. Yo quería pasar cuentas con el búho rojo. En consecuencia me he dedicado a la política, como se dice. La verdad es que no quería convertirme en un apestado. He creído que la sociedad donde vivía era aquella que se sustentaba sobre la condena a muerte y, que combatiéndola, combatiría el asesinato. Lo he creído así, y también otros me lo han dicho y, para terminar, en parte era verdad. Me he ido con los que quería y que no he dejado de querer. Me he quedado mucho tiempo y no hay país en Europa que yo no haya compartido sus luchas. Dejémoslo aquí.

“Bien entendido yo sabía que nosotros también, pronunciábamos en ocasiones, condenas, pero me decían que estos muertos eran necesarios para llegar a un mundo donde no se matase a nadie más. En cierta manera era verdad y, después de todo, tal vez yo no sea capaz de sostener este tipo de verdades. Lo que es seguro es que dudaba. Pero pensaba en el búho y esto podía continuar. Hasta el día en que vi una ejecución (fue en Hungría) y la misma sensación de vértigo que conocí de cuando era niño, oscureció mis ojos de hombre.

“¿Ha visto usted alguna vez fusilar a un hombre? No, seguro que no, esto se hace generalmente por invitación y

el público se elige antes. El resultado es lo que se ve en las fotos y en los libros. Una venda, un poste, y a lo lejos algunos soldados. ¡Pues bien, no es así! ¿Sabe usted que el pelotón de fusilamiento se pone cara a cara a un metro cincuenta del condenado? ¿Sabe usted que si el condenado da dos pasos adelante, chocarían los fusiles con su pecho? ¿Sabe usted que a esa corta distancia, los fusileros concentran sus tiros sobre la región del corazón, y que con sus gruesas balas hacen un agujero donde se podría meter el puño? No, usted no lo sabe porque son detalles de los que no se habla. El sueño de los hombres es más sagrado que la vida para los apestados. No hay que impedir que la gente valiente duerma. Sería de mal gusto, y el gusto consiste en no insistir, todo el mundo lo sabe. Pero yo no he dormido bien desde ese momento. El mal gusto me ha quedado en la boca y no he cesado de insistir, es decir, de pensar.

“He comprendido entonces que yo, al menos, no he cesado de ser un apestado durante todos estos largos años donde sin embargo, con toda mi alma, creía luchar contra la peste. He aprendido que yo había, indirectamente, condenado a muerte a miles de personas, que yo había incluso provocado estas muertes, encontrando buenas las acciones y los principios que fatalmente la habían desencadenado. Los demás no parecían molestos por esto o por lo menos no hablaban nunca espontáneamente. Yo tenía un nudo en la garganta. Estaba con ellos y sin embargo estaba solo. Cuando llegaba el momento de exponer mis escrúpulos, ellos me decían que había que pensar en lo que estaba en juego y me daban razones a veces impresionantes, para hacerme tragar lo que no

llegaba a deglutir. Pero yo les contestaba que los grandes apestados, los que se ponen hábitos rojos, también tienen excelentes razones en estos casos y que si yo admitía las razones de fuerza mayor y las necesidades invocadas por los pequeños apestados, no podría rechazar la de los mayores. Me resaltaban que la buena manera de dar la razón a los hábitos rojos era la de dejarles la exclusividad de la condena. Pero yo me decía entonces que si se cedía una vez, no había razón para parar. Me parece que la historia me dio la razón, hoy es a quien matará más. Todos están en el furor del crimen, y no pueden hacer otra cosa.

“Mi asunto, en todo caso, no era el razonamiento. Era el búho rojo, esta sucia aventura donde sucias bocas apestadas anunciaban a un hombre encadenado que iba a morir y arreglaban todas las cosas para que muriese, en efecto, después de noches y noches de agonía durante las cuales esperaba ser asesinado con los ojos abiertos. Mi asunto era el agujero en el pecho. Y me decía que esperando, al menos por mi parte, rechazaría dar una sola razón, una sola, usted me entiende, a esta repugnante carnicería. Si, he elegido esta ceguera obstinada esperando poder ver con más claridad.

“Desde entonces no he cambiado. Hace ya mucho tiempo que tengo vergüenza, vergüenza total de haber sido, sea de lejos, sea de cerca, un criminal a mi vez. Con el tiempo simplemente me he dado cuenta que incluso los que eran mejores que los otros no podían impedir hoy en día matar o dejar matar porque no era lógico donde ellos vivían y que nosotros no podíamos hacer ningún gesto en este mundo sin arriesgarnos a matar. Si, he continuado teniendo vergüenza, he sabido que todos estábamos apestados y he

perdido la paz. Aún la busco hoy en día intentando comprender a todos y de no ser un mortal enemigo de nadie. Se solamente que hay que hacer lo que haga falta para no ser un apestado y que solo es eso lo que nos puede hacer esperar la paz, o una buena muerte, en su lugar. Solo es eso lo que puede aliviar a los hombres y, sino salvarles, por lo menos hacerles el menor mal posible e incluso algo de bien. Y es por lo que he decidido rehusar todo lo que, de lejos o de cerca, por buenas o malas razones, hagan morir o justificar que se haga morir.

“Es por lo que esta epidemia no me ha enseñado nada, solo que hay que combatirla a vuestro lado. Se a ciencia cierta (si, Rieux, lo se todo de la vida, ya lo ve) que cada uno la lleva en si, la peste, porque nadie, no, nadie en el mundo está indemne. Y que hay que vigilar constantemente para no ser conducido, en un minuto de distracción, a respirar en la cara de otro y a contagiarle la infección. Lo que es natural es el microbio. El resto, la salud, la integridad, la pureza si usted quiere, es el efecto de una voluntad y de una voluntad que no debe pararse nunca. El hombre honesto, el que no infecta a nadie, es el que menos se distrae. ¡Y hace falta voluntad y tensión para no estar nunca distraído! Si, Rieux, es verdaderamente fatigoso ser un apestado. Pero es aun más cansado no querer serlo. Es por eso que todo el mundo está cansado, porque todo el mundo, hoy, se encuentra un poco apestado. Pero es por eso que algunos que quieren dejar de serlo, experimental una fatiga tal, de la que solo se libran con la muerte.

“Desde entonces se que yo no valgo nada para este mundo, y que a partir del momento en que he renunciado a matar, me he condenado a un definitivo exilio. Son los

demás, los que harán historia. Sé que no puedo aparentemente juzgarles. Hay una cualidad que me falta para ser un asesino razonable. No es una superioridad. Pero ahora consiento en ser lo que soy, he aprendido a ser modesto. Cuento solamente lo que hay en esta tierra de plagas y de víctimas y que hace falta, mientras sea posible, rechazar estar con la epidemia. Esto quizás pueda parecerle un poco simple, y no sé si lo es, pero sé que es verdad. He oído tantos razonamientos que ha faltado poco para volverme loco, y que han revuelto tantas cabezas para hacerles consentir el asesinato que he comprendido que todas las desgracias de los hombres venían por no tener un lenguaje claro. He tomado partido por hablar y ser claro, para ponerme en el buen camino. Por consiguiente, digo que hay epidemias y víctimas, y nada más. Si diciendo esto yo mismo me vuelvo plaga, al menos no consiento. Trato de ser un asesino inconsciente. Ya ve usted que no es una gran ambición.

“Haría falta, obviamente, que hubiese una tercera categoría, la de los verdaderos médicos, pero es un hecho que no se da mucho y que debe de ser difícil. Es por lo que he decidido ponerme del lado de las víctimas, siempre, para limitar los estragos. En medio de ellas, puedo al menos buscar como se llega a la tercera categoría, es decir, a la paz.

Al acabar, Tarrou, balanceaba su pierna y golpeaba suavemente la terraza con el pie. Después de un silencio, el doctor se incorporó un poco y preguntó a Tarrou si tenía idea del camino que había de tomar para llegar a la paz.

- Si, la simpatía.

Dos sirenas de ambulancia resonaron a lo lejos. Las exclamaciones, siempre tan confusas, llegaron hasta los confines de la ciudad, cerca de la colina pedregosa. Se oyó al mismo tiempo algo que se parecía a una detonación. Después volvió el silencio. Rieux contó dos parpadeos del faro. La brisa parecía ganar fuerza, y al mismo tiempo, un soplo llegado del mar trajo un olor a sal. Se oían ahora de manera clara la sorda respiración de las olas contra el acantilado.

- En resumen, dijo Tarrou con sencillez, lo que me interesa es saber como se llega a santo.

- Pero, ¿usted no cree en Dios?

- Justamente. ¿Se puede ser un santo sin Dios?, es el único problema concreto que conozco.

Bruscamente un gran resplandor brotó del lado de donde habían llegado los gritos y, remontando el río del viento, un clamor oscuro llegó hasta los dos hombres. El resplandor se apagó al momento y lejos, al borde de las terrazas, no quedó nada más que un reflejo rojo. En un parón del viento, se oyeron claramente gritos de hombres, después el ruido de una descarga y el clamor de la multitud. Tarrou se había levantado y escuchaba. No se oía nada.

- Aún se han peleado en las puertas.

- Ahora ya ha terminado.

Tarrou murmuró que nunca se terminaría y que aún habrían víctimas, porque estaba así dicho.

- Tal vez, dijo el doctor, pero ¿sabe?, me siento más solidario con los vencidos que con los santos. No tengo afición, creo, ni por el heroísmo ni por la santidad. Lo que me interesa es ser un hombre.

- Si, buscamos la misma cosa, pero yo soy menos ambicioso.

Rieux pensó que Tarrou bromeaba y le miró. Pero en el vago resplandor que llegaba del cielo, vio una cara triste y seria. El viento se levantaba de nuevo y Rieux notó en su piel que era tibio. Tarrou se desperezó:

- ¿Sabe usted que deberíamos hacer por amistad?

- Lo que usted quiera, dijo Rieux.

- Tomar un baño de mar. Incluso para un futuro santo es un digno placer.

Rieux sonrió.

- Con nuestros pases podemos llegar hasta el espigón. Al final es una tontería vivir solo en la peste. Obviamente, un hombre debe pelear por las víctimas. Pero, ¿si se deja de querer a nadie por eso, de que sirve pelear?

- Si, dijo Rieux, vamos.

Un momento después, el auto se paraba cerca de las rejas del puerto. La luna había salido. Un cielo lechoso proyectaba por doquier sombras pálidas. Detrás de ellos se extendía la ciudad y llegaba un soplo caliente y enfermizo que les empujaba hacía el mar. Enseñaron sus papeles a un guardián que los examinó largamente. Pasaron a través de terraplenes cubiertos de toneles, por medio de los olores de vino y de pescado, y tomaron la dirección de la escollera. Poco antes de llegar, el olor a yodo y de las algas les anunció el mar. Después lo oyeron.

Silbaba suavemente al pie de los grandes bloques del malecón, y cuando los escalaron, les apareció, espeso como terciopelo, flexible y liso como un animal. Se instalaron sobre las rocas vueltos hacia el ancho mar. Las aguas subían y bajaban lentamente. Esta calmada respiración del

mar hacía nacer y renacer reflejos oleosos en la superficie de las aguas. Ante ellos la noche no tenía límites. Rieux que notaba bajo sus dedos la cara áspera de las rocas, estaba lleno de una extraña felicidad. Vuelto hacia Tarrou, adivinó tras la cara calmada y seria de su amigo, esa misma felicidad que no olvidaba nada, incluso el asesinato.

Se desnudaron. Rieux saltó el primero. Frías al principio, las aguas le parecieron tibias cuando emergió. Al cabo de algunas brazadas, sabía que el mar, esa noche, estaba tibio, con la tibieza de los mares de otoño que recobran de la tierra el calor almacenado durante largos meses. Nadaba regularmente. El batir de sus pies dejaba atrás un hervidero de espuma, el agua huía a lo largo de sus brazos para pegarse a sus piernas. Un pesado chapoteo le avisó que Tarrou acababa de lanzarse. Rieux se puso de espaldas y se quedó inmóvil, cara al cielo, lleno de luna y de estrellas. Respiró largamente. Después percibió cada vez más distintamente el ruido de agua batida, extrañamente claro en el silencio y la soledad de la noche. Tarrou se acercaba, pronto se escuchó su respiración. Rieux se volvió y se puso a nivel de su amigo y nadó con el mismo ritmo. Tarrou avanzaba con mas fuerza que el y tuvo que aumentar su velocidad. Durante algunos minutos, avanzaron con la misma cadencia y el mismo vigor, solitarios, lejos del mundo, liberados por fin de la ciudad y de la peste. Rieux se paró el primero y volvieron lentamente, salvo en un momento en que entraron en una corriente helada. Sin decir nada, los dos aumentaron sus movimientos, azotados por esta sorpresa del mar.

Vestidos de nuevo, regresaron sin decir una palabra. Pero tenían el mismo corazón y el mismo recuerdo de que esta

noche había sido dulce. Cuando vieron a lo lejos al centinela de la peste, Rieux sabía que Tarrou se decía, como el, que la enfermedad acababan de olvidarles, que esto estaba bien, y que ahora había que volver a empezar.

Si, había que volver a empezar y la peste no se olvidaba de nadie demasiado tiempo. Durante el mes de diciembre ella ardió en los pulmones de nuestros conciudadanos, iluminó el horno, pobló los campos de sombras con las manos vacías, en fin, no cesó de avanzar con su marcha intermitente y paciente. Las autoridades habían contado con que cuando llegase el frío se pararía esta marcha y, sin embargo, seguía a través de los primeros rigores de la estación sin parar. Aún había que esperar. Pero no se espera mejor a fuerza de esperar, y nuestra ciudad entera vivía sin porvenir.

En cuanto al doctor, el fugitivo instante de paz y de amistad que se le había concedido no tuvo un mañana. Se había abierto además un nuevo hospital y Rieux no tenía ningún cara a cara más que con los enfermos. Se dio cuenta sin embargo que en este estadio de la epidemia, cuando la peste cambiaba, cada vez más, a la forma pulmonar, los enfermos parecían de alguna manera querer ayudar al doctor. En lugar de abandonarse a la postración o a las locuras del comienzo, parecían tener una idea más justa de sus intereses y ellos mismos reclamaban lo que les podía ser más conveniente. Pedían sin cesar agua y todos querían calor. Aunque la fatiga fuese la misma para el doctor, el se sentía menos solo, en esas ocasiones.

Hacia finales de diciembre, Rieux recibió de M.Othon, el juez de instrucción, que todavía se encontraba en su campamento, una carta diciéndole que su tiempo de cuarentena había terminado, que la administración no encontraba su fecha de admisión y que, seguramente se le mantenía aún en el campo de internamiento por un error. Su mujer, que había salido hacía ya algún tiempo, había protestado ante la prefectura, donde ella había sido mal recibida y donde le habían dicho que no se cometía nunca ningún error. Rieux hizo intervenir a Rambert y, algunos días después, vio llegar a M.Othon. Había habido en efecto un error, y Rieux se indignó. Pero M.Othon que se había adelgazado, levantó una mano suavemente, y dijo, sopesando sus palabras, que todo el mundo se podía equivocar. El doctor solo pensó que alguna cosa había cambiado.

- ¿Qué va usted a hacer ahora, señor juez? Vuestros casos os esperan, dijo Rieux.

- Y bien, no, dijo el juez. Querría tomarme unas vacaciones.

- En efecto, os hace falta descansar.

- No es eso. Querría volver al campamento.

Rieux se asombró:

- ¡Pero si acaba de salir!

- Me he debido expresar mal. Me han dicho que había voluntarios de la administración, en ese campo.

El juez movía un poco sus redondos ojos e intentaba aplanar uno de sus mechones...

- Usted me comprende, tendría una tarea. Y por otra parte, es estúpido el decirlo, me sentiría menos apartado de mi hijo pequeño.

Rieux le miraba. No era posible que en esos ojos duros y fijos, se instalase de pronto una dulzura. Pero se habían vuelto mas nublados, habían perdido su dureza de metal.

- Seguro, dijo Rieux, me encargaré, ya que es lo que desea.

El doctor en efecto se preocupó, y la vida de la ciudad reemprendió su camino hasta Navidad. Tarrou continuaba paseando por todas partes su tranquilidad eficaz. Rambert confiaba al doctor que había establecido, gracias a los dos pequeños guardianes, un sistema de correspondencia clandestina con su mujer. Recibía una carta de vez en cuando. Ofreció a Rieux de que se aprovechara de su sistema y este aceptó. Escribió, por vez primera en muchos meses, pero con grandes dificultades. Tenía un lenguaje que había perdido. La carta partió. La respuesta tardaba en llegar. Por su parte Cottard prosperaba y sus pequeñas especulaciones le enriquecían. En cuanto a Grand, las fiestas no le debieron salirle bien.

Las Navidades de este año fueron más bien la fiesta del Infierno que la del Evangelio. Las tiendas vacías y sin luz, los chocolates ficticios o las cajas vacías en las vitrinas, los tranvías cargados de sombras oscuras, nada recordaba las navidades pasadas. En estas fiestas donde todo el mundo, rico o pobre, antaño se reunían, solo quedaba el sitio para alguna alegría solitaria y vergonzosa que algunos privilegiados conseguían a precio de oro, en el fondo de una trastienda miserable. Las iglesias estaban llenas de peticiones más que de agradecimientos. En la ciudad triste y helada, algunos crios corrían ignorantes todavía de lo que les amenazaba, pero nadie osaba anunciarles el dios de antaño, cargado de ofrecimientos, viejos como la desgracia

humana, pero nuevos como la joven esperanza. Ya no había sitio en el corazón de nadie mas que para una muy vieja y muy esperanza, el mismo que impide a los hombres de dejarse llevar por la muerte y que únicamente es obstinarse en seguir viviendo.

La víspera, Grand había faltado a su cita. Rieux, inquieto, había pasado por su casa por la mañana sin encontrarle. Todos se habían alertado. Hacia las once, Rambert fue al hospital a decirle a Rieux que había visto a Grand de lejos, vagando por las calles, con la cara descompuesta. Después le había perdido de vista. El doctor y Tarrou fueron en coche en su busca.

A mediodía, con un frío glacial, Rieux salió del vehículo, vio de lejos a Grand, casi pegado a un escaparate, lleno de juguetes groseramente esculpidos en madera. En la cara del viejo funcionario, las lágrimas se derramaban sin cesar. Y esas lágrimas turbaron a Rieux porque las entendía y las notaba también como un nudo en su garganta. El recordaba también del noviazgo del infeliz, ante una tienda de Navidad, y de Juana vuelta hacia él para decirle que ella también estaba contenta. Desde el fondo de los años lejanos, en el mismo corazón de esta locura, la fresca voz de Juana se volvía hacia Grand, eso era seguro. Rieux sabía lo que pensaba en ese momento el viejo amigo que lloraba, y pensaba como él, que este mundo sin amor era como un mundo muerto y que llega siempre una hora en que uno se cansa de cárceles, del trabajo y del valor para reclamar el rostro de un ser y el corazón maravillado de la ternura.

Pero el otro le vio en el espejo. Sin dejar de llorar, se volvió y se pegó al escaparate para verle venir.

- ¡Ah, doctor, ah, doctor!, decía.

Rieux movía la cabeza, aprobándolo, sin poder hablar. Esta angustia era la suya y lo que le oprimía el corazón en este momento era la inmensa cólera que le llega al hombre ante el dolor que todos los hombres comparten.

- Si, Grand, dijo.

- Querría haber tenido tiempo de escribirle una carta.. Para que ella supiese... y para que ella pudiese ser feliz sin remordimientos...

Con una especie de violencia, Rieux obligó a andar a Grand. El otro continuaba, dejándose casi arrastrar, balbuceando cortas frases.

- Hace mucho que dura esto. Tengo ganas de dejarme llevar, a la fuerza. ¡Ah! ¡Doctor! Parezco tranquilo así. Pero me ha costado un enorme esfuerzo para ser solo normal. Sin embargo ahora, es ya demasiado.

Se paró, temblando todo el y con los ojos desorbitados. Rieux le cogió de la mano. Ardía.

- Hay que volver.

Pero Grand se le escapó y dio algunos pasos, después se paró, separó los brazos y se puso a tambalearse de delante atrás. Giró sobre si mismo y cayó sobre la calle helada, con la cara sucia de lágrimas que seguían brotando. Los que pasaban miraban de lejos, parados bruscamente y no osando seguir andando. Fue necesario que Rieux cogiese al viejo en sus brazos.

Ya en su cama, Grand se ahogaba: los pulmones estaban afectados. Rieux pensaba. El empleado no tenía familia. ¿A que trasladarlo? Sería el solo, con Tarrou., que le cuidarían...

Grand estaba hundido en fondo de su almohada, la piel verdosa y la vista extinguida. Miraba fijamente un débil

fuego que Tarrou encendía en la chimenea con los restos de una caja. “Esto no va bien”, decía. Y desde el fondo de sus pulmones en llamas salía una extraña crepitación que acompañaba todo lo que decía. Rieux le recomendó que se callase y le dijo que volvería. Una extraña sonrisa brotó del enfermo y, con él, una especie de ternura le subió al rostro. Guiñó el ojo con esfuerzo. “¡Si salgo de esta, chapeau, doctor! Pero justo después se sumió en la postración.

Algunas horas después, Rieux y Tarrou encontraron al enfermo, semiincorporado en la cama, y Rieux se asustó de leer en su rostro los progresos del mal que le quemaba. Pero parecía más lúcido, y de pronto, con una voz extrañamente profunda, les rogó que le trajesen el manuscrito que lo había metido en un cajón. Tarrou le entregó una hoja que él apretó contra él, sin mirarla, para tenderla después al doctor, invitándole con un gesto a leerla. Era un corto manuscrito de una cincuentena de páginas. El doctor las ojeó y comprendió que todas las hojas llevaban la misma frase, indefinidamente recopiada, rehecha, enriquecida o empobrecida. Sin parar, el mes de mayo, la amazona y las avenidas del Bosque se confrontaban y se disponían de modos diversos. La obra comportaba también explicaciones a veces desmesuradamente largas, y variantes. Pero al final de la última página, una mano aplicada había escrito solamente, con tinta fresca: “Mi muy querida Jeanne, hoy es Navidad...” Por encima, cuidadosamente caligrafiada, figuraba la última versión de la frase. “Léala”. Y Rieux la leyó.

“En una bella mañana de mayo, una esbelta amazona, montada en un suntuoso alazán, caminaba, en medio de las flores, las avenidas del Bosque...”

- ¿Es así? Dijo el viejo con una voz febril.

Rieux no le miró a los ojos.

- ¡Ah! dijo el otro agitándose, ya se. Bella, bella, no es la palabra justa.

Rieux le tomó la mano bajo el cobertor.

- Deje, doctor. No tendré tiempo...

Su pecho se movía a penas y gritó de repente:

- ¡Quémelas!

El doctor dudó, pero Grand repitió su orden con un tono tan terrible y un tal sufrimiento en la voz, que Rieux lanzó las hojas al fuego, casi extinguido. La habitación se iluminó rápidamente y un breve calor la calentó. Cuando el doctor volvió hacia el enfermo, este había vuelto la espalda y su cara tocaba casi la pared. Tarrou miraba por la ventana, como extraño a la escena. Después de haber inyectado el suero, Rieux le dijo a su amigo que Grand no pasaría la noche, y Tarrou se propuso quedarse. El doctor aceptó.

Toda la noche, la idea de que Grand iba a morir se le persiguió. Pero al día siguiente por la mañana, Rieux se encontró a Grand sentado en su cama y hablando con Tarrou. La fiebre había desaparecido. Solo quedaban los signos de un agotamiento general.

- ¡Ah!, doctor, dijo el empleado, me he equivocado. Pero volveré a empezar. Me acuerdo de todo, lo verá...

- Esperemos, dijo Rieux a Tarrou.

- Pero a mediodía nada había cambiado. Por la noche, Grand podía considerarse como salvado. Rieux no entendía nada de esa resurrección.

Más o menos por esa misma época, llevaron a Rieux una enferma a la que juzgó como un caso desesperado y que la hizo aislar en cuanto llegó al hospital. La joven estaba en pleno delirio y presentaba todos los síntomas de la peste pulmonar. Pero, a la mañana siguiente, la fiebre había bajado. El doctor todavía creyó reconocer, como en el caso de Grand, la remisión matinal que la experiencia le había acostumbrado a considerarlo como un mal signo. Sin embargo, la fiebre no había aumentado. Por la noche aumentó algunas décimas solamente y, a la mañana siguiente había desaparecido. La joven, aunque débil, respiraba normalmente en su cama. Rieux le dijo a Tarrou que se había salvado contra todos los pronósticos. Pero durante la semana, cuatro casos parecidos se presentaron en la consulta del doctor.

Al final de la misma semana, el viejo asmático acudió al doctor y a Tarrou, con todos los signos de una gran agitación.

- Ya está, decía el, vuelven a salir.

- ¿El que?

- ¡Bien! ¡Las ratas!

Desde el mes de abril, ninguna rata muerta se había encontrado.

- ¿Esto es que va a volver a empezar?, dijo Tarrou a Rieux.

El viejo se frotaba las manos.

- ¡Hay que verlas correr! Es un placer.

Había visto dos ratas vivas entrar en su casa por la puerta de la calle. Vecinos le habían dicho que también en sus casas, las ratas habían reaparecido. En ciertos montones de madera, se volvía a oír el movimiento de trajinar olvidado desde hacía meses. Rieux esperaba la publicación de estadísticas generales que se hacían al principio de cada semana. Revelaban un retroceso de la enfermedad.

V

A pesar de que este brusco retroceso de la enfermedad fue inesperado, nuestros conciudadanos no se atrevieron a alegrarse. Los meses que acababan de pasar aunque habían aumentado su deseo de liberación, les habían enseñado a ser prudentes y le habían acostumbrado a contar cada vez menos con un próximo fin de la epidemia. Sin embargo este hecho estaba en todas las bocas y, en el fondo de los corazones latía una gran esperanza no confesada. Todo lo otro pasaba a segundo plano. Las nuevas víctimas de la peste pesaban bien poco al lado de este hecho exorbitante; las estadísticas habían bajado. Uno de los signos que la era de salud, sin ser abiertamente reconocida, era sin embargo esperada en secreto, era que nuestros conciudadanos hablaban sin trabas de este momento, aunque con aire indiferente, del modo en que se reorganizaría la vida después de la peste.

Todo el mundo estaba de acuerdo en pensar que las comodidades de la vida pasada no se recuperarían de golpe,

y que era más fácil destruir que reconstruir. Se pensaba simplemente que el avituallamiento podría ser mejorado, y que de esta manera, se quitarían la preocupación más acuciante. Pero de hecho, con estas advertencias anodinas, una esperanza insensata se desbocaba al mismo tiempo y hasta tal punto que nuestros conciudadanos tomaban conciencia y afirmaban entonces, con precipitación, que la liberación no sería para mañana.

En efecto, la peste no se paró al día siguiente, pero en apariencia se debilitaba más deprisa de lo que era razonable esperar. Durante los primeros días de Enero, el frío se instaló con una persistencia inusitada y pareció cristalizar sobre la ciudad. Sin embargo, jamás el cielo había estado tan azul. Durante días enteros su esplendor inmutable y helado inundó nuestra ciudad de una luz interrumpida. Con este aire purificado, la peste, durante tres semanas y por sucesivas caídas, pareció agotarse en los cadáveres cada vez menos numerosos que alineaba. Perdió en un corto espacio de tiempo la casi totalidad de sus fuerzas que había tardado meses en acumular. Al verla fracasar en presas ya asignadas, como Grand o la joven de Rieux, exacerbarse en algunos barrios durante dos o tres días mientras desaparecía totalmente en otros, multiplicar las víctimas el lunes y, el miércoles dejarlas escapar casi todas, al verla así agotarse y precipitarse, se hubiese dicho que ella se desorganizaba por debilidad y cansancio, que perdía al mismo tiempo su imperio sobre ella misma, la eficacia matemática y soberana que había sido su fuerza. El suero de Castel, conocía, de golpe, una serie de éxitos que le habían sido rehusados hasta ahora. Cada una de las medidas tomadas por los médicos y que, anteriormente, no habían tenido

ningún resultado, parecían ahora de pronto ir sobre seguro. Parecía que la peste a su vez fuese acorralada y que su súbita debilidad fuese la fuerza de las armas embotadas que le había, hasta entonces, sido opuestas. De cuando en cuando solamente, la enfermedad se endurecía y, en una especie de sobresalto ciego, se llevaba a tres o cuatro enfermos de los que esperaba su curación. Eran los desafortunados de la peste, aquellos a los que mataba en plena esperanza. Fue el caso del juez Othon, que hubo que evacuarlo del campamento en cuarentena, y Tarrou dijo de él que no había tenido suerte, sin que pudiera saberse sin embargo, si estaba pensando en la muerte o en la vida del juez.

Pero en conjunto, la infección daba marcha atrás en toda la línea y los comunicados de la prefectura, que habían hecho primero entrever una tímida y secreta esperanza terminaron por confirmar, al espíritu de la gente, la convicción de que la victoria se había obtenido y que la enfermedad abandonaba sus posiciones. La verdad que era difícil decidir que se tratase de una victoria. Se estaba obligado solamente a constatar que la enfermedad parecía irse como había llegado. La estrategia que se le oponía no había cambiado, ineficaz ayer, y hoy aparentemente victoriosa. Se tenía solo la impresión de que la enfermedad se había agotado ella misma, o tal vez que se retiraba después de haber alcanzado todos sus objetivos. De alguna manera, su papel se había acabado.

Sin embargo se hubiese dicho que nada había cambiado en la ciudad. Siempre silenciosas durante el día, las calles estaban invadidas, por las noches por la misma multitud donde solo dominaban los abrigo y los echarpes. Los cines

y los cafés hacían el mismo trabajo. Pero mirándolo de más cerca, se podía ver que los rostros mas distendidos y que a veces sonreían. Y era entonces la ocasión de constatar que, hasta aquí, nadie sonreía por la calle.

En realidad, tras el opaco velo que, desde hacía meses, rodaba la ciudad, un jirón se acababa de hacer y, todos los lunes, cada uno podía constatar por las noticias de la radio, que el jirón aumentaba, y que al fin estaba permitido respirar. Era un alivio negativo y que no acababa de tener una expresión franca. Pero mientras que antes no habían sabido, no sin cierta incredulidad que un tren salía o que un barco llegaba, o incluso que los autos iban a ser de nuevo autorizados a circular, el anuncio de estos acontecimientos a mediados de enero no provocó al contrario ninguna sorpresa. Era poco sin duda. Pero este ligero matiz, traducía de hecho los enormes progresos conseguidos por nuestros conciudadanos por el camino de la esperanza. Se podía decir, de todas maneras, que a partir del momento donde la más ínfima esperanza era posible para la población, el reino efectivo de la peste había terminado.

Solo faltó que durante todo el mes de enero, nuestros conciudadanos reaccionaron de manera contradictoria. Exactamente pasaron por alternancias de excitación y de depresión. Así que se registraron nuevas tentativas de evasión, en el momento en que las estadísticas eran las más favorables. Esto sorprendió mucho a las autoridades y los mismos guardianes, porque la mayor parte de las evasiones lo consiguieron. Pero en realidad la gente que se evadía en estos momentos obedecía a sentimientos naturales. Para unos la peste había enraizado en un escepticismo profundo del que no se podían desembarazar. La esperanza no había

hecho mella en ellos. Incluso cuando el tiempo de la peste había terminado, continuaron viviendo según sus normas. Estaban atrasados en relación a los acontecimientos. Para otros, era al contrario, se reunían especialmente en casa de los que habían vivido hasta ahora separados de los seres que amaban, después de este tiempo de enclaustramiento y de abatimiento, el viento de la esperanza que se alzaba habían encendido una fiebre y una impaciencia que les quitaban cualquier dominio sobre si mismos. Una especie de pánico les llevaba a pensar que podían, estando tan cerca del final, morir tal vez, y que no volverían a ver a los seres que querían y que estos largos sufrimientos no se les serían pagados. Entonces que durante meses, con una oscura tenacidad, a pesar de la cárcel y el exilio, ellos habían perseverado en la espera, la primera esperanza bastó para destruir lo que el miedo y el desespero no habían podido conseguir. Se precipitaron como locos para adelantarse a la peste, incapaces de seguir su marcha hasta el último momento.

Al mismo tiempo, por otra parte, signos espontáneos de optimismo se manifestaban. Fue así que se registraron bajas sensibles en los precios. Desde el punto de vista de pura economía, este procedimiento no se explicaba. Las dificultades eran las mismas, las formalidades de la cuarentena seguían existiendo en las puertas, y el avituallamiento estaba lejos de normalizarse. Se asistía, pues, a un fenómeno puramente moral, como si la retirada de la peste repercutiese en todo. Al mismo tiempo el optimismo ganaba a los que antes vivían agrupados, y que la enfermedad había obligado a separarse. Los dos conventos de la ciudad empezaron a reconstituirse y la vida

en común se pudo reemprender. Pasó lo mismo con los militares, que se reagruparon de nuevo en los cuarteles que habían quedado libres: se reemprendió una vida normal de guarnición. Estos pequeños hechos eran grandes signos.

El pueblo vivió en esta secreta agitación hasta en 25 de enero. Esta semana, las estadísticas cayeron tan abajo que, después de consultar con la comisión médica, la prefectura anunció que la epidemia podía ser considerada como vencida. El comunicado añadía, era verdad, que dentro del espíritu de prudencia que no se debía de entender por la población, las puertas de la ciudad seguirían cerradas durante aún dos semanas y las medidas profilácticas mantenidas durante un mes. Durante este periodo, al menor signo de que el peligro podía recrudecerse, “el *estatus quo* tenía que ser mantenido y las medidas llevadas hasta el final”. Todo el mundo, sin embargo estuvo de acuerdo en considerar estas advertencias como normas absolutamente formales y, la noche del 25 de enero, una alegría contagiosa llenó la ciudad. Para sumarse a la alegría general, el prefecto dio la orden de restituir la iluminación que había durante la época de salud. En las calles iluminadas, bajo un cielo frío y límpido, nuestros conciudadanos se agruparon en grupos ruidosos y se reían.

Cierto, en muchos hogares, las contraventanas estuvieron cerradas y las familias pasaron en silencio esta velada, que otros llenaban de gritos. Sin embargo, para muchos de estos enlutados el alivio también era tan profundo sea que el miedo de ver a otros parientes fallecidos, se calmó al final, sea que el sentimiento de su instinto de conservación no tuviese que estar mas en alerta. Pero las familias que debieron estar las más ausentes a la alegría general, fueron

indiscutiblemente, las que en este mismo momento, tenían un enfermo en relaciones con la peste en un hospital y que dentro de las casas en cuarentena o en sus casas, esperaban que la epidemia hubiese finalmente acabado con ellas, como había acabado con las otras. Aquellas concebían alguna esperanza, pero hacían una provisión que tenían en reserva, y en las que se defendían de subir antes de tener verdaderamente el derecho.. Y esta espera, esta velada silenciosa, a medio camino entre la agonía y la alegría, les parecía más cruel todavía, en medio del júbilo general.

Pero estas excepciones no quitaban nada a la satisfacción de los otros. Sin duda, la peste aun no había acabado y se debía comprobar. Por lo tanto, en todos los espíritus, ya con semanas de avance, los trenes partían silbando sobre vías sin fin y los navíos cruzaban los luminosos mares. A la mañana siguiente los espíritus estarían más calmados y las dudas renacerían. Pero por el momento la ciudad entera se estremecía, abandonaba esos lugares cerrados, oscuros e inmóviles, donde ella había echado sus raíces de piedras y se ponía por fin en marcha con su cargamento de supervivientes. Esa tarde, Tarrou y Rieux, Rambert y los demás caminaban por medio de la multitud y sentían ellos también el suelo faltar bajo sus pasos. Mucho tiempo después haber dejado los bulevares, Tarrou y Rieux oían todavía esta alegría que les perseguía, a la misma hora en donde en las calles desiertas, se veían las ventanas con los porticones cerrados. Y a causa de su misma fatiga, no podían separar este sufrimiento, que se prolongaba detrás de las persianas, de la alegría que llenaba las calles un poco más lejos. La liberación que se acercaba con una cara mezclada de risas y de lágrimas.

En un momento en que el rumor se hizo más fuerte y mas alegre, Tarrou se paró. Sobre la calzada oscura una forma corría ligeramente. Era un gato, el primero que se había visto después de la primavera. Se quedó inmóvil un momento en medio de la calzada, dudó, levantó su pata, la pasó rápidamente por su oreja derecha, reemprendió su carrera silenciosa y desapareció en la noche. Tarrou sonrió. El viejo también estaría contento.

Pero en el momento en que la peste parecía alejarse para volver a la guarida de donde había salido en silencio, había por lo menos alguien en la ciudad al que esta marcha llenaba de consternación, y era Cottard, si tenemos que creer en las notas de Tarrou.

A decir verdad, estos apuntes son bastante raros a partir del momento en que las estadísticas comienzan a bajar. Es el cansancio, pero la escritura se vuelve bastante difícil de leer y pasa con mucha frecuencia de un motivo a otro. Además, y por primera vez, y por primera vez, estas notas faltan a la objetividad y dan paso a consideraciones personales. También se encuentra, en medio de largos relatos concernientes al caso Cottard, una pequeña reseña sobre el viejo de los gatos. Si creemos a Tarrou, la peste no había nunca atraído su atención por este personaje, que le interesó después de la epidemia, como le había interesado antes y, desgraciadamente, al que no le interesaba nada mas que su propia seguridad. Pues decidió buscarle. Algunos días después de esta tarde del 25 de enero, se apostó en un rincón de la vieja calle. Los gatos estaban allí,

calentándose a los rayos del sol, fieles a su cita. Pero a la hora habitual, las contraventanas seguían obstinadamente cerradas. En el transcurso de los siguientes días, Tarrou no las volvió a ver abiertas. Curiosamente había concluido que el pequeño viejo estaba enfadado o muerto, si estaba enfadado era que creía tener razón, y que la peste le había engañado, pero si estaba muerto había que preguntarse en su caso, como por el viejo asmático, si había sido un santo. Tarrou pensaba que no, pero pensaba que, en el caso del viejo, había habido una “indicación”. “tal vez, observando las notas solo podemos llegar a aproximaciones a la santidad. En este caso, habría que contentarse con un satanismo modesto y caritativo”.

Siempre mezcladas con las observaciones respecto a Cottard, se encuentran también en las notas numerosos ítems, a menudo dispersos, en que los unos conciernen a Grand, ahora convaleciente y que se había reincorporado al trabajo como si no hubiese pasado nada, y otra se refieren a la madre del doctor Rieux. Las pocas conversaciones que la cohabitación permitía entre ella y Tarrou, las actitudes de la anciana, su sonrisa, sus opiniones sobre la peste, están anotadas escrupulosamente. Tarrou insistía sobretodo en el recogimiento de Mme. Rieux; sobre la manera que tenía de explicar todo con simples frases; sobre la particular atracción que mostraba por una cierta ventana, dando a la tranquila calle, y tras la cual se sentaba por las tardes, un poco tiesa, con las manos tranquilas y la mirada atenta hasta que el crepúsculo invadía el lugar, convirtiéndola en una sombra negra a la luz gris que penetraba poco a poco y disolvía la silueta inmóvil; sobre la ligereza con la que se desplazaba de una habitación a otra; sobre la bondad de la

que no había dado pruebas precisas ante Tarrou, pero que reconocía el resplandor en todo lo que ella hacía o decía; sobre el hecho en si, que según el, ella lo sabía todo sin necesidad de pensar, y que con tanto silencio y tanta oscuridad podía estar a la altura de cualquier circunstancia, incluso con la peste. A partir de aquí, la escritura de Tarrou daba signos evidentes de flaquear. Las líneas que seguían eran difícilmente legibles y, como para dar prueba de esa sumisión, las últimas palabras eran las primeras que eran personales: “Mi madre también era así, me gustaba de ella el recogimiento y siempre he querido reunirme con ella. Hace ocho años que no puedo decir que esté muerta. Solo se ha desdibujado un poco más que de costumbre y, cuando yo me he vuelto, ya no estaba allí.”

Pero hay que volver a Cottard. Desde que las estadísticas iban a la baja, este había hecho varias visitas a Rieux, pretextando asuntos distintos. Pero en realidad, cada vez le preguntaba a Rieux sus pronósticos sobre el curso de la epidemia. “¿Cree usted que pueda cesar, en un momento dado, sin advertirlo?” Era escéptico en este punto, y lo decía. Pero las preguntas insistentes que decía parecían indicar una convicción menos firme. A mitad de enero, Rieux le había contestado de modo bastante optimista. Y cada vez, estas respuestas, en lugar de agradar a Cottard, habían tenido reacciones variables según los días, pero que iban del mal humor al abatimiento. Por otra parte, el doctor le había dicho que, a pesar de las noticias favorables según las estadísticas, más valía no cantar todavía victoria.

- Dicho de otra manera, observó Cottard, no se sabe nada, ¿puede reactivarse de un día para otro?

- Si, como también es posible que el proceso de curación se acelere.

Esta incertidumbre, inquietante para todo el mundo, había aliviado visiblemente a Cottard, y con Tarrou había iniciado conversaciones con los comerciantes de su barrio, donde intentaba propagar la opinión de Rieux. Era verdad que no valía la pena el hacerlo, ya que después de la fiebre de las primeras victorias, en muchos espíritus había renacido una duda que iba a sobrevivir a la excitación causada por la declaración de la prefectura. Cottard se aseguraba el espectáculo de esta inquietud. Como otras veces también, el se desanimaba. “Si, le decía a Tarrou, acabarán por abrir las puertas. ¡Y vera como todos me dejan caer!”.

Hasta el 25 de enero todo el mundo se percató de la inestabilidad de su carácter. Durante días enteros, después de haber buscado tanto tiempo en reconciliarse con su barrio y sus relaciones, ahora les atacaba directamente. Al menos en apariencia, se retiraba ahora del mundo y, de hoy a mañana, se volvía vivir como un salvaje. No se le veía ya en el restaurante, ni en el teatro ni en los cafés que solía frecuentar. Y sin embargo, parecía no reencontrar la vida mesurada y oscura que llevaba antes de la epidemia. Vivía completamente retirado en su apartamento y se hacía subir las comidas de un restaurante próximo. Solo por la noche, hacía salidas furtivas, comprando lo que necesitaba, saliendo de los almacenes para lanzarse por calles solitarias. Si Tarrou le encontraba entonces, solo le podía arrancar monosílabos. Después, sin transición, se le encontraba sociable, hablando largamente sobre la peste,

pidiendo la opinión de cada uno y hundiéndose cada noche con gusto entre la multitud.

El día de la declaración de la prefectura, Cottard desapareció completamente de la circulación. Dos días después, Tarrou le encontró errando por las calles. Cottard le pidió que le acompañase hasta el barrio; Tarrou que estaba particularmente cansado de su jornada, dudó. Pero el otro insistió. Parecía muy agitado, gesticulando de modo desordenado, hablando de prisa y en voz alta. Preguntó a su compañero si pensaba que realmente la declaración de la prefectura ponía un final a la peste. Bien entendido que Tarrou creía que una declaración de la prefectura no bastaba por si misma para eliminar una epidemia, pero se podía pensar razonablemente que la plaga, salvo imprevistos, iba a cesar.

- Si, dijo Cottard, salvo imprevistos. Y siempre hay algún imprevisto.

Tarrou le hizo notar, que, por otra parte, la prefectura había previsto de algún modo el imprevisto, con la institución de un margen de dos semanas antes de la apertura de las puertas.

- Y ha hecho bien, dijo Cottard, siempre taciturno y agitado, porque de la manera en que van las cosas, podría muy bien haberse callado.

Tarrou estimaba que la cosa era posible, pero pensaba que más valía considerar la próxima apertura de las puertas y retornar a una vida normal.

- Admitámoslo, le dijo Cottard, admitámoslo, pero ¿a que llama usted volver a una vida normal?

- De nuevo, películas en el cine, dijo Tarrou sonriendo.

Pero Cottard no sonreía. Quería saber si se podía pensar que la peste no cambiaría nada en la ciudad y que todo recomenzaría como antes, es decir, como si nada hubiese pasado. Tarrou pensaba que la peste cambiaría y no cambiaría la ciudad, que, bien entendido, el mayor deseo de nuestros conciudadanos era y sería el de hacer como si nada hubiese cambiado y que, por lo tanto, nada en algún sentido habría cambiado, pero que en otro sentido, no podía olvidarse todo, incluso con la voluntad necesaria, y la peste dejaría huellas, al menos en los corazones. El pequeño rentista dijo claramente que no le interesaba el corazón y que incluso el corazón era el último de sus deseos. Lo que le interesaba era saber si la organización misma no se habría transformado si, por ejemplo, todos los servicios funcionarían como en el pasado. Y Tarrou hubo de admitir que no sabía nada. Según el, había que suponer que todos estos servicios, perturbados durante la epidemia, tendrían trabajo en volver a empezar de nuevo. Se podía creer también que habría cantidad de nuevos problemas que volverían a ser necesarios, al menos, una reorganización de antiguos servicios.

- ¡Ah! dijo Cottard, en efecto es posible, todo el mundo deberá volver a empezar.

Los dos paseantes habían llegado cerca de la casa de Cottard. Este se había animado y se esforzaba en ser optimista. Se imaginaba la ciudad empezando a vivir de nuevo, borrando su pasado para partir de cero.

- Bien, dijo Tarrou. Después de todo, las cosas se arreglarán también para usted. De un cierto modo, es una vida nueva que va a empezar.

Estaban delante de su puerta y se estrechaban las manos.

- Tiene usted razón, decía Cottard, cada vez más agitado, partir de cero, sería una buena cosa.

Pero de la sombra del pasillo surgieron dos sombras. Tarrou apenas tuvo tiempo de oír a su compañero preguntar que podrían querer esos dos pájaros. Los pájaros, que tenían un aspecto de funcionarios endomingados, preguntaban a Cottard si era verdad que se llamaba Cottard, y este, profiriendo una sorda exclamación, se volvió sobre si mismo y se sumergió en la noche sin que los otros, ni Tarrou, tuviesen tiempo de hacer ningún gesto. Pasada la sorpresa, Tarrou preguntó a los dos hombres que es lo que querían. Adoptaron un aire reservado y cauto para decir que se trataba de información y se fueron, supuestamente en la misma dirección que Cottard.

Vuelto a su casa, Tarrou transcribió esta escena y en seguida (la escritura lo probaba bastante) notaba su cansancio. Añadió que tenía aun mucho que hacer, pero que eso no era una razón para no estar dispuesto, y se preguntaba si justamente el estaba dispuesto. Respondía para terminar, y es aquí que las notas de Tarrou se acaban, que siempre había una hora en el día y en la noche en que un hombre se acobardaba, y que solo tenía miedo a esta hora.

A los dos días, algunos antes de la apertura de las puertas, el doctor Rieux llegaba a su casa al mediodía, preguntándose si iba a encontrar el telegrama que esperaba. A pesar de sus jornadas fuesen entonces tan agotadoras como en lo más fuerte de la peste, la espera de la definitiva

liberación había disipado todo su cansancio. Esperaba y se alegraba. No siempre se puede conseguir todo, y es una felicidad el desligarse por fin, en la efusión, de este conjunto de de fuerzas usadas para la lucha. Si estaba el telegrama esperado, también el favorable, Rieux podría volver a empezar, y él era de la opinión de que todo el mundo recomenzase.

Pasó ante la portería. El nuevo conserje, pegado en su garita, le sonrió. Subiendo la escalera, Rieux volvió a ver su rostro, empalidecido por las fatigas y las privaciones.

Si, empezaría cuando la abstracción se hubiese acabado, y con un poco de suerte... Pero abrió la puerta en el mismo momento en que su madre vino a su encuentro para decirle que :.Tarrou no estaba bien. Se había levantado por la mañana, pero no había podido salir y acababa de volver a acostarse. Mme. Rieux estaba inquieta.

- Tal vez no sea nada grave, dijo su hijo.

Tarrou estaba echado a todo lo largo, su pesada cabeza se hundía en la almohada, y su fuerte pecho se dibujaba bajo las sábanas. Tenía fiebre y le dolía la cabeza. Le dijo a Rieux que se trataba de síntomas vagos que podían ser también los signos de la peste.

- No, nada seguro todavía, dijo Rieux después de haberle examinado.

Pero Tarrou estaba devorado por la sed. En el pasillo, el doctor le dijo a su madre que podía ser el comienzo de la peste.

- ¡Oh! Dijo ella, no es posible, ¡ahora no!

Y añadió en seguida:

- Quedémonoslo, Bernard.

Rieux pensaba:

- No tengo derecho, dijo. Pero las puertas se van a abrir. Creo que sería lo primero que hiciese, si tú no estuvieses aquí.

- Bernard, dijo ella, quedémonoslo los dos. Tu sabes que he sido revacunada.

El doctor dijo que Tarrou también lo estaba pero que, tal vez por cansancio, había dejado pasar la última inyección de suero y olvidar algunas precauciones.

Rieux se iba ya hacia su despacho. Cuando regresó a la habitación, Tarrou vio que llevaba unas enormes ampollas de suero.

- ¡Ah!, es eso, dijo el.

- No, pero es una precaución.

Tarrou le tendió el brazo por toda respuesta y aceptó la interminable inyección que el mismo había practicado en otros enfermos.

- Veremos esta noche, dijo Rieux, y miró a Tarrou a la cara.

- ¿Y el aislamiento, Rieux?

- No es del todo seguro que tenga la peste.

Tarrou sonrió con esfuerzo.

- Es la primera vez que veo inyectar un suero sin ordenar al mismo tiempo el aislamiento.

Rieux se volvió:

- Mi madre y yo le curaremos. Estará mejor aquí.

Tarrou se calló y el doctor, que guardaba las ampollas, esperó que hablase para volverse. Al final, se dirigió hasta la cama. El enfermo le miraba. Su rostro denotaba cansancio, pero sus ojos grises estaban tranquilos. Rieux le sonrió.

- Duerma si puede. Volveré en seguida.

Al llegar a la puerta oyó la voz de Tarrou que le llamaba. Se volvió hasta el.

Pero Tarrou parecía debatirse contra lo mismo que quería decir:

- Rieux, articuló al final, tendrá que decirme la verdad, lo necesito.

- Se lo prometo.

El otro intentó expresar una sonrisa en su cara maciza.

- Gracias. No tengo ganas de morir y lucharé. Pero si la partida está perdida quiero tener un buen final.

Rieux se agachó y le apretó el hombro.

- No, dijo. Para ser un santo hay que vivir. Luche.

Durante el día, el frío que había apretado disminuyó un poco, pero en su lugar, a mediodía, hubo violentos chaparrones de lluvia y granizo. En el crepúsculo, el cielo se aclaró un poco y el frío se hizo más penetrante. Rieux volvió a su casa por la noche. Sin quitarse el abrigo, entró en la habitación de su amigo. Su madre tricotaba. Tarrou parecía no haberse movido de sitio, pero sus labios, blancos por la fiebre, demostraban la lucha que estaba manteniendo.

- ¿Que? Dijo el doctor.

Tarrou movió un poco, fuera de laca, sus anchos hombros.

- ¿Qué? Dijo el, que pierdo la partida.

El doctor se inclinó sobre el. Los ganglios eran visibles bajo la piel ardiente, su pecho parecía contener todos los ruidos de una fragua subterránea. Tarrou presentaba curiosamente las dos clases de síntomas. Rieux dijo incorporándose que el suero aún no había tenido tiempo de hacer todo su efecto. Pero una ola de fiebre que se instaló

en su garganta ahogó las pocas palabras que Tarrou intentaba pronunciar.

Después de la cena, Rieux y su madre fueron al lado del enfermo. La noche empezaba para él con su lucha y Rieux sabía que este duro combate con el ángel de la peste iba a durar hasta el alba. Los fuertes hombros y el ancho pecho de Tarrou no eran sus mejores armas, mas bien la sangre que Rieux había hecho brotar hacía un momento bajo su aguja, y en esa sangre, lo que era más interno que el alma y que ninguna ciencia podía poner al día. Y él solo debía ver como luchaba su amigo. Lo que iba a hacer, los abscesos, a los que iba a ayudar, los tónicos que había que inocular, varios meses de fracasos repetidos le habían enseñado a apreciar su eficacia. Su única mancha era la de haber dado en ocasiones a este azar que con demasiada frecuencia que se desarreglase más que provocándolo. Y era necesario que el azar se desarreglase, ya que Rieux se encontraba ante una cara de la peste que le desconcertaba. Una vez más, la peste se esmeraba en derrotar estrategias dirigidas contra ella, aparecía en los lugares donde no se la esperaba para desaparecer de donde parecía estar ya instalada. Una vez más, se esforzaba en sorprender.

Tarrou luchaba, inmóvil. Ni una sola vez en el transcurso de la noche se agitó ante los embates de la enfermedad, combatiendo solo con toda su fuerza y con todo su silencio. Pero ni una sola vez tampoco, habló, demostrando así, a su manera que la distinción no le era posible. Rieux seguía las fases de la lucha en los ojos de su amigo, a veces abiertos o cerrados, los párpados más apretados contra los globos de los ojos, o a la inversa, distendidos, la mirada fija en un objeto o vuelta hacia el doctor y su madre. Cada vez que el

doctor se encontraba con esa mirada, Tarrou sonreía, con un gran esfuerzo.

En un momento dado se oyeron pasos precipitados en la calle. Parecían huir ante un rugido que se acercaba poco a poco y acabó por llenar la calle con su fragor: la lluvia volvía, muy pronto mezclada con un granizo que golpeaba las calles. Las grandes colgaduras ondeaban ante las ventanas. En la oscuridad de la habitación, Rieux se distrajo unos instantes por la lluvia, y contempló de nuevo a Tarrou, iluminado por una lámpara de cabecera. Su madre tricotaba, levantando de vez en cuando la cabeza para mirar atentamente al enfermo. El doctor ya había hecho todo lo que era necesario hacer. Tras la lluvia el silencio se adueñó de la habitación, llena solamente del mudo tumulto de una guerra invisible. Crispado por el insomnio, el doctor creía oír, en los límites del silencio, el silbido dulce y regular que le había acompañado durante toda la epidemia. Le hizo una seña a su madre para indicarla que se fuese a dormir. Ella negó con la cabeza, y sus ojos se abrieron, examinó cuidadosamente, en la punta de sus agujas, una trama de la que no estaba segura. Rieux se levantó para dar de beber al enfermo y después se volvió a sentar.

Unos transeúntes, aprovechando la momentánea calma andaban apresuradamente sobre la acera. Sus pasos decrecieron y se alejaron. El doctor, por vez primera, reconoció que esta noche, llena de paseantes tardíos, sin escuchar las sirenas de las ambulancias, se parecía a las antaño. Era una noche libre de peste, y parecía que la enfermedad, expulsada por el frío, las luces y la multitud, se hubiese escapado de las oscuras profundidades de la

ciudad y se hubiese refugiado en esta habitación caliente para dar su último zarpazo al cuerpo inerte de Tarrou. La plaga no se cernía por el cielo de la ciudad, pero soplaba suavemente sobre el aire pesado de la habitación. Era lo que hacía horas escuchaba Rieux. Había que esperar que aquí también parase, que aquí también la enfermedad fuese vencida.

Poco antes del amanecer, Rieux se inclinó sobre su madre: Tendrías que acostarte para poder despertarme a las ocho. Haz las instilaciones antes de irte a dormir.

Mme.Rieux se levantó, guardó su tricot y se acercó a la cama. Tarrou, desde hacía ya tiempo, tenía los ojos cerrados. El sudor empapaba su pelo sobre la frente. Mme.Rieux suspiró y el enfermo abrió los ojos. Vio el rostro dulce inclinado sobre el y, bajo las oleadas de fiebre, reapareció su sonrisa. Pero los ojos se le cerraron en seguida. Cuando se quedó solo, Rieux se instaló en el sillón que acababa de dejar su madre. La calle estaba muda y el silencio ahora era completo. El frío de la mañana se empezaba a notar en la habitación.

El doctor se adormeció, pero el primer coche del alba le sacó de su somnolencia. Tiritó y, mirando a Tarrou, comprendió que había habido una pausa y que el enfermo también dormía. Las ruedas de madera y hierro de un carruaje de caballos rodaban en la lejanía. En la ventana, el día aun no se había levantado. Cuando el doctor fue hacia la cama, Tarrou le miró con ojos inexpresivos, como si aún estuviese dormido.

- ¿Ha dormido usted algo, no? Preguntó Rieux.

- Si.

-¿Respira mejor?

- Un poco. ¿Le dice esto alguna cosa?

Rieux calló y, al cabo de un momento dijo:

- No, Tarrou, esto no quiere decir nada. Sabe como yo que hay una remisión matutina.

Tarrou asintió.

- Gracias, dijo. Dígame siempre la verdad.

Rieux se había sentado a los pies de la cama. Sentía próximas las piernas del enfermo, largas y duras como miembros de una estatua. Tarrou respiraba más fuerte.

- La fiebre va a volver, ¿es así, Rieux? Dijo con una voz ahogada.

- Si, a mediodía se estabilizará.

Tarrou cerró los ojos, pareciendo recuperar las fuerzas. Una expresión de cansancio se leía en su rostro. Esperaba la subida de la fiebre que se movía ya, en alguna parte, en su fondo. Cuando abrió los ojos, su mirada estaba nublada. Solo distinguía que Rieux estaba inclinado cerca de él.

- Beba, le decía este.

El otro bebió y dejó caer su cabeza.

- Es largo, dijo.

Rieux le cogió del brazo, pero Tarrou, con la mirada perdida, no reaccionaba. Y de pronto, la fiebre volvió visiblemente en su frente como si se hubiese roto algún dique en su interior. Cuando la mirada de Tarrou se volvió hacia el doctor, este le estaba dando ánimos con su mirada. La sonrisa que Tarrou intentaba hacer no pasó de los maxilares apretados y de unos labios cubiertos de una espuma blancuzca. Pero, en esta cara endurecida, los ojos le brillaron todavía con una llamarada de valor.

A las siete de la mañana, Mme. Rieux entró en la habitación. El doctor se fue a su despacho para telefonear

al hospital y decir que le reemplazasen. Decidió también dejar su consulta, se estiró un momento en el diván de su despacho, pero se levantó en seguida y volvió a la habitación. Tarrou tenía la cabeza vuelta hacia Mme. Rieux. Miraba la tenue sombra encogida cerca de él, sobre una silla, con las manos unidas sobre sus piernas. La contemplaba con tanta intensidad que Mme. Rieux se puso un dedo en sus labios y se levantó para apagar la lámpara de la mesilla de noche. Detrás de las corinas, el día se filtraba rápidamente y, poco después, cuando los rasgos del enfermo emergieron de la oscuridad, Mme. Rieux pudo ver que él seguía mirándola. Se inclinó hacia él, ahuecó su almohada y, levantándose, puso un momento su mano sobre sus cabellos húmedos y retorcidos. Oyó entonces una voz sorda, llegada de lejos, decirle gracias y que todo iba bien. Cuando ella se sentó de nuevo, Tarrou había cerrado los ojos y su rostro cansado, a pesar de su boca sellada, parecía que sonreía de nuevo.

A mediodía la fiebre había alcanzado su acmé. Una especie de tos visceral sacudía el cuerpo del enfermo que empezó a escupir sangre. Los ganglios habían dejado de hincharse. Seguían allí, duros como tornillos, enroscados en los huecos de las articulaciones, y Rieux vio que era imposible abrirlos. En los intervalos de la fiebre y de la tos, Tarrou, de cuando en cuando aun miraba a sus amigos. Pero bien pronto sus ojos se abrieron cada vez con menos frecuencia y la luz que entonces iluminaba su cara devastada se fue volviendo más pálida cada vez. La tormenta que sacudía este cuerpo con sobresaltos convulsivos la iluminaba con relámpagos cada vez más raros, y Tarrou iba cayendo progresivamente en el fondo de

esa tempestad. Rieux solo tenía ante si que una máscara ya inerte, donde la sonrisa había desaparecido. Esta forma humana que le había sido tan cercana, agujereada ahora por los golpes, quemada por un mal sobrehumano, torcida por todos los vientos odiosos del cielo, se sumergía en sus ojos en las aguas de la peste, y no podía hacer nada contra este naufragio. Se tenía que quedar en la orilla, con las manos vacías y el corazón retorcido, sin armas y sin ayuda una vez más, contra este desastre. Y al final, fueron las lágrimas de impotencia lo que impidieron a Rieux ver a Tarrou, volverse bruscamente hacia la pared, y expirar en un profundo quejido, como si en alguna parte de el, una cuerda esencial se hubiese roto.

La noche que siguió no fue la de una lucha, sino la del silencio. En esta habitación encerrada en su mundo, por encima de este cuerpo muerto, ahora vestido, Rieux sentía planear una sorprendente calma que, muchas noches antes, sobre las terrazas por encima de la peste, había seguido al ataque a las puertas. Ya en esta época, había pensado en este silencio que salía de los lechos donde había dejado morir a muchos hombres. Era por todas partes la misma pausa, el mismo intervalo solemne, siempre el mismo sosiego que seguía a los combates, era el silencio de la derrota. Pero para el que cubría en esos momentos a su amigo, era tan denso, se pegaba tan estrechamente al silencio de las calles y de la ciudad liberada de la peste, que Rieux notaba que esta vez se trataba de la derrota definitiva, la que acaba con las guerras y hace de la paz en si misma un sufrimiento sin curación. El doctor no sabía si, para terminar, Tarrou había encontrado la paz, pero en este momento, por lo menos, creía saber que no habría más paz

para el mismo, así como no hay armisticio para la madre al que le amputan el hijo o para el hombre que ha amortajado a su amigo.

Fuera, seguía la misma noche fría, con estrellas congeladas en un cielo claro y helado. En la sala en penumbra, se notaba el frío que pesaba en los cristales, la gran respiración pálida de una noche polar. Cerca de la cama, Mme.Rieux estaba sentada, en actitud familiar, con su lado derecho iluminado por la lámpara de la mesilla de noche. En el centro de la habitación, alejado de la luz, Rieux esperaba en su sillón. El recuerdo de su mujer le llegaba, pero el lo rechazaba cada vez.

Al principio de la noche, los pasos de los viandantes sonaban nítidos en la fría noche.

- ¿Te has ocupado de todo?, dijo Mme.Rieux.

- Si, ya he telefoneado.

Y entonces prosiguieron su vela silenciosa. Mme.Rieux miraba de cuando en cuando a su hijo. Cuando el sorprendía una de esas miradas, la sonreía. Los ruidos familiares de la noche se sucedían en la calle. A pesar de que el permiso aún no se había dado, bastantes vehículos circulaban de nuevo. Surcaban rápidamente el pavimento, desaparecían y aparecían otros. Voces, llamadas, el silencio retornaba, el paso de un caballo, los tranvías chirriando en una curva, rumores imprecisos, y de nuevo, la respiración de la noche.

- ¿Bernard?

- Si.

- ¿No estás cansado?

- No.

Sabía lo que pensaba su madre y que le quería más en este momento. Pero también sabía que no es mucho querer a una persona donde por lo menos un amor es lo bastante fuerte para encontrar su propia expresión. Así, su madre y él se querían siempre en silencio. Y ella moriría a su vez – o él – sin que durante toda su vida, ellos pudiesen haber ido más allá en la confesión de su ternura. De la misma manera, él había vivido al lado de Tarrou y este se había muerto esta noche, sin que su amistad hubiese tenido tiempo de haber sido vivida. Tarrou había perdido la partida, como él decía. ¿Pero él, Rieux, que había ganado? Solo había ganado el haber conocido la peste y de recordarla, el haber conocido la amistad y de recordarla, de haber conocido la ternura y tener que recordarla un día. Todo lo que el hombre podía ganar en el juego de la peste y de la vida, eran el conocimiento y la memoria. ¡Tal vez era eso a lo que Tarrou llamaba ganar la partida!

De nuevo, pasó un auto y Mme. Rieux se movió un poco en su silla. Rieux la sonrió. Ella le dijo que no estaba cansada y, en seguida, después:

- Tendrás que irte a descansar allí, a la montaña.
- Si, mamá.

Si, iría a descansar allí. ¿Porqué no? Sería también un pretexto para recordar. Pero si era esto ganar la partida, que duro debía ser vivir solamente con lo que se sabe y lo que se recuerda, y privado de lo que se espera. Era así sin duda que Tarrou había vivido y era consciente de lo que hay de estéril en una vida sin ilusiones. No hay paz sin esperanza, y Tarrou que rechazaba a los hombres el derecho a condenar a nadie, que sabía por tanto que nadie puede impedir condenar y que incluso las víctimas a veces eran

también verdugos, Tarrou había vivido entre la aflicción y la contradicción, y nunca había conocido la esperanza. ¿Era por eso que había querido la santidad y buscado la paz en el servicio a los hombres? La verdad, Rieux no sabía nada y poco importaba. Las únicas imágenes de Tarrou que recordaría serían las de un hombre que cogía el volante de su coche con las dos manos para conducir o las de un gran cuerpo, ahora extendido y sin movimiento. Un calor de vida y una imagen de muerte, este era lo que conocía.

He aquí el porqué, y sin duda, el doctor Rieux, por la mañana, recibió con clama la noticia de la muerte de su mujer. Estaba en su despacho. Su madre había venido casi corriendo a traerle un telegrama, después había salido a darle una propina al portador. Cuando ella volvió, su hijo tenía en la mano el telegrama abierto. Ella le miró, pero el contemplaba obstinadamente por la ventana una magnífica mañana que se levantaba sobre el puerto.

- Bernard, dijo Mme.Rieux.

El doctor la miró con aire distraído.

- ¿El telegrama? preguntó ella.

- Es esto, reconoció el doctor. Hace ocho días.

Mme. Rieux volvió la cabeza hacia la ventana. El doctor callaba. Después le dijo a su madre que no llorase, que el se lo esperaba, pero que seguía siendo difícil. Simplemente sabía, diciendo eso, que su sufrimiento era sin sorpresa. Después de meses y desde hacía dos días, era el mismo dolor que continuaba.

Por fin se abrieron las puertas de la ciudad, al amanecer de una bella mañana de febrero, saludada por el pueblo, los periódicos, la radio y los comunicados de la prefectura. Le queda al narrador hacerse el cronista de las horas de alegría que siguieron a esta apertura de las puertas, aunque el mismo fuese de los que no tenían la libertad de mezclarse en todo.

Grandes festejos estaban organizados para el día y para la noche. Al mismo tiempo los trenes empezaron a echar humo en la estación, mientras que llegados de mares lejanos, los navíos entraban ya en nuestro puerto, indicando a su manera lo que representaba este día, para todos los que lloraban por estar separados, el de la gran reunión.

Aquí imaginaremos fácilmente lo que pudo representar el sentimiento de separación que habían tenido tantos de nuestros conciudadanos. Los trenes que durante el día entraron en nuestra ciudad, no fueron menos de los que salieron. Cada uno había reservado el sitio para este día, durante el curso de dos semanas de prórroga, temblando de que en el último momento, la prefectura la anulase. Algunos de los viajeros que se acercaban a la ciudad no estaban del todo libres de aprensión, pues a pesar de que conocían el destino de los que les eran próximos, ignoraban la de los otros y los de la ciudad en si misma, que tenía un aspecto terrible. Pero esto no era verdad más que para los que la pasión no les había quemado en todo este tiempo.

Los apasionados, en efecto, estaban entregados a su idea fija. Solo una cosa había cambiado en ellos: el tiempo que, durante los meses de su largo exilio, habrían querido acelerar para que pasase más deprisa, que se empeñaban en seguir teniendo prisa ahora, cuando ya se estaba a la vista

nuestra ciudad, desearían ralentizar al revés y dejarlo en suspenso, en cuanto el tren empezaba a frenar antes de su parada. El sentimiento, a la vez vago y agudo en ellos, de todos esos meses de vida perdida por su amor, les hacía exigir confusamente una especie de compensación por la que el tiempo de alegría habría transcurrido dos veces más despacio que el de la espera. Y los que les esperaban en una habitación, un andén o un muelle, como Rambert, cuya mujer, advertida hacía ya semanas, había hecho lo que hizo falta para llegar, estaban con la misma impaciencia y el mismo desasosiego, ya que este amor o esta ternura que los meses de peste habían estado reducidos a una abstracción, Rambert esperaba temblando, a confrontarlo con el ser de carne y hueso que había sido su ayuda.

Habría deseado volver a ser el que, al principio de la epidemia, hubiese querido volar fuera de la ciudad y lanzarse al encuentro de la que amaba. Pero sabía que eso ya no era posible. Había cambiado, la peste había supuesto en él un cambio, que con todas sus fuerzas, intentaba negar pero que a pesar de ello continuaba en él como una sorda angustia. En algún sentido, tenía la sensación de que la peste había desaparecido demasiado brutalmente, y ya no tenía aquel valor. La felicidad llegaba a toda velocidad, el acontecimiento iba más deprisa que la espera. Rambert comprendió que todo le sería devuelto de golpe y que la alegría es una quemadura que no se saborea.

Todos, el resto, más o menos conscientemente eran como él y es de todos los que hay que hablar. En este andén de la estación, donde recomienzan su vida personal, ellos sentían aun su comunidad intercambiándose entre ellos miradas y sonrisas. Pero su sentimiento de exilio, desde que vieron el

humo del tren, se apagó bruscamente bajo el aluvión de una alegría confusa y ensordecedora. Cuando el tren se paró, separaciones interminables, que habían muchas veces empezado sobre este mismo andén de esta estación, se acabaron en un segundo, en el momento en que los brazos se cerraron con una avaricia exultante en unos cuerpos de los que habían olvidado su forma viviente. Rambert, no tuvo tiempo de mirar la forma que corría hacia el, y que ya se apretaba contra su pecho. Y teniéndola en sus brazos, apretando contra el de la que solo veía unos cabellos familiares, el dejó rodar sus lágrimas sin saber si llegaban de su felicidad presente o de un dolor largamente reprimido, seguro por lo menos que ellas le impedirían verificar si este rostro acurrucado en el hueco de su hombro era el que tantas veces había soñado o por el contrario era el de una extranjera. Más tarde sabría si su sospecha era cierta. De momento, el quería hacer como todos aquellos que tenían el aspecto de creer, alrededor de el, que la peste podía venir e irse sin que el corazón de los hombres hubiese cambiado.

Apretados los unos contra otros, todos se volvían entonces a sus casas, ciegos al resto del mundo, triunfando en apariencia sobre la peste, olvidando todas las miserias, y de los que, venidos también en el mismo tren, no se habían encontrado con nadie y se disponían a recibir en sus casas la confirmación de sus dudas que un largo silencio ya les había hecho nacer en su corazón. Para estos últimos, que no tenían por compañía más que su dolor, completamente fresco, para otros que se dedicaban, en ese momento, al recuerdo de un ser desaparecido, era de otra manera y el sentido de la separación había conseguido la cima. Para

estos, madres y esposos, amantes que habían perdido toda la alegría con el ser que ahora yacía en una fosa anónima, o fundido en un montón cenizas, siempre sería la peste.

Pero, ¿Quién pensaba en estas soledades? A mediodía, el sol triunfante sobre los fríos vientos que luchaban en el aire desde la mañana, volcaba sobre la ciudad olas ininterrumpidas de una luminosidad inmóvil. El día se había parado. Los cañones de los fuertes, en las cimas de las colinas, tronaron sin interrupción en un cielo fijo. Toda la ciudad se lanzó fuera para festejar este minuto opresivo donde el tiempo de los sufrimientos llegaba a su fin y donde el tiempo del olvido aún no había empezado.

Se bailaba en todas las plazas del día de hoy al de mañana, la circulación había aumentado considerablemente, y los automóviles, más numerosos, circulaban con dificultad por las calles invadidas. Las campanas de la ciudad sonaron a voleo, durante toda la tarde. Llenaban con sus vibraciones un cielo azul y dorado. En efecto, en las iglesias se recitaban las acciones de gracias. Pero al mismo tiempo, los lugares de ocio estaban llenos a rebosar, y los cafés, sin pensar en el porvenir distribuían sus últimos alcoholes. Ante sus mostradores, se apresuraba una multitud de gente excitada y, entre ellos numerosas parejas enlazadas que no dudaban en dar un espectáculo. Todos gritaban o reían. La provisión de vida que habían hecho durante esos meses donde cada uno había tenido su alma guardada, la gastaban este día que era como el día de su sobrevida. Al día siguiente comenzaría la vida en sí, con precauciones. Por el momento, gentes de orígenes muy distintos, se codeaban y fraternizaban. La igualdad, que la presencia de la muerte no había podido

conseguir, la alegría de la libertad la establecía, al menos por unas horas.

Pero esta banal exuberancia no lo explicaba todo y los que llenaban las calles al final de la tarde, como Rambert, disfrazaban a menudo bajo una plácida actitud, placeres más delicados. Tanto las parejas como las familias no tenían más apariencia que la de pacíficos paseantes. En realidad, la mayoría hacían peregrinaciones delicadas a los lugares donde habían sufrido. Se trataba de enseñar a los recién llegados las huellas manifiestas o escondidas de la peste, los vestigios de su historia. En algunos casos, se contentaban con jugar a ser guías a los que habían visto muchas cosas, al contemporáneo de la peste, y se hablaba del peligro sin evocar al miedo. Estos placeres eran inofensivos. Pero en otros casos, se trataba de itinerarios mas temblorosos, donde un amante, abandonado a la dulce angustia del recuerdo, podía decirle a su compañera: “En este lugar, en esa época, te deseé y no estabas.” Entonces estos turistas de la pasión se podían reconocer; formaban islotes de cuchicheos y de confidencias en medio del tumulto por donde paseaban. Mejor que las orquestas de los barrios, eran ellos los que anunciaban la verdadera libertad. Estas parejas embelesadas, estrechamente juntas y avara de palabras, afirmaban en medio de la multitud, con todo el triunfo y la injusticia de la felicidad, que la peste se había acabado y que el terror había acabado su tiempo. Negaban tranquilamente, contra toda evidencia, que nosotros nunca hubiésemos conocido este mundo insensato donde la muerte de un hombre era tan cotidiana que la de las moscas, esta salvajada bien definida, este calculado delirio, esta encarcelación que traía consigo una horrorosa libertad

con respecto a todo lo que no fuese el presente, este olor a muerte que estupefactaza a todos los que no mataba, negaban en fin que hubiésemos sido este pueblo ensordecido a los que, todos los días una parte, amontonada en la boca del horno, se evaporaba en grasientas humaredas, mientras que la otra, cargada de cadenas de impotencia y de miedo, esperaba su turno.

Era aquí, en todo caso, lo que estallaba a los ojos del doctor Rieux que, mientras iba camino de los barrios, caminaba solo al final de la tarde, en medio de campanas, de los cañonazos, de las músicas y de los gritos ensordecedores. Su trabajo proseguía, no había vacaciones para los enfermos. Con la fina luz que descendía sobre la ciudad, subían los antiguos olores de carne asada y de alcohol anisado. A su alrededor caras risueñas miraban hacia el cielo. Hombres y mujeres se agarraban los unos a los otros, con la cara enrojecida, con todo el nerviosismo y el grito del deseo. Si, la peste se había acabado, junto con el terror, y estos brazos que se anudaban demostraban lo había sido el exilio y la separación, en el más profundo sentido del término.

Por primera vez, Rieux podía dar un nombre familiar a este aspecto de familia que había leído, durante meses, sobre los rostros de los viandantes. Ahora bastaba con mirar a su alrededor. Llegados al final de la peste, con la miseria y las privaciones, todos estos hombres habían acabado por llevar el traje del papel que interpretaban ya hacía mucho tiempo, el de emigrantes que primero con las caras y ahora con los trajes, añoraban la ausencia y la lejana patria. A partir del momento en que la peste había cerrado las puertas de la ciudad, ellos únicamente habían

vivido la separación y habían sido privados de calor humano que hace olvidar todo. En diferentes grados, por todos los rincones de la ciudad, estos hombres y mujeres habían aspirado a una reunión que no era para todos, de la misma naturaleza, pero que para todos era igualmente imposible. La mayoría habían gritado con todas sus fuerzas a un ausente, al calor de un cuerpo, la ternura o la costumbre. Algunos, incluso sin saberlo, sufrían por haber sido colocados fuera de la amistad de los hombres, de no haber sabido recordarlos por los medios ordinarios de la amistad como son las cartas, los trenes o los barcos. Otros, más raros, tal vez como Tarrou, habían deseado esa reunión con algo que no podían definir, pero que les parecía el único bien deseable. Y faltó de otro nombre, a veces lo llamaban Paz.

Rieux seguían caminando. A medida que avanzaba, la multitud engrosaba a su alrededor, el bullicio aumentaba y a él le parecía que los barrios a los que quería llegar, reculaban otro tanto. Poco a poco se fundía en este gran mundo aullador del que entendía cada vez mejor el grito que al menos, por una parte, era su grito. Si, todos habían sufrido juntos, tanto en su carne como en su alma, de un vacío, de un exilio sin remedio y de una sed jamás saciada. En medio de este amontonamiento de muertos, las sirenas de las ambulancias, los consejos de los que predicen el destino, el pataleo obstinado del miedo y la terrible revolución de su corazón, un gran rumor no había cesado de correr y de alertar a estos seres espantados, diciéndoles que tenían que recobrar su verdadera patria. Para todos ellos, la verdadera patria se encontraba fuera de los muros de esta ciudad asfixiada. Estaba en aquellas zarzas olorosas

en las colinas, en el mar, los países libres y el peso del amor. Y era hacia ella, hacia la felicidad, que ellos querían volver, olvidándose del resto con asco.

En cuanto al sentido que podían tener este exilio y este deseo de reunirse, Rieux no sabía nada. Caminando siempre, apresurándole por doquier, preguntado, llegaba poco a poco a las calles menos frecuentadas y pensaba que no es importante que estas cosas tengan un sentido u otro, pero que lo único que hay que ver es lo que respondía a la esperanza de los hombres.

De todos modos él sabía cual era la respuesta y lo percibía mejor en las primeras calles de los barrios, casi desiertas. Los que, sabiendo lo poco que eran, solo habían deseado volver a la casa de sus amores, algunas veces eran recompensados. Verdad era que algunos de ellos continuaban andando por la ciudad, solitarios, privados del ser que esperaban. Felices aun los que no habían sido separados dos veces como algunos que, antes de la epidemia, no habían podido construir por primera vez su amor, y que habían perseguido ciegamente, durante años el difícil acuerdo que acaba por sellar uno a otro los amantes enemistados. Estos habían tenido, como el mismo Rieux, la levedad de contar con el tiempo: estaban separados para siempre. Pero otros, como Rambert, al que el doctor había dejado la misma mañana, diciéndole: “Valor, es ahora cuando tiene que tener razón”, habían encontrado sin dudar el ausente que creían perdido. Por algún tiempo al menos, serían felices. Al menos sabían que si hay algo que se puede desear siempre y obtener algunas veces, es la ternura humana.

Para todos estos, al contrario, que se habían dirigido por encima del hombre a alguna cosa que ni se imaginaban, no había habido respuesta. Tarrou había parecido que encontró esa difícil paz de la que hablaba, pero solo la había encontrado con la muerte, en el momento en que ya no podía servirle para nada. Otros, por el contrario, que Rieux veía en los quicios de las casas, a la luz declinante, agarrados con todas sus fuerzas y mirándose con arrobo, habían conseguido lo que ellos querían, los que habían pedido la única cosa que de ellos dependía. Y Rieux, en el momento de doblar la calle de Grand y de Cottard, pensaba que era justo, que al menos de cuando en cuando, la alegría viniese a recompensar a los que se bastaban con ser hombres y con su pobre y terrible amor.

Esta crónica toca a su fin. Es momento en que el doctor Bernard Rieux confiese que el es el autor. Pero antes de describir los últimos acontecimientos, el querría justificar al menos su intervención y hacer entender que el había tenido que tomar el papel de testigo objetivo. Durante toda la duración de la peste, su cometido le había obligado a ver a la mayoría de sus conciudadanos y de recoger sus impresiones. Estaba por lo tanto bien situado para contar lo que había visto y oído. Pero quería hacerlo con la discreción deseable. De una manera general ha procurado a no relatar más cosas de las que había podido ver, a no contagiar a sus compañeros de peste pensamientos que en definitiva no estaban obligados a compartir, y a usar solo

los textos que el azar o la desgracia le habían puesto entre las manos.

Habiéndole llamado a testificar con ocasión de un crimen, guardó cierta reserva, como corresponde a un testigo de buena voluntad. Pero al mismo tiempo, según los dictámenes de un corazón honesto, tomó deliberadamente partido por la víctima y quiso juntar a los hombres, sus conciudadanos, en las únicas certezas que tenían en común y que son el amor, el sufrimiento y el exilio. Fue así que había compartido cualquiera de las angustias de sus conciudadanos ni ninguna situación que también no fuese la suya.

Para ser un testigo fiel, tenía que aportar sobretodo las actas, los documentos y los rumores. Pero lo que personalmente tenía que decir, sus pruebas, debía de callarlas. Si las había usado fue solamente para comprender o hacer comprender a sus conciudadanos, y para dar un razonamiento tan preciso como fuese posible a lo que, la mayor parte del tiempo, ellos veían confuso. A decir verdad, este esfuerzo para razonar no le costó demasiado. Cuando se veía tentado de mezclar directamente su confianza a las miles de voces de los apestados, se detenía pensando que no había uno solo de sus sufrimientos que no fuese al mismo tiempo la de los demás y que en un mundo donde el dolor es con tanta frecuencia solitario, esto era una ventaja. Decididamente el tenía que hablar por todos.

Pero había por lo menos uno de nuestros conciudadanos del que Rieux no podía hablar. Se trataba, en efecto, del que un día Tarrou le había dicho a Rieux: “Su único y verdadero crimen es el de haber aprobado en su corazón lo

que provocaba la muerte de los niños y de los hombres. El resto, lo comprendo, pero eso estoy obligado a perdonarlo.” Es justo que esta crónica acabe con el que tenía un corazón ignorante, es decir solitario.

Cuando hubo salido de las ruidosas calles en fiesta y en el momento de volver por la calle de Grand y de Cottard, el doctor Rieux fue detenido por un grupo de agentes. No se lo esperaba. Los lejanos rumores de la fiesta hacían parecer al barrio silencioso y el lo imaginaba tan desierto como mudo. Sacó su salvoconducto.

- Imposible, doctor, le dijo el agente. Hay un loco que dispara a la multitud. Pero quédese aquí, puede ser útil.

En ese momento vio a Grand que venía hacia él. Grand tampoco sabía nada. Le impedían pasar y se había enterado que los disparos salían de su casa. De lejos se veía, en efecto, la fachada, dorada por los últimos rayos de un sol sin calor. Alrededor de ella se recortaba un gran espacio vacío que iba hasta la acera de enfrente. En medio de la calzada se veía distintamente un sombrero y un trozo de tela sucia. Rieux y Grand podían ver muy lejos, del otro lado de la calle, un cordón de agentes, paralelos a los que les impedían avanzar y detrás de los cuales algunos habitantes del barrio pasaban y volvían a pasar rápidamente. Mirando bien, vieron también agentes, con el revolver en la mano, resguardados tras las puertas de los inmuebles que daban de cara a la casa. Todas las contraventanas de esta estaban cerradas. En el segundo piso, sin embargo, una de ellas parecía medio descolgada. El silencio era completo en la calle. Solo se oía algunos retazos de música que llegaban del centro de la ciudad.

En un momento determinado, desde uno de los inmuebles frente a la casa, sonaron dos tiros de revolver y dos fragmentos saltaron de la ventana desvencijada. Después de nuevo el silencio. De lejos, y tras el tumulto de la jornada, a Rieux esto le pareció un poco irreal.

- Es la ventana de Cottard, dijo de repente un muy agitado Grand. Pero Cottard ha desaparecido.

- ¿Entonces porqué disparan? Preguntó Rieux al agente.

- Están intentando distraerle. Se espera un coche con el material necesario, porque dispara sobre los que intentan entrar por la puerta del edificio. Ha alcanzado a un agente.

- ¿Porqué ha disparado?

- No se sabe. La gente se divertía en la calle. Al primer disparo de revolver, nadie lo ha entendido. Al segundo ha habido gritos, un herido, y todo el mundo ha huido. ¡Es un loco!

Vuelto el silencio, los minutos parecían eternizarse. De pronto, desde el otro lado de la calle, vieron salir un perro, el primero que Rieux veía desde hacía tiempo, un podenco sucio que sus amos habían debido esconder hasta hoy, y que trotaba a lo largo de los muros. Llegado cerca de la puerta, dudó, se sentó sobre sus patas traseras y se volvió para devorar sus pulgas. Varios silbidos de los agentes le llamaron. Levantó la cabeza, y se decidió a travesar lentamente la calle para ir a oler el sombrero. Al mismo tiempo un disparo de revolver partió del segundo piso y el perro se volvió como una torta, agitando violentamente sus patas para levantarse sobre el flanco, sacudido por largos sobresaltos. En respuesta, cinco o seis detonaciones llegadas de las puertas de enfrente, desmigajaron la contraventana. El silencio volvió. El sol había girado un

poco y la sombra había empezado a acercarse a la ventana de Cottard. Unos frenos gimieron suavemente en la calle detrás del doctor.

- Helos aquí, dijo el agente.

Dos policías descargaron en sus espaldas, llevando cuerdas, una escalera y dos paquetes oblongos envueltos en una tela engrasada. Se metieron en una calle que bordeaba el patio de las casas, el opuesto al inmueble de Grand. Un momento después, se adivinó más que se vio, una cierta agitación en las puertas de las casas. Después se esperó. El perro no se movía pero estaba bañado sobre un charco oscuro.

De golpe, partiendo de las ventanas de las casas ocupadas por los agentes, se escuchó una ráfaga de metralleta. La contraventana que aún se veía se deshizo literalmente y dejó al descubierto una superficie negra donde ni Rieux ni Grand, desde donde estaban, pudieron distinguir nada. Cuando la ráfaga se detuvo, una segunda ametralladora crepitó desde otro ángulo, desde una casa más lejos. Las balas entraron en el marco de la ventana, porque una de ellas hizo saltar un trozo de ladrillo. En el mismo instante, tres agentes atravesaron corriendo la calzada y se metieron por la puerta de entrada. Casi al mismo tiempo, otros tres se precipitaron también y la ametralladora calló. Se esperaba algo. Dos lejanas detonaciones resonaron en el inmueble. Después surgió un rumor y se vio salir de la casa, llevado en volandas más que arrastrado, un hombre pequeño en mangas de camisa que gritaba sin parar. Como por milagro todas las contraventanas cerradas de la calle se abrieron y las ventanas se llenaron de curiosos, mientras una multitud salía de sus casas y se amontonaba tras las

barreras. Por un momento se vio a un hombre en medio de la calle, ya de pie en el suelo, y los brazos sujetos por detrás por los agentes. Gritaba. Un agente se le acercó y le golpeó dos veces, con toda la fuerza de sus puños, tranquilamente, con una especie de método.

- Es Cottard, balbuceó Grand. Se ha vuelto loco.

Cottard cayó. Aún se vio al agente dar una patada al montón que yacía en el suelo. Después un confuso grupo se dirigió hacia el doctor y su viejo amigo.

- ¡Circulen! Dijo el agente.

Rieux apartó la mirada cuando el grupo pasó ante el.

Grand y el doctor se fueron al acabar el crepúsculo. Como si el acontecimiento hubiese sacudido el torpor en que estaba sumido el barrio, las calles alejadas se llenaron de nuevo de un murmullo de una multitud alborozada. Al llegar a su casa, Grand se despidió del doctor. Se iba a trabajar. Pero en el momento de subir, le dijo que había escrito a Juana y que, ahora, estaba contento. Y después volvió a empezar su frase: “He suprimido, dijo, todos los adjetivos.”

Y con una sonrisa traviesa, se quitó el sombrero con un ceremonioso saludo. Pero Rieux pensaba en Cottard y en el ruido sordo de los puños que aplastaban el rostro de este último le persiguieron mientras se dirigía hacia la casa del viejo asmático. Quizás era más duro pensar en un hombre culpable que en uno muerto.

Cuando Rieux llegó a la casa de su viejo enfermo, la noche se había tragado ya el cielo. Desde la habitación se podía oír el lejano rumor de la libertad, y el viejo continuaba, del mismo humor, contando sus guisantes.

Hacen bien en divertirse, decía, hace falta de todo para construir un mundo. ¿Y su colega, doctor, que ha sido de él?

Unas detonaciones llegaron hasta ellos, pero eran pacíficas: los chiquillos hacían estallar sus petardos.

- Está muerto, dijo el doctor, auscultándole el pecho ronco.

- ¡Ah! dijo el viejo, un poco cortado.

- De la peste, añadió Rieux.

- Si, reconoció el viejo después de un momento, se van los mejores. Es la vida. Pero era un hombre que sabía lo que quería.

- ¿Porqué dice usted eso? Dijo el doctor mientras guardaba su estetoscopio.

- Por nada. Hablaba por decir algo. En fin, a mi me gustaba. Pero así es. Los otros dicen: “Es la peste, hemos tenido la peste.” Por poco querrían haber sido condecorados, Pero, ¿Qué quiere decir la peste? Es la vida, eso es todo.

- Haga sus inhalaciones con regularidad.

- ¡Oh! No tema. Aun tengo para tiempo y les veré morir a todos. Yo se vivir.

Unos aullidos de alegría le contestaron a lo lejos. El doctor se detuvo en medio de la habitación.

-¿Le molestaría que subiese hasta la terraza?

- ¡Oh no! ¿Quiere verles desde aquí arriba, verdad? Usted mismo, pero siempre son los mismos.

Rieux se dirigió hacia la escalera.

- ¿Dígame, doctor, es verdad que van a construir un monumento a los muertos de la peste?

- Lo dice el periódico. Un monumento o una placa.

- Estaba seguro. Y habrá discursos.

El viejo se reía con una risa ahogada.

- Ya los oigo desde aquí: “Nuestros muertos...”, y se irán a comer.

Rieux ya estaba subiendo la escalera. El grande y frío cielo brillaba por encima de las casas y, cerca de las colinas, las estrellas lucían como el sílex. Esta noche no era tan distinta de la que Tarrou y el habían subido a esta terraza para olvidar la peste. El mar era más ruidoso que el de ahora, al pie de los acantilados. El aire era tranquilo y ligero, aliviado de las ráfagas saladas que traía el viento cálido del otoño. El rumor de la ciudad, sin embargo batía siempre el pie de las terrazas con un ruido de olas. Pero esta noche era la de la libertad, y no la de la revolución. A lo lejos, un negro resplandor señalaba la ubicación de los bulevares y de las plazas iluminadas. Por la noche liberada ahora, el deseo volvía sin trabas y era su rumor el que llegaba hasta Rieux.

Desde el oscuro puerto subieron los primeros cohetes del regocijo oficial. La ciudad les saludó con una larga y sorda exclamación. Cottard, Tarrou, aquellos y aquellas que Rieux había amado y perdido, todos muertos o culpables, se habían olvidado. El viejo tenía razón, los hombres eran siempre los mismos, Pero era su fuerza y su inocencia, y aquí es, por encima de todo dolor, Rieux sentía que se unía a ellos. En medio de los gritos que redoblaban su fuerza y su duración, que se escuchaban hasta el pie de la terraza, a medida que los haces de fuego multicolores se elevaban más numerosos en el cielo, el doctor Rieux decidió redactar la narración que se acaba aquí, para no ser de los que se callaban, para testificar a favor de estos apestados, para

dejar al menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido inflingida, y para decir sencillamente lo que se aprende en medio de las plagas, que hay en los hombres más cosas que admirar que cosas que despreciar.

Pero el sabía sin embargo que esta crónica no podía ser la de la victoria definitiva. Solo podía ser el testimonio de lo que había habido que conseguir y que, sin duda, deberían conseguir todavía, contra el terror y su arma incansable, a pesar de sus desgarros interiores, todos los hombres que, no pudiendo ser santos y rechazando el admitir las plagas, se esfuerzan sin embargo en ser médicos.

Escuchando los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux se acordaba que esta alegría estaba siempre amenazada, pues el sabía lo que esta multitud alegre ignoraba, y que se podía leer en los libros, que el bacilo de la peste ni muere ni desaparecerá nunca, que puede estar durante decenas de años dormido en los muebles o en la ropa, que espera con paciencia en las habitaciones, en los baúles, las bodegas, los pañuelos y los papeles, y que, tal vez, llegará el día en que por desgracia y el conocimiento de los hombres, la peste despertará sus ratas y las enviará a morir en una ciudad feliz.

Termino el 15 de noviembre del 2012.

=====

